PQ 6509
.A15
1866
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.
Chap. PQ6509
Shelf .A15
1866
UNITED STATES OF AMERICA.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XX.

CUATRO NOVELAS

POR

FERNAN CABALLERO, pseud. of Cecilia Böhl de Faber

Collection

LIBRARY OF CONGRESS
1878
CITY OF WASHINGTON

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
1866.

PQ6509
.A15
1866

INDICE.

	Pág.
Una en otra	1
Un Servilon y un Liberalito	131
Con mal ó con bien á los tuyos te ten	201
¡Pobre Dolores!	255

UNA EN OTRA.

Voyez la société pour la peindre: c'est une galerie où vous trouverez de quoi couvrir votre album.

EMILE SOUVESTRE.

Observad la sociedad para pintarla: es una galería en la que hallaréis con que llenar vuestro prontuario.

A une époque où toutes les empreintes s'effacent sous le double marteau de la civilisation et de l'incrédulité, il est touchant et beau de voir une nation se conserver un caractère stable et des opinions immutables.

VICOMTE D'ARLINCOURT.

En una época en que toda huella de lo pasado desaparece bajo los golpes del doble martillo de la civilizacion y de la incredulidad, conmueve y admira el ver á una nacion conservar un carácter estable y opiniones inmutables.

La religion y la guerra se mezclaron en los españoles mas que en ninguna otra nacion. Ellos fueron los que con incesantes combates echaron á los moros de su seno, y se les podria considerar como la vanguardia de la cristiandad europea. Conquistaron sus iglesias á los árabes; un acto de su culto era un trofeo para sus armas. Su fe triunfante se unia al sentimiento de honor, y daba á su carácter una imponente dignidad. Esta gravedad mezclada de imaginacion, y aun sus chistes y humoradas, que no quitaban nada á lo profundo de sus afecciones, se notan en la literatura española, toda compuesta de ficciones y poesías, cuyos objetos son la religion, el amor y los hechos guerreros. Diríase que en aquel tiempo en que fué descubierto el Nuevo Mundo, los tesoros de otro hemisferio enriquecian las imaginaciones, así como el estado; y que en el imperio de la poesía, así como en el de Cárlos V, el sol no cesaba jamas de alumbrar el horizonte.

MAD. DE STAEL.

¡Lo que va de ayer á hoy!

CALDERON.

A fines de febrero del uño 1844, salia de Madrid con direccion á Sevilla, una enorme diligencia, rodando pesadamente al empuje de diez y ocho caballos de la bella raza andaluza, adecuada para llevar á la ligera y gallardamente su jinete, pero poco á propósito para arrastrar el feísimo castillo ambulante llamado *Diligencia,* que es una de las preciosas creaciones modernas, una especie de falansterio móvil, ante el cual se extasía el vulgo.

La berlina estaba ocupada por un diputado y dos oficiales de graduacion. En el testero del interior, se hallaba una señora anciana con su hija; y junto á esta, estaba sentado un señor de edad, chico y gordo, de ojos pequeños y vivarachos, nariz de loro, cara rubicunda y satisfecha.

En la delantera iban un caballero pobremente vestido de negro, de aire grave y sencillo, que se conocia era sacerdote, y dos jóvenes, de los cuales el uno parecia ser extranjero. Para dar á conocer estos personajes, bastará dejarlos hablar.

En España el carácter social es natural y lleno de cordialidad. No se conoce esa reserva altiva que engendra la vanidad. Esto hace que se viva, como quien dice, transparentemente. En todas partes cada cual habla á su vecino sin conocerle, y sin comprender que esto pueda ser contra la dignidad de nadie. El no hacerlo, en lugar de inspirar consideracion, tendria por resultado hacer del que adoptase ese sistema, un paria impertinente y ridículo.

En el momento de partir, la señora anciana se persignó; el individuo sentado frente de ella abrochó su levita negra, y dijo á media voz algunas palabras latinas. Uno de los jóve-

nes encendió un cigarro; el otro se quitó el sombrero y se puso un gorro griego, y el señor viejo y gordo dijo á la jóven:

— Apóyese Vd. sobre mí, señorita; no tema usted incomodarme: al contrario; soy viejo, pero los ojos siempre son niños. En mi juventud, prosiguió, cuando se venia á Madrid, era en un coche de colleras; se echaban quince dias: ahora se echan cuatro; pero se llega tan molido, que se necesitan ocho para descansar; de suerte que allá se va. Eso sin contar que, si se tuviese una vecina como Vd., se desearia que el viaje no tuviese fin. ¿No es así, señores? — ¿Y adónde va Vd., señora?

— Nosotras vamos primero á Sevilla y luego á Cadiz, respondió la señora anciana. Los médicos han mandado á mi hija los baños de mar. Tengo en Cádiz una hermana, casada con el tesorero de la aduana: por eso he elegido ese puerto de mar, aunque mas distante de Madrid que otros.

— Y ¿qué es lo que tiene su hija de Vd.?

— Ha crecido mucho, y en poco tiempo; lo cual le ha ocasionado una gran debilidad nerviosa, que, al decir de los médicos, podria terminar por una consuncion . . . .

— ¡Qué disparate! dijo el señor viejo, esas son tonteras de los médicos, que no saben ni dónde tienen las narices; ¡cásela Vd.! que eso es el *sánalo todo* de las muchachas, y la señorita . . . Vd. perdone, pero ¿cómo es su gracia de Vd.?

— Casta, respondió secamente la jóven.

— ¡Servidora de Vd.! añadió la madre.

— Pues, como iba diciendo, prosiguió el viejo, á Castita no le faltarán pretendientes; eso es seguro: y Vd. señora, ¿cómo se llama?

— Mónica Mendieta para servir á Vd.

— A Dios por muchos años. ¿Es Vd. viuda?

— ¡Ay! ¡Sí Señor! mi marido era contador de rentas en Canarias, en donde murió poco há.

La señora sacó un pañuelo para enjugarse los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Dios tenga su alma! señora: el muerto al hoyo, y el vivo al bollo.

— ¡Ay señor! eso es fácil decir, pero . . . .

— ¿Qué, qué? ¿va Vd. á llorar ahora por los difuntos? ¡pues tendria que ver! Vaya, no piense Vd. mas en eso. Yo no me acuerdo de mi mujer (que tambien soy viudo) sino para mandarle decir misas. ¿No es verdad, Padre Cura, prosiguió dirigiéndose al caballero vestido de negro, (porque supongo sois sacerdote), ¿no es verdad que eso es lo mejor que hay que hacer?

— Ciertamente, respondió este; sobre todo si las misas se mandan á decir con viva fe y tierno recuerdo.

— ¡Hombre! dijo el señor gordo, ¡me parece Vd. cura romántico! ¿Va Vd. á Sevilla?

— No señor, me quedo en Jaen, desde donde pasaré á **** cerca de Granada.

— ¿Ha estado Vd. mucho tiempo en Madrid?

— Tres meses.

— Y ¿por qué vino Vd.?

— Porque fuí desterrado de mi curato, y me formaron causa como carlino, por haber dicho en uno de mis sermones que cualquiera que leyese libros prohibidos, estaba excomulgado y fuera del gremio de la iglesia.

— ¡En lo que hizo Vd. muy bien! observó doña Mónica.

— ¡Muy mal! se apresuró en decir el señor gordo; ¿á qué santo comprometerse é ir á chocar con las gentes que escriben, hato de chisgarabís, sin un real en la faltriquera, y que á fuerza de insolencia mangonean tanto hoy dia? Ande Vd. y créame; diga su misa, y coma su olla en paz, y deje Vd. rodar al mundo.

— Pero señor, mi deber, mi conciencia....

— ¡Qué conciencia, ni qué calabazas! ahora se parece Vd. con su conciencia á los otros con su filantropía. ¡Míreme Vd. á mí! no me meto en nada. No tengo opiniones, ni principios; de ello me vanaglorío. Las opiniones y los principios, ¡malditos sean! son los que han perdido á España. Así, véame Vd. libre, alegre, gordo y tranquilo. Caballerito, ¿me da Vd. el cigarro para encender el mio? siempre que el humo no incomode á la señorita Casta. ¿Eh?

— Me es indiferente que Vd. fume ó deje de fumar, contestó la jóven sin mirar al viejo galan.

— ¡Buenos cigarros por cierto! ¿Cuánto han costado?

— Me los regaló un pariente mio, contesto el jóven.

— Baratos son; ¿va Vd. á Cádiz?

— No señor, me quedo en Sevilla.

— ¿Sevilla? quien no vió á Sevilla no vió maravilla, dice el refran. ¿Va Vd. á ella por gusto?

— No señor, voy de fiscal á uno de los juzgados.

— Muy jóven es Vd. para ser fiscal; esto no es decir que no sea Vd. muy capaz de llenar bien sus deberes. ¿Tiene Vd. conocimientos en Sevilla?

— Soy de allí y conozco muchas gentes.

— Lo pregunto porque iba á decirle que si acaso necesita de aconsejarse con alguien, (como debe suceder), que lo haga Vd. con mi abogado, un famoso Licurgo que sabe mas que Merlin; hombre de bien, aunque abogado; rico, y viejo como Matusalen, D. Justo Barea.

— No dejaré de hacerlo, pues es mi tio abuelo.

— ¿Qué? ¿Es Vd. aquel tunantillo de Javierillo, que tantas veces hice bailar sobre mis rodillas? ¡Caspitina, y cómo se va el tiempo! No; nosotros somos los que nos vamos; que es lo peor. ¿No enviaron á Vd. á la universidad de Santiago?

— Sí señor; y obtuve de mi tio y tutor al salir de allí, licencia para hacer viaje á Francia.

— ¿Y se la dió á Vd.?

— Por supuesto.

— ¡Buena tontería hizo mi amigo! Si no me engaño, tiene Vd. una hermana casada con un diputado, que está ahora en Madrid.

— Sí señor.

— ¡Ah! por eso ha logrado Vd. la fiscalía; ¡sí es sabido! me alegro. Su tio de Vd. ya no ejerce; y lo siento: porque aunque hacia valer sus puntadas, por cierto que era el mejor abogado de Sevilla.

Por largo tiempo siguió así la conversacion. Varias veces el señor gordo se dirigió al jóven sentado enfrente de él; pero este miraba al campo por la portezuela, y parecia cuidarse poco de lo que se decia. Solo algunas palabras en frances

habia dirigido al jóven Javier, con el que parecia estar en relaciones de amistad.

Al fin no pudiendo sacarle una palabra el señor gordo, se encaró directamente con él y le dijo:

— Señor, yo me llamo Judas Tadeo Barbo; soy un rico hacendado y labrador de Jerez, para servir á Vd. ¿Y Vd. quién es?

El frances no respondió.

— ¿Acaso no me ha oido? dijo D. Judas á Javier Barea.

Este tradujo la pregunta á su amigo.

— ¿Es el señor de la policía? respondió este con aire altivo.

Barea tradujo la respuesta á D. Judas.

— ¡Yo de la policía! exclamó este. ¡De la policía! No, señor, prosiguió dirigiéndose al frances, y hablando recio, puesto que los españoles vulgares no pueden concebir que su idioma no se comprenda; y así instintivamente creen que no se les oye, y no que no se les entiende. — ¡Yo de la policía! cuando todos los ladrones del término saben que tienen un refugio seguro en mi cortijo! Dígale Vd. por Dios, fiscal, mi querido Javier, que no soy de la policía. ¿Qué dirian en Jerez, en el Puerto, en Cádiz, donde todo el mundo me conoce, de semejante suposicion? Que pregunte en la feria de Mairena, donde un potro con mi marca se paga en 10,000 reales. Que pregunte en la plaza de toros de Madrid, Sevilla y Cádiz, donde mis toros se pagan á 5,000 reales, ¿quién es D. Judas Tadeo Barbo? ¡De la policía! ¿Tengo yo facha de ser de la policía, ni de tomar paga de nadie, ni del gobierno? Diga Vd., ¿acaso en Francia tienen los empleados de la policía cincuenta talegas en sus arcas; veinte mil fanegas de trigo en sus graneros; mil botas de vino de Jerez en sus bodegas; diez mil cabezas de ganado etc.?

Así prosiguió D. Judas la enumeracion de su inmenso caudal, la que no produjo efecto alguno en los españoles; pero el extranjero mudó grandemente de maneras.

— Perdone Vd., señor, le dijo, era una chanza, y sentiria la creyese Vd. un epigrama. Yo no sabia con quién tenia la honra de hablar.

— Si es una chanza, anda con Dios! repuso Don Judas apaciguado; á nadie le gustan las chanzas mas que á mí. Pero dígame Vd. Castita, ¿porqué se está Vd. riendo sin cesar, hace un cuarto de hora?

— ¿No se puede una reir en la diligencia, señor Don *Judas Tadeo Barbo*? respondió Casta sin cesar de reir.

— Pero ¿porqué se rie tanto la señorita? preguntó el frances á Barea, que hacia los mayores esfuerzos para contener la risa que se le iba pegando.

— Yo se lo diré á Vd., interrumpió D. Judas que comprendió la pregunta: sabrá Vd. que ha un pescado que tiene una cabeza muy grande y una barriga muy gorda, y se llama, por desgracia mia, Barbo, como yo. La señorita encuentra, pues, muy risible y muy gracioso que llevemos el mismo nombre. Pero, Castita, ¿no es *Barbo* un nombre como otro cualquiera? ¿Otra? ¡Dále! ¡Vamos andando! ¡Ria, ria Vd.! que yo me alegro de tener un nombre que para Vd. equivale á un sainete. Vean Vds., prosiguió levantando los hombros, ¡las mujeres, las mujeres! rien y lloran con la misma facilidad. Así es, que cuando mi mujer (q. e. p. d.) me armaba una rifi-rafa sobre celos, y lloraba como un becerro, le hacia el mismo caso que á las golondrinas, y tocaba de suela. ¡Fiscal! ¡Fiscal! ¡no se case Vd.! acuérdese Vd. que el Señor todo lo quiso sufrir, ménos el ser casado ni el ser viejo. Dichoso Vd., Padre Cura, que se ve libre de las asechanzas de las hijas de Eva! — Dicen que es un hermoso país el de Granada, rico y fértil.

— Rico, sobre todo, en minas, contestó el cura.

— ¡Minas!!... exclamó D. Judas, esas son *engaña tontos*.

— Perdone Vd., observó el cura, lo que Vd. dice es una vulgaridad, que se repite cual axioma, como muchas otras. Vd. no puede ignorar el resultado de la mayor parte de las minas de nuestra provincia. En mi pueblo nos hemos unido cuatro socios, y con nuestros pobres recursos hemos llegado á un resultado inesperado. Tenemos ya el mas hermoso mineral; pero nuestros recursos se han agotado, y busco algunos accionistas, pues tengo evidencia de que con unos cuantos miles reales, es segura una enorme ganancia. Nuestra mina

está bajo el amparo de Nuestra Señora de la *Esperanza*, y lleva su nombre.

— ¿Esperanza? dijo D. Judas, yo he perdido cinco mil reales en una que se llamaba la *Positiva*, y juré que no me cogerian en otra.

En esto llegaron al parador, y se sentaron á comer. El testero de la mesa lo ocupaban el diputado y los dos oficiales de graduacion; D. Judas se sentó entre la madre y la hija; frente de ellos se pusieron los dos jóvenes, y el cura; á los piés estaban varias personas que venian en la rotonda. Entre estos se veia un impasible inglés, todo vestido de géneros á cuadros, á la escocesa, y un jóven delgado, pequeño y pálido, que llevaba una larga barba y bigotes; su pelo largo y liso caia sobre sus orejas y sobre el cuello de su paletot. Este jóven afectaba una gravedad imperturbable, que contrastaba con su juventud, y un aire decidido y altivo, que hacia que se extrañase verle en compañía de algunos hombres visiblemente ordinarios y soeces. ¡Ah! exclamó al ver á D. Judas, con gravedad y calma. ¡Oh! D. Judas (Tadeo, y no Iscariote)! querido paisano mio; yo no sabia que vinieseis en ese interior egoista, que por espacio de horas me ha privado de tan buena vista.

— ¿Vuelve Vd. á Jerez? respondió D. Judas; pues peor par Jerez!

— Siempre el mismo D. Judas Tadeo, y no Iscariote; siempre amable y fino como un erizo! ¡Vamos! ¡vamos! ¡que todos somos hijos de Dios!

— Y de nuestras obras, D. Pedro de Torres.

— Eso constituye la nobleza, D. Judas Tadeo, y no Iscariote; por eso yo soy hijo de la conquista de Jerez, y Vd....

D. Judas se apresuró á interrumpirle.

— Lo sé, lo sé, dijo. Sé que sois de las primeras familias de Jerez; pero yo creia segun vuestras máximas que no debiais ponerle precio.

— Cierto es, que no le pongo precio ninguno, y que solo me acuerdo de quien soy, cuando veo á un D. Nadie echarla de orgulloso y de caballero. En 1255 Fortun de Torres, uno de mis abuelos, defendió las murallas de Jerez contra los

reyes moros de Granada, Tarifa y Aljeciras. Vencido por el gran número, jamas quiso soltar la bandera que llevaba; los moros le cortaron las manos; pero él se abrazó con sus brazos sangrientos á la bandera, la apretó con las rodillas y los dientes, y solo despues de muerto pudieron arrancársela.[1] En punto á nobleza esto es oro puro; lo demas es cobre sobredorado, Señor Barbo!

— ¡Y es Vd... Vd. el exaltado, el republicano rabioso, dijo picado D. Judas, el que viene en un parador, en público, á hacer ostentacion de su árbol genealógico! ¡Curioso es esto por cierto!..... no se puede, amigo mio, repicar y andar en la procesion; es preciso herrar, ó quitar el banco. ¿O es acaso que os han dado en Madrid alguna cruz, ó alguna dignidad en palacio para convertiros?

Pedro de Torres, sin salirse de su flema, no respondió sino por un gesto de alto desprecio y asco á esa pregunta. Sepa Vd., dijo, que cada dia mas idólatra de la libertad y de la igualdad, vengo á fundar en Jerez un falansterio, segun los ha instituido el inmortal Fourier.

— ¿Un qué?... preguntó D. Judas.

— Un falansterio... respondió Torres.

— ¿Es acaso, prosiguió D. Judas, alguna nueva junta republicana, como la que ya otra vez habeis fundado, con esa *patulea* de quien erais el jefe?

— No; esta es una democracia pacífica, respondió Torres con calma.

— ¿Vd. fundar algo de pacífico? Si lo viera no lo creyera.

— Sí, sí, D. Judas Tadeo y no Iscariote; estoy ahora por la armonía.

— Siempre lo habeis estado; mas cuando os veia en la ópera, creia que mas os llevaban á ella las cantarinas que no la música.

— No digo que no; pero ahora no se trata de eso, sino del falansterio. En él todo es comun y todo igualmente distribuido, casa, trabajo, mujeres, niños, dinero....

---

1) Histórico.

— ¡Dinero!.... gritó D. Judas; vaya al demonio vuestro *falansterno.*

— Ya veréis, prosiguió Torres, sin dejarse interrumpir; este admirable resultado de la filantropía os entusiasmará, y prestaréisle mano.

— No prestaré nada, respondió D. Judas; nada pondré en él; ni los piés. Pero Doña Mónica, ¿Vd. no come? Vamos, vamos, coma Vd.; es preciso comer, aun para llorar á su marido. Estas berzas se quieren ir á la huerta. ¡Hé! muchacho ¿está el carbon muy caro aquí? Castita, beba Vd. una copita, por Dios: no bebe Vd. sino agua. No hay nada peor para el estómago. El agua acaba con los caminos reales; ¡mire Vd. qué no hará con los estómagos!

— ¿A Vd. no le gusta el agua? dijo Mónica.

— Sí que le gusta, respondió Pedro de Torres, seria el primer labrador que no la quisiera. Un caminante halló junto de un rio á un labrador ahogado: este es, dijo, el primer labrador que veo harto de agua.

— Es cierto, dijo D. Judas, que aquí cada rayo de sol es una sanguijuela, que chupa tanto la tierra, que se necesita mucha lluvia en invierno para estancarle la sed; no sé lo que sucederá en las demas *penínsulas,* pero en la nuestra un invierno seco nos pierde.

Pedro de Torres, á pesar de su gravedad, soltó la carcajada.

Era evidente que D. Judas, oyendo siempre nombrar á España por península, habia tomado península por una palabra genérica, equivaliendo á país; y así le dijo Torres:

— Señor Barbo, en la península Francia llueve demasiado; en la península Alemania nieva demasiado; en la península Inglaterra hay muchas nieblas y poco sol; así pues, cada península tiene su inconveniente.

— ¿Conoces, dijo en voz baja el jóven frances á Javier Barea, á esos dos militares?

— Sí, respondió este del mismo modo; los conozco de vista. El de mas edad es el general Peñafiel, que acaba de volver á España: viene de Paris donde se hallaba desde el convenio de Vergara, en el que no quiso tomar parte; el otro

es su hijo, el coronel Don Fernando Peñafiel, que no se ha separado de su padre.

— Jamas he visto, repuso el frances, dos hombres tan perfectamente bellos y tan exactamente parecidos. Es curioso el observar, el mirarlos, lo que el uno ha sido, y lo que el otro será.

— ¿Y á qué santo ha venido Vd. á favorecer á Madrid con su amena presencia? Señor D. Judas Tadeo, y no Iscariote, preguntó Pedro de Torres.

— ¿A Vd. eso qué le importa, ciudadano del globo? como se firmaba Vd. en sus malditas proclamas, respondió D. Judas encolerizado.

— Vamos, cachaza! no se enfade Vd., paisano apreciado. Comiendo del modo que Vd. come, y privado como Vd. está de la parte del cuerpo que separa la cabeza de los hombros, es peligroso.

— Dicen, repuso D. Judas, que las gracias son para una vez, y que repetidas pierden su chiste. Mire Vd. pues, D. Pedro de Torres, si desde diez años há que Vd. repite su sempiterno Judas Tadeo, y no Iscariote, habrá perdido esa gracia su chiste, caso que jamas lo hubiera tenido. ¿A qué se cansa Vd. en hacer esa distincion? Cada cual sabe que mi patrono S. Judas Tadeo, que se celebra el 28 de Octubre, es el apóstol hermano de Santiago, que predicó el cristianismo en la *Potamia*.

D. Judas hablaba de la Mesopotamia.

Todo el mundo se echó á reir, y D. Pedro de Torres dijo:

— ¿En qué os ha ofendido Meso?

— ¿ Meso? repuso D. Judas en nada. ¿A qué viene esa pregunta?

— Entónces, ¿porqué le rayais del número de los vivos?

— ¿Yo? vamos, está loco, dijo Judas sacudiendo la cabeza.

— ¿Porqué, prosiguió Torres, le desterrais cruelmente? ¿Acaso tiene la desgracia de ser un honrado republicano como yo?

— ¿Me quiere Vd. dejar en paz? repuso D. Judas con impaciencia. Os digo que no le conozco ni de vista. Pero

yo os pregunto, ¿qué derecho teneis de darme dos nombres, uno afirmativo y otro negativo?

— El mismo que teneis vos, y no os contesto, de llamarme Pedro de Torres, y no el Cruel; ó Pedro de Torres, y no el Grande.

— ¿El Grande? esclamó D. Judas, ¡tendria que ver! eso seria como si á mí me dijesen D. Judas el flaco, ¡ha, ha, ha, ha!

En un momento de silencio que siguió, el cura tomó tímidamente la palabra, habló de su mina, de la cual hizo con sinceridad y buena fe los mayores elogios, celebró igualmente el mineral, y ofreció con pocos auxilios ponerla en breve en productos.

— El furor de las minas va pasando, dijo sentenciosamente el diputado, que se ponia espejuelos para aparentar tener mas edad de la que tenia. Fray Gerundio ha hecho de su D. Frutos el D. Quijote de las minas.

— Estimado paisano, dijo Torres, ¿quereis que tomemos una accion á medias?

— Las medias son para los piés, contestó D. Judas; aborresco las compañías tanto como las minas. Cinco mil reales perdí en la *Positiva* maldita. Una y no mas, Señor San Blas!

— Eso es, repuso Torres, porque es Vd. desconfiado como un ladron, y está Vd. apegado á su dinero, como todo aquel para el cual el dinero es cosa nueva: ¿quiere Vd. prestarme la suma, y yo tomo una accion?

— No presto nunca, dijo D. Judas; ni á mi padre.

— ¿Es ese el lema de vuestro blason? preguntó Pedro de Torres.

— No señor, contestó en cólera D. Judas; es una máxima de vuestro difunto padre, que seria tan caballero como Vd. (aunque sin ser republicano lo pregonaba ménos) y decia que quien prestaba á un amigo, perdia el dinero y el amigo.

— Omite Vd. decir, repuso Torres, generoso paisano, que si mi padre no *prestaba*, era porque *daba*. No obstante, el vuestro debia saberlo.

— Bien está, bien está, interrumpió D. Judas; pero el resultado es....

— El resultado es, prosiguió Torres acabando la frase,

que hizo ingratos y empobreció: si eso es lo que Vd. quiere decir, yo le ahorro el trabajo, pues lo digo á boca llena.

— ¡Estos de sangre azul, murmuró D. Judas, hacen gala hasta de su pobreza!

— Como una estatua griega de su desnudez, D. Judas, dijo Pedro de Torres con verdadera dignidad. Vd. sabe el refran popular: «sirve á un rico empobrecido, y no sirvas á á un pobre enriquecido.» El dinero de Vd. puede irse tan pronto como se vino, D. Judas, en llegando á otras manos; pero la mitad de mi mayorazgo que no he podido vender, pasa á mi posteridad.

— Entónces, señor, dijo D. Judas, ¿á qué trabaja Vd. tanto para acabar con los mayorazgos?

— Porque, repuso Torres volviendo á su tono fanfarron y sentencioso, porque los principios deben mirarse ántes que los intereses privados; porque el bien general debe buscarse ántes que el individual: eso es lo que Vd. no entiende. Pero mirad á ese inglés; me está pareciendo entre todos con su imperturbable silencio y sus cuadros, una palabra borrada y rayada en todas direcciones.

En este entretanto Javier Barea, que estaba al lado del cura, le decia:

— Señor Cura, del dinero que me fué enviado para mi viaje, me queda lo suficiente para tomar una accion en vuestra mina; yo la quiero.

— Mucho me complace, respondió el cura: dos me han tomado en Madrid unos amigos; otro creo poder afirmar que tomará una en Jaen; con la vuestra serán cuatro. Esto nos habilita para poder proseguir los trabajos.

Javier sacó su bolsillo y contó en oro los dos mil reales, precio de la accion.

— ¡Javier, Javier, fiscal del demonio! ¿en qué piensa Vd.? gritó D. Judas, ¡dar así el dinero sin recibir en cambio títulos, ni garantías, ni siquiera un recibo!

— Hace muy bien, dijo Casta.

— En efecto, dijo el cura, el Sr. D. Judas tiene razon: yo entiendo poco de negocios de dinero: recoged el vuestro,

señor fiscal. Yo os enviaré los títulos á Sevilla, y cuando Vd. los tenga, me mandará el dinero.

— ¡No! respondió Javier Barea, suplico á Vd. se quede con él, y no hablemos mas de eso.

— El señor será un santo, murmuraba D. Judas, no digo que no; pero no es así como se hacen los negocios, Castita. Ademas las gentes se pueden morir ....

— Si el señor cura necesita un fiador, yo soy su fiador, dijo Pedro de Torres.

— Mas vale pagar sus deudas, observó D. Judas, que hacerse fiador de nadie.

— ¿Os debo algo por ventura, señor gran Tacaño segundo? dijo Torres.

— ¿A mí? No gracias á Dios! respondió D. Judas. Todos los despilfarrados pródigos y gastadores llamaron siempre tacaños á la gente de órden y método: eso es sabido. Y mire Vd.; ahora que hablamos de eso, ¿piensa Vd. vender su cortijo del *Burro grande*, que está pegado al mio de *Pan y pasas*?

— No.

— Cuando Vd. piense en deshacerse de él, como de los otros, acuérdese Vd. de mí.

— Siempre me acuerdo de Vd. cuando se trata del *Burro grande*.

— Me alegro: desde ahora ofrezco á Vd. la mitad de su aprecio: es mucho para bienes amayorazgados.

— ¡Gracias, generoso!

Torres sacó de su faltriquera su petaca, y ofreció cigarros á las personas sentadas en lo alto de la mesa, las que saludaron dando gracias. Dió á sus vecinos, y presentó la petaca al inglés, que abrió dos ojos grandes, ojos redondos como dos pesetas, haciendo un gesto negativo poco amable. Prosiguió Torres:

— ¡Un cigarro! D. Judas Tadeo, y no Iscariote.

— Gracias.

— ¡Vamos! suplico á Vd. tome un cigarro habano, de la Vuelta de Abajo.

— No fumo sino papel.

— Tome Vd. mi cigarrillo y píquelo.

— Os he dicho gracias.

— ¿Va Vd. á hacerme un desaire, paisano muy amado?

— ¿Me quiere Vd. forzar á fumar? paisano cansado.

— Pido á Vd. que tome mi cigarro, que no es republicano, noble, ni gastador, como su amo.

— ¡Tan! ¡tan! ¡tan! ¡tan! dijo D. Judas impaciente.

— Mire Vd. que soy terco: sea Vd. complaciente; tome Vd. el cigarro.

— ¡Dále! ¡dále! ¡y qué chicharra!

Pedro de Torres puso el cigarro sobre un plato, y lo hizo pasar de mano en mano, hasta que llegado á Casta: puso esta el plato delante de Don Judas.

— Este jóven, dijo el frances á media voz á su amigo Barea, es un raro conjunto de anomalías, con su cara juvenil y su gran barba de gastador viejo; su afectada gravedad y su natural humor chancero; sus bravatas y sus travesuras; su democracia y su aristocracia.

— Le conozco, respondió Javier Barea, es un buen muchacho, con pretensiones á ser un Robespierre; un cordero con pretensiones de tigre; un aturdido adocenado, que quiere copiar á D. Juan: todo esto es el resultado de malas compañías, de ideas mal dirigidas y peor digeridas.

— Paisano amable y galante, decia Pedro de Torres, dejad de dar tormento á la oreja izquierda de esa señorita, y bebed conmigo á la prosperidad de mi falansterio.

— No bebo á tales tonteras, respondió D. Judas: bebo á la de Jerez, mi patria; pues han de saber Vds., señores, que un amigo mio que ha viajado mucho por el extranjero, me ha dicho: amigo Barbo, el mundo es una col, y Jerez el cogollo.

— Yo, dijo el diputado, brindo por nuestra España, por la paz, el comercio, y la agricultura!....

— ¡Bien dicho! esclamó D. Judas, bebo con Vd.; pero os lo digo, que miéntras consientan Vds. estos republicanos, con sus patuleas, falansternos y juntas secretas, y que dejen Vds. las puertas abiertas de par en par á los carlinos, no se logrará nada. ¿Cómo ha de andar un arado, si un buey tira

á la derecha, y otro á la izquierda? Si me hizieran ministro, pronto habria acabado con ellos: á los unos los encerraba todos en su falansterno, á los otros todos en la Cartuja de Jerez, que es grande. Me dijeron en Madrid que ha vuelto el general Peñafiel, y ese general tiene....

— Un hijo, le interrumpió el mas jóven de los dos militares, pronunciando lenta y enérgicamente cada palabra, un hijo que lleva una espada bien afilada para cortar la lengua á aquel que se atreva á hablar con poco respeto de su padre.

Tenedor y cuchillo cayeron de las manos temblorosas de D. Judas.

— Son el general Peñafiel y su hijo, le dijo al oido Doña Mónica. Se puede hablar de las cosas, D. Judas; pero no se debe jamas nombrar á las personas.

— Cierto, cierto, suspiró D. Judas, soy un pollino. ¡Mire Vd. yo, el mas pacífico de los hombres; sin opiniones ni principios! Las opiniones y principios han perdido la España. ¡Yo, ir á chocar con personas de tanta categoría! Debió Vd. avisarme, Doña Mónica, debió Vd. pisarme el pié, sin cuidarse de mis callos.

En esto el mayoral se presentó; se levantaron de la mesa y ya cerca de la puerta, D. Judas se volvió atras, y se guardó el cigarro ofrecido por D. Pedro de Torres, que habia quedado sobre el plato.

CARTA PRIMERA.

Paul Valery á Javier Barea.

Ya me tienes aquí en esta nueva Tebaida, aquí, en donde no desperdicio el tiempo, caudal precioso, cuyo valor no conoceis aun en vuestra España, que os mima como una madre rica.

Tengo bastante adelantados los trabajos preparatorios para la empresa de que he sido encargado por mis socios los ingenieros.

Este país es bonito; pero para mí es un sepulcro color de rosa, en el que estoy encerrado, y desde el cual comunico con el resto del mundo, solo por cartas. Así, pues, mi querido amigo, te suplico que me escribas á menudo. Para hacerte mas fuerza, te lo rogaré en la manera especial y expresiva vuestra, esto es, asegurándote que escribiendo tus cartas, haces dos obras de misericordia: la una: la de enseñar al que no sabe; la otra, la de consolar al triste.

Me he propuesto, en los ratos que me dejen libres mis quehaceres, el escribir algo sobre España; porque desde que me hallo en ella, he reconocido cuán inexactas son las ideas que de España tenemos, así como las descripciones que de ella nos han dado.

¡Cuánta razon tenia el novelista frances, que rehusó venir á España, diciendo que si venia, ya no podria describirla! De lo cual se deduce que estos escritores hacen de vuestra patria un país en parte fantástico, en parte edad media, que por tanto pertenece solo á la imaginacion; ó bien un país vulgar, bárbaro, incivilizado, país de transicion y sin fisonomía, que no es digno de estudiarlo ni de pintarlo. Mucho se engañan; y debemos sentir que Teófilo Gauthier, Mr. de Custine, y otros, cuyo gusto y voto hacen ley en Francia, no hayan visto á vuestro país sino de paso, notando lo bastante para apreciarlo, pero no lo suficiente para conocerlo.

No obstante, hay abundante cosecha para la observacion; y basta alargar la mano para coger. Por ejemplo, mi querido Javier, nuestro viaje, nuestras comidas en el parador, ¿no son por sí solos un cuadro, una pintura? Ese grosero enriquecido, que con toda su vulgaridad se coloca á sus anchas en un mundo dejado é indiferente, que se rie de él sin acogerle ni rechazarle, ese jóven noble, que sin convicciones, ni ambicion, *deroga* de su clase, se encanalla, se hace republicano por capricho, por ocio, por espíritu de contradiccion, por el placer de la rebeldía, y reune los dos orgullos, el aristocrático y el democrático, sin tener ni la dignidad del primero,

ni la energía del segundo; esa jóven tan graciosa, sin coquetería; tan altiva, sin vanidad, sin afan alguno de hacerse valer; sin ser por eso desgraciadamente tímida, ni afectuosamente modesta. ¿No son igualmente tipos de raza los dos fieles y nobles realistas, tan llenos de dignidad en su desgracia? Ese cura tan sencillo y confiado; ese diputado tan nulo, erigiendo vulgaridades en sentencias, ¿no son *spécimens* ó muestras bastante caracterizadas de vuestra sociedad actual? Tú mismo, que á todas las bellas cualidades que te son propias, unes la ilustracion de una educacion moderna, y la de los viajes, ¿no eres el tipo de los actuales jóvenes distinguidos, que no han viciado ni su corazon ni su entendimiento? Pero á pesar de esto, desde que estoy aquí en tan íntimo contacto con el pueblo, me he convencido de que en él es en quien reside toda la poesía de la antigua España, de las crónicas y de los poetas. Las creencias del pueblo, su carácter, sus sentimientos, todo lleva el sello de la originalidad y de la poesía.

Su lenguaje, sobre todo, puede compararse á una guirnalda de flores. Comparaciones finísimas, refranes agudos y de profunda verdad, cuentos llenos de chiste ó de sublimidad, si son religiosos, coplas y cantos de la mas delicada poesía; de esto se compone casi siempre. El pueblo andaluz es elegante en su aire, en su vestir, en su lenguaje, en sus sentimientos.

Quisiera pintarlo tal cual lo veo, para que lo conocieran mis paisanos. Pero para esto, querido Javier, es preciso que me ayudes: sin eso, me seria imposible lograr el fin que me propongo. Tu tio, ese abogado anciano, habrá visto tantos eventos grandes y chicos, que debe ser en este género una mina que puedes explotar. Los abogados saben el fondo de las cosas, como los confesores.

Habiendo tú dicho que deseas perfeccionar tu estilo frances, se te presenta una ocasion para llenar tu deseo. Hazme un relato circunstanciado de cuanto puedas sonsacarle á tu tio, yo corregiré tus cartas. No omitas el mas mínimo detalle: miéntras mas minuciosos sean tus relatos, mas te los agradeceré. De este modo iré formando mi coleccion, que llevaré conmigo á Francia.

No dejes de darme noticias de nuestros compañeros de viaje, si es que los vuelves á ver. Deseo que esto suceda, sobre todo en cuanto á tu *vis-à-vis*, (y díme cómo se dice esa expresion en español). Digo esto, porque me parece, querido Javier, que la graciosa Castita no te parecia á tí costal de paja, como decia D. Judas Tadeo cuando hablaba de ella.

Aguardo tus cartas con impaciencia, y cuento con tu condescendencia, como tú puedes contar con mi amistad.

P. Valery.

CARTA SEGUNDA.

Javier Barea á Paul Valery.

Mi querido Paul: por fin he recibido carta tuya, y por ella veo con gusto estás ya adelantando los trabajos preparatorios para tu puente.

Admito con gusto la proposicion que me haces: no porque halle ni placer, ni diversion en estudiar al pueblo, que tú miras con el entusiasmo que pudieras tener por una querida, realzando hasta las nubes sus méritos, y siendo ciego á sus faltas. Pero tengo dos razones harto mas fuertes para hacerlo: la una es complacerte, y la otra el perfeccionarme en el frances, ya que te brindas á ser mi maestro. Haciéndome de repente *contador* ó novelista, y eso en una lengua extranjera, te daré bien á menudo pábulo á que te rias; en cambio, escríbeme en español, para que yo halle desquite.

Deberia empezar, mi querido Paul, por hacerte una descripcion de Sevilla la actual, que he hallado muy distinta de la Sevilla de mi infancia y de mis recuerdos. Difícil me seria decirte si ha ganado ó perdido. Tú, y las gentes en quienes la imaginacion predomina, y para quienes los sentimientos son jueces, estoy seguro dirias de ella lo que dirás

de las iglesias viejas que veis encalar. El color local, la fisonomía nacional va desapareciendo, gracias á ese moderno Procusto que llaman civilizacion. Mas esta opinion no puede darse á luz sin ser sofocada desde luego, ante la de la generalidad imbuida del principio moderno del bienestar material que todo lo rige. Haciendo alguna reflexion sobre esto á un amigo mio, *hombre de luces,* (término consagrado), me miró un rato, y me dijo: «Hombre de Dios! no saque Vd. tales razones en una conversacion formal: póngalas Vd. en verso y las leeré con gusto.»

Una señora, amiga mia, me contaba que cuándo estuvo aquí el príncipe ruso Dolgorowsky, exclamó lleno de entusiasmo: ¡Oh! ¡qué lástima será que la España se *desnacionalice*! — ¡Quiere Vd. creer, me dijo la señora, que todos estaban furiosos por ese dicho! — ¡Vaya! decian: ese cosaco, ese moscovita desea hacer de nosotros los parias de la Europa! ¿quiere que sirvamos de diversion á los viajeros, miéntras que ellos están gozando de todas las ventajas de los progresos morales y materiales? — En vano quise probarles que ese dicho, en un hombre tan ilustrado, contenia el mas bello elogio; puesto que preferia y ensalzaba nuestra nacionalidad sobre todas las ventajas y adelantos de otros países ménos estacionarios: nada les hizo fuerza, ni pudo aplacarlos.

Esto te pinta el estado de la sociedad actual. Moralmente estamos á la altura de todo; materialmente, estamos atrasados. Nos sucede como al jóven, cuyas facultades vivas y tempranas están del todo desenvueltas, cuando su cuerpo enervado por males, golpes y heridas, no ha podido aun llegar á todo su crecimiento y desarrollo.

Yo, mi querido amigo, que no soy poeta como tú, estoy en un medio entre los extremos; y te confieso no me disgusta un poco mas de bienestar, aunque sea á costa de unas pocas antiguallas. En este punto no estoy de acuerdo con mi tio. Y no porque este sea poeta ni artista, como puedes inferir; sino por la razon natural de que nada de lo que es moderno puede gustar al que es antiguo; porque á los ochenta años, la costumbre todo lo ha arraigado; y á esa edad, (en que todo lo de aquí abajo es recuerdo, y nada es-

peranza), lo pasado es el todo. Mi tio anatematiza lo moderno en general, y en particular, á los abogados, diciendo que son sempiternos é incansables habladores, ambiciosos, que abandonan los sagrados deberes de su ministerio, por asuntos que no son, ni serán, ni deben ser de su incumbencia, puesto que el país no debe ser gobernado sino por hombres de grandes y arraigados caudales, que son los que tienen un verdadero interes en la paz y bienestar de aquel. A estos, por su posicion, les es imposible la ambicion, que es hoy dia el único y vil resorte y agente que mueve el alto poder de España, caido al suelo, y que se disputan una turba ansiosa, no para colocarlo en su alto y sagrado puesto, sino para pegar con él á sus competidores y arrancarles su oro. Cuidado, querido Paul, que esto lo dice mi tio, servilon de siete suelas, como aquí se dice: yo, por mí, estoy léjos de tal exageracion de ideas.

No obstante, mi fin no es hacerte una descripcion de Sevilla, que verás por tus ojos, y observarás mas imparcialmente que yo, que tan pronto me hallo conmovido por un recuerdo, y tan pronto enajenado por una útil y vistosa mejora.

Mi tio, que ha tiempo ha dejado de ejercer la abogacía, se ha retirado á una casita que ha labrado cerca de San Juan de Acre, en un barrio muy retirado. Esta casa, que ha arreglado con *amore* para acabar sus dias en ella, es, como él mismo lo dice, un *neceser* inglés; es decir, que encierra en poco espacio y en chico, todos los *comforts* ó comodidades de una habitacion de Sevilla.

El pequeño patio está enlosado de mármol; la cancela, labrada con mucho gusto. En medio murmulla una fuentecita, saliendo de la base de una pirámide del tamaño de un pilon de azúcar. Al rededor hay macetas, del tamaño de pocillos, con *pensamientos*, albahacas y resedá. Detras de la casa se halla un huerto grande, que es para mi tio su Eden, y para mi tia su arca de Noé. Una hermosa parra forma un emparrado que coge el frente de la casa. Mi tia hace unos sacos de malla, que su esposo arma con alambres, para cubrir con ellos los hermosos racimos de uva, y libertarlos

de los furiosos ataques de las encarnizadas abispas. De cuando en cuando se organizan exterminadoras cacerías, en las que tu amigo se ha visto precisado á tomar parte. Mi tio, el Nemrod de las abispas, abre la marcha llevando una caña de un largo exorbitante; mi tia le sigue con una vela encendida y provision de estopa. Un gallego ridículo cierra la marcha, llevando un enorme pison ó maza, por el estilo de la que se pone en manos de Hércules.

Llegados que son á algun racimillo, que no ha participado del honor del vestido de malla, y que, por consiguiente, se ve cubierto de un ejército enemigo y devastador, mi tio enciende en la vela un puñado de estopa afianzada en la caña; el racimo se ve, cual Sodoma, envuelto en lamas, y el suelo se cubre de cadáveres y moribundos enemigos. Entónces el farruco con su maza les cae encima, como Sanson sobre los filisteos, como Santiago sobre los moros: la mortandad es espantosa, y los héroes se retiran triunfantes á descansar sobre sus laureles.

En el huerto ves, aquí un cuadro de violetas, rodeado de coles, que parecen feísimos enanos custodiando princesas encantadas; allá magníficos naranjos, árbol aristocrático, con sus hojas de terciopelo y sus flores de armiño, bajo las cuales mi tia extiende esteras de palma, para recoger las flores que caen, y venderlas en la botica. Enormes moreras formarian una cueva sombría y fresca á la noria, si el farruco no tuviese órden de despojarlas de hojas para los gusanos de seda de mi tia. En la hermosa alberca, nadan pececitos colorados y amarillos, en amor y compaña con los rábanos y lechugas, que allí se refrescan para la hora de comer. Aquí verás un magnífico mirto, en el que canta un ruiseñor á duo con unos patos, que se asustaron al vernos llegar. Allí un laurel, sobre el cual silba un mirlo divinamente, miéntras que debajo del árbol, una gallina publica á voces que ha puesto un huevo para la cena de mi tio.

Cuando veo estos contrastes reunidos, no puedo ménos de sonreir, pensando que describiéndote esta habitacion, acaso te habria descrito á la actual Sevilla mejor que lo habia hecho al principiar mi carta.

Mi tio come á las dos, y hasta las cuatro duerme la siesta: á las cinco voy á verle, y me quedo allá hasta la hora del paseo. Le hago hablar cuanto puedo. Felizmente, el placer de contar, tan general en la edad avanzada, la necesidad de actividad de cabeza, la locuacidad que requiere todo abogado, le hacen no pararse en el interes vivo y minucioso con el cual le escucho y pregunto. Su memoria es tan fiel y exacta; cuenta con tanto fuego y escrupulosidad, que yo seguramente olvidaria, al escucharle, el paseo, á no ser .... ¿porqué no decírtelo, mi querido amigo? ¿porqué no te he de confesar que porque en el paseo veo á Casta, es por lo que no puedo dejar de concurrir á él? No puedes creer el bien que le han hecho el viaje y la estada en Sevilla. Su palidez enfermiza ha desaparecido; es elegante, graciosa: aquí ha llamado la atencion de todos, y no se habla sino de la linda madrileña.

Me han llevado á casa del administrador de *** en donde se reune una numerosa tertulia; se juega, se canta, se baila pero sobre todo .... ella concurre allí! ...

Por desgracia, ahí encontré tambien á nuestro compañero de viaje Don Judas Tadeo: parece que tiene aquí algunos negocios, por lo cual debe aun permanecer unos dias. Este ente insufrible persigue á la pobre Casta, que no sabe cómo verse libre de él.

Al pasar por el café del Turco, vi á Pedro de Torres predicando sus doctrinas demagógicas, haciendo prosélitos, y pagando el gasto á todos los pillos que le rodean.

He visto en casa de la marquesa de *** al general Peñafiel y su hijo, festejados, obsequiados, y tratados con un respeto y alta consideracion, que causarian envidia á todos los magnates del poder. Me alegré aunque no soy de su opinion; porque nada hace mas bien al corazon, que los homenajes rendidos á la desgracia: es la mas bella y noble de las oposiciones.

CARTA TERCERA.

El mismo al mismo.

Muy grato me ha sido, querido Paul, el placer que me dices te ha causado mi carta; añades estar impaciente por recibir otra, en que empiece por fin á referirte los recuerdos de mi tio. Así, sin mas preámbulo, empezaré la tarea prometida.

Antes de ayer, habiendo caido la conversacion sobre la dicha y la desgracia, mi tio me dijo:

Es singular cómo la desgracia se encarniza sobre ciertas familias, y las persigue de generacion en generacion. ¿Es acaso alguna culpa de un antepasado, que pesa sobre su descendencia? ¿Es predestinacion, es fatalidad? Defínelo como cristiano ó como pagano; ello es que la cosa existe. He conocido desde mi primera juventud una familia marcada con este incomprensible sello de desgracia; he sido testigo, y á veces actor, en ese prolongado drama. Y conservo un recuerdo tan doloroso, una impresion tan destrozadora, que evito cuanto puedo pensar en ella.

Comprenderás, Paul, que hice á mi tio las mas vivas instancias para que me comunicase esa historia de tan transcendental infortunio.

Instábale de tal suerte, que no me fué difícil lograr vencer su repugnancia, y decidirle á complacerme. En cuanto á mí, estaba tan contento de hallar la ocasion de cumplirte mi oferta, que mi tio debió agradecer el extraordinario interes con que me puse á escucharle.

Yo era muy jóven, — así empezó mi tio, — apénas tendria veinte años, cuando mi padre, que era amigo de cacerías, me llevó consigo á Dos Hermanas, pueblecito, que como sabes, está á dos leguas de aquí. Fuimos á parar á la hacienda de uno de sus amigos, y me envió al punto á avisar á un cazador de profesion, que los acompañaba siempre, y dirigia la cacería.

Yo conocia mucho á aquel hombre, porque venia muy á

menudo á casa, en Sevilla, con su mujer, á la que mi madre queria mucho.

Tio Antonio Ortega, era un hombrecito flaco, que hablaba poco, se movia con despacio, pero era incansable y hacia ocho leguas en un dia sin cansarse. Se notaba en él una especie de paralizacion moral y física, que formaban el mas vivo contraste con la viveza, la petulancia y la locuacidad de su mujer. Tia Juana era pequeña y delgada, y tenia el corazon de una tórtola, y el entendimiento y agudeza de un estudiante; siempre alegre y festiva, siempre de broma, todos la buscaban y la querian. Eran las gentes mejores que se puede dar; honrados, generosos, de nobles y cristianos sentimientos. Jamas, en la larga serie de años que los traté, se desmintieron ni una sola vez estas virtudes. Pero prosigamos; que ya aprenderás á conocerlos en el discurso de mi relato.

Cuando llegué á casa del tio Antonio, hallé en el umbral de la puerta á una jóven. Estaba linda en una mantilla de bayeta amarilla, guarnecida con una cintita de terciopelo negro, que llevaban entónces las mujeres en lugar del pañolon que llevan hoy dia.

Esta mantilla la tapaba de modo que solo se veian su frente y sus ojos, negros como el terciopelo de su mantilla: estaba apoyada contra el quicio de la puerta. Sus piés pequeños y bien calzados, estaban cruzados, de modo que el uno tocaba el suelo tan solo con la punta. Escondia sus brazos debajo de la mantilla para abrigarlos.

Esta postura le daba un airecito desvergonzado y altanero, bastante general en las mujeres españolas.

Cuando llegué, no se movió, no dijo una palabra; no hizo sino echarme con sus ojos negros una mirada tan poderosa y altiva, que hubiese causado envidia á una reina absoluta.

— ¿Vuestro padre? la dije.

— No está aquí.

— ¿Dónde está?

— No sé.

— ¿Cuándo vendrá?

— No sé.

— Tengo que hablarle.

— Búsquele Vd.

— ¿Y dónde le busco?

— Qué sé yo.

— Mire Vd., la dije picado de su desabrimiento, que yo no vengo á pedirle nada.

— Es que no está ahí ni para los que traen, ni para los que llevan.

Le volví la espalda é iba á alejarme, cuando llegó su madre. Tia Juana era el reverso de la medalla de su hija. Jamas vi una mujer mas naturalmente amable, agasajadora, amiga de servir y complacer.

— Bien venido, D. Justito, me gritó desde que pude verla. ¿Su señor padre ha llegado? ¿Van Vds. mañana de cacería? ¡Dios mio, y Antonio aun no ha vuelto! Iba léjos el pobrecillo; iba al rio en busca de gallinetas; pero no puede tardar. Entre Vd., entre Vd., descanse Vd. — Anica, ¿porqué no hiciste que entrase este señor, y se sentase?

Mas cuando su madre se volvió, Anica habia desaparecido.

Tia Juana se quedó suspensa, volviendo la cabeza á derecha é izquierda, y dijo á media voz:

— ¡Vaya con la política!! Pero eso es ese diablo de Serrano, que la oprime siete veces mas que pudiera hacerlo la regla de un convento.

— ¿Qué Serrano, tia Juana?

— Su novio, su novio, D. Justo. ¡Mal haya su pelo! que es mas celoso que Mahoma.

— ¿Se va á casar?

— Ellos quieren casarse; pero su padre no quiere, ni yo tampoco.

— ¿Y porqué?

— Porque se la quiere llevar á Zahara, á la Sierra de Ronda, y no queremos separarnos de ella.

— Pero esa no es razon, tia Juana, para impedirles que se casen, si se quieren. ¿No hay otra?

— No señor. El es un muchacho bueno, jóven, de buen parecer, de buena gente, que está acomodadito. No tiene un pero.

— Pues entónces, tia Juana, no hay nada qué decir.

— Hay que decir, repuso la tia Juana, que su padre no quiere; y que tio Antonio, que parece una luz á medio apagar, en diciendo que no, es mas terco que un mulo.

— ¡Tia Juana! Tio Antonio perderá el pleito.

— Ya se lo he dicho; ¿sabe Vd. lo que me contesta? que le doy alas á la niña. Mas ahí está! Entra, entra aprisa, Antonio; que parace que te vienen apretando los zapatos. ¡Suelta, anda! ¡qué *paverío*! á tí te ha de ahogar una viveza; te lo tengo dicho. Aquí está D. Justio; mira ¡seis gallinetas! . . . . ¡qué hermosura! Aquí las tiene Vd.; se las llevará Vd. para cenar, D. Justito.» —

En este instante, amigo mio, y cuando mas interesado estaba con los dos buenos esposos y su picante hija, la puerta se abrió, y vimos entrar, — adivina á quién: á D. Judas Tadeo Barbo. No puedo decirte hasta qué punto me incomodó su visita.

Mi tio le recibió como á un conocido antiguo pero con un poco de esa sequedad que da el deseo de acortar la entrevista con una persona majadera por naturaleza, y grosera sin saberlo.

— ¡Cuánto siento, D. Justo, dijo, que haya Vd. cerrado su bufete! no hallo abogado que me llene; y así vengo á pedir á Vd. un consejo como amigo.

— Estoy á vuestro mandato, contestó mi tio.

— Sabrá Vd., pues, amigo y dueño, prosiguió Don Judas, que hay en Jerez un farsante, jugador, derrochador, republicano, malísima cabeza, que me ha tomado á mí por blanco de sus pesadas chanzas. He querido pagarle en la misma moneda; pero como todos los pilluelos están de su banda, siempre quedo debajo; y ha logrado hacerme objeto de risa para todos.

— Pero, señor D. Judas, contestó mi tio, ¿qué quiere Vd. que yo le haga á eso? No puedo sino aconsejarle que no dé importancia á esas majaderías.

— ¡Que no les dé importancia! repuso D. Judas, aguarde Vd., aguarde Vd. que se las cuente. Vd. verá; y si sus ochenta otoños no han helado la sangre de sus venas, veremos si piensa que no tienen importancia.

Debo advertir á Vd. que me han dado la cruz de Carlos III. El otro dia, domingo, salgo todo vestido de nuevo, y llevando mi cruz; entro en el café; por desgracia, la primera persona que me echo á la vista, es él. ¡El! ¡Ese Pedro de Torres que Dios confunda! — ¿Qué es eso? me gritó desde que me vió. ¿Qué es eso? apreciable paisano, D. Judas Tadeo y no Iscariote? — (¡siempre me llama así!) — ¿Desde cuándo tiene Vd. la pretension de hacer de su abdómen un calvario?

Yo temblaba de rabia y de miedo de que me fuese á hacer en público una escena á su manera; pero por no parecer intimidado, le contesté:

— Desde que el diablo me persigue.

— ¿Está Vd. aun con supersticiones? ¡No le faltaba sino ese perfil á su estupidez! Pero digo á Vd. que nos participe las razones que ha hecho valer para obtener esa cruz de *mérito*.

— No tengo, respondí, que darle á nadie cuenta de mis méritos. Pero Vd. que ha estado en Francia, deberia saber que S. M. Luis Felipe da cruces á los criadores y engordadores de ganado. Y siendo Vd. de Jerez, no deberia ignorar que yo soy el primer criador de ganados, y que mis toros .... mis potros .....

— ¡Ah! ¡Eh! ¡Ih! Oh! ¡Uh! replicó, haciendo en cada exclamacion una mueca, la una mas horrible que la otra. ¿Y danse tambien cruces á los que crian y engordan los mejores pavos? En ese caso reclamaria una para mi capataza. ¡Oh Cárlos III.! ¡Gran zoquete de rey! ¡Si supieses á dónde ha venido á parar tu condecoracion! ¡Nene! ¡Nene! ¡Daca el juguetillo, que lo veamos!

— Déjeme Vd. en paz, le dije furioso. No estamos todavía en vuesto *falansterno*, donde todos son iguales; estamos en donde un hombre que el gobierno premia, vale y supone mas que otro á quien destierra, (pues debe Vd. saber que él ha sido desterrado de Madrid). Me lisonjeaba de haberle picado y herido; pero me engañé, porque me respondió con su maldita flema y su gran fachenda:

— Mi destierro, respetable condecorado, es mas honorífico

que vuestra ridícula cruz, que os pone en el número de los hombres serviles, vanos, bajos y dependientes.

— ¡Servil! ¡dependiente yo! exclamé fuera de mí, yo, que poseo un millon de duros! Vd. que cacarea mas que un gallo, ¿sabe Vd. lo que he hecho yo? Yo, Judas Tadeo Barbo, que no ha tenido ningun abuelo matado por moros; yo, que no ando metiendo pergaminos por los ojos á nadie; yo, que no miro por cima del hombro á nadie, sino al que debe y no paga? Pues sepa Vd., señor independiente, que cuando el Rey Fernando VII. estuvo en Jerez en el año 23, le hablaron de un caballo que yo tenia, y que era por cierto el mejor de Andalucía: quiso verlo y le gustó. ¿No le habia de gustar? Me lo dijeron, con idea de que se lo ofreciese; pero yo le mandé á decir al rey, al rey absoluto con su corona puesta, que el caballo estaba muy para servir á su amo. Eso he hecho yo, ¡yo! ¿Lo haria Vd. con toda su arrogancia?

— No; me respondió el insolente, no; porque para hacerlo, es preciso haber nacido gañan, y yo nací caballero.»

Difícil me seria, Paul, pintarte la impresion que este rasgo bajo, grosero é insolente de D. Judas, hizo en mi tio, anciano, criado en todos los sentimientos monárquicos, generosos, corteses y caballerosos de la vieja España. Hizo un gesto de impaciencia, y dijo:

— Pero, señor D. Judas, ¿qué puedo yo hacer en todo eso? ¿En qué pueden mis consejos seros de utilidad? ¿Las leyes, qué tienen que ver con esa ensarta de chanzas pesadas é insolencias mutuas?

— Lo que va referido, contestó D. Judas, no es sino el preámbulo; ahora sabrá Vd. lo esencial. Ha pocos dias estaba yo en la ópera; representaban la Somnámbula; y el sueño se me pegó. Eché un sueñecillo, y me desperté al oir una risa general: abro los ojos; el telon estaba echado; me levanto; la risa aumentaba. Pero ... ¿qué es lo que hay? pregunté á mi vecino, que era persona formal. — Llévese Vd. la mano á la cabeza, me contestó. Me apresuro á hacerlo: ¿qué es lo que hallo? un tremendo gorro de grana-

dero, de papel. ¡D. Justo! ..... Tenia escrito con grandes letras:

«JUDAS TADEO, Y NO ISCARIOTE,
«RECOMPENSADO POR EL DIFUNTO CARLOS III.,
«POR LA HERMOSURA DE SUS BUEYES Y DE SUS BURROS.»

Y á esto, oia la risa grave en el patio, solapada en los palcos, ruidosa en los segundos, y chillona en la cazuela. Ahora, figúrese Vd. mi vergüenza y mi furor! Cogí el maldito gorro, y me fuí al palco de la autoridad á quejarme al alcalde. ¡Fué en vano! Al impertinente alcalde poco le faltaba para reirse en mis barbas! Pero estoy decidido, aunque me cueste dos ó tres talegas, á que se me haga justicia por via de los tribunales; y vengo á pedir á Vd. que me dirija en este asunto.

— Don Judas, dijo mi tio, busque Vd. un abogado mas avezado y mas jóven que yo, que tenga mas nervio y mas conocimientos. Yo por mí solo puedo aconsejar á Vd. que olvide lo pasado, y no se exponga mas en lo succesivo.

— ¡Bonito consejo! exclamó D. Judas: se ha puesto Vd. muy viejo, D. Justo; y ha hecho Vd. bien en serrar su bufete. ¿Con que me manda Vd. á paseo, como ese zoquete de alcalde moderado lo hizo, seguramente por miedo de meterse con un republicano? ¡Alcalde de chichinabo! Moderado por fin! Porque moderados, exaltados, republicanos y carlinos, tan buenos son unos como otros, y pueden arder en una hoguera. ¡Por eso es que yo no tengo opiniones ni principios! De ello me vanaglorío.

— Os he indicado, dijo mi tio, el único medio razonable que veo para un hombre de edad, de contrarestar las vejaciones de un jóven de poco seso.

— Entónces, repuso D. Judas, ya sé lo que me queda que hacer; y es cortarle el pico y las garras á ese ave de rapiña. Yo le aseguro que no se ha de divertir mas con el hijo de mi madre. Y para volverme de esta suerte ¿valia la pena, añadió cogiendo su sombrero, de venir á buscar á Vd. aquí, donde Cristo dió las tres voces, y donde se ha metido Vd. á vegetar con sus coles?

CARTA CUARTA.

Del mismo al mismo.

¡Cuánto siento, amigo mio, que la interrupcion que causó D. Judas te haya impacientado y aburrido!

Lo mismo me sucedió á mí; pero yo te cuento las cosas tal como van pasando. Ya que les has tomado cariño y tienes interes por nuestros amigos de Dos Hermanas, proseguiré en la relacion que mi tio me hizo al siguiente dia:

»Un año habia pasado desde la cacería de que te hablé, cuando vi entrar un dia en el estudio de mi padre á la tia Juana y su marido; estaban de luto rigoroso.

La pobre mujer echó á llorar amargamente, miéntras su pobre marido bajaba la cabeza para ocultar sus lágrimas.

— ¿Qué ese so? dijo mi padre levantándose, y yendo al encuentro del afligido matrimonio.

— ¡Qué! dijo la tia Juana, ¿no sabe Vd.?

— No; ¿el qué? pero vengan Vds., (dijo mi padre, para sustraerlos á la curiosidad de los pasantes), y se los llevó á los cuartos de mi madre: yo le seguí.

Cuando mi madre hubo hecho beber agua á la pobre mujer, y se hubo calmado algun tanto el acceso de dolor que la sofocaba, nos hizo la relacion siguiente, mil veces interrumpida por sus lágrimas y sollozos.

— Hay un año que mi hija, habiendo por fin logrado el consentimiento de su padre, se casó con su novio, que se la llevó á Zahara.

Sabíamos á menudo de ellos; vivian felices hasta no mas; prosperaban, habian puesto una tiendecita, que mi yerno abastecia, trayendo en sus viajes de retorno cuando iba á Sevilla, todo lo necesario. Mi pobre Anica se hallaba en meses mayores. Un dia, estando sentada cosiendo la canastilla detras de su mostrador, vió entrar en la tienda un mendigo forastero. Era horroroso. ¡Ay, señor! ¡me lo han descrito tantas veces, que os lo podria dibujar! Era alto; sus cabellos ásperos como crines, se erizaban en su cabeza, como cer-

das de jabalí. Sus ojos hundidos y su nariz aplastada, daban á su cara el aspecto de una calavera. Llevaba un tosco sayal hecho jirones, y atado á su cuello desnudo por un hilo acarreto. Sus piernas rojas é hinchadas, estaban envueltas en trapos manchados de sangre. Al llegar frente de mi hija, se paró, abrió la boca cuanto pudo, formando al mismo tiempo una especie de rugido hueco é inarticulado; entónces se pudo ver que no tenia lengua. ¿De qué manera ó por qué accidente habia sido privado de ella? esto es lo que nunca se ha podido saber. ¿Fué una operacion que un cáncer hizo necesaria? ¿Fué qué siendo soldado una bala se la partió? ¿Era un castigo? ¿Era una venganza? ¡Dios lo sabe!

Mi hija, á su vista, se sobrecogió tanto, que quedó aterrada; pero, habiendo repetido el pobre su rugido lastimero, Anica se levantó precipitadamente, entró en la trastienda, en donde abrió con priesa y ruidosamente un cajon en que guardaba el dinero que hacia en su tienda, tomó una moneda, y volvióse á la tienda para dársela al mendigo; pero este habia desaparecido.

Mi hija extrañó ese repentino desaparecer; abrió la puertecita del mostrador, y salió á la puerta de la calle; pero por mas que miró, no vió al pobre. — Parece que se lo ha tragado la tierra, pensó; pero quizas habrá entrado en casa de alguna vecina. —

Volvióse á su sitio y se sentó; pero séase que la vista de aquel hombre fuese realmente aterradora, ó séase efecto de su estado de preñez, el horrible aspecto del pobre la persiguió como una horrible vision.

Pasó el dia agitada y calenturienta, repitiendo sin cesar: — Pero Dios mio, ¿por dónde se desapareció ese hombre?

A la noche entró su marido. Jamas seguramente en su vida se halló mas feliz, viendo á su lado á un jóven tan hermoso y tan fuerte, que con una mano paraba á un mulo reacio y asombradizo, y con la otra sostenia su carga de diez arrobas.

La casa tenia otra puerta cerca de la principal, por la que entraban las bestias; las que, siguiendo un corredor ó

callejon largo y angosto, llegaban al corral de la casa, donde se hallaban las cuadras.

En la trastienda, que era tambien cocina, habia una escalerita de ladrillo que llevaba al *soberado*.

Este estaba partido en dos; una parte era la alcoba en que dormia el matrimonio; la otra, un granero.

Cuando mi yerno hubo dado el pienso á sus mulos, los esposos se pusieron á cenar; pero la cena, por la regular tan alegre, fué triste.

Mi pobre hija no pensaba, no hablaba sino del mendigo. Estaba tan atemorizada, que á cualquier ruido se estremecia, y miraba por todas partes con ojos despavoridos, estrechándose contra su marido.

— Anica, tú estás loca, le dijo este riéndose; ¿es este el primer pobre feo, mudo y *jarapastroso* que has visto en tu vida? Ese pobre podrá servir para meter miedo á tu niño cuando nazca; pero que asuste á una mujer de razon, eso parece mentira.

— Es, respondia mi hija, que se desapareció como una vision.

— Desapareció á tus ojos. Claro está que entraria en alguna casa vecina, ó que se echó á descansar en algun zaguan. Vamos á acostarnos, mujer; mañana ya no te acordarás de ese infeliz.

Subieron y se acostaron. Mi yerno, cansado, no tardó en dormirse.

Desde que mi hija aguardaba su parto, dejaba una mariposa encendida sobre una mesa que estaba cerca de la puerta. La infeliz no podia dormir. Rezaba todos sus rezos; los acababa y volvia á empezar; porque tenia ante sus ojos al pobre, y en sus oidos su ronco graznido.

Así pasó tres horas. En el pueblo reinaba el mas profundo silencio, pues en los pueblos de campo el trabajo del dia prepara profundo reposo de noche.

— El gallo no canta, pensó Anica, y deben de ser ya las doce. ¡Cuándo, Dios mio, vendrá el dia, como un amigo querido y largo tiempo esperado! ¡Cuándo saldrá el sol de Dios!

A poco, le pareció oir un leve ruido á la puerta; su corazon saltó como una mina. Se estrechó á su marido, clavando los dedos en su brazo con fuerza convulsiva.

Mi yerno, que esta opresion lastimó, se quejó entre sueños, y se volvió hácia la puerta sin despertar.

En este momento se abrió esta poco á poco y sin ruido. Y mi hija, á quien petrificaba el asombro, vió asomarse la horrorosa cabeza del mendigo, el que miró con despacio el cuarto, fijó la cama, y apagó la luz de un soplo.

Mi hija oyó pasos acercarse. El instinto de la conservacion se despertó en ella en aquel instante fuerte y enérgico. Se dejó resbalar de la cama al suelo, y arrastrándose como una culebra, se fué hácia la puerta. Oyó un golpe. ¡Vírgen Santísima! ¡aquel golpe era el de un puñal, que atravesaba el pecho á su marido! Cayó de cara contra el suelo con un hondo gemido. El asesino la oyó, y dió un paso hácia ella; pero en este instante, mi desgraciado yerno, en las fatigas de la agonía, se echó fuera de la cama, gritando: ¡Jesus me valga! ¡Soy muerto!

Aquí la desgraciada madre no pudo seguir; los sollozos la ahogaban. Tio Antonio se tapaba la cara con su ancho sombrero. Mi madre lloraba á lágrima viva, y mi padre y yo no estábamos ménos conmovidos!

— ¡Oh! ¡qué infame! ¡qué inicuo! exclamó mi tio. ¿No hubiera podido robarlos sin asesinarlos?

— Por desgracia, respondió la pobre madre, se habian traido el dinero á su cuarto, y mi yerno no era hombre de dejarse robar fácilmente. El monstruo, prosiguió, se dirigió hácia su víctima, y la volvió á echar sobre la cama. Mi hija pudo entónces llegar á la puerta, se precipitó por la escalera, corrió á la calle dando gritos desesperados, y vino á caer moribunda sobre el umbral de la puerta de una vecina.

Al oir sus voces desesperadas, los hombres del lugar se levantaron, y salieron armados de cuanto á mano hallaron; chivatas, escopetas, hoces, garrotes ó cuchillos. Así pudieron apoderarse del foragido, que reiterando su graznido, ya no lastimero, sino furioso y amenazador, blandía el puñal, por el que chorreaba la sangre caliente aun de su víctima.

Entretanto, mi desgraciada hija, en el delirio de una calentura mortal, entre convulsiones y ademanes desesperados de dolor, espiraba, dando á luz dos ángeles, que han entrado bajo terribles auspicios en este valle de lágrimas!»

El dolor de la infeliz redobló al concluir su cruel relato, miéntras que la consternacion que habia producido en nosotros, helaba sobre nuestros labios toda palabra de consuelo.

— Señores, dijo al fin la pobre madre, yo abuso de vuestra piedad, haciendo tan larga una relacion tan triste. Voy á decir el motivo que nos trae á molestar á Vd., con pedirle un favor.

El inicuo facineroso fué llevado á Ronda, en donde se le sigue su causa. Hace dos dias, se presentó en casa una mujer; esta mujer era la suya.

— ¿Del asesino, del malvado? preguntó mi padre.

— Sí, señor. Venia á pedirnos un auto puesto por un abogado y firmado de tres escribanos, en el que constase nuestro perdon. Lo necesita para la defensa de su marido.

— ¿Y Vd. quiere? ..... dijo mi padre.

— Que nos haga Vd. el favor de extenderle, repuso la tia Juana.

— ¿Y Vd. concede el perdon, tio Antonio? preguntó mi padre, volviéndose al anciano.

— ¿Y qué, señor, contestó el tio Antonio; es acaso el perdon cosa que se niega?

— Y si no, añadió la tia Juana, ¿con qué boca le diríamos á Dios todos los dias: «perdónanos, así como nosotros perdonamos?»

CARTA QUINTA.

Del mismo al mismo.

Me vi forzado, querido y buen amigo, á concluir de trompon mi carta anterior. Me alegro que te haya interesado, y tambien prevenido en favor de nuestra tia Juana y su marido.

Tienes razon en decir que los modernos filántropos se revuelcan voluntariamente en el fango de la sociedad, para buscar en este fango y ostentar á la vista del público, todos los vicios, aun los mas ocultos, que por respeto á la dignidad social deberian cubrirse con un velo; miéntras que si, por casualidad, pintan la virtud, es para hacerla víctima del vicio. Acaso piensan hacer un bien á la sociedad, con esta nomenclatura de vicios, bajezas, picardías é infamias! Es difícil el comprenderlo. Pero es sobre todo una injusticia. Se puede afirmar sin temor de equivocarse, que hay mas bien y mas virtudes ocultas, que maldades y vicios; por la sencilla razon de que el mal hace ruido, y el bien no lo hace. Dá de comer á un infeliz que se muere de hambre: nadie lo sabrá. Pero que este mismo te robe á la puerta de tu casa: ese hecho será pábulo de conversacion para toda la sociedad; y no contento con eso, vendrá á lucir entra las *noticias interesantes* de un papel público.

Si hubiese tribunales para recompensar el bien, como los hay para castigar el mal, estarian seguramente mas ocupados que los otros. Goethe, que no era por cierto demasiado optimista, lo ha dicho: «¿A qué andas buscando el bien cuando tan cerca lo tienes? *Quiere hallarlo, y lo hallarás.*»

La triste historia que mi tio me contó, llenó toda mi carta anterior, y nada pude añadirte de mis propios asuntos.

Reclamo mi parte en tu interes, sobre todo ahora que padezco, y siento necesidad de desahogar mi corazon en el de un amigo. Mi querido Paul, yo he sido en un dia el mas feliz, á la par que el mas desgraciado de los hombres.

Pero para enterarte bien de todo, te contaré una *gira* á que hemos concurrido todos los contertulianos.

Una gira es lo que Vds. denominan por la voz inglesa *pic-nic*; banquete, al cual cada uno contribuye con su plato.

Esta clase de diversion me disgusta á lo sumo; aunque por eso me llames puritano en placeres, como sueles hacerlo.

Se decidió que iríamos un domingo embarcados á San Juan de Alfarache, un lugar pequeñito al borde del rio, cerca de aquí.

Salímos ayer, domingo, á las diez de la mañana. Me hallaba en el mismo barco con Casta y su madre: era el último. Apénas nos habíamos alejado de la orilla, cuando vimos llegar á D. Judas, todo sofocado, llamándonos, y graznando como un cuervo. Tuvimos que volvernos atras para que entrase en la lancha.

— El caso es, gritaba, que soy, como Vds. saben, el encargado de los dulces. El confitero no sabia cómo enviarlos á San Juan, y he tenido yo mismo que correr con eso. Ea, ya estamos todos. — Rema, animal anfibio. ¿No se dice así, fiscal? Mira, si llega otro atrasado como yo, hazte el sordo; ¿oyes, trasero embreado? Buenos dias, señores. Castita, á los piés de Vd. ¿No puede Vd. hacerme un ladito?

— Lo siento, respondió Casta; pero ya ve Vd. que no hay sitio.

Es de advertir que Casta estaba sentada entre su madre y tu amigo.

— Ya veo! ¡ya veo! dijo D. Judas. ¡La plaza está cercada! Por un lado la defienden; por el otro la atacan. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! me pondré al frente, y formaré el cuerpo de observacion.

Yo estaba volado; ¿pero qué habia de hacer? De buena gana hubiera zambullido en el rio al insolente!

Al llegar, hallámos los muchachos encargados de recibirnos y llevarnos á la casa que se habia preparado. Era chica; pero tenia un buen comedor abajo; arriba, una sala bonita con una azotea y vistas al rio, de las mas bellas del mundo. ¡Ahí está Sevilla! exclamé, cuyo nombre solo conmueve al

poeta, al historiador, al artista. Sevilla, que con su vestido moruno, y coronada de su grandiosa y sublime catedral, parece una hermosa sultana convertida! ¡Sevilla, que se dora con sus recuerdos, y se perfuma con sus naranjos!

Uno de los jóvenes que me oyó, me dijo:

— Y pronto, solo recuerdos le quedarán; porque el moderno vandalismo va destruyendo todas sus antigüedades, y borrando su fisonomía. Han quitado la *Cruz de la Tinaja* en la Alameda vieja....

— Buen disfraz era! dijo D. Judas; hicieron bien.

— ¿Usted ignora que era un monumento histórico del tiempo de D. Pedro el Cruel, repuso el jóven, y que estos son sagrados en todos los países? Han quitado, bajo diferentes pretextos, la magnífica cruz de la Cerrajería, el arco fenicio de cerca del Alcázar, etc. etc.

— ¡Bien hecho! ¡bien hecho! dijo D. Judas, eso es arrancarla las canas.

El jóven alzó los hombros, y prosiguió mirando á Sevilla:

— ¡Pobre matrona, reina de dos mundos en tu dia, y gloria de España! Te cayó la maldicion de la gitana, á tí, madre de héroes: «en poder de chiquillos te veas!» — ¡Sí! de noche gimes con tus ruiseñores, suspiras con tus auras, y lloras con tus fuentes.

— ¿Que llora Sevilla? exclamó D. Judas. ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! sí, por sus husillos; ¡ha! ¡ha! ¡ha!

— No tiene Vd. precio para poeta, dijo Casta, volviéndole la espalda.

— ¿Qué es poesía? dijo D. Judas: doy cuatro cuartos al que me lo explique. Lo mismo es esa palabra meliflua que el ave Fénix, de quien todos hablan, como dice la copla, y nadie lo ha visto.

El calor se hacia sentir; las señoras entraron en la sala, se quitaron sus velos de tul negro, y se pusieron flores en las cabezas. Casta se retorció por su rodete una rama de yedra, entretegida con rositas punzó. ¡Ay Paul, qué bonita estaba!

Formaron partidas de tresillo y de ajedrez. Don Judas

se puso á hacer una multitud de suertes para divertir á la gente moza. Casta se salió y se sentó en un banco de ladrillo, que estaba en la azotea á la sombra. Sobre este banco estaba una señora de edad, que hablaba sobre un asunto que parecia interesarle mucho, con el administrador. Me senté junto á Casta. En este feliz momento parecíamos separados y olvidados del universo entero.

¡Qué magnífica vista! le dije, ¡qué delicioso es San Juan! ¿No os parece, Casta, que tiene sus flores para perfumar, sus ruiseñores para cantar, y su cielo para sonreir á un amor mutuo? Pero todo lo que nos rodea y ensancha el ánimo, si bien debe exaltar la felicidad, debe igualmente acerbar los dolores del que padece.

— ¿Para qué, respondió Casta, pensar en goces exaltados, ni en dolores acerbos? ¿No es preferible dejar correr la vida tranquila como ese rio?

— Si en ello pienso, Casta, la contesté, es porque para mí no hay alternativa, y porque no me levantaré de aquí, sin ser el mas feliz ó el mas desgraciado de los hombres.

Se sonrió, deshojó una rosa de pasion que tenia en la mano, gustó la miel que tenia, y me dijo:

— Déme Vd. un duro.

— ¡Un duro! dije dándoselo, ¿para qué?

— Vamos á jugar la suerte de Vd. á cara y cruz.

— ¡Casta! ¡Casta! exclamé, ¿así se hace Vd. la desentendida? ¿Es acaso para no herirme con un desprecio, y desesperarme con un no?

— ¿Que sí, ni que no? preguntó con una maliciosa y graciosa sonrisa.

— ¿Ahora estamos ahí? exclamé exasperado y levantándome.

Me detuvo por un ramo de lilas que yo tenia en la mano.

— ¿Temeis un no de mi madre? me dijo; haceis mal. Mi pobre madre no es interesada.

— Poco me faltó para caer de rodillas ante ella. Esas dos palabras, tan buenas, tan sencillas, tan naturales, habian, por decirlo así, fijado y aclarado nuestra situacion. Sin ha-

llar palabras para contestarle, llevé á mi bóca y besé el ramo de lilas que ella habia tocado; y que me habia detenido á su lado.

Figúrate, amigo mio, una *sala* de ópera, en la cual en una abstraccion completa, el público escucha alguno de los divinos trozos de Rossini; y que en medio de esta celestial armonía, se desplome el techo del edificio con estrépito: lo que ese público debió sentir lo sentí yo, cuando de repente oí cerca de mí la voz ronca de D. Judas que decia:

— Pero, señores, ¿dónde está metida Castita? Se ha perdido de ver todas mis suertes. Saque Vd. un naipe, Castita .... mírelo Vd..... vuélvalo á meter en el juego, y baraje aunque sea hasta mañana, que yo lo reconoceré entre todos, tan solo por haberlo tocado esos deditos. Por lo que toca á usted, amigo fiscal, abandonad el puesto; que viene el relevo .... embargo á Castita. Ya la requebró usted bastante en la lancha .... á cada uno su vez. Soy viejo; pero los ojos son siempre niños.

— Vaya, D. Judas, dijo el administrador, contentísimo de zafarse de las plegarias de la anciana señora; no sea Vd. como el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer.

— No viene al caso vuesto refran, señor Administrador, respondió D. Judas; pero sí el que dice que «á gato viejo, rata tierna.»

Uno de los jóvenes encargados en la comida, llamó á D. Judas, y le dijo: nos vamos á poner á la mesa, y el mayordomo me acaba de decir que los dulces y tortas no han llegado.

— No tengas cuidado, contestó D. Judas con arrogante entereza; pongámonos á comer, cuanto ántes mejor; que los dulces no faltarán á su debido tiempo.

Nos pusimos á la mesa. De cuando en cuando echaba D. Judas por la ventana una mirada á hurtadillas, pero como el camino que se veia estaba solo, murmuraba entre dientes: ¡malditos gallegos!

La comida se acercaba á su fin; ya traian la fruta, cuando se oyó un grande estrépito á la puerta de la calle.

— ¿Sois vos gallegos, malditos, tortugas del demonio? gritó D. Judas.

— Sí señur ..... sí señur .... respondieron cuatro voces de gallegos con su tan sabido acento.

— Entrad, pues, por todos los santos del cielo! autómatas estúpidos .....

Un gallego, negro de colorado y chorreando sudor, metió su gran cabeza con su gorro de lana colorado, por la puerta entrabierta, y dijo: Señur, es que lu que trallemus non puede entrare pur la puerta.

D. Judas se levantó consternado. Todo el mundo hizo lo mismo; unos corrieron hácia la puerta, y otros se asomaron á la ventana.

Ruidosas y alegres carcajadas formaron un coro general, entre medio de las cuales se oia la voz de D. Judas, disputando con los gallegos, y haciendo esfuerzos por ver si podia colar por la puerta una torta monstruosa, un promontorio de dulces, que merece una descripcion particular, puesto que no se puede uno formar idea de ella sino habiéndola visto. Cinco ó seis tortas de diferentes pastas y diferentes tamaños, estaban sobrepuestas unas á otras, formando una pirámide, que concluia por un piñonate; que á su vez era coronado por una figurita bastante grotesca, que creo representaba á la Victoria, y que en una mano tenia una bandera, y en la otra un enorme corazon de azúcar color de rosa, atravesado por una flecha disforme, cuyas plumas habrian salido de la cola de una gallina del confitero.

Sobre los escalones ó gradas, que iban formando las tortas á medida que se iban achicando, habia ido colocando el confitero muestras de cuanto su tienda contenia. La mayor la rodeaba una orla de canarios de tamaño natural, rellenos de anises. Frutas de todas especies, adornadas de sus hojas hechas de papel; pastillas de todas clases; yemas compuestas de mil maneras; botellitas de azúcar transparente llenas de licores de diferentes colores; frutas encarameladas; canastillos de alfeñique llenos de anises y grageas; mazapan; merengues, innumerables especies de golosinas se aglomeraban como un ejército en un castillo. El todo, adornado de ban-

deritas, de arcos y flores contrahechas, de hechuras y colores incalificables. Esta pirámide de Egipto no habia hallado ni plato ni batea proporcionados á su tamaño. Así, habia sido colocada sobre unas tablas, debajo de las cuales pasaban fuertes sogas, que las suspendian á las palancas de los gallegos.

— ¿Qué burro de albañil ha labrado esta casita? gritaba D. Judas, y dado la medida para esta puerta al tamaño de sus alcances?

Don Judas exasperado ya por este contratiempo ridículo, que quitaba todo el lucimiento á su grandioso obsequio, se acababa de desesperar con una turba de pilluelos, que formando círculo al monte enconfitado, trataban con el mayor descaro de apoderarse de lo que pudiesen, miéntras que los gallegos sofocados los apartaban á voces y á puntapiés.

— Nu hay mas, mi amu, decian; ó mande agrandare la puerta ó achicare la turta. — ¿Quieres, maldito, sultar la bandeira, ú te partu en dos comu la turta?

El chiquillo ya estaba léjos, devorando una pera, y blandiendo una bandera por cima de su cabeza, cual troféo victorioso.

— En fin, mi amu ¿qué determina? decia otro de los mandaderos; que nus teneimus que volvere á la villa: nu nus pudemus entretenere. — Ese rapaz se lleva un pajariñu y una rusiña. ¡Ajuarda, ajuarda! fillu de Barrabas! que voy á te enseñare á rubar, ántes que aun sepas te presinare.

El hijo de Barrabas se habia subido ya á la cumbre de un vallado alto, se habia colocado la rosa sobre su sombrero viejísimo, y le enseñaba al gallego el pájaro, cantando: ¡quiquiriquí!

— Me van á volver loco, gritaba D. Judas, tapándose con sus manos ambos oidos, — ¿qué hacer, Dios mio, ¿qué hacer? En fin, partan la torta, ántes que esa echadura del infierno se la lleve toda á trozos. Vamos, gallego, dáme, ante todas cosas, la muñeca que está allá arriba, para obsequiar con ella á quien compete.

El gallego, alzándose sobre las puntas de los piés, alcanzó la figurita con su gran corazon y su pequeña bandera, y se

la entregó á D. Judas. Este, con su caricatura en la mano, se volvió con galantería hácia Casta; pero apénas hubo echado la vista sobre el estandarte, cuando exclamó:

— ¿Qué es esto? .... ¿Quién ha puesto esta bandera en manos de la muñeca? Decid, decid, ¡tunantes! responded. — ¿Os quereis burlar de mí, gaznápiros? .... ¿Os han pagado para jugarme esta jugarreta? es seguro: lo afirmo! — ¡Estais vendidos al partido republicano! ¿servís á su jefe? — ¿Con que es así? ¿estais en la conspiracion contra mí? ¡Idos al demonio! que yo no os pago.

Los gallegos habian escuchado aquella furiosa salida, con la boca abierta, y sin comprenderla, ni adivinar su causa; pero al oir las últimas palabras terrificantes para ellos, empezaron á gritar y á quejarse en coro de una manera desesperada.

Los muchachos, que vieron el promontorio abandonado, se echaron sobre él con tal furor, y tales gritos de alegría, que D. Judas, al verlos á estos y á aquellos, daba unos clamores, que por un momento fué aquello la torre de Babel: todos quedámos atolondrados.

Por fin pagámos á los gallegos, é hicimos que los criados entrasen la obra maestra del confitero, medio arruinada por el terrible ataque que habia sufrido; y el sosiego se restableció.

Antes de proseguir es preciso que te diga lo que de tal manera habia irritado y sacado de sus casillas á D. Judas.

El señor Barbo habia puesto su entendimiento en prensa para hallar un letrero galante, entendido y expresivo dirigido á Casta; el cual habia de ponerse sobre la bandera en cuestion.

Se presentó muy ancho con su letrero en casa del confitero. El hijo de este, que iba á la escuela, y tenia la letra clara, escribió, pues, bajo la inmediata direccion de Don Judas este lema:

CON QUE GUSTE A CASTA,
BASTA.

Esta dedicatoria bastantemente grosera para los demas, habia sido sustraida seguramente por Pedro de Torres, y en su lugar habian colocado otra con este lema:

No necesitas, Tadeo,
Para empalagar á Casta
Tanto dulce; porque creo
Que con tu presencia basta.

Despues de comer, fuimos á dar un paseo; me apresuré á ofrecer el brazo á Casta, y seguímos la orilla del rio, por medio de olivares. ¡Dios mio! ¿Quién ha podido decir que el olivo sea triste? Entrámos en naranjales, cubiertos de tantas flores, escondiendo tantos ruiseñores, que formaban una atmósfera de perfumes y armonía, en que nos cerníamos Casta y yo, elevados de la tierra cual dos pájaros armoniosos.

Llegámos á la preciosa hacienda de Valparaíso, en la que hasta el nombre es poético.

La habitacion está asentada en la loma del monte; á su espalda el jardin se eleva como una gran escalera de flores. Varias sendas llevan á una gruta, en el fondo de la cual, una fuente parece haber buscado la sombra y el silencio.

Entrámos todos á beber; Casta y yo nos quedámos los últimos, é íbamos á salir, cuando la poca armoniosa voz de D. Judas, nos hizo retroceder, y por un impulso espontáneo é irreflexivo, nos escondimos detras de un velo verde, que pareció formar una enredadera para ocultarnos.

Don Judas se acercaba, trayendo del brazo á una señora.

— Está Vd. mas ciega que la noche, doña Mónica, decia; pues no ve Vd. lo que todo el mundo ve; y es que el fiscalito está enamorado y obsequia á su hija, y que esta le demuestra una preferencia que salta á los ojos.

— Y bien, aunque eso fuese, contestó doña Mónica, es un excelente sujeto, que todo el mundo celebra y aprecia, un jóven . . .

— Que no tiene mas mérito, señora, interrumpió D. Judas, que llevar vestidos hechos por Utrilla, botas barnizadas del Aragones, y la cintura cinchada como un mulo. No tiene nada sino su miserable fiscalía, que le dará unos ocho mil reales,

que no ha obtenido sino por ser su cuñado diputado, y que le quitarán cuando deje de ser del congreso el cuñado. ¡Buen partido para Castita, á fe mia!

— Pero, señor, repuso doña Mónica, Javier Barea tiene mucho mérito ...

— ¡Sí, mérito! mérito! repuso Don Judas; que mande con él á la plaza; como puede hacerlo ese insolente de Torres con sus pergaminos!

— Tiene, prosiguió doña Mónica, buenas relaciones en Madrid; un tio rico en Sevilla.

— ¿Rico? ¡qué pamplina! riquezas de Sevilla, en donde, como en el reino de los ciegos, el que tiene un ojo es rey. Señora, su hija de Vd. es una niña, que no sabe aun nada de mundo, ni conducirse; á Vd. le toca alejar de ella esos mosquitos, que son como el agua por San Juan, quitan vino, y no dan pan.

Pasaron.

¡Pero figúrate mi rabia y mi indignacion! Casta se reia á carcajadas.

— Yo haré ver á ese deslenguado ... exclamé.

— Y ¿qué lograriais con eso? me respondió Casta. Vendernos, haciéndole ver que le hemos escuchado; y ¿qué le hariais á un hombre anciano y con canas?

— Abusa en extremo de ese privilegio. Ademas, Casta, os ama, os persigue y rodea de continuo, y cuando se ama como yo os amo, Casta, se tienen celos ...

— ¿De Don Judas? preguntó ella riendo y dando palmadas.

— Sí, Casta, contesté, aun de D. Judas!

— Vaya, dijo ella sin cesar de reir, eclipsais á Otelo, como el sol á la luna.

— Soy de compadecer, Casta, repuse; pues no comprendeis mi posicion. ¿Sabeis que es mas humano despedir á un amante, que no el detenerle para darle tormento?

— ¡Vamos, vamos! Javier, por Dios, no tomeis el tono trágico, que detesto de muerte. Os prometo alejar de mí, no á ese *mosquito*, sino á ese moscon.

— ¿De veras, Casta mia? ¡Tened caridad, no me engañeis!

— Tened vos fe, si quereis que yo tenga caridad.

Esto diciendo, se echó á correr, para reunirse á su madre.

Di una vuelta solo, para calmar los violentos y diversos sentimientos que me agitaban. Cuando llegué de vuelta á Valparaíso, estaba todo el mundo reunido sobre el terraplen al frente de la casa.

Casta estaba sentada en un banco al lado de su madre. Despues me ha contado la conversacion que tuvo lugar entre ellas, y que te pondré aquí.

Luego que la vió su madre, la mandó que se sentase á su lado.

— ¡Válgame Dios, madre, dijo Casta, ¡qué cariño tan tierno os ha entrado!

— No es eso, señorita; sino que veo qué desde que estais en Sevilla, vais sacando mucho los piés del plato. Os vais poniendo muy sacada de cuello, y esto no me acomoda; como tampoco que deis el brazo, ni hableis con Javier Barea.

— ¡Jesus! madre, ¿y porqué?

— Porque se particulariza contigo. Esto lo han notado ya hasta las personas respectables, y no puede sino perjudicarte.

— Pero, señora, ¿porqué puede perjudicarme el que Javier Barea me prefiera y me quiera?

— Porque siempre perjudica á una jóven dar alas á unas relaciones que no le convienen.

— ¿Y porqué no me convienen, señora? ¿Porqué no es rico? ¿Qué importa?

— Hablas como una niña que eres. Lee la comedia de Gorostiza: *Contigo pan y cebolla.*

— ¡Madrecita mia! alguna madre cicatera, que se empeñó con el señor Gorostiza para que hiciese esa comedia.

— Vamos, Casta, te repito no seas niña. Un excelente partido se presenta para tí, y espero que no despreciarás el bello porvenir que te sonríe, y que Dios nos envía en nuestra triste situacion.

— Un brillante partido, dice Vd.?

— Sí, hija mia: vivirás en grande, arrastrarás coche, y te dotan con 50,000 duros.

— ¡Jesus! ¡Jesus! dijo Casta con su airecito burlon, ¿de dónde sale, quién es, ese maravilloso pretendiente?

— Es D. Judas Tadeo Barbo.

Casta soltó una carcajada tan espontánea y ruidosa, que la madre, que vió á D. Judas venir hácia ellas, dijo á su hija:

— Casta, modera esa risa inoportuna.

Pero eran vanos los esfuerzos que esta hacia para contenerse.

— ¡Eres una chiquilla mal criada! murmuraba Doña Mónica en sumo mortificada.

El sol estaba cerca de ponerse, y como el crepúsculo es corto en este país, nos volvimos á San Juan, donde debia bailarse algunas horas.

Casta cogió el brazo de su madre. D. Judas se acercó, y ofreció ponerse entre madre é hija.

— No, no señor, dijo Casta.

— Pues, y ¿porqué no, señorita? preguntó Don Judas.

— Porque, respondió Casta, pareceria Vd. una alcarraza.

Don Judas tuvo que contentarse con el brazo de la madre: yo les seguí á corta distancia.

Casta dejó caer su pañuelo, su quitasol, su ramo, para darme el placer de cogérselos. Cogia ella las ramas de los olivos, las detenia, y luego las soltaba, enviándomelas como mensajeros de acuerdo y de paz.

No quiso bailar, y se sentó junto á una ventana que cerraba una persiana. Pasé al jardin, y me puse junto á la persiana, de modo de poder verla y hablarla, sin ser visto de nadie. Por desgracia vino D. Judas á sentarse junto á ella.

La madre á poco se durmió.

— Parece, Castita, dijo D. Judas, que la proposicion que he hecho á vuestra madre, y que creo os ha comunicado, os ha hecho reir.

— Un poco, respondió Casta.

— ¿Es acaso tan risible, repuso el viejo pretendiente, que yo quiera ser vuestro marido, y haceros una de las mujeres mas ricas y felices de Andalucía?

— Por cierto que sí; respondió ella.

— ¡Cáspita! dijo D. Judas, ¡me gusta la frescura! Y ¿me hará Vd. el favor de decirme porqué es risible?

— Por la sencilla razon de que podria Vd. ser mi padre ó mi abuelo.

— Eso quiere decir, preguntó con una risita sardónica y rabiosa D. Judas, que soy demasiado viejo?

— Usted puede que no sea demasiado viejo; sino yo demasiado muchacha; allá se va. Sepa Vd. Don Judas, que no hay fiesta mas celebrada en los infiernos, que la que tienen el dia que se casa un viejo con una muchacha; aquel dia se visten los diablos de la discordia, de color de rosa.

— ¿Quiere decir, pues, que Vd. me rehusa?

— Claro está, D. Judas.

— Pues mire Vd., Castita, voy á contarla un cuento, y pienso que de él se acordará Vd. para toda su vida.

Le dijeron á un pobre gallego que para hacer fortuna era preciso ir á Méjico, donde habia tantos pesos duros, que no habia sino bajarse para cogerlos. Mi gallego se puso en camino, lleno de esperanza con esa dulce ilusion. Al llegar, quiso la casualidad que en el muelle se hallara un peso duro; pero echándola de buche y escupiendo por el colmillo, dijo al mirarle: «Ya empezais á perseguirme?» — y pasó de largo. No se halló otro. — ¿Me comprende Vd., Castita?

— Comprendo, dijo Casta, que yo soy el gallego, y vos el peso duro. Bien está; pero contestaré que jamas iria yo á América en busca de pesos duros. Si fuese, seria por hallar los bosques, las flores, los rios, la naturaleza tan bella.

— ¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta! dijo D. Judas. ¡Qué retahila! ¿Es Vd. poeta como aquellos? . . . .

— Mi corazon lo es, respondió ella; y en seguida, como inspirada por una repentina idea, prosiguió: Sí, sí, lo soy; pero no se lo digais á nadie. No quiero que mi nombre suene, sino despues de los triunfos que ambiciono. He hecho imprimir ya algunas de mis obras; pero bajo nombres supuestos, que han querido prestarme mis amigos. Así es que las poesías de Martinez de la Rosa, no son de él, sino mias.

El mayor y mas estúpido espanto se habia pintado en la cara de D. Judas. — ¿Vd. ha compuesto, impreso libres? exclamó.

Casta, encantada con el buen resultado de su treta, prosiguió:

— He hecho tambien piezas para teatro; obras dramáticas que han sido sumamente gustadas y aplaudidas, y que pasan por ser de las mejores de nuestro repertorio moderno. Así los *Solaces de un prisionero*, que se atribuyen al Duque de Rivas, no son suyos; son mios.

— ¡Una literata! ¡Ave María! ¡Una mujer que escribe é imprime! ¡El pecado sea sordo! ¿Sabe usted, Castita, que eso es cosa contra la naturaleza, y que una mujer que da un libro á luz, es como un hombre que diera á luz un niño? ¿Quién hubiera creido eso, viendo á Vd. tan jóven y bonita, tan mujeril y tan primorosa? Porque una mujer que escribe, debe ser necesariamente vieja, fea, descompuesta; un marimacho.

— Esas son preocupaciones, D. Judas; créame Vd. El genio no tiene sexo; eso lo ha dicho Buffon, y lo ha repetido el Padre Masdeu.

Don Judas hizo un gesto, como de quererse tapar los oidos.

— Oiga Vd., D. Judas, prosiguió Casta, oiga usted: ¿conoce Vd. mi Tell?

— ¿Miguel? ¿Qué Miguel? ¿Miguel el medidor?

— No; mi Tell, mi novela histórica, mi obra maestra.

— Jamas leo, dijo D. Judas; que eso daña á la vista.

— Pues oiga Vd. el extracto de ella, y admirará Vd. mi erudicion.

— Soy como Napoleon: el gran Napoleon no admiró en las mujeres sino su fecundidad, dijo Don Judas sentenciosamente.

— Lo mismo que Vd. aprecia en sus vacas y yeguas, prosiguió Casta; pero escuche Vd. el extracto de mi obra.

Casta queria irritarle, aburrirle, sacarle de tino, á punto de hacerle levantar y alejarse.

— «Guillermo Tell era un noble montañes de Escocia, que

rehusó saludar el sombrero de castor que el general inglés Malbruc (Marlborough) clavó sobre una estaca con ese fin. De aquí provino la insurreccion y guerra de Treinta años, en que por fin mi héroe salió vencedor, y fué proclamado Rey de Inglaterra con el nombre de Guillermo el Conquistador. Ajó sus laureles, haciendo decapitar á su mujer, la bella Anna Bolena. Para expiar este crímen envió á Palestina á su hijo Ricardo Corazon de Leon. Cuando Ricardo volvió, fué aprisionado á causa de su celo religioso por Lutero, Calvino, Voltaire y Rousseau, que formaban el directorio en Francia, directorio revolucionario, que condenó á muerte é hizo ajusticiar al santo Rey Luis XIV. Entónces fué cuando para evitar iguales males en España, estableció el Rey D. Pedro el Cruel la Inquisicion, por lo que le quedó el nombre.»

No puede darse cosa mas cómica, querido Paul, que la seriedad y aplomo con que Casta recitó esta sarta de desatinos, sin rozarse ni titubear. Tanto mas, cuanto que, habiendo cogido Casta nombres y hechos históricos á la casualidad, y segun se los sugerian recuerdos de óperas, sermones, folletines y conversaciones, conocia que su relacion era inexacta; pero no sospechaba lo enorme de sus desatinos, ni lo monstruoso de sus anacronismos.

Don Judas quedó pasmado; no de los disparates, sino de la erudicion de Casta.

— Ya veo, señorita, le dijo, que no hay sino uno de los siete sabios de la Grecia que esté á vuestra altura, y sea digno de ser vuestro consorte. ¿Qué diria, añadió bajando la voz, Javier Barea, si conociese semejante ridículo?

— ¡Se pondria fuera de sí! ¡Me adoraria! contestó Casta; le gustan las artes y la literatura, como á todo hombre de gusto. Le he oido decir que Témis es la décima musa.

Al oir á Casta atribuirme tan extraña proposicion, me fué imposible aguantar la risa y no soltar la carcajada.

— Me parece que oigo risa en el jardin, advirtió D. Judas.

— Por todas partes rien, respondió Casta; entre tanta gente alegre, no hay sino Vd. y yo que no lo estemos. ¿No se diria sino que se aburre Vd. de oirme?

Doña Mónica, que despertó entónces, celebró con una sonrisa complacida el ver á su hija en conversacion con D. Judas.

Emprendimos la vuelta. Casta empaquetada en capa y pañolones, tuvo que sentarse en la lancha entre su madre y D. Judas.

La luna derramaba su triste luz sobre aquellos mismos sitios, que por la mañana iluminaba el sol con tanta brillantez. Aun la música que habia quedado léjos en la última lancha, parecia un recuerdo!

— ¡Ay Casta! la dije al pasar, miéntras D. Judas encendia un cigarro ántes de embarcarse, Casta, ¿conservo la fe?

— Y la esperanza; me contestó.

Así acabó para mí un dia que tan felizmente habia empezado. Puedes compadecerme y envidiarme á un tiempo; pero sobre todo, perdóname de no haberte hablado en esta carta sino de mis propios asuntos. En cambio te doy palabra de no ocuparme en la próxima, sino de los recuerdos de mi tio, segun deseas.

CARTA SEXTA.

El mismo al mismo.

Cumpliendo con mi promesa, entro sin preámbulo alguno por referirte la relacion que me hizo mi Tio.

«Cuatro años despues de la visita que te referí del buen matrimonio, en el año 1800, estalló la epidemia que fué denominada la *Grande*. Mi padre habia muerto, yo me habia casado, y me refugié en Dos-Hermanas, con mi familia, huyendo del azote.

Mi primer cuidado á mi llegada, fué el ir á ver á la tia Juana.

Era ya de noche. Jamas, sobrino mio, olvidaré el encantador espectáculo que se ofreció á mi vista al llegar allí.

La tia Juana tenia sobre cada una de sus rodillas á sus nietecitas, casi en cueros, y las hacia rezar. Jamas Murillo pintó dos angelitos tan divinamente bel'os. Eran parecidísimas: sus rizados cabellos negros caian sobre sus hombros, formando una orla á sus rosadas caras; levantaban sus grandes ojos negros para mirar á su abuela; y miéntras que sus boquitas rojas repetian su oracion, sus manitas estaban cruzadas sobre sus pechos redondos, y sus piececitos descalzos colgaban como unas bolas de hojas de rosa.

Cuando concluyeron de rezar por sus padres, la tia Juana prosiguió rezando en voz baja, mirando alternativamente, ya á las niñas, ya á una imágen de Nuestra Señora, bajo cuyo amparo parecia ponerlas.

En este entretanto, los ojos de las niñas se apagaron; sus largas y rizadas pestañas se abajaron; sus manitas se soltaron, y colgaron con gracioso abandono á su lado; sus cabezas cayeron sobre el pecho de su abuela. Estaban dormidas.

No podia apartar mi vista de aquel cuadro encantador; y desafío á las mas felices y brillantes concepciones poéticas, á crear sobre el lienzo ó en versos, un cuadro como el que se ofrecia á mi vista.

Tia Juana besó la frente de las niñas, y las llevó á la alcoba.

Yo entré.

— Acechaba á Vd., tia Juann, le dije; he oido á Vds. rezar.

— Espero, respondió la buena mujer, que Dios nos habrá oido tambien.

— ¡Qué hermosísimas son las mellizas! ¡Qué cuadro formaban Vds.!

— Dos rosas en un tarro viejo de barro, respondió sonriéndose la tia Juana. Venga Vd. á verlas, prosiguió tomando el velon, y llevándome á la alcoba.

Como hacia calor, estaban echadas casi desnudas, y se tenian abrazadas. Me quedé embelezado.

— ¡Bendígalas Vd.! dijo la tia Juana. Jamas se debe mirar un niño sin bendecirle. ¿Cuál será su suerte? prosiguió suspirando; ¿heredarán la desventura, así como han heredado el bien parecer de sus padres?

— ¡Qué cavilacion, tia Juana! ¿Porqué no ha de pensar Vd. que serán felices, como lo es Vd., y el tio Antonio?

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo la pobre anciana; pero no las mire Vd. mas. Dicen que el mirar mucho á un niño dormido, le hace mal.

— Te digo esto, sobrino, añadió mi tio poniéndose el dedo sobre las narices, porque cuando tanto se ha hablado de magnetismo, me he acordado muchas veces de esta creencia arraigada en las mujeres del pueblo.

El dia siguiente, llevé á mi mujer á casa de la tia Juana, para que conociese á sus encantadoras criaturas. Se llamaban Paz y Luz. Luz era mas viva y despierta; Paz mas suave y tímida.

Jamas he visto, decia la tia Juana, dos criaturas mas parecidas de cara, y mas distintas de genio. Cuando Luz rie á carcajadas, Paz solo sonríe; cuando Luz grita y patalea, Paz llora callando. Luz corre y canta; Paz no se mueve de su sitio y no se la oye. Luz siempre dice á la hermana: «¡anda!» Paz siempre responde: «¡aguarda!» Luz es un grano de pimienta; Paz una hoja de malva. Así es que su abuelo, que está bobo con ellas, las llama *Luz del dia* y *Paz del cielo.*

Escuchaba á mi tio con el mayor interes, cuando este fué desagradablemente distraido por un criado, que entró á decirme que un ministril estaba allí con órden del juez para que me llegase á su tribunal. Ya ves, querido amigo, que los relatos de mi tio tienen desgracia.

Cuando entré, me dijo el juez: «Creo á Vd. sabedor de un arresto que se hizo ayer, con motivo de una delacion que me han hecho. Puede que conozca Vd. los sugetos. El acusado es un jóven de Jerez, llamado Pedro de Torres; goza de mala reputacion, y ha sido ya anteriormente desterrado de

Madrid. El delator es don Judas Tadeo Barbo, labrador de Jerez, persona respetable y acaudalada.»

¡Me indigné!

— Desconfíe Vd., señor Juez, le dije, de esa delacion hecha por un bajo espíritu de venganza, y por un hombre que es demasiado nulo para tener una sola idea ni principio en política. Don Pedro de Torres pertenece á una de las primeras familias de Jerez; y le creo un loco poco peligroso.

— No obstante, repuso el juez, la acusacion es explícita. Pedro de Torres no se contenta con hacer los discursos mas subversivos é incendiarios en los cafés y otros sitios públicos, sino que tiene en su casa un club ó junta revolucionaria. Que el mal se haga por maldad, ó por locura, no por eso es ménos mi deber impedirlo.

En este instante compareció Pedro de Torres. El juez habia mandado tambien á D. Judas que concurriese.

La fisonomía de estos dos hombres era la misma de siempre.

La bajeza de su accion en nada disminuia la necia osadía de D. Judas; así como lo crítico de la situacion de Pedro de Torres en nada alteraba su estúpida arrogancia, ni su imperturbable y desdeñosa calma.

— Qué voluntad despótica y arbitraria, dijo dirigiéndose al juez, me ha hecho arrestar? ¿Hemos llegado ya al despotismo musulman y moscovita?

— Caballero, dijo el juez, aquí está Vd., no para interrogar, sino para ser interrogado; interrogatorio autorizado por las leyes vigentes y la constitucion que nos rige. Requiero á Vd. á que responda á los cargos que gravitan sobre Vd., tocante á hechos de que es el señor testigo.

El juez señaló á D. Judas.

Quisiera poderte pintar la mirada de altivo desden que Pedro de Torres dejó caer sobre D. Judas!

No pudo, sin embargo, turbarle.

— ¿Y qué dice ese *hombre*? preguntó.

Al oir la denominacion de *hombre*, D. Judas brincó de indignacion.

— El señor dice, prosiguió el juez, que usted amotina

cuanto pillo y hombre perdido y vagamundo encuentra, contra el poder establecido, diciéndoles que el reinado de la igualdad es llegado; que tanto ó mas valen ellos que los que los gobiernan; que por lo tanto no deben obedecer, sino ponerse en el lugar de estos, para que cada cual tenga su vez.

— Es cierto, dijo Pedro de Torres: lo he dicho, no lo niego; que jamás mentí. Mis simpatías son por el pueblo, como lo son las de Fourier, Proudhon, y otros hombres grandes; de ello me glorío. Y si algo ó alguien pudiera convencerme de que la plebe no debe salir de su lugar, seria ese hombre (y señaló á D. Judas con un movimiento de hombros).

— ¿Qué quiere Vd. decir con eso? exclamó D. Judas, temblando de ira.

— Quiero decir, respondió de Torres sin salir de su calma, que la esfera en que Vd. ha nacido, le conviene mas que aquella en que se ha introducido.

— ¿Qué significa esto? tartamudeó D. Judas, sofocado de rabia.

— Significa, contestó Pedro de Torres con la misma flema, que su padre de Vd., que era arrumbador, no habló jamas al mio sino en pié y con sombrero en mano; y que Vd., porque se ha empinado sobre sus talegas, se atreve á ser el delator de su hijo.

— Señor, repuso D. Judas, morado de ira; preveo que en consecuencia de la conducta de Vd. y de la mia, sus hijos hablarán á los mios, como usted dice que mi padre habló al suyo.

— Mis hijos, dijo Pedro de Torres, tendrán bastante sangre noble en sus venas, y sentimientos de independencia en sus almas, para hablar á la reina sentados y con la frente erguida. ¿Cómo quiere Vd. que se humillasen á un *Barbo*?

El juez intervino, y Pedro de Torres, convicto y confeso de los cargos que contra él gravaban, recibió órden de salir de Sevilla y de trasladarse á Huelva.

Don Judas le aguardaba á la salida.

— ¡Buen viaje, le dijo con sorna; viento en popa, Señor

de Torres! Un *ciudadano del globo* no está nunca desterrado, pues su patria es en todas partes.

— Hasta mas ver, D. Judas, esta vez Iscariote y no Tadeo, contestó Pedro de Torres sin inmutarse. Haga Vd. valer este otro mérito para que nuestro equitativo gobierno le premie con otra cruz.

CARTA SEPTIMA.

Del mismo al mismo.

Espero hoy, mi querido amigo, indemnizarte de las interrupciones continuas que sufre mi narracion, y de las que te quejas de una manera tan amable. Haré, pues, todo lo posible para seguir, sin interrumpirlos, los recuerdos de mi tio.

Ayer fuí á comer á su casa. El buen señor sacrificó valerosamente su siesta, y volvió á tomar el hilo de su relato, de esta suerte:

«Hácia el año de 1814 padecí una grave enfermedad. Un dia que convaleciente ya, me hallaba sentado en mi poltrona al sol, pues era invierno, vi entrar á la tia Juana. Su vista me causó gran placer: nunca habia dejado de mandar á saber de mí, y sabiéndome convaleciente, venia á cerciorarse por sus ojos de mi mejoría.

— Tia Juana, la dije ¿cómo están vuestras preciosas mellizas?

— Luz, D. Justo, contestó la abuela, está hermosa y robusta; Dios la envía salud para dar y que le quede. Paz está delgada y endeblilla, aunque no se puede decir que tenga mal alguno; pero nuestro médico que sabe mucho . . . como que Vd. le conoce.

— Sí, sí, respondí, D. Gaspar: ¿el que manda sangrar al que sueña que se cae?

— El mismo, D. Justo; porque dice que la impresion es la misma, y á veces aun major en sueños que en la realidad. Pues como iba diciendo, Don Gaspar opina que Paz está amenazada de una enfermedad de corazon. Ello es que la ha prohibido todo ejercicio y toda emocion violenta; no se la ha de incomodar ni contradecir en nada. La fortuna es que ella tiene el genio de un ángel, pues si no ¡quién la aguantaba con tanto mimo! La tiene como una joya entre algodones; no hace sino coser y bordar. Sobre Luz carga todo el trabajo; pero esa, en un santi-amen, todo lo tiene á la vela; es alta, robuta, sonrosada como la aurora.

— ¿Y tienen novios? pregunté.

— Ay señor! contestó la tia Juana. ¿Hay sol sin arreboles, ni muchacha sin amores? ¡Los tienen, D. Justo! y es cosa que me pesa sobre el corazon como una piedra de molino! Por enterarle á Vd., le contaré lo que ha pasado esta mañana.

La tia Juana me hizo una larga relacion, que te repetiré con sus propias palabras, puesto que me hizo tanta gracia que jamas se me ha borrado.

Sabes que á media distancia de Sevilla á Dos-Hermanas, el camino desciende á un pequeño valle, para beber en un arroyito, que en invierno se pasea, pero que en verano se duerme sobre su lecho de guijarros, donde yace tan transparente y tranquilo, que seria su existencia ignorada, á no ser porque los rayos del sol, reflejándose en él, le hacen aparecer cual un incendio sin llamas. A la derecha se alza sobre una eminencia el castillo morisco de una hacienda que el Rey D. Pedro donó á Doña María de Padilla, la cual conserva el nombre de Doña María; al frente de este gran recuerdo histórico, en el fondo del valle, está una venta pintada de encarnado, amarillo y azul, como un arlequin. El pasajero campesino halla allí cuanto su sobriedad necesita: agua, vino, pan; en invierno naranjas; en verano uvas.

Pasada la venta, el camino se alza sobre una cuesta arenosa, hasta llegar á *Buena Vista*, altura bien denominada, pues á su frente se extiende Sevilla en su llano, bañando sus piés en el rio, recostada su cabeza en azahares, y levantando

sus brazos al cielo. Subian esta cuesta aquella mañana tres seres, que hacia gran número de años formaban un todo, como los dedos forman la mano.

Era el primero un viejecito seco, enjuto y fuerte como una correa; el segundo, una viejecita ágil y viva como una ardilla; y el tercero, una burra anciana, lenta y pesada, pero vigorosa aun, caminando sin tropezar, con paso grave y uniforme como la péndola de un reloj: por lo que toca al trotar y galopar, las nociones que pudiera tener, eran recuerdos de juventud, confusos y casi borrados.

El dia era tan hermoso, tan calmoso y tibio, que parecia impregnado de opio: ¡tales eran el bienestar y la calma que producia moral y físicamente!

La viejecita, sentada á ancas detras de su marido, se habia dormido, dejándose mecer por las ondulaciones lentas y uniformes del paso de su cabalgadura; cuando de repente fué despertada por estas palabras, que pronunció su marido con voz grave:

— ¿Por lo visto creeis vosotras que Dios no me ha puesto los ojos en la cara sino para que me sirvan de adorno?

— No por cierto; que no son bastante buenos para eso: respondió la apostrofada.

— ¿Pues entónces pensais que no me los ha dado para nada?

— Te los dió para ver.

— ¡Ah! ¡Bueno! eso es lo que quiero que tengais presente.

— ¿Y á qué viene esa salida de pié de banco, con la que tu voz me ha despertado de mi *arrastradillo*, como lo hará la trompeta del dia del juicio?

— Para advertirte, Juana, que no se me escapa nada.

— No, nada se te escapa, sino las perdices y los conejos cuando vas de cacería.

— No te hagas la desentendida, camastrona! Lo que te digo y vuelvo á decirte, es que no se me escapa nada.

— Lo que á mí se me escapa es la paciencia! ¿Me querrás explicar el sentido de tus palabras preñadas, que,

cuando mas y mucho, vendrán á parir un raton, como hizo el montè?

— Haces que no me entiendes; te haces la tontita, y eres capaz de contarle los pelos al diablo. Y ya que necesitas cuchara de bayeta, te diré que los paseos de Márcos Ruiz y la guitarrita de Manuel Diaz por mi calle, no me acomodan.

— ¿Y yo qué le remedio, si pasean y tocan por la calle, que no es tuya, sino del rey? ¿no tuviste tú tus veinte, y paseaste tambien la calle á las muchachas?

— No paseé mas que la tuya, Juana; de sobra que lo sabes. Pero vosotras las mujeres haceis la vista gorda á los enamorados, como el cura vinatero á los borrachos.

— Y bien, ¿porqué no la haria, si los muchachos se quieren?

— ¿Y os parece que con mi vénia no hay que contar?

— Ya se te pedirá cuando llegue el caso.

— ¡Qué caso, ni qué demonio! Desde ahora digo, y ántes que los muchachos se tomen voluntad; — que no quiero.

— ¿Y porqué no quieres? ¿qué tacha hay que poner á Manuel Diaz, que es un muchacho de los pocos; que mantiene á su madre y hermanitos; que gana bien su pan?

— ¡Sí! ¿y qué va á buscar entre la cárcel y el presidio? trata en contrabando, y anda el camino. No me acomoda.

— Vamos á ver, ¿y qué pecado mortal es hacer contrabando?

— Roba, mujer, roba; roba al gobierno.

— ¿Y el gobierno acaso no nos roba á nosostros, con sus derechos y contribuciones? Ya sabes el refran, que el que roba al ladron, tiene cien años de perdon.

— No respondo á tus sutilezas. Vosotras las mujeres sois capaces de enredarle las ideas á un cristiano, como una madeja de seda. No digo sino una cosa: no quiero por yerno á un contrabandista; y con eso, basta.

— ¿Y qué falta tendrias que ponerle á Márcos Ruiz, el arriero, que tiene los mejores burros de Dos-Hermanas, y que gana su vida bien y honradamente á la faz del sol?

— Tengo que decir, que buenos son sus burrros; pero

que como no caso mi hija con los burros, sino con él, él es el que tiene que acomodarme; y no me acomoda.

— ¡Caramba, Antonio Ortega! y ¿dónde entierras? ¡vaya que ni un duque es mas dificultoso! A ese paso ya puedes echar tus hijas en escabeche. ¿Y me querrás decir porqué no te acomoda Márcos Ruiz?

— No quiero emparentar con esa clase de gentes, que llaman Caínes, porque uno de sus abuelos mató á su hermano. Márcos es pendenciero y gasta navajo; no le quiero, y con eso, *Ite, missa est*; no hablemos mas. Sabes que soy tribunal sin apelacion.

Tia Juána, aunque era viva y tenia despejo, estaba sumisa á las costumbres inviolables de su país, en donde el marido gobierna patriarcalmente y como amo absoluto. Así no pensó en contrariar un mandato definitivo: era ademas buena, dulce, queria á su marido con ternura; conocia que en parte tenia razon, y así se contentó con decirle:

— ¡Vaya que estás hoy que se te pueden encender dos velas; mas agrio estás que un limon verde! No se puede discutir contigo.

— Eso es cabalmente lo que quiero, respondió tio Antonio.

Callaron.

Pero la tia Juana á quien la última frase habia impacientado, se puso á canturrear á media voz:

Cuando Dios crió al erizo,
Le crió de mala gana;
Por eso el animalito
Tiene tan suave la lana!

El tio Antonio, que estaba mal templado, y aun bajo la impresion de su triunfo, teniendo la última palabra, no se lo quiso dejar arrebatar, sino completarlo cantando la última copla, y con una voz cascada y temblona, se puso á canturrear:

De la costilla de Adan
Crió Dios á la mujer,
Para dar así á los hombres
Ese hueso que roer.

Mas de ahí á un rato quedaron tan absortos en sus pensamientos, que no vieron del lado del rio el cielo embozarse en nubes como en una capa; y solo cuando se pararon estas debajo del sol como un toldo, y cuando algunas gotas de agua les cayeron en la cara, fué cuando se apercibieron de que el tiempo habia repentinamente cambiado. La tia Juana saltó ligeramente de la burra abajo; se tocó sus enaguas sobre la cabeza, y corrió hácia la venta de Guadaïra, que estaba cerca. El viento que soplaba y la ayudaba á correr, la ceñia un zagalejo de bayeta amarilla, de modo que descubria mas de lo regular sus piernas, para las cuales parecia haberse inventado la comun denominacion de *palillos de tambor.*

— ¡Juana! la gritó tio Antonio indignado, ¿has echado la vergüenza atras? mira que se te ven las piernas y las ligas!.... ¡Juana, mujer!

Es de advertir que ni un alma pasaba por el campo; y así tia Juana siguió corriendo sin hacer caso.

Tio Antonio, renunciando á inspirar á su mujer la debida modestia, hizo aligerar el paso á *Fragata* (que así se llamaba su burra, aunque nunca habia visto la mar) dándola golpes rigurosos con los talones en la barriga. Recogió las alas de su sombrero, pasó por encima su pañuelo, que ató debajo de la barba, para que el viento no se lo llevase; cubrióse con una manta, sacando la cabeza por la abertura que en medio tenia, y prosiguió paso entre paso su camino, murmurando: ¡mujer sin vergüenza! ¡burra maldita! cada pata te pesa diez arrobas, y á tu ama no le pesan mas que una pluma! No sirves, tú, Fragata del demonio, sino para cargar estiércol, y las dos sino para condenar á un cristiano!

Entre tanto, la tia Juana habia llegado á la venta, donde se hallaban varios caminantes, que el chubasco habia forzado á guarecerse en ella. El primero que la tia Juana apercibió, fué un hombre de mediana edad, robusto y ágil; estaba toscamente vestido, mas cuanto llevaba era bueno y en extremo aseado, aunque ajeno de todo ese lujo bonito y elegante que ostenta el andaluz. Su cara bondadosa y jovial llevaba el sello de la hombría de bien; en su acento se conocia era gallego.

Era este Juan Mena, capataz de un rico hacendo de Dos-Hermanas. Su amo habia generosamente recompensado sus buenos y largos servicios; le habia dado la mano, y Juan Mena habia llegado á ser hombre bien acomodado, y sobre todo, bien quisto.

Cuando vió venir á la tia Juana, le salió al encuentro con mucha cordialidad. Todo el mundo queria y buscaba á la buena mujer, pues siempre la hallaba servicial, alegre, graciosa y parlera.

— Tia Juana, le gritó desde que la vió; ¿cómo tan sola? ¿Y el tio Antonio?

— Ahí viene con su burra, contestó ella; parece que tanta prisa trae el uno como la otra. Mírelos Vd.; ahí vienen: con las orejas, los ojos y las cabezas gachas, tienen facha de un sauce lloron.

— Un vaso de licor, tia Juana, un vasito de anisete para el resfriado que hubiera Vd. podido coger, dijo Juan Mena presentándole el vaso.

— Siempre he oido decir, (respondió la tia Juana, tomando el vaso que le ofrecian), que es poco cortés rehusar el primero, y poco fino admitir el segundo.

En este momento llegaba el tio Antonio, mojado y de malísimo humor.

— Tio Antonio, le dijo Juan Mena (el cual, como todos sus paisanos, tenia una irresistible y desgraciada pasion por hacerse gracioso sin serlo, arremedando á los andaluces, como el borrico de la fábula al perrito faldero), tio Antonio! vaya que está Vd. ahí, bajando la cabeza y las alas como una gallina mojada! ¿Es Vd. acaso de azúcar, para temerle tanto al agua?

— Vd., señor Juan Mena, que tiene una buena mula manchega, puede reirse; pero ya se le quitarian las ganas, si caminara con una mujer y una burra viejas! Son capaces entre las dos de quemarle la sangre á Santa Paciencia. ¡No lo aguanta ni Job! ¡Me han desesperado tanto, que estoy por dar de cabeza contra aquella esquina!

— Cuidado, ventero, dijo la tia Juana; que va á echar á bajo la esquina; que no será de cierto tan dura como su cabeza.

— ¡Dichoso Vd., señor Juan Mena! repuso el tio Antonio, sacudiendo su empapado sombrero. ¡Dichoso Vd., que no tiene ni burra vieja, ni mujer, ni hijos!

— No sabe lo que se dice, señores, dijo la tia Juana; mas envanecido y mas ancho está con sus niñas, que el rey con su corona.

— Y á fe mia que tiene razon! repuso Juan Mena; pues no tiene el cielo dos estrellas como esas, ni hay rosal en que tales rosas florezcan. Como me llamo Juan Mena, que si alguna os pesa, que cargo con ella; y lo dicho, dicho, tio Antonio.

Tio Antonio y tia Juána abrieron los ojos tamaños, pues Juan Mena era una colocacion como no hubieran podido esperarla para sus hijas.

Tio Antonio con sus ojos pequeños y apagados lanzó una mirada á la tia Juana, con la cual parecia decirle:

— ¡Anda á paseo tú, con tu pendenciero de Caín, y tu contrabandista de mala muerte!

Iba á contestarle á Juan Mena, pero su mujer le previno:

— Haga Vd., dijo, que quieran ellas. Por lo que toca al tio Antonio y yo, le damos un sí como una casa.

Habia pasado el chubasco: los caminantes se volvieron á poner en camino.

Tio Antonio trató de persuadir á su mujer que era preciso se cuajase esa boda.

— No entres, le dijo su mujer, echando la puerta abajo; acuérdate que mas vale maña que fuerza; dejar tiempo al tiempo. Déjame á mí; que mas se hace con una cucharada de miel, que con una arroba de vinagre.

En este entretanto, habian llegado á Sevilla, en la que entraban por la puerta de San Fernando.

Segun la costumbre andaluza, les decian una porcion de dichos. Le era imposible á la locuacidad y viveza de la tia Juana, el no contestar; con lo que se desesperaba el serio y formal tio Antonio.

— Ahí están, dijo una gitana, Matusalen, su mujer, y la burra de Balaam, que se creian difuntos.

— La burra de Balaam hablaba, hija mia; ten tu lengua

pues, si quieres dejarla á esta la gloria de la resurreccion, respondió la tia Juana.

— Vaya, dijo un albañil, una trinidad de nueva invencion!

— Pero que no forma un todo como lo hacen lo feo, lo tonto y lo desvergonzado, para formarte á tí, hijo mio, replicó la tia Juana.

— ¿Habráse visto, dijo tio Antonio, vieja mas chilindrinera, y que ménos honre sus canas? ¿Vas tú, charlantina, á contestar á todas las sandeces que oigas?

— Y, ¿á qué tengo el uso de la palabra, contestó su mujer, uno de los mas bellos dones del señor, sino para servirme de él?

— Y el señor sabe si abusas de sus dones! suspiró tio Antonio.

— Esa burra no puede con la carga, dijo un estudiante; lleva á *sæcula y sæculorum.*

— El término de tu necedad, hijo mio! repuso la tia Juana.

Tio Antonio indignado dió un fuerte talonazo á la burra para hacerla andar mas aprisa, el que acompañó de un varazo.

— No le pegue Vd. así á ese animal, D. Pedro el Cruel, añadió el estudiante; el animal no ha hecho nada.

— Y lo que es mas, saltó tia Juana, nada ha dicho; ventaja que no tienen todos los burros.

— ¡Maldita sea tu lengua, cotorra, parlanchina! exclamó tio Antonio exasperado.

— Vaya, no te enfades, Antonio; ya no chisto; tendré mi lengua mas quieta que la burra su cola.

— ¡Quién pudiera hacer ese trueque! suspiró tio Antonio.

Habian llegado á la catedral. Tia Juana se apeó, se puso un pañolon por la cabeza, y entró á rezar á la Vírgen de los Reyes, que está en la hermosa capilla de San Fernando. Tio Antonio fué á llevar la burra á un meson.

Cuando tia Juana acabó sus devociones, se vino á verme. La pobre concluyó diciéndome estaba muy apurada, porque jamas habia visto á su marido tan decidido, tan en sus trece, y tan de mal humor; y porque preveia la resistencia de sus nietas á los deseos de su abuelo.

— Yo, decia, pondré todo de mi parte; pero ¿qué razones convencen, ni qué argumentos hacen fuerza á dos cabecitas, y dos corazoncitos de diez y ocho años, enamorados? Ay D. Justo! prosiguió, ya que se viene Vd. al lugar á convalecer, bien pudiera Vd., con ese piquito de oro, que convence á los jueces en la audiencia, ver de traerlas á buenas; pues su abuelo lleva razon, ¡vaya! Y aunque no la llevase... ¡si es su padre!

Poco despues fuimos al campo.

No puedes pensar, sobrino, lo hermosas que se habian puesto las niñas. Luz era alta, y tenia las bellas formas de una Diana; sus ojos ostentaban la brillantez, y su mirada la firmeza del azabache. Sus labios de coral, dejaban entrever os hileras de dientes, que brillaban como dos sartas de brillantes; su ademan era altivo, su andar garboso.

Paz era diminuta; su talle delgado se inclinaba adelante, como si estuviese cansada; inclinaba la cabeza á un lado, cual si la agobiase el peso de su hermosa caballera; sus manos eran finas y blancas como jazmines; sus ojos tenian el negro apagado y la suavidad del terciopelo; sus labios finos, parecian dos hojas de rosa cubriendo unas perlas. Sin embargo de estas diferencias, ambas se parecian siempre, como el arroyo al torrente; como una estrella tranquila al sol brillante; como la viva y fuerte sonada que lanza el clarin, á su suave repeticion que gime el eco.

Segun lo habia exigido tia Juana de mí, puse en juego toda mi elocuencia para persuadirlas á obedecer á sus padres. Luz me respondió con un gracioso gesto de desden, que si Juan Mena no encontraba otra que ella con quien casarse, que bien podria quedar soltero toda su vida. Paz lloró mucho, y me dijo: que si se empeñaban en separarla de Manuel Diaz, se meteria en un convento.

— ¿Lo ve Vd., D. Justo? me dijo la tia Juana. ¿Ve Vd. esos pájaros que quieren volar, sin tener aun plumas? Esta es una potranca sin domar; necesita un buen freno! Esta es una mojigatilla, que parece que no rompe un plato, y desobedece á su padre con el mayor descaro. Pero, ¡no hay cuidado, no! Yo no las pierdo de vista; y ¡hábil será la que

á mí me la pegue! ¡ya, ya! Cuando con sus novios hablen, por mí la cuenta!

— No quieren, dijo Luz, que me case con Márcos Ruiz, porque uno de sus abuelos mató á su hermano: fué sin querer lo que hizo, D. Justo. Pero demos el caso que lo hiciera sabiendas y fuese malo; ¿porqué su abuelo lo fué, lo habia de ser Márcos, Dios mio? Mire Vd.: el padre de mi abuelo iba un dia de camino, montado en un burro; llegó á un arroyo, en el que se puso el burro á beber. Su mercé miraba entretanto al agua, en la que se reflejaba el sol, como en un espejo: dió la casualidad que en aquel instante se nublase. ¡Ay! ¡Jesus, Jesus! dijo mi bisabuelo asustado; mi burro se ha bebido el sol. Desde entónces le llamaron *Bebe-sol*; el mal nombre le quedó, y hoy dia á mi abuelo le dicen *Bebe-sol*; á Vd., madre, la *Bebe-sol*, y á nosotras las *Bebe-solillas*.

— No lo crea Vd., no lo crea Vd., D. Justo: es muchísima mentira: ¡habrá insolente! ¡decir que su abuelo tiene un mal nombre!

— De sobra que lo sabe Vd., de sobra! Pues vamos á ver; porque mi bisabuelo fuese tonto, ¿seguiráse de ahí que lo sea mi abuelo?

— ¿No le digo á Vd., D. Justo, que esta Marisabidilla es capaz de darle tres vueltas al diablo? ¡Qué descaro, María Santísima! y ¡qué ingratitud! Porque sabrá Vd., D. Justo, que nadie les dice en el lugar, sino como su abuelo les dijo de chicas, Paz del cielo y Luz del dia. Bicho de luz debian decirle á esta rata! Desde que están enamoradas no parecen las mismas. ¡Luz, Luz! que me pican las manos por sacudirte el polvo!

— D. Justo, dijo tímidamente Paz; no quieren que me case con Manuel Diaz, un muchacho tan bueno y que tanto me quiere!... Y tan solo porque hace un poco de contrabando!

— Como quien no dice nada! observó la tia Juana.

— Pues á mí me han dicho, D. Justo, prosiguió Paz, que en Madrid y otros pueblos grandes hay gente muy encopetada que hacen contrabando, y muchos ricos y poderosos que al contrabando deben su fortuna.

— A eso te responderé, le dijo su abuela, lo que le respondió la manola de Madrid al que preguntaba que porqué llevaban á ahorcar á un reo que pasaba por allí: — Porque *robó poco.* — Sépaste, ademas, que para todo es preciso ser rico, hasta para robar. Y sobre todo, parlantinzuela, tu abuelo no duerme con la conciencia de nadie sino con la suya.

Aquella misma noche el tio Antonio se fué á una cacería que habia de durar varios dias. Despues supe lo que aquella misma noche pasó.

Tia Juana, sentada á la copa con sus hijas, rezó el rosario. Concluido que fué, el suave calorcito del brasero la fué dando tan dulce sueño, que acabó por dormirse profundamente.

Un silbido agudo y fuerte resonó. Luz hizo un movimiento para levantarse; pero su abuela entreabrió los ojos, y dijo con grande oportunidad:

— *Sicut erat in principio et nunc et semper.*

Luz se volvió á quedar sentada, cerrando los ojos, y cruzando los brazos.

De ahi á un rato una voz clara y sonora cantó:

A un alto pino lo troncho,
A un álamo lo blandeo,
A un toro bravo lo amanso;
¡Y á tí, muchacha, no puedo!

Luz se levantó, y sobre la punta de los piés se fué á una de las ventanas, y la entreabrió sin ruido.

La luna dió de lleno en su rosada cara y en sus brillantes ojos. Un rápido diálogo se estableció entre ella y un hombre apoyado en la reja de la ventana.

Este hombre alto y esbelto, de cintura quebrada, de andar garboso y firme, de alta frente, mirada altiva, labio desdeñoso, era Márcos Ruiz el arriero.

— Ocho dias ha que no sales á la reja.

— Mi padre no quiere.

— ¿Y porqué? Oye: ¿tengo yo acaso un hierro en la cara, ó la mula detras de la puerta? [1])

— No; pero dice que gastas y tiras de la navaja.

— La navaja es el abanico de los hombres. — ¿No hay mas?

— Sí: dice que sois de mala sangre; que unó de tus abuelos mató á su hermano, y que por eso os llamais Caínes.

— Tu abuelo chochea; es mentira lo que dice. Y si tenemos apodo, ¿no le tiene su mercé como cada hijo de vecino?

— Yo bien lo sé; pero ¿qué hago?

— Lo que sí es cierto es que quiere que te cases con Juan Mena. ¿A qué andar con aquí la puse? ¿es ó no? Y si su merced lo desea, ¿quién se lo impedirá? — ¿Y tú te casarás, falsa?

— ¿Estás loco, ó te burlas? ¡Yo, yo, con ese gallego! .... ¡Fácil era!

— Es que si sucediese.... Luz, tú y él os habiais de acordar de Márcos Ruiz!!

— ¿Amenazas? si te oyera mi padre, diria que razon le dabas.

— Es que te quiero, Luz: es que no quiero perderte: es que tengo celos: es que no quiero que seas de otro, sino mia.

— Y lo seré: lo seré, porque quiero serlo; porque te quiero, y no porque me amenazas: entiendes?

Entretanto, Paz, que habia quedado pensativa y con la cabeza baja al lado de su abuela dormida, habia oido una voz clara, suave y triste, que cantaba con una tonada melancólica, esta conocida cancion popular:

Me han dicho de que te casas,
Y así lo publica el tiempo;
Dos lances habrá en un dia;
Mi muerte y tu casamiento:
¡Ay de mí!

Primera amonestacion
Que la iglesia te leyera,

---

1) Esta expresion significa *sangre de mulato.*

Ha de ser dolor de muerte
Que á mi corazon se diera:
¡Ay de mí!

Segunda amonestacion;
Que te lo voy á advertir;
Que tú te vas á casar,
Y yo me voy á morir:
¡Ay de mí!

Tercera amonestacion;
Pásate por San Antonio:
Por caridad, díle al Cura,
Que me traiga el Santo óleo!
¡Ay de mí!

En el dia que á tí te digan
«¿Recibe Usted por esposo?»
A mí me estarán cantando
Los clérigos el responso:
¡Ay de mí!

Aquel dia te pondrán
Tu vestido colorado,
Miéntras que á mí me pondrán
Un hábito franciscano:
¡Ay de mí!

Te estarás todo aquel dia
En compaña de tu gente;
A mí me acompañarán
Cuatro cirios solamente!
¡Ay de mí!

A tí te estaran echando
Ricas sábanas de olan;
A mí me estarán echando
Unas espuertas de cal:
¡Ay de mí!

Irás á misa de novia
Con tu maridito al lado,
No serás para decir
«¡Dios le haya perdonado!»
¡Ay de mí! . . .

Si pasas por mi sepulcro
Tres años despues de muerto
Y me mombras por mi nombre,
Te responderán mis huesos:
¡Ay de mí!!!

Al oir las primeras coplas, Paz lloró; al oir las que siguieron, se agitó y vaciló; al oir las últimas, abrió la ventana. La luz de la luna dió sobre su cara pálida y bañada de lágrimas, como sobre una azucena cubierta de rocío.

Un jóven de persona fina, y facciones delicadas, de gracioso y airoso porte, la aguardaba; era Manuel Diaz.

— ¿No quieres ya hablarme, Paz? la dijo.

— Me lo han prohibido, Manuel.

— ¡Prohibido! ¿y porqué?

— Porque andas al contrabando.

— ¡Válgame Dios! y ¿qué delito es ese? ¿No sabe tu padre, que es para mantener á mi madre y mis hermanos?

— Sí sabe; pero dice que la causa no justifica los medios, Manuel.

— Pues bien, Paz, dejaré de hacerlo. Pero no dejes de abrirme la ventana; que sin eso no puedo vivir.

— ¡Qué! ¿no harás mas contrabando? ¿jamas?... ¿Oh! quisiera creerlo! Pero padre dice que el contrabando es como el juego; que engríe; y que una vez que se le toma el gusto, siempre se vuelve á las andadas.

— ¿Tienes fe en mis palabras?.... pues te la doy. Con lo que llevo ganado, mercaré unos bueyes y una carreta, y así ganaré mi vida.

— ¿De verdad, Manuel? ¿desde hoy?

— Desde hoy no. Prometí al amo ayudarle á meter cuatro cargas de tabaco que tiene escondidas cerca de aquí, y cumpliré; no le dejaré plantado.

— ¿Tabaco? ¡Dios mio! Manuel, Manuel! por la Vírgen Santísima, no vayas!

— Tengo que cumplir con lo prometido, Paz. Eso te probará que lo que ofrezco, lo cumplo; y puedes descansar para de aquí en adelante. — ¿Pues no dicen que Juan Mena te pretende?

— No sabe que te quiero.

— ¿Y si se empeña?

— Yo no querré.

— ¡Paz, Paz! tú eres tan suave, tan incapaz de resistencia! ¡si te persuaden! ¡si te vuelven!

— No lo temas: ¿tienen acaso otra razon que oponerme que tu contrabando?

Miéntras las muchachas hablaban cada cual en su ventana, la tia Juana, á quien se le habia entumecido el pescuezo, se despertó, se dió una friega en la nuca, y abrió los ojos tamaños, cuando al notar los asientos de sus nietas vacíos, alzó la vista y las vió cada una en una ventana, de rodillas en el poyete, la punta de un pié ligeramente apoyada en el suelo, el cuerpo echado adelante, y teniendo el postigo con la mano para poderlo cerrar á la menor señal de alarma.

Las madres del pueblo en España, tiernas, apasionadas, entusiastas en su cariño materno, tienen á pesar de eso, la idea de que no hay leccion que aproveche, sino la graba en la memoria un golpe ó un porrazo bien dado.

Así es que la tia Juana, despues de haber mirado bien á una y otra, dijo: ¡Bien, bien! ¡me gusta! Ya os cogí, bribonas! Y levantándose, se acercó andando sobre las puntas de los piés, á Luz, que no notó su llegada, sino por un buen porrazo que recibió en el hombro.

Luz cerró de golpe la ventana, se volvió hácia su abuela á quien llevaba una cabeza, cogió la mano que le pegaba, y dijo:

— Abuelita, se va Vd. á lastimar la mano: ¿porqué me pega Vd.?

— ¡Y lo preguntas, pícara, cuando te cojo en la reja!

— Mirando la luna, madrecita, que parece un sol; mírela Vd., dijo abriendo la ventana de par en par.

Tia Juana metió las narices por las rejas; pero á nadie vió.

— Y ¿crees acaso engañarme, buena alhaja, porque Márcos Ruiz corre como un gamo? dijo á su nieta. Se volvió hácia Paz; pero esta habia oido á su abuela y se habia vuelto á sentar en la copa bajando la cabeza.

— ¡Mire Vd., mire Vd. la mojigata que parece no ha perdido la gracia del bautismo, y se la está pegando á su abuela!

Tia Juana, diciendo esto, levantó su manita; pero Paz cruzó las suyas, y le dijo:

— ¡Madre, me ha dicho que ya no hará mas contrabando!

Tia Juana dejó caer su mano, y contestó:

— Ea, bien! .... pues eso, componlo allá con tu padre.

Al siguiente dia de esta escena, vino al pueblo una partida; el oficial que la mandaba, fué alojado en la casa en que yo paraba.

Yo mandé convidarle á cenar aquella noche.

— He venido, dijo el oficial, por la denuncia que hicieron de un contrabando de tabaco.

Un presentimiento me advirtió que alguna desgracia habia sucedido; y así fué que fuertemente conmovido, pregunté al oficial si habian cogido el contrabando.

— No solo el contrabando, sino á los contrabandistas, respondió el oficial.

Volví á poner con mano trémula sobre la mesa la copa que iba á llevar á mis labios.

— Imposible es, prosiguió el oficial, acabar con el contrabando en un país en que los contrabandistas son hombres valientes, hasta amar el peligro; entendidos, hábiles, incansables, aventurosos, que se rastrean y esconden por el país que conocen á palmos, como culebras, y en donde ninguna idea de ignominia se une al contrabando. No obstante, hay entre los presos un muchacho que me ha inspirado mucha compasion ....! Parece tener vergüenza y ser honrado; se conoce no es del oficio. Desde que le cogimos, bajó la cabeza, y no habló palabra. Apénas habíamos llegado á las casas capitulares, cuando entró una mujer con aire enfermizo, con los ojos desencajados, pecho latiente, y vino á caer á mis piés, arrancando de su corazon un grito que decia:

— ¡Soy su madre!

Una niña de doce años y dos niños la seguian sollozando.

En cuanto al jóven, en quien la vergüenza habia conte-

nido toda demostracion de dolor, cuando vió á su madre, cayó al suelo, y el golpe de su cabeza sobre los ladrillos retumbó hondamente. Me apresuré á alejarme de un desastre que no podia aliviar.

— ¿Y qué le espera? pregunté con angustia.

— Ocho ó diez años de presidio, respondió el oficial.

— Su existencia perdida! exclamé: ¡su madre muerta de pena y miseria! ¡sus hermanos mendigos ó perdidos!....

— ¿Y qué puedo yo hacerle, respondió el oficial; siendo las órdenes terminantes para llevar los presos á Sevilla?

— ¡O señor! dije sin saber lo que me decia; ¿no habrá algun medio?....

— ¡Que yo haga un contrabando de otra especie, contestó el oficial, dejando fugar un preso! ¿No sabe Vd. que tendria para mí el mismo resultado que Vd. lamenta en el contrabandista?

CARTA OCTAVA.

El mismo al mismo.

Mi última carta, querido amigo, era tan larga, y estaba tan cansado de escribir, que te la remití sin decirte nada de los nuevos pesares que me afligen; y ya que me dices que tanto te interesas en ellos, te los comunicaré ántes de proseguir en la relacion de mi tio.

Como me es imposible hablar con Casta todas las noches, entre dos luces paso por su calle. Como es verano y se habita lo bajo de la casa, Casta puede sentarse en la reja de su ventana baja. Al pasar, introduzco por entre las persianas una carta que enrollo en forma de bastoncito: ella, al mismo tiempo, deja caer una esquela que recojo al paso.

Hay pocos dias que al pasar, introduje mi carta por la

celosía, como siempre; pero en vano busqué la carta de ella; y como no siempre le es posible escribirme, me persuadí que no habia ninguna, y me alejé, sin parar la atencion en un chiquillo que se habia arrinconado debajo de la ventana, y que se echó á correr que bebia los vientos.

Una hora despues, me fuí, como siempre, á la tertulia.

Estaba yo muy abatido, tanto á causa de no haber tenido carta de Casta, como por causa de la insufrible persistencia de D. Judas en perseguirla. No sé si el papel de *media azul* (*bas-bleu* como dicen Vds.), que habia jugado Casta para alejarle, no ha bastado á vencer su obstinada inclinacion; ó si persiste en su intento, por amor propio, ó por el gusto bajo de hacer mal tercio. Ello es que la persigue como su sombra, sufriendo los desdenes de ella con paciencia y sin retroceder un paso, ni desistir de sus pretensiones.

Estaba yo en un balcon, donde hallaba silencio y sombra que me ocultase.

Casta halló medio de acercarse, con pretexto de buscar sobre el piano, que estaba cerca, una cancioncita andaluza que está de moda, la Jaca de terciopelo. Miéntras ojeaba los cuadernos de música, me dijo á media voz y sin mirarme:

— ¿Mi esquela?

— No la he hallado.

— ¡Dios mio! La eché al suelo como siempre.

— Corro á buscarla.

— Aguarda que me aleje.

En este momento entraba D. Judas con aire triunfal, cual un general romano, echando sillas al suelo, pisando el perrito faldero de la señora de la casa, y tropezando con los que se hallaban en su camino. Así llegó hasta el administrador, al que dijo, entregándole un papel, que se lo acababan de dar; que creia era una broma, y que pedia que lo leyese en voz alta.

— Apuesto cualquier cosa, dijo el administrador, á que es copia de algun programa de fiesta en Sanlúcar, en el Puerto ó en Cádiz, en el cual los caballos y toros de Vd. serán puestos en las nubes. ¿Es eso? Veamos.

Se hizo un gran silencio, y el administrador leyó:

«Cuando se ama con constancia, se sufre con firmeza. Jóvenes somos, y tenemos una eternidad delante; aguardemos. ¡Aguardar es tan dulce cuando lo que se aguarda es la felicidad! Crié un rosal que tardó en echar rosas: pero ¡cuánto gocé con cuidarlo, regarlo, ponerlo al sol! No temas por Dios; el viejo grosero y malísimo.... (aquí hay una inicial) me inspira el alejamiento y causa el horror de un sapo. Mi madre pronto se desengañará: el oro, ese vil metal, puede deslumbrarla, pero no engreirla; mi buena madre no quiere sino mi felicidad, y esa no existe para mí sino á tu lado.»

Miéntras duró esta lectura, en la que sin duda habrás reconocido la esquela de Casta que yo no habia podido hallar y que aquel pilluelo, sin duda apostado allí por D. Judas, habia arrebatado; Casta habia ido á refugiarse al lado de su madre, y contenia á duras penas lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Yo sentia el frio de la palidez que cubria mi rostro, y destrozaba entre mis encrispados dedos mi pañuelo; pero ¿qué hacia? ¡Siempre las circunstancias ponian esposas á mis manos, mordaza á mis labios!

Por lo que toca á D. Judas, dejo á tu consideracion graduar el cambio repentino que se hizo en su corazon, que resplandecia del innoble placer de una baja y necia venganza, cuando el administrador leyó el párrafo que indudablemente le concernia.

Aunque á nadie nombraba la esquela, la risita de D. Judas, y sus guiñadas señalando á Casta, hubiesen enterado á todos, aun cuando la situacion de la pobre Casta no lo hubiese hecho. Al oir el epíteto *viejo*, se apagó su risa de repente; al oir *grosero*, abrió los ojos tamaños; y cuando se oyó apellidar *sapo*, exclamó involuntariamente: — ¡Desvergonzada!

Al oirle, un murmullo confuso de risas, sucedió al embarazado silencio que reinaba. Las señoras se cubrian la boca con sus pañuelos, y doña Mónica, que empezaba á enterarse, echaba á su hija miradas amenazadoras.

— Déme Vd. ese papel, dijo D. Judas furioso al administrador.

— No, respondió este, acercando el papel á una bugía, cuya llama consumió en el acto la hojita.

— Hay nombres: y aunque me son desconocidos, algun otro podia conocerlos, y los suaves y tiernos desahogos del corazon, esas floras de juventud, sinceros y exaltados como ella, necesitan el secreto, como la violeta la sombra, y se deben respetar como la inocencia.

— Es que no hay solamente, repuso D. Judas, *suaves y tiernos* desahogos, como Vd. dice; hay sendas desvergüenzas, que no creo se deben *respetar como la inocencia.*

— Tanto mas en mi abono, dijo el administrador; razon mas para impedir que se sepa á quién son dirigidas. Crea Vd., señor D. Judas, que si hubiese podido sospechar el contenido de la esquela, no la hubiera leido. Creí cuando Vd. me la entregó, que era una broma; pero no pensé que fuese una vergonzosa indiscrecion. Mucho celebraria poder presentar á los interesados mis excusas sobre la parte involuntaria que en este vergonzoso lance he tenido.

¡Yo estaba fuera de mí! Mucho tiempo habia contenido mi indignacion contra ese hombre odioso; pero ahora, la publicidad que habia dado á su proceder, me autorizaba á dar libre curso á mi resentimiento.

Le aguardé á la salida.

— Caballero, le dije; es Vd. un insolente botarate, un atrevido entremetido. Vd. sabia quién habia escrito la esquela; Vd. sabia á quién era dirigida.

Don Judas volvió la cara á todos lados, y no viendo á nadie, se puso á temblar, y quiso disculparse, negando el haber sabido de quién era la esquela.

— Dé Vd. gracias á Dios, le dije sacudiéndole por el hombro, de que soy bastante moderado y caballero para no hacer pedazos mi baston sobre las espaldas de un hombre, demasiado viejo para poder, demasiado torpe para saber, y demasiado cobarde para defenderse. Pero sepa Vd. que esta moderacion cesará desde el instante en que sepa que la señorita Casta tiene en lo mas mínimo que sufrir por causa de Vd.

— No hay cuidado, señor; no tema Vd., D. Javierito: mañana mismo me voy á Jerez. Usted comprenderá que renuncio á unirme con quien me designa el papel de sapo.

Al dia siguiente, el señor Barbo partió en el vapor *Rápido*, el cual deseo que haga honor á su nombre, y que no afloje su carrera hasta llegar á los antípodas.

Libre ya de aquí en adelante de este ente odioso, podré proseguir con mas sosiego los relatos de mi tio, que con tantas instancias me pides. Continuólos así:

«En el año 1822, fuí á cazar, unos dias, á Dos-Hermanas.

Ocho años habian pasado, y traido considerables cambios en la familia, cuyas desgracias te refiero.

La suave Paz, despues de haber amargamente llorado su perdido amor, habia cedido á las instancias de sus padres, casándose con Juan Mena.

Luz, contra la voluntad de sus padres, habia sido sacada por la iglesia, y era mujer de Márcos Ruiz el arriero.

Tia Juana y tio Antonio hacian la segunda edicion, corregida y aumentada, de Filemon y Báucis. Fuí á verlos á todos.

Paz, siempre suave y modesta, siempre endeble y caida, vivia en una especie de lujo campesino, con el que la rodeaba su marido, que se miraba en ella como en un espejo.

Tenian una casa grande y buena, cuyo patio rebosaba de flores y enredaderas. Su sala en nada se diferenciaba de la de los demas habitantes acomodados del lugar, sino en su excesivo aseo. Los ladrillos del suelo parecian tener barniz á fuerza de aljofijados; las paredes tenian el blanco inmaculado de la nieve reciente; las cortinas de los huecos no desdecian de las paredes; sillas bastas de paja las rodeaban. En el testero, frente á la ventana, habia una mesita de caoba, sobre la cual se hallaba una imágen de la Vírgen con su pedestal de cabecitas de ángeles; á su lado, dos vasos grandes de cristal llenos de flores.

Paz, sencillamente vestida con un traje listado violeta y blanco, y al cuello un pañuelo de muselina bordado por ella, estaba sentada en una silleta baja cerca de la ventana entornada, y cosia.

Al verme, se sonrojó; pues en su tranquilo interior habia

adelantado tan poco en la vida, que habia quedado la suave y sencilla jóven que conocí.

Me habló de su marido con una ternura, en la que se mezclaban veneracion y gratitud.

En el curso de la conversacion me arriesgué á decirla: ¿Y Manuel Diaz? ¿se acuerda Vd. de él?

Un ligero sonrosado se extendió despacio y suavemente sobre su blanca cara, cual se ve sobre una concha, á la que extraen la perla que en su seno abriga, y respondió:

— Me acuerdo para rezar por él, y tan solo en la iglesia.

— ¿Ha muerto? pregunté.

— ¡Para mí, sí! contestó.

De ahí á un rato añadió:

— ¿Puede Vd. creer, D. Justo, que le dijeron al infeliz ántes de partir, que era mi pobre marido el que habia dado el soplo? ¿Mi pobre Juan, qne mantuvo á su madre, y que costeó el entierro y la enfermedad de que murió, cuando condenaron á su hijo? Pero fué uno de los contrabandistas quien dió el soplo, y se lo achacó á mi marido.

— ¡Qué infamia! exclamé.

En este instante entró Juan Mena con su hijo.

— Aquí tiene Vd. á mi Diego, me dijo despues de saludarme cordialmente, y presentándome un hermoso muchacho de seis á siete años.

— Se parece á su madre, ¿no es verdad? Hace bien; porque yo no soy bonito.

— ¡Oh! no, exclamó Paz, debe parecerse á su padre en todo. En todo, ¿lo oyes, Diego?

El niño se sonrió. Bajó la cabeza en señal de asentimiento, y luego miró á su padre con una indecible expresion de ternura.

Era dulce el ver este niño colocado así y apareciendo iluminado de esos dos cariños; el de su padre, activo y fuerte como la luz del sol; el de su madre, suave y tranquilo como la luz de la luna!

— No tenemos mas que un pesar, prosiguió Juan Mena, y es el que nos causa la situacion de nuestra pobre hermana Luz. Márcos Ruiz siempre la hizo la vida amarga con sus

celos; pero, en fin, ganaba su vida; y su mujer y sus hijos no sufrian hambre. Mas desde que cegó .....

— ¿Qué, cegó? exclamé.

— ¡Ay! sí señor, y de gota serena, que no tiene cura. Desde entónces, solo Dios sabe lo que están pasando! Sus celos son ya una pasion de ánimo, que devoran el corazon como la gangrena. Hacemos lo que podemos por ellos. Pero Luz, que es mas orgullosa que una reina, no quiere tomar nada de mí. Dios sabe las tretas de que se tiene que valer para socorrerlos; y solo por medio de madre Juana se logra. Pero admire Vd. su fuerza y su valor! Todos los dias, que llueva, que ventee, qué se asen los pájaros en el aire, va á los Palacios, á dos leguas de aquí, y trae tabaco que revende con corta ganancia. ¡Y hasta este único recurso su marido se lo quiere quitar por celos! Cada noche á su vuelta la arma una pendencia, que ya! ..... Esto lo sabemos por los vecinos; porque lo que es ella, nada dice ni hecha trizas. Esta es su vida.

— No, su purgatorio! dijo Paz secándose los ojos.

— Algunas veces, prosiguió Juan Mena, se la pegamos: ¿no es verdad, Diego? Nada ménos que ayer: yo y Diego fuímos á ver las cabras, y le dije al cabrerizo: llíname ese cántaro de leche, harás ménos quesos hoy. Cuando llegámos á casa, le dije á la moza: anda, toma, y véme por arroz y azúcar, y con esa leche hazme una fuente de arroz con leche como para un regimiento. En seguida va Diego por sus primos; yo me traigo á madre Juana, que tenia allá los dos mas chicos, y que es su merced golosa, como todas las viejas. Cuando estuvieron ahí, les di á cada uno su cuchara de palo; puse la fuente sobre una mesilla baja, y les dije: Ea, hijos mios, en nombre de Dios, comed! y cuidado con no dejar la fuente vacía. ¡Qué felices estaban! ¿no es verdad, Diego?

— Y nosotros ¡qué contentos! ¿no es verdad, padre?

— Fuí entónces á buscar á Paz; pero mi mujercita se me echó á llorar, cuando vió el ansia con que los angelitos se engullian el arroz. Porque es mas buena mi Paz, mi *Paz del cielo*, que así ha entrado y así permanece en esta casa! ..... y la quiero .... la quiero, D. Justo, que me parece que

el aire la ofende! Quisiera meterla en un relicario de oro como una reliquia! Y vea Vd. que por tal que ella y mi Diego comiesen bizcocho, comeria yo pan negro toda mi vida!

Al alejarme de este suave cuadro de felicidad y virtudes domésticas, me fuí á casa de Luz. Vi á Márcos. Sus grandes ojos negros, estaban abiertos y muertos como los de las figuras de cera. Su vista, que no se esparcia á fuera, se concentraba adentro, á fijar todo aquello que su imaginacion cavilosa y desconfiada creaba: quimeras y fantasmas y visiones, tan lejanas de la verdad como de la razon: era una vista destrozadora.

— ¿Con que nada veis? le dije.

— No señor, me respondió con voz sorda: no hay para mí sino noche! ¿Hay aun *luz del dia*? ¡Oh! la hay; pero yo no la veo!

— ¿No sois feliz? la dije á Luz cuando vine á acompañarme hasta el umbral.

— ¿Es posible serlo, respondió, viendo á un hombre, de poco mas de treinta años, en quien Dios paró la vida, sin darle el descanso de la tumba?

— ¿Os atormenta, Luz? ¿Es celoso?

— ¿Quién ha dicho eso? exclamó echándome una mirada altiva y enojada. Me callé.

Estas dos mujeres jóvenes y hermosas, habian formado segun su naturaleza, carácter y suerte, dos tipos igualmente marcados y admirables.

Paz, tan blanca, suave, delicada y retirada, parecia una de esas lánguidas y aéreas castellanas de la edad media, guardadas entre terciopelo y piel de cisne, en sus castillos inaccesibles, como los pintores de la patria de Ossian las dibujan sobre el arrasado papel de sus *Keepsakes*. Miéntras que Luz, esa mujer alta y airosa, que anda con paso firme y ágil, con las carnes doradas al sol y endurecidas por el ejercicio, con la cabeza erguida y frente altiva, que no dobla la miseria, era el tipo de una de esas estatuas de amázona, fundidas en bronce dorado, por un escultor del carácter y fuerza de Benvenuto Cellini.

Un dia que yo estaba sentado en el patio de la hacienda,

mirando en su fachada una parra que la cubria, y que podada por el jardinero, formaba al rededor de las ventanas esos arabescos de troncos y ramas secas que hacen hoy dia los dibujantes con una gracia tan original, oí á mi criado (que acababa de llegar de Sevilla, donde le habia yo enviado), y le decia al capataz:

— Es verdad, señor Miguel, que he venido hoy mas tarde que otros dias; pero es porque en la venta de Guadaïra he tenido un encuentro que me detuvo.

— ¿Qué encuentro?

— Un hombre, que con un rosario de preguntas, me ha tenido embromado.

— ¿Y qué clase de sugeto era?

— Un hombre de pobres trazas: sus vestidos eran viejos y estaban desgarrados; una de sus piernas tenia una señal colorada al rededor; pero era jóven y bien parecido.

— ¿Y qué te decia?

— Principió por preguntarme si venia á Dos-Hermanas. Le dije que sí.

— ¿Conoce Vd. allí las gentes?

— Sí conozco; que vengo á menudo.

— ¿Conoce Vd. á la gente de tia Juana Ortega?

— ¡Como mis manos!

— ¿Se casó una de las hijas con Márcos Ruiz?

— Sí, y la otra con Juan Mena el capataz.

El hombre dió un brinco sobre el banco en que estaba sentado, como si le hubiese picado una víbora.

— Es cierto, pues! murmuró entre dientes.

Al oir estas palabras, prosiguió mi tio, mi sangre se cuajó en mis venas. ¡No me quedaba duda! El hombre que habia hablado con mi criado, era Manuel Diaz. Manuel Diaz, que acababa de llegar de presidio despues de cumplir su condena: Manuel Diaz, bajo la influencia de una falsa conviccion, creyendo á Juan Mena su delator! ¡Desgraciado! que por ocho años habia reprimido su ira y sus celos; que por ocho años arrastró la cadena, la ignominia, el hambre y el trabajo; teniendo siempre ante sus ojos la impunidad de su bajo ene-

migo y la dicha de su competidor; que al llegar, lo primero que veia era la confirmacion de sus sospechas, y que se convencia de que la que amó, fué el premio así como el motivo de una delacion, de la cual él habia sido la víctima! ¡Me estremecia!

El criado prosiguió:

— Yo le dije ¿qué estais ahí gruñendo de delacion, amigo?

— Nada.

Y luego prosiguió:

— ¿Conoce Vd. á la familia de Manuel Diaz?

— ¿El presidiario?

El hombre hizo otro movimiento tan brusco, que meneó la mesa, y los bancos, y dijo:

— Sí. ¿Su madre?

— Muerta.

El hombre se inmutó, y se puso como de cera! Pensé que le habia dado algo, y le dije:

— ¿Está Vd. malo?

— No, respondió; un mareo; esto pasará. Pero .... responda Vd. ¿Y su hermana?

— ¿Su hermana? me eché á reir.

— ¡Su hermana! gritó aquel hombre, cogiéndome por el hombro, y sacudiéndome con fuerzas de loco.

— ¡Eh! le grité, ¿qué perro rabioso os ha mordido, ó qué yerba venenosa habeis pisado? ¿Qué derecho tiene Vd. de preguntarme, ni yo qué obligacion de contestarle, mucho mas cuando me viene preguntando por mozuelas perdidas y sin vergüenza?

El hombre me soltó; y se puso cárdeno; sus labios temblaron, rugió como un toro, dió una vuelta en derredor como un trompo, y se salió.

El ventero y yo nos mirámos.

— ¿Está borracho? le dije:

— O loco! contestó el ventero.

Un momento despues volvió á entrar; parecia mas sosegado.

Yo, que lo que queria era largarme, me iba á salir; pero me detuvo.

— Por el amor de Dios, me dijo: contésteme Vd. ¿Y sus hermanos?

— El uno salió soldado: el otro se desapareció; no se sabe de él.

— ¡Gracias! me dijo con voz sorda.

— ¿Va Vd. á Dos-Hermanas? le pregunté.

— Sí, dijo, voy á pagar una deuda que tengo allí.

Pidió al ventero su escopeta, y le dejó en rehenes un relicario de plata. El ventero le dió el fusil, pues comprendió que tenia miedo le robaran el dinero que llevaba para pagar la deuda.

Algun tiempo caminámos juntos; á medio camino me preguntó si Juan Mena tenia todavía su viña junto al Hoyo del Negro.

— Y otra junto, que ha comprado, le dije: todos los dias va á ellas.

Se separó de mí, segun me dijo, para correr tras de una liebre que se metió en un olivar. Yo me pienso que ese hombre está tocado.

— ¡Oh Dios mio! haced que llegue yo á tiempo, exclamé, arrojándome fuera, y corriendo á casa de Paz.

La hallé tranquila como siempre, sentada en su silla baja cerca de la ventana.

— ¿Y vuestro marido, Paz? le grité.

— En su viña, D. Justo, respondió con su dulce y baja voz.

— Voy á la viña, Paz; tengo que hablarle en este mismo instante. ¿Hay un mulo en la cuadra?

Paz levantó la cabeza, y me miró con sorpresa.

— Juan ya vendrá, me dijo, ya es hora.

— Un mulo, un caballo! ¡pronto, pronto! es preciso que le hable.

— ¡Dios mio! dijo Paz, con su calma; ¿qué priesa teneis, D. Justo?

— ¡Paz! exclamé, hay ocho años que Manuel Diaz fué á presidio. Un hombre ha llegado hoy; ese hombre ha preguntado por Juan Mena, á quien llama su delator: ese hombre, Paz, llevaba una escopeta.

— ¡Oh Vírgen Santísima de las Misericordias! gritó Paz; id, id, D. Justo, voy con Vd.

Quiso levantarse; pero á la infeliz le faltaron las fuerzas y volvió á caer sobre su silla, pálida como una mortaja.

En aquel instante la puerta se abrió: varios hombres entraron: llevaban en brazos y pusieron en el suelo, á un niño cubierto de sangre!

— ¡Jesus María! esclamó Paz cayendo de rodillas ante el niño, esa sangre....

— ¡Es la sangre de mi padre! dijo el niño con voz sorda y pausada.

— ¿Y tu padre?

— ¡Muerto!

— ¿Por quién?

— No sé; un hombre que salió detras de un vallado, le dijo: «Juan Mena, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!...» Levantó la escopeta!...

— ¡No mates á mi hijo! exclamó mi padre: el tiro salió....

La infeliz mujer cayó de cara contra el suelo, con un grito penetrante y agudo!

— ¿No conociste á ese hombre? pregunté al niño.

— ¡No! me respondió. Pero de aquí á cien años, entre cien asesinos, reconoceré al de mi padre. Y le encontraré; sí, le encontraré! Porque él lo ha dicho; «no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!»

Y el estupor en que el espanto y el horror habian sumido al niño, disipándose por grados, y sucediéndoles el dolor, sus miembros temblaron, su oprimido pecho lanzó gritos, y en ademanes desesperados se arrancaba á tiras la camisa, gritando: ¡Ved, ved! esa es la sangre de mi padre! ¡La sangre de mi padre! de mi padre.... ¡de mi padre!

Paz sobrevivió poco á una catástrofe, que no tuvo fuerzas físicas ni morales suficientes para resistir.»

Al recuerdo de esta escena, mi tio se halló tan profundamente conmovido, que no pudo proseguir, y me hizo seña de dejarle solo.

CARTA NOVENA.

El mismo al mismo.

Mas de un mes he estado sin escribirte! Las reconvenciones que sobre esto me haces, lisonjean tanto al amigo, por el interes que tomas en mi desgraciada situacion, cuanto al narrador, por el interes que te inspiran mis relatos. No he tenido humor para nada; y me creerás cuando te diga que Casta se fué! La época de los baños se acerca, y su madre se la ha llevado á Cádiz.- ¿Te diré acaso que Sevilla, que ha poco me parecia la reina de las ciudades, coronada de azahares y olivas, me parece hoy una triste viuda coronada de cipreses? Te sonreirias con lastimoso desden, desde lo alto de tu indiferencia, pues no se comprenden las penas del amor y de la ausencia, sino amando y ausente uno mismo.

Ademas, mi buena tia ha estado mala, y mi tio ha sido entretanto su inseparable é incansable enfermero. No puedes pensar cuánto se quieren. Podrás observar que España, donde todos los casamientos se hacen por amor, es el país en donde se ven los mas felices matrimonios. Aquí son raros los divorcios, aunque son autorizados en ciertos casos por las leyes del estado y de la iglesia. Aquí no se estilan habitaciones separadas, ni aun en la extrema vejez. Aquí no hay cuentas ni intereses separados; el *mio* y el *tuyo* no existen. Aquí, en el caso de una infidelidad (caso raro) se prefiere casi siempre el perdon al escándalo, porque parece que con la bendicion nupcial, la religion que la da, impregna un cariño, que santifica con su santidad la fuerza y la pureza de los cariños de la sangre.

Vas á decirme que soy tan entusiasta del matrimonio porque amo á Casta. Puede. Y es cierto que si me la dieran por querida, la rehusaria. Solo llamándola mi mujer, mi compañera ante Dios y los hombres, la estrecharia sobre mi corazon y me atreveria á llamarla mia.

Pero es fatigar bastante tu atencion con mis penas y mis propios asuntos. Vuelvo á mi tio.

Este volvió á coger el hilo de su narracion de esta suerte:

— Pienso hijo mio, que lo que te cuento está de tal manera lleno de eventos trágicos, que se van enlazando como una cadena, cuyos eslabones fuesen cada cual una calavera; pienso, digo, que podria parecerte un cuento inventado á placer. ¡Pluguiera á Dios que así fuese! Pero créeme, hijo mio, en punto á desgracias y sufrimientos, la realidad sobrepuja á la invencion; y el destino tiene complicaciones y acasos, que no podria crear la imaginacion mas activa. Para que lo que te voy refiriendo sea cierto y posible, es preciso toda la energía de los pueblos del mediodía. Es necesario que el hombre no haya aun entibiado sus pasiones, buenas y malas, por la civilizacion moderna; es preciso que un instinto primitivo le sugiera y grite que es su derecho hacerse justicia por sí mismo; es indispensable que una fuerza de carácter que el tiempo no pueda debilitar, ni la razon calmar, grabe la injuria, como la marca de un hierro ardiente, imborrablemente sobre su corazon, y que creyendo en Dios y en su justicia, sacrifique su eternidad, así como sacrifica su existencia, — esto es con premeditacion y con valentía, — á la necesidad imperativa de hacerse justicia. Por desgracia, las leyes no juzgan sino el delito; yo quisiera que se juzgasen tambien las causas que lo hacen cometer.

Pero esto es una digresion, hijo mio, que si bien es necesaria para aclararte ó hacerte comprender la continuacion de esta historia, podria parecerse á una de esas modernas oraciones en favor de los criminales y de la clase pobre, que no son sino una nueva arma, ó semilla revolucionaria que llevará sus frutos como las otras. Prefiero con mucho, mi querido Javier, el maravedí de la viuda, á esas vocingleras filantropías, que en lugar de esparcir buenos sentimientos de moderacion, paz y conformidad en el pueblo, no esparcen sino una mala levadura, que rebela al pobre contra su situacion, sin mejorarla. Ten presente igualmente, que los eventos que te refiero, léjos de seguirse uno tras otro, han tenido entre sí largos intervalos, tan dilatados que han llenado mi larga vida. Ahora, pues, prosigo:

Algun tiempo despues, un dia que salia para la audiencia,

al llegar á la puerta de la calle, oí gritos, gemidos, aullidos tan atroces, que me quedé parado y absorto; porque jamas, seguramente, habian llegado á oidos humanos tales sonidos.

Se acercaban; y tal era mi asombro que me paralizó, y no pude ni proseguir, ni marchar ni retroceder.

Entónces vi llegar á una mujer, á la que otras seguian, que no podian ó no se atrevian á alcanzar. Esta mujer, lívida, con los ojos desencajados, cuyos cabellos blancos pendian en desórden, que se desgarraba con sus uñas el pecho, tan pronto levantaba los brazos y los ojos al cielo como pidiéndole auxilio, tan pronto los dejaba caer hácia el suelo, como implorándole se abriese bajo sus pasos para sepultarla. Esta terrificante imágen de un dolor que no podia tener semejante, pasó por junto de mí, cuando ya su voz quebrada no podia formar sino el hipo ó estertor del moribundo. Una muchedumbre compasiva la seguia en silencio taciturno, con el que involuntariamente respeta aun la hez del pueblo un gran infortunio.

— ¿Qué es eso? preguntó la criada que se habia asomada á la puerta.

Una de las mujeres que seguian llorando á la infeliz, contestó:

— ¡Acaban de condenar á su hijo á muerte!

Volví á entrar en mi casa: aquel horrible espectáculo me habia trastornado.

Pero, ¡cuál seria mi sorpresa al verse formar grupos ante mi puerta y penetrar en casa, trayendo á su cabeza al alcalde de Dos-Hermanas!

— ¿Qué se les ofrece á Vds., señores? les dije, y en qué puedo servirles?

— Venimos, señor D. Justo, contestaron, á pedir á Vd. nos haga una representacion, que firmaremos todos para presentarla al tribunal....

— ¿Y qué piden Vds.?

— Que la ejecucion que han decretado los jueces, con cláusula de que se haga allí mismo donde se hizo el delito, no se lleve á efecto.... No queremos justicias en Dos-Hermanas; es una ignominia.... quedaria el pueblo deshon-

rado!.... Ponga Vd. que no hemos de pajar justos por pecadores; y añada Vd. que estamos resueltos á irnos todos de lugar si esto se lleva á cabo.

— ¿Pero quién va á ser ajusticiado? pregunté; ¿qué delito se ha cometido?

— ¿No lo sabe Vd., no vió Vd. pasar á esa infeliz?

— ¿Qué infeliz?

— ¡Su madre!

— ¿De quién?

— De Márcos Ruiz.

— ¿Qué ha hecho, justo cielo?

— ¡El es el reo.... el asesino....!

— ¿De quién.... de quién?...

— De su mujer, de la pobre Luz!

Caí anonadado sobre una silla cubriendo mi cara con ambas manos.

Por una de esas ojeadas lúcidas que en un momento de angustia y de dolor parecen atravesar é iluminar lo pasado con la claridad y rapidez del rayo, vi á aquellas dos desgraciadas criaturas nacidas con igual belleza, para sufrir igual infortunio; ambas, víctimas del hombre que habian amado!....

Las vi de edad de cuatro años, bellos ángeles que dormian y rezaban, entre las dos espantosas catástrofes, la de su nacimiento y la de su muerte. Las vi á los diez y ocho años, bellas, jóvenes, mellizas en hermosura y suerte; amando y creyendo en la felicidad; confiando en aquellos hombres que las amaban, y que habian de ser sus verdugos!

En el fondo de este cuadro, la pobre tia Juana; cuyo carácter parecia formado por un vivo y alegre rayo de sol y por un claro y puro chorro de agua, para atravesar sin obstáculo un tranquilo y florido valle; la pobre tia Juana, que habia extendido la mano á la vida como á una amiga, y que la vida habia quebrantado y deshecho con su pié de hierro!

Debí, ó sublevarme contra la suerte como un pagano, ó adorar los decretos de la providencia, sin comprenderlos, como cristiano! Esto último fué lo que hice.

Despues de haberme sosegado un poco, inquirí los pormenores de esta desgracia; y esto supe:

Los celos, que como volcan subterráneo, abrasaban y consumian á Márcos Ruiz, no solo le volvieron misántropo y cruel, sino que acabaron por hacerle insensato.

Porque este hombre tenia treinta años; amaba á su mujer con pasion, y su mujer era soberanamente hermosa! Dudaba de todo el pobre; pues la conviccion no podia llegar á él, porque los celos cegaban su alma, y la enfermedad sos ojos! Era poderoso en fuerza, en voluntad, vigor y energía; y esta fuerza, esta voluntad, este vigor, esta energía, encadenados y concentrados, le ahogaban!

Habia dicho á su mujer: «No quiero que vayas á los Palacios.»

Su mujer se encogió de hombros.

— ¿Y os he de dejar morir de hambre?

Fué.

Aquel dia los vecinos vieron á Márcos afilar un cuchillo.

A la noche su mujer volvió.

Dió de cenar á sus hijos, y se acostó. Estaba tan cansada, qne no tardó en dormirse.

Su marido no dormia!

A media noche, Márcos sacó el cuchillo que habia escondido debajo de la almohada.

Se acercó á su mujer, para cerciorarse de que dormia.

— ¡No volverás á los Palacios! dijo con voz sorda, y clavando con mano firme y segura el cuchillo en su pecho.

— No se gozarán en mirar tu hermosura, ni aun despues de muerta! prosiguió partiendo aquel hermoso rostro de arriba hasta abajo.

Ella no se movió, ni profirió una queja.

Márcos Ruiz tenia la mano segura. El golpe habia sido bien dado.

La muerte de Luz, fué como sus demas sufrimientos; aislada, silenciosa, y secreta entre ella y Dios.

Márcos Ruiz se sentó á la cabecera de la cama y aguardó.

Llegada la mañana, los niños se levantaron y se pusieron

á jugar en camisa á la puerta de la calle. Los vecinos hablaban, cantaban, reian.

Márcos Ruiz impasible no se movió.

— ¡Chiquillos! dijo la tia Juana llegando á la puerta. ¡Hijos mios! Aquí traigo un pan tamaño como un melon, y un melon tamaño como vosotros. Vamos á almorzar.

— ¿Y vuestra madre?

— En el aposento.

— ¿Qué? ¿No está levantada? ¡Luz! ¡Luz! Pues á tí no te se suelen pegar las sábanas.

— ¿Y Luz? dijo la pobre madre á Márcos, á quien halló tranquilamente sentado.

— ¡Apagada como la de mis ojos! respondió con voz cavernosa Márcos.

Tia Juana se precipitó á la cama.

¡Qué espectáculo, Dios del cielo!

— ¡Misericordia! Misericordia! gritó y cayó al suelo murmurando:

— ¡Cain! ¡Cain!

No necesito añadir, hijo mio, prosiguió mi tio despues de un rato de silencio, que ni quise ni pude interrumpir, que Márcos Ruiz fué preso y condenado á muerte. Ni tampoco que la pobre vieja, la tierna madre fué llevada á su casa, ella tambien herida de muerte! Me es penoso, aun despues de tantos años, fijarme en tan terribles recuerdos! No obstante, ántes de morir la excelente mujer, me escribió una carta que he conservado siempre, como la expresion de su alma suave y sublime, y el resúmen de aquella pura y desgraciada existencia. Llévatela y léela; pero con la expresa condicion de volvérmela á traer mañana, porque la conservo como reliquia, y no quiero separarme de ella!

— Te incluyo, mi querido Paul, la copia de esa carta.

Señor D. Justo:

Esta carta que me escribe el sacristan, Dios se lo pague, se dirige á Vd., á quien siempre he hallado propicio á servirme, para pedirle el último favor, y es, que con los seis reales que le envío, me mande á decir una misa al Señor de

los Desamparados, que está en el Salvador, para que me dé su Divina Majestad una buena muerte. Quisiera que se dijese el viérnes, dia de su gloriosa muerte, en cuyo dia tengo esperanza me lleve á sí el Divino Señor.

Quiero tambien, señor D. Justo, dar á Vd. gracias por tantos favores como le he merecido, y decirle mi último adios, el primero que le digo con gusto.

Por mas que me hice corcho, D. Justo, para no ir á fondo en este mar de sangre y lágrimas que ha sido mi vida, no he podido! Este golpe me hundió: el asesinato de mi Luz me abre la sepultura! Desde que murió mi Antonio, no he vuelto nunca á reir, D. Justo; pero vivia llorando y rezando. ¡Pobre Antonio! Desde que la vista y el pulso le faltaron, y no podia ir á cazar, se entristecia como un pájaro del campo en una jaula; se apagó tan despacio y sin sentir, como la luz del dia cuando se acerca la noche. Si Su Majestad no hubiese venido por su infinita misericordia á mi pobre morada, nadie hubiese sabido que un cristiano iba á comparecer ante el tribunal divino. Antes de morir me dijo: «Juana, ya ves lo que ha sucedido; y verás lo que aun sucederá con estos dos hombres, á los que me opuse desde que se acercaron á nuestras niñas!

Eso te enseñará, mujer, que en la voluntad de un padre, aun dado caso que tenga ménos alcances que los que le deben obediencia, hay la inspiracion del cielo y la sancion de Dios.» Me eché á sollozar.

— No llores, Juana, me dijo: sino reza. Yo rogaré allá arriba por tí. El rezar es el lazo que une á vivos y muertos.

Despues de decirme esto, se durmió para no despertar sino en el seno de Dios!

Me he quedado, pues, la última y sola! No tengo á nadie de los mios para llevarme á la tierra.... Una mano extraña me echará la cal que ha de consumir mi cuerpo! Voy á rogar á Dios por aquellos que tanto mal me han hecho; y no por eso olvidaré á mis bienhechores, sobre todo á Vd., D. Justo; que agradecer es aun mas dulce que perdonar.

Viva Vd. muchos años, D. Justo. La vida es buena; aunque por mí no quisiera volverla á empezar. La muerte con

un padre á la cabecera y un crucifijo en la mano, no espanta; créalo Vd. Y mas, cuando los propios se fueron por delante, no se quiere una quedar atras.

Dígale Vd. á la señora que se quede con Dios, y me encomiende á la Vírgen de los Reyes, de quien tan devota he sido, y que tantas veces me sacó las lágrimas con una mirada. ¡Madre mia! ¡tambien quedó sola!

Ya Vd. ve, D. Justo, que soy una parlanchina, como decia mi Antonio, y que charlo aun teniendo ya un pié en la sepultura.

El sacristan ya no tiene mas papel.

Acuérdese Vd. alguna vez, y rézele á la pobre vieja

TIA JUANA.

CARTA DECIMA.

El mismo al mismo.

CADIZ.

No podia vivir sin ella; sufria demasiado, querido Paul: pedí licencia por quince dias, y hay ocho que me hallo aquí.

Ven á ver á Cádiz, amigo mio: ven á ver esta masa de piedra blanca é inmóvil, en medio de esa masa de olas azules siempre agitadas. Bien pueden repetir los gaditanos que no es Cádiz ya sino un sepulcro blanqueado; no se les puede responder sino que Cádiz, como el fénix, resucita de sus cenizas. Cádiz tiene una fisonomía peculiar y de un atractivo infinito. Bajo la elegancia extranjera que la adorna, chispea la sal andaluza, y brillan la gracia y viveza del mediodía. Alegre como el cielo que la cubre, activa como la mar que la rodea, brillante como el sol que la alumbra, agasajadora como mujer de trato, burlona como niña rica y bonita, nadie cual ella supo hacer brillar el oro, y adornar con flores el caduceo de Mercurio.

Estuve dos dias sin poder hallar á Casta: paseos, teatros, baños, todo estaba vacío, pues en ninguna parte estaba ella. El tercer dia, un amigo á quien vine recomendado, me llevó al Casino. Estaba abatido, inquieto, agriado; gradúa, pues, el efecto que debia causarme la vista del primer objeto que me eché á la cara: era D. Judas. Quise al pronto huir; pero la idea de que era imposible hallar un hombre bastante descarado y sin vergüenza para hablarle á otro que le hubiese tratado como yo le habia tratado á él, me retuvo; mas me habia engañado. Apénas me vió, cuando se puso á gritar: «¿Vd. por acá? ¡Hola! ¿Desde cuándo, amigo? Bien venido, querido fiscal; ya, ya estoy: la cuerda tras el caldero! Donde va el rey, va la corte. Pero sepa Vd., amiguito, que á muertos é idos no hay amigos: la ausencia es madre de desangaños. La señorita Casta tiene otro pretendiente. Ese, amigo, es *bocato di cardinali*: tenemos que cederle el paso los dos, pues es rico como yo, y jóven y currutaco como Vd. Sus pantalones están mas estirados que los de Vd.: apuesto mis narices á que sus tirantes son de cuero de Rusia; sus botas brillan mas que las de Vd.; su cabello riza mas, su raya está mejor sacada, y sus bigotes (¡detesto los tales bigotes!) mas retorcidos que los de Vd. Es hijo de un Peruano, que tiene minas en Quito, y mas dinero en los bancos, del que Vd. jamas ha visto junto. Así, pues, amigo fiscal, haced lo que yo: media vuelta á la derecha, y vuélvase Vd. á Sevilla á poner sentencias.»

¿Qué hacer ni qué decir, mi querido amigo, á ese imbécil grosero, que seguramente tiene demasiado miedo para tener la intencion de insultarme, y que me decia tales monstruosidades, sin darles la menor importancia? Me ahogaba la ira! — Señor, le dije, dad vos media vuelta á la izquierda, y despejad en paz.

— No se incomode Vd., fiscal susceptible. Como soy, que creia hacerle un favor; porque al fin, á uno le gusta saber el terreno que pisa: hombre prevenido nunca fué vencido; el que te quiere te dirá las verdades. ¡Caramba! querido fiscal, futuro regente de Sevilla, que viene Vd. en zancos, y tan

subido de punto, que no se le puede hablar. ¿Ha heredado Vd. cien mil duros? Y qué poco agradecido es Vd.! Bien dicen, que de desagradecidos está el infierno lleno.

— Tambien se dice, le contesté, que está empedrado de buenas intenciones, D. Judas. Dejemos esto.

— Escuche Vd. una palabra, y no lo tome por la tremenda, hombre de Dios; que no le pesará darme oidos. No creo que Doña Melindrosa se case con su nuevo paje. Papá Millon no ha de querer por nuera á una hija de un intendentillo cualquiera. Apostaria un duro á que tendrá á la mira alguna hija de Grande de España! Porque la gente de América se muere por esas fachendas. Entónces Castita la remilgada se quedará como la novia de Rota, vestida y sin novio, ó como el que se quiso sentar sobre dos sillas, y se cayó al suelo. Acá nos reiremos, fiscal; nos reiremos hasta reventar! Já! já! já!

Creo que iba á echarme sobre él y despedazarle, cuando de repente se volvió y acercó á una mesa en que hablaban varios sugetos, y dijo:

— ¿Qué están Vds. ahí diciendo de las poesías de Martinez de la Rosa; que son qué?....

— Líricas, respondió uno de los señores.

— No son líricas, dijo D. Judas.

— ¿Pues qué son? preguntó sorprendido uno de los caballeros.

— Son, respondió D. Judas, son *ajenas*.

— ¿Ajenas? exclamaron todos.

— Sí, señores; lo sé de buena tinta. Y porque vean Vds. toda la fachenda de esa gente escritora que se denominan inspirados de Polo é hijos de las musas (de las musarañas lo serán)....; esas poesías decantadas, lo difíciles que serán de hacer, que quien las ha hecho es una chiquilla de diez y siete años, que no sabe donde tiene las narices. ¡Eh! y bien, ¿qué dirán Vds. ahora?

— Señor ¿está Vd. en su sentido? dijo uno de los presentes.

— Y tan seguro es lo que digo, respondió D. Judas, que

dias pasados entré en casa de un amigo del señor Martinez de la Rosa, y viendo sobre la mesa el libro de poesías, escribí al frente bien claro: *Aunque tuerto, no es nuestro.*

Unos reian, otros rabiaban, y otros creyeron á D. Judas, viendo lo seguro que parecia de lo que afirmaba.

No sé en lo que hubiera parado la disputa, si un conocido de D. Judas no le hubiese interrumpido diciéndole:

— D. Judas, ha poco que un sugeto se presentó aquí preguntando por Vd.

— ¿Por mí? dijo D. Judas.

— Por Vd., contestó el amigo: es un jóven delgado y pálido con barba larga: parece que acaba de llegar de Huelva.

La cara de D. Judas habia cambiado repentinamente: se iba alargando á medida que su interlocutor hablaba; sus ojos se habian puesto grandes y redondos como dos peceras, porque tu habrás reconocido, como él, en el méncionado jóven á Pedro de Torres.

— Diga Vd. á ese sugeto, si volviese, dijo D. Judas, cogiendo el sombrero y dirigiéndose hácia la puerta, que me he ido al Puerto, donde me están aguardando para tratar sobre ocho toros para la próxima corrida.

— Y dónde os aguarda quizá alguna muchacha guapa? dijeron algunos que conocian su flaco.

— ¿Quién sabe? todo puede ser, contestó el Barbo cogiendo la puerta; porque aunque soy viejo, los ojos siempre son niños. Señores, á mas ver!

Libre de tan insufrible majadero, me senté, siendo mi corazon y mi cabeza presa de mil crueles torturas. No habia preguntado á nadie por Casta, pues no tenia valor de profanar su nombre echándolo así á volar entre indiferentes. Mi resentimiento me dió valor: queria verla ántes de partir; pues queria huir. Pero ántes queria decirla: ¡Casta, pueda el que habeis preferido, amaros como el que habeis engañado!

Así, pregunté á mi amigo si conocia á aquellas señoras.

— ¡Vaya si las conozco! me dijo: son amigas íntimas de mi hermana, que lo es de la hermana de Doña Mónica, en donde paran.

— ¿Así, las ve Vd. amenudo?

— Todas las noches paseo con ellas en la Alameda.

(¡Y yo que las buscaba en el teatro!)

Convidé á mi amigo á comer en la fonda del Casino por no separarme de él, y tener un pretexto para acompañarle á la Alameda.

Llegámos á las ocho.

No puedes figurarte, Paul, el encanto que tiene la Alameda en una noche de verano, cuando las estrellas brillan en el cielo y las mujeres sobre la tierra; cuando la brisa pura y fresca de la mar nos acaricia la frente como el beso de una madre; cuando las olas que dora la luna, y cuya espuma platea, parecen correr unas tras otras entre las rocas, como alegres chiquillos al rededor de sus amas; cuando el dia calla para escuchar las suaves voces de la noche, y cuando entónces se vuelve á hallar á la mujer que se ama, fiel, tierna y firme. Entónces, Paul mio, la Alameda es el paraíso terrenal!

Ese Barbo mentia. Casta no da oidos al millonario que la pretende. Es cierto que su madre desea que no rechace á ese jóven, de prendas recomendables, exterior distinguido y brillante posicion. Pero Casta es firme, noble, desinteresada; no concibe la felicidad conyugal sino en el amor; y me ama!

La veo de noche en la Alameda, donde viene con la hermana de mi amigo; pero no me quedan sino ocho dias de esta felicidad. Pasado este término, me será preciso volverme á mi puesto. Mas llevo en mi corazon la fe en lo presente, la esperanza para el porvenir.

(*Continuacion de esta carta algunos dias despues.*)

He olvidado del todo, amigo mio, echar esta carta al correo. Mi felicidad es egoista como todas las felicidades, y se ha ocupado exclusivamente de sí. Pero ántes de cerrar mi carta, voy á incluirte una que he recibido de D. Judas, al pié de la cual te copio mi respuesta.

Jerez, 14 de agosto de 1844.

Señor y amigo fiscal.

Como sé que está Vd. íntimamente ligado con el comandante general, puesto que estudiaron ustedes juntos, (otras veces no se veia que esos señores de tan altos puestos se tratasen sino con títulos ó gente de categoría), he pensado que nadie mejor que Vd., que me conoce y que podria responder de mí, podria hacerle comprender á Su Excelencia las atroces injusticias de que soy víctima.

¡Puede Vd. creer que he recibido un oficio del comandante general, en los términos mas insultantes, en que se me dice que soy un hombre intrigante, temible, traidor, vendido á los intereses del emperador de Marruecos! Se me acusa de haber prometido á las tropas acantonadas en San Roque y Algeciras una recompensa con condicion de que no se embarcarian para Africa. ¡Yo, prometer semejante cosa! Bien sabe Vd. que no estoy tan mal con mi dinero. Puede Vd. jurar que es falso.

Dígale Vd. al comandante general, y repítale mil veces que yo soy un hombre sin principios ni opiniones. Me vanaglorio de ello: las opiniones han perdido á España. No soy ni carlino, ni exaltado, ni moderado; pero ménos que nada, marroquista. Es un nuevo partido que se ha formado, y del que juro á Vd. no tenia noticias. ¡Pobre España! era lo único que la faltaba! Pongo mis narices á que eso es cosa de los republicanos malditos.

El oficio del comandante general me pone preso! y me da la ciudad por cárcel. No puedo ni aun ir á mis cortijos; y estamos en la recoleccion! Así los tunantes de los criados del campo me roban que clama al cielo.

Es cosa inaudita el tratar así á un caballero de la órden de Cárlos III., al primer criador de ganados de Andalucía! De toros, que van á electrizar al culto público de Madrid, Sevilla y Cádiz, por lo bravos, feroces y valientes que son; miéntras que su amo es conocido por todas las cualidades opuestas.

No puede Vd. figurarse lo que la gente se espanta de mi

arresto; pero mas se espantan cuando les digo que es porque soy sospechado de marroquismo. No lo pueden comprender; ni yo tampoco.

Asegure Vd. á nuestro excelente y amado comandante general que soy un buen español, cristiano viejo, enemigo declarado de ese partido mahometano que Dios confunda. Que no he tenido ninguna comunicacion con ese emperador con chinelas, cuya existencia he ignorado hasta ahora.

Querido Javierito, como cada uno en este mundo trabaja para sacar de ello utilidad, (no hacerlo así es cosa de tontos) si Vd. logra que se me levante pronto este escandaloso arresto, le enviaré á usted una jaca perla que vale un Perú, y que montará Vd. en memoria de un amigo antiguo que B.ˢ S. M. y desea servirle.

JUDAS TADEO BARBO.

Esta es mi respuesta.

Muy señor mio:

El oficio del comandante general es fingido, y el arresto un chasco. Puede Vd. ir por todas partes sin temor de que nadie se meta en sus asuntos. ¡Ojalá pueda Vd. hacer lo mismo con los ajenos!

Soy de Vd., etc.

J. BAREA.

Tú te has hecho cargo, como yo, de dónde ha salido el tiro. Es, á no dudar, una venganza, á su manera, de Pedro de Torres; pero que no podrá nunca probarle D. Judas, dado caso, como es probable, que lo sospeche. De qué manera Pedro de Torres ha podido procurarse el papel con membrete de la comandancia general, esto es lo que probablemente no se averiguará jamas.

CARTA ONCE.

El mismo al mismo.

SEVILLA.

Ya me tienes aquí de vuelta: mas tranquilo, aunque no ménos desgraciado. La situacion de Casta y de su madre es terrible. No cuentan sino con la viudedad, malísimamente pagada. Es, por consiguiente, natural que la pobre madre desee establecer bien á su hija. Hay, pues, mucho egoismo en mi amor: yo, sin bienes de fortuna y al principiar mi carrera, ¿qué compensacion puedo ofrecer á Casta en cambio de lo que me sacrifica? Le hice, con el corazon partido, estas reflexiones. ¿Sabes lo que me respondió mi adorable Casta? que tenia una tia, que habia aguardado quince años á casarse con el hombre á quien queria, y que es la mujer mas feliz que conoce.

Ahora, para distraerme, voy con mas afan que nunca á explotar en obsequio tuyo los recuerdos de mi tio. Tanto mas, cuanto veo por tú ultima que te interesan cada vez mas.

Le dije, pues, al buen señor el mucho placer que me causaban sus relatos, y le supliqué que me comunicase algunos otros que tuviese tan bien conservados en su memoria como los anteriores.

— Te referiré uno, me contestó, bastante reciente, para no tener que escudriñar mucho en mi memoria.

Habrá cuatro años que vi entrar un dia en casa al tio Anda-mucho.

Tio Anda-mucho era un serrano de Aracena, hombre de sesenta años, alto, robusto, jovial y dispuesto. Habia adquirido su apodo por el género de vida que llevaba, que era el de arriero y corsario; poseia buenas mulas, con las que surtia las tiendas de Aracena, y traia á Sevilla la cecina y demas productos de la Sierra. Desde infinidad de años, á entradas de invierno, surtia nuestra casa de jamones y chorizos. En verano y otoño, nos solia traer peras y melocotones; así

no extrañé verle. Lo que sí extrañé fué verle acompañado de una muchacha de unos diez y siete años, muy bonita. Sus facciones eran tan finas y delicadas, su tez tan fresca, que se hubiese creido era una niña, si sus ojos negros profundos y altivos, no hubiesen revelado la mujer, la mujer española que se cree reina, no por ser hermosa, jóven, ni entendida, sino por ser mujer.

— Vaya, tio Anda-mucho, le dije, que trae usted ahora en sus mulas una carga mas ligera que la choricera; mas hermosa que vuestros peros; mas delicada que vuestros melocotones.

— Y que me da mas que hacer, contestó el serrano, que todas las demas juntas!

Sabrá Vd., D. Justo, que esta niña es mi ahijada. Sus padres son gentes bien acomodadas en Aracena, que no tienen mas hijos que ella. Así es, que están que no saben dónde ponerla. Su padre está bobo con ella; y así la niña hace lo que quiere con todos, incluso con su padrino, á quien lleva de reata á donde se le antoja. Ha de saber Vd. que se le antojó el venir á Utrera por la Vírgen de Consolacion, en casa de una tia, hermana de su madre; tuve, pues, que traerla. Ha estado allí un mes; y verá Vd. lo que ha pasado, y el motivo por el que hemos venido á hablar á Vd. y á pedirle consejo, y que quiera mediar en el asunto.

Entónces entre la ahijada y el padrino, me contaron lo siguiente:

Pastora la serrana, ó la flor de la Sierra, como la llamaban en Utrera, habia venido en casa de su tia.

Por las tardes se sentaba con sus primas y otras muchachas en la puerta de la calle. Muchos jóvenes pasaban con el elegante vestido, el porte airoso, la mirada viva, inteligente y atrevida de los andaluces. Miraban á la bonita serrana; pero esta volvia su fresca cara con mas desden que modestia.

— Vaya! dijo una de sus primas; Pastora á todos hace fó. — Oye, Pastora, ¿son en Aracena los mozos serafines?

— Ni siquiera los he mirado, contestó Pastora.

— ¿Quieres ser monja? dijo la una.

— ¿Le has echado el ojo á un marques? dijo la otra.

— No han dado Vds. en lo que es, dijo la mayor de las primas: Pastora mira á uno, y yo sé quién es.

— ¿Qué me dices? exclamó la serrana, cuyas mejillas tomaron un sonrosado mas subido, fuese por impaciencia, pudor ó encogimiento. ¿A quién miran mis ojos? pues á mí no me lo han dicho.

— ¿A quién? ¿quién es? dílo .... gritaron á un tiempo todas las muchachas.

Un muchacho, contestó la interrogada, que no ha levantado en su vida los ojos sino una vez, y esto para mirar á Pastora.

— ¡Ya! ya! ¡este es Diego Callado! el que se vino aquí de Dos-Hermanas. ¡Vaya! ¡Mucho has podido, Pastora, si arrancaste á sus ojos una mirada! ¡pero hábil has de ser, si arrancas una sonrisa á sus labios! Mataron á su padre, y de resultas murió su madre: era chiquillo; pero le pudo tanto aquella desgracia, que se ha quedado parado, y mas adusto y metido en sí que una tortuga.

— ¿No saben Vds., dijo la prima, que el fuego ablanda las piedras en los hornos de cal?

— Eso podrá hacer el amor en Diego.

— ¡Atiza, Pastora, atiza! que vale la pena: es bonito y muchacho como un San Sebastian ....

— Y Vds., dijo Pastora, ven visiones como San Juan .... Ni conozco á ese Diego Callado, ni él me conoce á mí .... Dejadme en paz, si no quereis que me enoje.

Algunos dias despues de esta conversacion, se prepararon para la fiesta de Consolacion.

Esta Señora se halla en una capilla en medio de un olivar, á alguna distancia de Utrera.

La tradicion enseña que esta Señora, cuya efigie primitiva está en Jerez, fué traida por unos navegantes, entre los cuales se hallaba uno de nombre Adorno, de la ilustre casa de los condes de Monte-Gil. Iban á perecer en una espantosa tempestad: se arrodillaron todos, y se encomendaron á la Vírgen. Las olas se apaciguaron de repente, y vieron que se separaban y abrian respetuosamente para hacer lugar á

una imágen de la Señora, que otras olas traian, y pusieron suavemente al lado de la embarcacion. Los marinos la recogieron con gratitud y respeto, y á su llegada la trajeron en una carreta á Jerez. Los bueyes que la trajeron, murieron de repente cuando descargaron la santa efigie.

Se la hizo una capilla y altar en el convento de Santo Domingo, cuyo frontal es de plata, como igualmente la carreta y bueyes, que sirven de pedestal á la Señora, que es pequeña. En Jerez se la tiene una devocion grande; y esta devocion, ardiente y pura llama del corazon, por mas que quieran apagarla, no lo lograrán. Porque el entendimiento podrá, con nombre de razon filosófica ó de análisis, sublevarse como Satan; pero no logrará sino como aquel, crear un infierno, sin poder destruir el principio del bien, que viene del orígen eterno de Dios.

La imágen venerada en Utrera, en memoria de su orígen, tiene en la mano un navío de plata.

Habian dado á Pastora para la romería un borrico viejo, que á causa de ser negro, era llamado Mohino.

Mohino hizo cuanto pudo para dar á entender que ese paseo matinal no era de su gusto; pero fué en vano. Le pusieron las jamugas y cincharon de modo de hacerle hacer contra su grado, algunos *entrechats* ó cabriolas á derecha é izquierda con las piernas de atras. Pastora saltó ligeramente sobre su espalda, y Mohino, mas mohino que nunca, bajó la cabeza, dejó colgar sus orejas como dos sacos vacíos, echó una última y triste mirada á la cuadra, suspiró, y siguió en silencio la caravana.

Cuando hubieron llegado, todos se apearon. Se ataron los caballos á los olivos, y dejaron pastar libremente á los borricos. Mohino se fué, como los demas, á alguna distancia, y despues de un rato, levantó la cabeza, empinó sus dos orejas como dos atalayas, paró sus grandes ojos impasibles hácia el sitio donde quedaban sus amos, observó un rato, y convencido de que todos habian entrado en la capilla, volvió la espalda, y como quien no quiere la cosa, sin decir oste ni moste á sus compañeros, cogió paso entre paso el camino del Lugar, sintiendo el necesitar para andar, de sus patas de

delante, y no podérselas cruzar á su espalda, como otros graves pensadores.

En este entretanto, Pastora y su gente habian oido misa, rezado sus oraciones, habian almorzado sobre la yerba seca y perfumada, habian cantado y reido, y veian con pena los rayos del sol ya oblicuos, atravesar las delgadas hojas de los olivos, y herir los ojos con flechas de luz.

— Vamos: es preciso volvernos, dijeron las madres. La noche camina mas de priesa que los burros; nos va á coger en el camino.

Los hombres fueron á buscar los borricos.

— ¿Y Mohino? ¡Mohino! ¡Toma! ¡Rucio! Malditas sean tus velas latinas, que no te sirven para nada, sino para hacerte bajar la cabeza por lo que te pesan! ¡Mohino!

— Nada!

— ¡Dios mio! decian las mujeres, ¿y qué se hace? ¿Cómo se vuelve Pastora al lugar?

Todos los hombres que habian ido á Consolacion á caballo, habian traido á ancas á sus madres, mujeres ó hermanas.

— Señores, dijo un muchacho, ¡ya caigo! Diego Callado está ahí; ese no ha traido á nadie en ancas, ese cena á oscuras.

— ¡Diego! ¡Diego! (gritaron los muchachos corriendo hácia donde estaba Diego). Al burro de tio Blas le pareció mejor meterse el camino bajo las patas de vacío, que no llevar una buena hembra, como lo es Pastora la serrana. Pasó la flor de la Sierra, de la caballería á la infantería. Es preciso que la lleves á ancas.

El jóven á quien se dirigian, quedó tan cortado y confuso que un vivo rojo se extendió por su cara al contestar con voz turbada:

— Mi caballo no aguanta ancas.

Uno de los muchachos dió tres pasos atras; corrió y saltó con lijereza sobre las ancas del caballo.

El noble animal, fogoso y manso á un tiempo, no se movió.

— Vamos, dijo otro, que esto te viene como guante en mano, y te alegrará esa cara engestada.

— ¡Vaya que hay casualidades que parecen providencias! dijo otro.

— Le mandarás decir una misa á la Vírgen de Consolacion, porque te ha consolado, dijo un tercero.

— A quien no tiene hambre, Dios le llena los graneros.

— Sacaste á la lotería sin haber puesto.

— Mandarásle dorar las herraduras á tu jaca.

Miéntras estas chilindrinas pasaban y se cruzaban por los oidos de Diego como cohetes, habian los muchachos colocado á Pastora á ancas del caballo. Esta, que no presumia el embarazo de Diego, ni la resistencia que habia hecho, se acomodaba á su placer, arreglaba sus enaguas, cogia con una mano el pañuelo que habian atado á la cola del caballo, y pasaba la otra sin ceremonia y naturalmente alrededor de Diego, de modo que la apoyaba sobre el corazon del jóven, que latia fuertemente, bajo una emocion desconocida.

Pusiéronse en marcha, y pronto el hermoso caballo de Diego hubo adelantado á todos.

Diego Mena, que en el pueblo era solo conocido por Diego Callado, sobrenombre que habia adquirido por su taciturnidad y lo aislado que vivia, habia llegado á los veinte y seis años de edad, bajo la influencia de la atroz catástrofe que parecia haber paralizado todos sus sentimientos, y haberlos concentrado bajo la doble impresion de la pena y el horror. Tan solo habia quedado en el mundo, que nada habia interrumpido este *frente á frente* en que se hallaba con su dolor y tristeza!

Era Diego como el árbol en quien un frio invierno ha preso el zumo que le da la vida, y que desnudo, triste, negro, parece no vivir.

Pero apénas puesto en contacto con aquella bella jóven, tan pura, tan suave, tan lléna de vida, pareció que un tibio y vivificante aliento de primavera viniera á reanimar su existencia. A los rayos de ese sol de vida y amor, se estremeció, sus hojas brotaron, sus flores se abrieron; y el árbol se vió en toda la fuerza de la vida, en toda la hermosura y lujo de la primavera.

Largo tiempo callaron.

Al fin Diego dijo:

— ¿Permanecerá Vd. aquí todavía?

— Un mes.

— Poco tiempo es.

— A mi padre le parecerá mucho.

— ¡Otros habrá que deseen su vuelta!

— No, que yo sepa.

— ¿Pues no tiene Vd. novio?

— Yo, no.

— ¿No tienen ojos en Aracena?

— ¿Y si yo no tuviese oidos?

— ¿Es Vd. delicada de gusto?

— Sí, y no.

— No es esa una respuesta; son dos y se contradicen.

— ¿Interesa á Vd.?

— Puede.

— Esa no es una respuesta, ni dos; que no es ninguna.

— ¿Tiene Vd. priesa en dar un *no*?

— Vd. no la tiene en lograr un *sí*.

— ¿En la incertidumbre hay esperanza?

— La incertidumbre es el Limbo.

— ¿Me conocia Vd.?

— Conocia á Vd. y Vd. á mí.

— Quién se lo ha dicho?

— Un amigo que no engaña.

— Este amigo me dice á mí que no puedo agradar: ¡soy tan triste!

— Y yo, que soy tan alegre, debia no agradar al que no lo es.

— ¡Ojalá así fuese!

— ¡No lo quisiera yo!

— Pues qué, ¿quereis agradarme?

— ¿Las estrellas no quieren acaso brillar?

— ¿Quereis ser mi estrella?

— No *quiero* ser, sino soy lo que soy.

— No: no os elijo sin que lo consintais.

— Consentimiento no se pide, se merece.

— ¿De qué manera?

— No se dice, se adivina.

Llegaban.

— Hay, dijo Diego muy conmovido, hay una ventana en el corral del tio Blas, que da á la callejuela; ¿la abriréis?

— Veremos.

— ¿No mas que una esperanza?

— ¡Vea Vd.! ¡Y no está contento! dijo Pastora saltando del caballo abajo. Gracias, Diego: por cierto que anda bien vuestro caballo.

— Demasiado de priesa, Pastora.

La serrana le saludó con la mano, y se metió corriendo en la casa.

Diego se alejó llevando el cielo en su corazon.

Algun tiempo despues, tio Anda-mucho volvió para llevarse á su ahijada.

El serrano era alegre, bromista, chusco: pronto supo, sonsacando á los muchachos y muchachas, el noviaje de Pastora.

— ¿Con que, Pastorcilla, díjola un dia; parece que le das á mascar hierro á Diego Callado?

Pastora hizo un gracioso gesto de impaciencia, y respondió:

— ¿Es Vd. acaso Merlin, ó tiene ojos de gato, para saber quién de noche se acerca á la reja, y quién á oscuras la abre?

— ¿Y vosotros creeis tener tocado el sombrero de dicho Merlin, que hacia á la gente invisible? Pero tú has sido siempre reservada, Pastora, una arquita cerrada. Y bien, ¿qué hay en que Diego Callado quiera á Pastora, la flor de la sierra, que es mas bonita que las pesetas?

— ¡Bonita! ¿se quiere Vd. burlar, padrino?

— ¿No eres bonita, chiquilla?

— No.

— Pues tú agradas á Diego.

— Eso proviene de que mas vale caer en gracia que ser graciosa.

— Bien está, ¿agradas, pues?

— ¡Válgame Dios! padrino; ¿Porqué molerme con tanta pregunta?

— Hija, por cariño, por interes por tí. Ya me he informado; Diego Callado es completo, no hay tacha que ponerle. Díle pues que yo, tu padrino, me encargo de hablar á tu padre.

— No, padrino, no: eso no puede ser, respondió Pastora.

— ¿Qué? ¿qué no puede ser? dijo el tio Anda-mucho con la mayor sorpresa; pues en España, sobre todo, entre el pueblo, es cosa tan sencilla, natural y segura que un jóven no enamora á una mujer sino con la intencion de casarse con ella, que el viejo padrino no supo qué pensar.

— Ya sabe Vd., respondió su ahijada que su padre fué alevosamente muerto....

— Sí, sí, interrumpió el padrino. ¿Qué tienen que ver las asentaderas con las témporas? ¿Qué tiene que ver el cómo murió el padre, con el cómo se casa su hijo?....

— Es que ha jurado, prosiguió Pastora, no establecerse, casarse ni ser feliz, ni vivir tranquilo, hasta que haya cumplido con los deberes de hijo; hasta que haya encontrado y entregado á la justicia el asesino de su padre.

— ¡Toma! ¡toma! ¡toma! ¡toma! exclamó el tio Anda-mucho. Si para allá me la guardas, estamos frescos! ¡Pues eso es como si hiciera promesa de no casarse! Despues de cerca de veinte años, ¿cómo cree poder encontrar á ese hombre, que nadie conoce ni sabe quién es? Ese malvado, ó está muerto, ó está en presidio. ¿Y acaso se va á fiar de su memoria de siete años para reconocer despues de tantos, á un bribon á quien apénas vió? Vamos, vamos, Pastora; tu novio está loco ó le falta poco.

— ¿Qué quiere Vd., padrino? No desistirá; no hay quien le convenza: dice que le ata un juramento, y que le obliga su honra. Se desespera, pero no ceja.

— Venimos, pues, repitió el tio Anda-mucho, á pedirle á Vd., D. Justo, que hable á Diego, y vea de disuadirle de su insensato propósito. Sabemos que Vd. se interesa por él, y que él tiene á Vd. mucho respeto y consideraciones, sabiendo cuánto le apreciaban á Vd. sus padres. Esa, señor, es una

manía que le hará infeliz; y lo que es peor, á mi niña tambien. Casarse será el único medio que le saque de esa pasion de ánimo en que vive como una lechuza en un cementerio. Véa Vd. algun teólogo que le desvíe de ese voto temerario, hecho por un niño en un acceso de dolor: hará Vd. bien, como siempre, D. Justo, á los que acuden á Vd., y secará Vd. esas gotitas de lluvia sobre esta rosa, prosiguió, cogiendo con su tosca mano la preciosa cara bañada en lágrimas, de su ahijada.

Prometí hacer cuanto estuviese de mi parte para lograr lo que deseaban, que me pareció justo y razonable, y cumplí lo prometido.»

Mi tio estaba cansado; me despedí, aunque con sentimiento, y me fuí al paseo. Acababa de llegar el vapor de Cadiz. Sentí que me abrazaban; me volví, ¡y figúrate mi alegría, cuando reconocí al amigo de quien te he hablado, y que de cierto me traia noticias de Casta!

— Vengo, me dijo, con motivo de un pleito que deberá verse esta semana en la audiencia. Mucho me alegro de haberte encontrado al desembarcar, porque tengo muchas cosas que comunicarte. Aunque ansíes por saber ántes de todo, de cierta persona, no te hablaré de ella hasta llegar á tu casa: bástete por ahora saber que está buena. Por el camino lo que te contaré es una escena de que la casualidad me hizo testigo, y en que juegan varias personas conocidas tuyas.

Me contó lo siguiente.

«Entré hace algunos dias en un café, que goza de no muy buena reputacion. Lo primero que vi fué á tu conocido Pedro de Torres, sentado en una mesa, con un cigarro en la boca, tamaño como una zanahoria, y rodeado de algunos hombres de mala traza. Estaba yo cerca de una ventana en pié, hablando con un sugeto á quien habia venido á buscar, cuando la puerta del café se abrió con estrépito, de en par en par, y vi entrar á tu amigo D. Judas Tadeo Barbo.

¡Estaba desconocido! Su gran barriga habia caido, y pendia como una vela á quien ha faltado el viento; su cara estaba amarilla como un membrillo; su papada colgaba floja debajo de su cara, como esas guirnaldas que cuelgan debajo

de las caretas, que sirven á los pintores y escultores en los ornatos del gusto griego. Su sombrero, que siempre llevó D. Judas echado atras, le estaba ancho y la caia hasta los ojos: atravesó el café con paso firme y largo, y se puso delante de Pedro de Torres con el aire el mas terrible que pudo imprimir á su vulgar fisonomía.

— ¿Qué es lo que os ha pasado, generoso paisano, dijo Pedro de Torres, repantigándose en su silla; que os conocí el gordo y jovial Sancho Panza, y os veo ahora el Caballero de la Triste Figura?

— ¡Y vos sois quien lo pregunta! contestó D. Judas, vos que habeis sido mi verdugo, ó poco le ha faltado! Porque sepa Vd. que cuando supe vuestra infamia, de rabia tuve una apoplejía, y sin diez ú once sangrías, era alma del otro mundo.

— Andad á que os hagan la duodécima, dijo Pedro de Torres, porque todavía teneis mala sangre.

— ¡La que me habeis hecho criar! gritó D. Judas. Señores, sepan Vds. la infamia de que he sido víctima; — y D. Judas contó lo que te habia ántes escrito.

Todos se echaron á reir, y Pedro de Torres le dijo:

— ¡Qué simpatía nos une! ¡Yo desterrado! Vos preso! ¡Enternece!

— ¡El caso es, exclamó D. Judas, que es Vd. un falsario, delito enorme, un tirano asesino! ¿Cree Vd. que podrá impunemente haber hecho lo que ha hecho? Hay leyes, D. Pedro de Torres, hay galeras para tales delitos. ¡Vd. verá si le es dado valerse de semejantes medios, para pisar, ajar, y turbar el reposo de un hombre, que goza de él, sobre un millon de pesos!

— Respeto ménos el reposo del que lo goza sobre las talegas, que el reposo del que lo goza sobre un lecho de paja, respondió Pedro de Torres con un tono declamatorio, y echando al techo flemáticamente una nube de humo de cigarro. Vaya Vd. á imponerle á otro con su oro, ese vil metal que desprecio; que lo que es yo, me rio de él y de Usted.

— ¡Ria Vd., ria Vd.! Pero sepa que la cosa no quedará así; yo se lo juro!

Uno de los amigos de Pedro de Torres, con tremenda patilla, bigote y pera, se acercó á D. Judas, y le dijo, medio en español y medio en italiano:

— Si necesitais de un testigo, estoy á vuestras órdenes. ¿Pistolas ó espada?

— ¿Está Vd. loco tambien? gritó D. Judas. ¡Yo, yo batirme! ¡En eso estoy pensando! ¡Dejarme matar de un balazo cuando por milagro sobrevivo á otro asesinato! ¿Tengo yo facha de saber tirar la pistola, ó jugar la espada? Diga Vd. ¿le han comprado á Vd. acaso mis herederos? ¿Tengo yo facha de espadachin como Vd.? ¡Yo, hombre respetable y sensato, uno de los labradores mas fuertes de Andalucía! ¿Qué dirian de mí, si me batiese, la reina, el obispo y toda la gente sensata? Vaya Usted con Dios, señor oso, á ofrecer sus servicios á otro traga-balas como Vd.

— ¡Todo delator es cobarde! dijo en tono sentencioso Pedro de Torres.

— ¿Quién es delator? preguntaron á un tiempo varias voces. ¡Fuera, fuera el delator!

— Voy en casa del juez, señor de Torres, dijo D. Judas.

— ¡Fuera, fuera el delator! gritaron los amigos de Pedro de Torres.

— ¡Caramba, caramba! gritó furioso D. Judas, ¿estamos en país de cafres?

— Usted será el cafre: ¡fuera, fuera, fuera el delator!

Vi que aquellos hombres iban á cometer alguna tropelía, y aunque me agrada poco tu amigo Don Judas, me dió lástima; le cogí por el brazo, y me le llevé, echando espumarajos de rabia y pestes contra Pedro de Torres y sus secuaces.»

Habíamos entre tanto llegado á casas; y yo ansiaba por saber de Casta. Dejamos, pues, echar pestes á D. Judas, para solo ocuparnos de lo que mas interesaba. Mi amigo me refirió lo siguiente:

«Ha pocos dias, estando mi hermana de visita en casa de doña Mónica (la que estaba afligidísima por las últimas noticias recibidas de Canarias, que la quitaban toda esperanza de cobrar los sueldos ó pagas atrasadas de su marido), entró

de visita el jóven Miranda, que es el pretendiente de Casta. Venia mas elegante, mejor parecido, mas fino que nunca; le acompañaba un señor de edad, de exterior vulgar, y modo de vestir descuidado y ramplon.

Le presentó á las señoras.

Era su padre.

Despues de los primeros cumplidos, el señor de Miranda padre, dijo dirigiéndose á doña Mónica:

— ¿Supongo, señora, que esta señorita es su hija de Vd.?

— ¿Servidora de Vd., respondió doña Mónica.

Casta no levantó la cabeza de su costura.

— No soy, prosiguió el peruano, hombre que hace discursos: me gusta venir cuanto ántes al grano. Así, sin mas preámbulos, señora, sepa Vd. que á lo que vengo es á pedirla su hija para mi muchacho. Vd. esto lo extrañará; pero ¿qué quiere Vd.? el hombre propone y Dios dispone. Tenia otra boda para él á la vista; eran otras mis miras; pero el señorito dice que no: se ha puesto triste y malo. ¡Qué demonios! Es mi hijo único; y cuando le veo triste ó enfermo, no sé decirle que no.

Miéntras el viejo Miranda hablaba, Casta se habia puesto alternativamente encendida como el sol, y pálida como la luna.

Doña Mónica fuera de sí de alegría, respondió algunas palabras corteses, mirando á su hija con inquietud. Estaba esta impasible, y sin levantar los ojos de su costura.

No se hallará, quizas, entre las jóvenes españolas criadas en el mundo, esa ciega inocencia, esa temblorosa timidez, esa exagerada circunspeccion de las jóvenes del norte. Tiene la española el entendimiento demasiado penetrante, el carácter demasiado enérgico, la imaginacion demasiado viva, el alma demasiado vasta para poder quedar en ese capullo de seda. La idea de afectar una sencillez infantil, cuyo atractivo no concibe, la haria encogerse de hombros, y se reiria de usarle; como una princesa, de ponerse el traje de una pastora de Arcadia.

En lugar de aquel suave velo rosado con el que se cubren las vírgenes del norte, tiene ella su orgullo. Con su or-

gullo la española no se encoge, sino que se alza. Por su orgullo no es coqueta, porque desdeña los homenajes, que no halagan su corazon: á su orgullo confía su virtud. Y esto hace que ninguna mujer comprenda como ella la dignidad de la mujer. Así ella hace de los españoles los hombres mas apasionados, mas galantes, mas delicados, mas respetuosos y fieles del mundo.

— Hijo mio, dijo el viejo Miranda despues de haber mirado á Casta; por lo que toca á la persona, no hay pero que ponerle: esto está á la vista. Doña Mónica, me parece, que sin que nos ciegue la parcialidad, los nietos nuestros serán bonitos. ¿Qué está Vd. ahí cosiendo, Castita?

— Un vestido de guinga, contestó Casta.

— Vamos, vamos, suelte Vd. la costura, dijo el suegro futuro. De aquí en adelante no coserá Usted: no gastará Vd. mas vestidos de guingan.

— ¡Ay! ¡sí señor, los gastaré! es la tela que prefiero.

— ¿Y si su marido de Vd. no quisiera? ¿si no quiere sino que gaste Vd. vestidos de seda?

— No llegará ese caso, dijo Casta con voz firma, pues que no pienso casarme.

Al oir esta brusca y terminante declaracion, el señor Miranda quedó estupefacto; su hijo miró á Casta con angustia cruzando las manos; la pobre madre palideció gritando: ¡Casta, Casta! y mi hermana la dijo al oido: ¡por Dios, Casta, no partas de ligero, y piénsalo ántes de decidirte!

Casta seguia cosiendo tranquilamente y sin levantar cabeza.

— ¿Qué es esto? exclamó al fin el señor Miranda. ¡Mi hijo es rehusado! ¡Mi hijo, el mejor mozo, el mas distinguido de los muchachos de Cádiz, criado en Lóndres y Paris, que debe heredar mi caudal, Gentil-Hombre de S. M. . . . .

— Que por consiguiente, dijo Casta con sonrisita burlona, gasta una llave de oro que abre todas las puertas. ¿No es verdad?

— ¡Señorita! interrumpió el viejo Miranda encendido en cólera, ¿cuáles son vuestras miras? ¿A qué aspira Vd.? ¿al Infante D. Francisco ó al Infante D. Enrique?

— No aspiro á cosa tan alta, respondió Casta con calma; no aspiro sino á ser feliz.

Al oir esta respuesta, el jóven Miranda se levantó, y dijo con dignidad:

— Basta, padre; vámonos.

— ¡Bien dicho, hijo mio, bien dicho! Ya hallarás muchachas bonitas cuantas quieras, que se llamarán felices con ser tu mujer. Pero un novio como tú, eso sí, que no se halla todos los dias. No te apures, por vida de ..... que á rey muerto, rey puesto.

Cuando se hubieron ido, la pobre doña Mónica se dejó ir á todo su dolor, que estalló en lágrimas y quejas contra su hija. Era en vano que Casta y mi hermana tratasen de calmarla.

— Señora, decia Casta, ¿quiere Vd. que sea una mala mujer, casándome con un hombre, queriendo á otro? ¿Quiere Vd. que sea infeliz casada con uno á quien no quiero?

En este instante de pena y confusion, se apareció de repente, y como llovido del cielo D. Judas.

— ¡Ave María! dijo sorprendida la impaciente Casta, ¿por dónde ha entrado Vd.?

— ¡Válgame Dios, Castita, y qué cara de despide-huéspedes me pone Vd.! ¿Que por dónde he entrado? Por la puerta! como todo hijo de vecino; en el momento que salian el Peruano y su hijo. Pero Dios mio, ¿qué pasa aquí? ¿qué tiene Vd., Doña Mónica, mi amiga? ¿Le han dado á Vd. un chasco como á mí?

— Sí, señor, y es mi hija quien me lo da, dijo doña Mónica fuera de sí. Mi hija, D. Judas, que me está labrando la sepultura, y acabará conmigo!

— Nada de eso, créame Vd., doña Mónica. No me han matado á mí, aunque poco le ha faltado; ha sido Pedro de Torres, ese bribon, con el que podia cargar el diablo, y con todos sus amigos tambien.

— ¿Quiere Vd. creer, D. Judas, que esa niña necia y obstinada? ....

— ¿Quiere Vd. creer, doña Mónica, que ese infame falsario? ....

— Acaba de destruir el mas bello porvenir.

— Acaba con una órden falsa de tenerme preso un mes.

— ¡Una niña sin un recurso!

— ¡Un hombre de mi importancia!

— Es preciso ser ciega.

— Es preciso ser un atrevido malvado.

— Lo llorará toda su vida.

— Espero que Pedro de Torres tambien.

— Se arrepentirá; pero será tarde!

— Eso mismo le he dicho yo á ese barbudo.

— Don Judas! ¡quiere Vd. creer que ha rehusado al jóven Miranda!

— ¡Miranda! ¡Rehusado! exclamó D. Judas, á quien el baston se le cayó de las manos al suelo. Pero añadió bajándose para recogerlo, ¡y de qué me espanto! ¿No me rehusó á mí?

Casta se acercó á D. Judas y le dijo, haciendo alusion á su conversacion en San Juan: Tengo que contar á Vd. un cuento de otro gallego mucho mas estravagante y necio que el de Vd.; pues este, despues de haber hallado el duro, que no quiso y dejó donde estaba, halló una onza de oro, é hizo lo mismo.

— Eso probará, señorita, contestó D. Judas, que la fortuna no es para quien la busca, sino para quien la encuentra. Probará que tiene Vd. mas suerte que juicio; porque es preciso tener muy poco para encapricharse de un fiscalillo de mala muerte, y despreciar por él los mejores partidos. Pero bien me sabia yo que una mujer erudita, que se mete á escribir libros, ni sirve para nada, ni sabe conducirse. Se mete, como los que escriben, á ambicionar *gloria*. ¡Gloria! ¿Qué es la gloria? ¡La gloria! No saben; pero se ponen á correr tras ella, y dicen es la que vale, y llaman al oro vil metal, como Vd. y el inicuo Pedro de Torres, que despilfarra todo el suyo. ¡Vil metal! Si siquiera lo dijeran del cobre, de la calderilla...! ¡Pero el oro vil metal! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Vil metal! ¿Cómo quiere Usted que haya un átomo de juicio en persona que llama vil metal al oro? No es dable.

— ¿Qué está Vd. ahí diciendo de libros, de escribir, ni

de gloria? dijo doña Mónica picada; yo no comprendo á Vd. Lo que sí comprendo es que acusa groseramente á mi hija de falta de juicio, porque no quiere casarse contra su gusto, y que quiere á un jóven completo, lleno de mérito y distinguido, que no tiene contra sí, sino el ser pobre. Este amor es una desgracia; pero de ninguna manera una cosa falta de juicio, y no hay, sino su madre, quien tenga derecho y razon para quejarse de ella.

— ¡Hola! dijo D. Judas, ¿ahora va el agua por ahí? ¿Vd. aprobará ese obstinado capricho de su hija? ¡no me queda mas que ver! Bien se conoce que ha seguido Vd. siempre ese sistema! ¡De esos polvos nacen estos lodos! ¡Anda con Dios! ¡Castita, estará Vd. mas ancha que una alchacofa, y con mas orgullo que el emperador de Marruecos, que Dios confunda!

— No tengo sino un orgullo, D. Judas, respondió Casta, y es el de tener bastante peso y razon, aunque jóven, para saber distinguir y preferir lo que *vale* de lo que *relumbra*. Y añadió con su acostumbrada gracia y chuscada: Martinez de la Rosa me dijo que esto era filosofía.

— ¡Filosofía! ¡Vírgen del Pilar de Zaragoza! exclamó D. Judas cogiendo el sombrero y echando á correr.»

CARTA DOCE.

El mismo al mismo.

He recibido tu carta, mi querido Paul, y veo por ella que no esperabas mi epístola anterior. Tú hallas que mi relato se hace lo que los ingleses llaman *too rich*, esto es demasiado lleno, demasiado *sustancioso* y lujoso. No es culpa mia, ni lo es de mi tio; lo es de la materia que trato. Hubieras querido concluyese en la carta de la tia Juana, que tanto te conmovió; pero mi tio, que cuenta la verdad, no se cuida de

producir efectos, ni de seguir reglas. Me ha contado todo para probarme cómo se hereda y prosigue la desgracia en ciertas familias. Cuando yo escriba una novela, lo pondré todo á mi gusto ó capricho; por ahora doy lo que me dan, y cómo me lo dan.

Comprenderás, querido amigo, despues de lo que te he escrito sobre Casta, que si bien mi amor debe haber llegado hasta la adoracion, el dolor que siento al considerar mi desgraciada posicion, es un tormento intolerable: por todo consuelo no tengo sino esperanzas lejanas y dudosas. Soy de compadecer, mi querido amigo; y estoy mas abatido y descorazonado que nunca.

Ahora no te escribo solamente para complacerte, sino para hallar entregándome á este entretenimiento, alguna distraccion á mis pesares.

Mi tio prosiguió su narracion en estos términos:

«Quince dias despues de la conversacion que te he referido, el tio Anda-mucho salió de aquí para Aracena, llevándose consigo á Diego Mena.

Como se estaba en verano, se pusieron en camino á las seis de la tarde; atravesaron el llano por el lado de Triana, siguiendo el camino real de Extremadura.

Cuando se puso el sol, y que un poco de fresco, suave aliento de la noche que se acerca, pasó sobre la tierra como un bálsamo, todo parecia tomar un aspecto dulce y apacible. La irritacion del calor se calma, y un bienestar general se hizo sentir.

La larga fila de mulos siguiéndose unos á otros, andaban con la regularidad de una péndola. Las esquilas, que pendian de sus cuellos, formaban un sonido monótono y grave, que miles de grillos acompañaban con su canto agudo y sonoro. Estos ruidos tenian el encanto indefinible y poético de todo sonido monótono oido de noche en el campo. Los grillos gustan infinito en Andalucía; se venden en jaulitas en los puestos de flores; y para que á un balcon en verano no le falte nada, se necesitan la cortina de crudo, las macetas de albahaca, la alcarraza de agua fresca y pura, y el grillo que cante el calor.

Sobre uno de los mulos que hacian cabeza, iba el muchacho que servia al tio Anda-mucho. Este muchacho, excelente jinete, iba tendido á la larga sobre el mulo, de manera que su cabeza apoyada sobre la del animal, parecia no formar con este sino una, como los camafeos antiguos, que vistos de un lado forman una cabeza de mulo, y del otro la cabeza del rey Midas.

Cantaba con voz clara y hermosa sobre uno de esos aires, ó tonadas populares tan lindas, estas coplas:

Es el cielo de Aracena
el mas puro y mas azul;
y por eso las mujeres
tienen el mirar de luz.

En el sol están sus rayos;
en la mar, perla y coral;
en las flores, la hermosura;
y todo en tu cara está.

Trabaron rosa y jazmin
por tu cara una pendencia:
acudió al Amor la rosa,
triunfó el jazmin con la ausencia.

La música y la poesía nacen del corazon: el entendimiento, el arte, el genio mismo no harán sino pulir y perfeccionar sus inspiraciones. La poesía se halla mucho y bella en el pueblo; porque la pobreza no desilusiona como la sociedad; porque en el campo la imaginacion tiene camino ancho, y no se encoge y avillana como en las ciudades, donde se roza con el vicio y la miseria, que le arrancan sus alas.

Tio Anda-mucho, sentado sobre su mulo, dejaba colgar sus piernas cubiertas de polainas de paño negro, y hacia un cigarro con cachaza. Diego Mena montado en el que le precedia, se desesperaba de no salir del paso.

— Tenga Vd. paciencia, decia el viejo arriero. Su hermoso caballo haria diez leguas en seis horas, pero luego no podria seguir; y tenemos que andar veinte. Los mulos las

harán sin aflojar el paso, y casi sin descansar. Déjele Vd. á él, que sabe los malos pasos, y conoce el camino, como yo mis manos.

La noche cerraba, cuando llegaron á las ventas de la Pajanosa. Allí se apartaron del camino real, y siguieron una senda angosta y tan cubierta de monte bajo, que no se la veia sino debajo de los piés de los mulos.

Poco á poco todo se fué poniendo mas solitario y silvestre; el suelo, pedregoso; el silencio, absoluto; porque al débil viento de una noche de verano, no le era dado mover las hojas fuertes, tiesas y espinosas de las carrascas y encinas enanas que cubrian el suelo.

No puede darse cosa que mas agradablemente interrumpiese el silencio solemne de la noche y de la soledad, que oir de repente á nuestros piés murmurar suavemente un arroyuelo, haciéndose camino por entre las piedras. ¡Pobrecillo! escapado del monte que lo encierra, para reir alegremente con su vestido de plata, un dia al sol entre las flores; y arrastrado por su destino, correr á ser presa del mar!

Caminaron así toda la noche sin que los mulos aflojasen el paso. A las diez de la mañana llegaron á una venta solitaria, única habitacion que encontraron, y que está poco mas ó ménos, á la mitad del camino. Hállase situada en una hondura entre dos pequeñas alturas; cerca de ellas corre uno de los mil arroyos que cubren la sierra como una red de plata: frente de la venta, entre los dos barrancos que se separan, alcanza la vista á ver el pueblo del Castillo de las Guardas. Detras de la venta hay un pequeño valle verde, que en medio sostiene un pino enorme como un quitasol; bajo el pino rumian echadas unas vacas; sobre el pino está inmóvil un cuervo, como un vigía. Alrededor del valle se levanta el terreno cubierto de encinas: como un ejército, de defensas. El arroyo se pasea por el valle con pasos lentos, ántes de llegar á la estrecha salida entre los barrancos, donde está la venta; sepárase allí en dos, y abre los brazos para estrechar en ellos una islita, que mas bien parece un florero de adelfas; de tal manera se aprensan en ella! En medio se alza un viejo sauce lloron, antiguo Jeremías, que está tan

cubierto de yedra, que no se puede decir si sus ramas caen por tristeza, por amor al arroyo que besan, por vejez, ó por el peso de la yedra que lo abruma. Jamas cosa tan silvestre lo pareció ménos: se creeria en ese sitio tan espontáneamente bello, ver jugar amorcillos y ninfas, ó al ménos ver volar entre las flores y mirarse en el cristalino arroyo, los colibrís, esa joya alada, ó pájaros del paraíso, ese adorno vivo. Pero no se oye sino un mirlo que silba, ni se ve sino un lagarto tomando un baño de sol.

Nuestros viajeros no eran hombres que admiraban paisajes. Así, despues de haber descargado, y dado un pienso á sus bestias, almorzaron pan y chorizos, bebieron un trago, y tendiéndose sobre los aparejos, se durmieron profundamente.

A las dos de la tarde el primero que estuvo de pié fué Diego; al ver á sus compañeros dormidos aun, salióse y se sentó delante de la venta. No léjos de él, sobre unas ramas de jara, estaba sentada una niña de siete á ocho años, como una reina sobre su trono: arrancaba á la jara sus flores blancas, y poníalas en su cabeza formando una corona adecuada al trono. Un delicioso olor, perfume que envidiarian los elegantes de la corte para sus gabinetes, embalsamaba el aire. Diego preguntó á la niña de qué provenia:

— Mi madre, dijo la niña, está encendiendo el horno, y serán las cornicabras ó la jara que quema. ¿No sabia Vd. que la jara olia tanto? Y huele tan bien, prosiguió la habladorcilla, porque suda sangre como Nuestro Redentor. Las flores tienen cinco hojas blancas, y cada hoja una mancha colorada y sangrienta, como las llagas del Señor. ¿Las ve Vd.? dijo acercándose á Diego y presentándole una flor. ¡Mire Vd., mire Vd.! Cinco son.

Diego cogió la flor, y fijó largo rato sus ojos en ella: cual dibujada por un pintor, se veia una herida sangrienta en cada hoja. ¡Cosa rara! Pero aquella inocente, suave y perfumada florecilla fascinaba su vista, montaba su imaginacion, y le iba causando un sentimiento de horror y espanto. Por el contrario, la niña las miraba con amor y complacencia.

— ¡Dichosa tú, dijo Diego, que solo viste las heridas en

flores! Si las vieses en el pecho de tu madre ¿qué harias á los que se las hubiesen hecho?

La niña se quedó un rato parada, y contestó:

— El señor perdonó: señal de que debemos perdonar tambien!

— ¡Tú no quieres á tu madre! dijo Diego levantándose bruscamente.

— Mas que Vd. á su padre, respondió la niña picada alejándose.

En este momento, el tio Anda-mucho apareció en la puerta de la venta bostezando y estirándose de modo que tapaba toda la entrada.

— Ese Nicolas, dijo, duerme como un muerto: le he despertado dos veces! Le digo: levántate, hijo Juan, y serás bueno; pero me responde: «Mas quiero ser malo y estar quieto!» Arriba, Nicolas, arriba! el tiempo pasa, y el camino queda.

Un cuarto de hora despues, el largo cordon negro que formaban los mulos, resbalaba como una larga culebra por la vereda caprichosa que daba mil vueltas y revueltas, no pudiendo seguir la línea recta á causa de lo accidentado del terreno. Las encinas, castaños, robles, alcornoques y nogales se veian ya formando bosques en toda su fuerza y vigor; los arroyos se multiplicaban, seguidos á todas partes por las adelfas, que forman sobre ellos un toldo color de rosa como para conservarles su frescura. No puede encontrarse cosa mas linda en esta naturaleza severa y grandiosa de rocas y altos árboles, que esas guirnaldas de rosas colocadas en festones al pié de los montes; á no ser el ver la yedra de las sierras fresca y frondosa, trepar sobre las rocas desnudas y los árboles calvos de vejez, como lo hacen niños mimados sobre las faldas de ancianos austeros. Se dispone ó agrupa de una manera tan graciosa, que no parece, como la yedra de los llanos, velo; sino un adorno.

Despues de pasar por la aldea de Val de Flores y por el pueblo de la Higuera, divisaron por fin á Aracena. Aracena, labrada en forma de media luna al pié de una elevada roca, parece una hoz de piedra intentando cortar el monte por su

base. Sobre esta roca hubo en tiempo de los moros un inmenso y formidable castillo: hoy dia es el cementerio, donde yace como el primero de sus muertos, el esqueleto caido del castillo guerrero. Una iglesia con su santo, dulce y pacífico aspecto, ha sucedido á aquella masa amenazadora.

— ¿Ve Vd. aquella altura que se va á conversacion con las nubes? dijo el tio Anda-mucho. Pues allí es el campo santo; que acá no se bajan los muertos á la tierra, sino que se suben. Allí tenian un castillo los moros, y era tan grande, que cuando venian los cristianos, toda la gente del pueblo se encerraba en él. Una vez el jefe cristiano le mandó decir al moro que entregase el castillo. El moro le contestó con mofa que sí; que viniese á entregarse de él, y que le aguardaba para la cena. Al oir esto los cristianos se irritaron, y cogiendo sus armas, el jefe les gritó: «Ea, pues, valientes, á la cena!» — ¡*A la cena*! repetian todos al subir al asalto; que fué tan esforzado y vigoroso, que tomaron el castillo, y quedaron dueños del pueblo, al que le pusieron por nombre su grito de guerra *A la cena*, que luego por corrupcion, andando el tiempo, se ha vuelto Aracena.

Diego Mena, cuya timidez se iba aumentando á medida que se acercaban, estaba azorado, y dabo poco oido á los conocimientos históricos que el tio Anda-mucho ostentaba.

— ¿Me asegura Vd., pues, le dijo, que seré bien recibido?

— ¡Carambola! respondió este, ¡quisiera saber en dónde no lo seria Vd.! Amigo, no se debe ser tan desconfiado en este mundo. ¿No sabe Vd. el refran, que ruin es quien por ruin se tiene? ¡Vaya si estarán contentos; yo lo creo! Ya saben por mí que es Vd. jóven, bien parecido, de buena nota, buena gente, y que tiene con que pasarlo bien. A fe mia que serian descontentadizos si no les acomodase Diego Callado.

— Tampoco me llamo Diego Callado, dijo este: me llamo Diego Mena.

— Lo mismo da, respondió el arriero; yo me llamo Curro Moreno, y nadie me conoce sino por tio Anda-mucho. Hombre de Dios! levante Vd. esa cabeza; que es Vd. un novio de los pocos.

— Tio Anda-mucho, me mira Vd. con muy buenos ojos.

— ¿Y Pastora?

— ¡Pastora.... ya! esa me quiere; y quien á feo ama, hermoso le parece.

— Vamos, vamos, Diego: Fray Modesto nunca fué guardian. Yo respondo: ánimo, y no ser niño.

Apénas llegaron, cuando el tio Anda-mucho mandó aviso de su llegada á la familia de Pastora, y nuestros viajeros habiéndose afeitado y vestido como correspondia á la circunstancia, se pusieron en camino para la casa de Pastora.

Tio Anda-mucho precedia triunfalmente á Diego, cuya bella presencia y buen aire llamaban la atencion de todos los que lo encontraban. Iba mas turbado que una jóven de quince años.

— Tio Anda-mucho (decia el uno) no se hubiese metido en eso, si su recomendado no le dejase lucido.

— Tio Anda-mucho, le decia otro, las muchachas le van á rezar á Vd. novenas como á San Antonio, si traeis á menudo tales cargas.

— Tio Anda-mucho, añadió un muchacho, el viaje que viene, que no sean calzones, sino que sean enaguas.

— Haz que quieran venir, contestó el viejo y jovial arriero.

Llegaron en esto en casa de los padres de Pastora. Era grande y buena: á la derecha de la entrada habia una sala con dos pequeñas alcobas paralelas: unas sillas de paja con espaldar recto, alto y tieso, guarnecian las paredes; al testero se apoyaba una gran mesa de nogal, negra y brillante á fuerza de años: encima se veia un enorme velon de ocho mecheros, que brillaba como si fuese de oro. Al frente de la puerta de la calle, la desigualdad del terreno hacia preciso subir algunos escalones para entrar en la cocina, que era la pieza en que se habitaba. Una enorme chimenea ocupaba el fondo de esta pieza. En el techo colgaba una enorme cantidad de jamones, chorizos, morcillas y embuchados que se curaban al humo. Una puerta llevaba á un corral, donde estaban el horno, los lavaderos, las cuadras y demas oficinas de la casa.

Cuando entraron, toda la familia, entre ella el alcalde, estaba reunida. Al ver tanta gente, el pobre Diego sintió un penoso mal estar. Pastora, retirada detras de su madre, se sentia cual él mortificada; no que cual él fuese tímida en sí, sino porque el amor ama el secreto como el ruiseñor la noche; y porque en todas las clases de la sociedad hay una delicadeza en el amor, que una mirada azora, un cumplido irrita, una chanza hiere, y una vulgaridad indigna.

No obstante, Diego y Pastora cambiaron una mirada, que les dió tanta felicidad, que su embarazo desminuyó, y su situacion se les hizo mas tolerable.

— ¿Y mi compadre? preguntó el tio Anda-mucho queriendo ante todas cosas presentar el futuro al padre.

— Ahora vendrá, contestó su mujer. No estaba ahí cuando avisó Vd. su llegada; no os aguardábamos tan pronto.

— Es que yo tenia un buen arriero, respondió tio Anda-mucho, guiñando para señalar á Diego.

En este instante se oyeron los pasos de un caballo; poco despues entró un hombre jóven aun. Le hicieron lugar y se andelantó, llevando en una mano sus alforjas, y en la otra su escopeta.

— Aquí teneis á vuestro hijo, José Ramos; dijo muy ancho y con la cabeza erguida el tio Anda-mucho: pienso que hallaréis que Pastorcilla tiene buen gusto.

— Bien venido sea en esta casa, respondió José Ramos; y tomando á su hija por la mano, añadió: Aquí está mi hija: vuestra es, pues os ama. Es lo que yo mas quiero en este mundo! Y Dios os bendiga como os bendice vuestro padre.

Diego dió un paso adelante, levantó la cabeza, que tenia bajada desde que el tio Anda-mucho le habia cogido por la mano, y miró al hombre cuyas palabras le habian conmovido.

Su mirada se clavó en él, y no pudo separarla. Una palidez mortal cubrió su rostro. Sus ojos se agrandaron, y pintaron el asombro.

— Decid algo, le dijo al oido el tio Anda-mucho, sois demasiado corto; esto pasa de castaño oscuro. ¡Van á creer que sois mudo!

Diego Mena estaba inmóvil: su cara causaba espanto.

— ¡Por vida del Dios Baco! dijo el tio Anda-mucho, fatigado, viendo que todo el mundo se agolpaba con sorpresa al rededor de ellos, ¡por vida del Dias Baco! ¿Qué veis en nuestro bueno, honrado y querido vecino José Ramos, que os pone hecho estatua como á la mujer de Lot?

— Veo, dijo Diego con voz sorda, sin apartar su terrible mirada del padre de Pastora, veo .... al asesino de mi padre!

Un grito general fué seguido de un silencio de estupefaccion.

— ¡Qué os atreveis á decir! exclamó al fin el tio Anda-mucho. ¿Estais loco? ¿Es un acceso de dilirio?

— Que echen de mi casa á ese insolente impostor, gritó la mujer de José Ramos.

— ¿Impostor? dijo Diego con agitacion convulsa. ¡Vedle! ¡Miradle! y ved cómo él no se atreve á desmentirme!

José Ramos habia bajado la cabeza sobre su pecho, y se apoyaba sobre su escopeta.

— Diego (dijo el arriero, queriendo llevársele), perdeis la cabeza; teneis una manía que descompone vuestro cerebro. ¿No veis todo lo extravagante y disparatado de querer reconocer despues de cerca de veinte años á un hombre que no hicisteis sino entrever cuando erais tan pequeño?

— Lo dije entónces! exclamó Diego Mena exaltado hasta el delirio. De aquí á cien años, entre cien asesinos, reconoceré al de mi padre. Y él mismo lo dijo: ¿no es verdad que lo dijisteis? Lo dijisteis al apuntar vuestra escopeta al pecho de aquel hombre honrado: «No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!»

Al oir estas palabras, la escopeta, sobre la que se apoyaba José Ramos, cayó al suelo, y él mismo hubiera caido, si su viejo compadre y otros, no le hubiesen sostenido en sus brazos.

— Ya lo veis, prosiguió Diego con la misma exaltacion, no puede sostener la acusacion. Alcalde, en nombre de la ley, os requiero de arrestarle. Ustedes sean testigos de que no puede negar su delito. ¿No es verdad, asesino de

Juan Mena, que reconocido por su hijo, te confiesas delincuente?

José Ramos quedaba anonadado.

— En el nombre del Dios de la verdad, yo, hijo de Juan Mena, te pregunto: ¿Has matado á mi padre?

José Ramos se incorporó, levantó al cielo su pálida cara, cruzó sus manos, y dijo con voz firme:

— Yo le maté!

— ¡Vírgen Santísima! gritó su mujer cubriendo su rostro con sus manos.

— ¡Sí, pobre mujer! ¡has vivido engañada! Pero lo sabes; no fuí yo el que te solicité. Sabes que rehusé cuando tu padre me ofreció á mí, pobre criado, el ser su hijo. Y solo cuando una pasion de ánimo amenazó tu vida, consentí en unirme á tí y hacerte feliz. ¡He cumplido mi palabra, mujer; he hecho por lograrlo cuanto he podido! Pero no me era dado borrar lo pasado, y lo pasado era, ¡gran Dios! ¡un crímen y el presidio!!!

— ¡Presidiario! ¡Presidiario! ¡Justo cielo!!! murmuró su mujer, cayendo como una masa inerte sobre una silla. Las mujeres presentes la rodearon.

— ¡Oh! llevadme de aquí; llevadme, y escondedme bajo de tierra! les dijo.

Se la llevaron desmayada.

Pero cual una jóven leona, Pastora vuelta en sí de su primer estupor, se habia echado sobre su padre, y puesto la mano sobre su boca diciéndole:

— ¡Callad, callad, padre mio! ¡Os calumniais, os perdeis! ¡Vos, mi tierno, mi amado, mi santo padre! ¡No! ¡jamas, jamas habeis hecho, no habeis podido hacer cosa mala! — ¡Mientes, mientes, vil calumniador; no ha muerto á tu padre!

— ¡Hija! ¡Hija de mi corazon, dijo José Ramos, no puedo mentir! Sí, yo soy el que guiado por mi desesperacion ¡le maté! Porque *él, su padre*, me habia perdido, porque conmigo habia perdido á toda mi familia; porque *él, su padre*, me habia quitado la mujer á quien amaba con un amor sin límites! Pero desde entónces no he tenido ni un solo dia feliz, ni una noche tranquila. En mis coloquios con Dios, le

decia que yo usurpaba mi bienestar. Siempre lo he mirado como un préstamo, que tendria que devolver el dia que Dios asignase. Sabia que yo tambien tenia una deuda que pagar, que la justicia divina reclamaria. Ese dia es llegado. Estoy pronto. Vamos, prosiguió dirigiéndose al alcalde, llevadme; acortad mi causa.

— ¡No! ¡no! gritó Pastora, no os le llevaréis, no. No; eso es imposible, imposible! Esa no será; ¡yo moriria! ¿Acaso no sabeis que él es el mejor entre los buenos, el padre de los pobres, el modelo de todas las virtudes! Si le quitó la vida á aquel que todo se lo habia arrebatado, ¿porqué seria mas criminal que aquel que le hizo mas daño aun? Si una injusticia le envió á galeras, ¿porqué le deshonrarian como á un culpable? Las señales de los grillos yo las borraré, padre mio, con mis lágrimas y cariños!

Pastora se habia echado al suelo; abrazaba y cubria de besos y lágrimas los piés de su padre!

— ¡Hija mia! la dijo este levantándola y estrechándola sobre su corazon. ¡Oh hija! dulce y sola flor que haya florecido sobre la senda árida de mi vida! Tú has sido mi única dicha, mi alegría y mi gloria; flor divina que deberia brillar en el cielo con las estrellas; y que yo, desgraciado, ajo al separarme de ella con la deshonra!

— ¡Die . . . . go . . . . Die . . . . go! gritó la infeliz jóven entre sollozos.

— Diego, dijo á su vez el viejo padrino con lágrimas en los ojos y en la voz; tened piedad de ella! desistid, decid que una semejanza os indujo al error. Ved el interes general que inspira: desistid, en el nombre de Dios, desistid!

Diego Mena, cuyo dolor y misantropía distraidos un momento por su amor, sufrian ahora una cruel y profunda reaccion, respondió en voz sorda:

— Juré la expiacion de la muerte de mi padre!

— Diego, dijo Pastora arrancándose de los brazos del suyo, y cayendo á los piés de su amante; ya que tanto amaste á tu padre, debes saber cómo yo amo al mio! Por todo lo que has sufrido, no quieras hacerme á mí sufrir dolores mil

veces mas desesperados aun! Diego, miente por generosidad, ya que mi padre no quiere mentir por honra.

— ¿Tuvo él piedad de su inocente víctima? dijo Diego sordamente, y volviendo la cara por no ver á Pastora.

— ¡Basta, hija! dijo José Ramos, levantando á su hija: la vida no vale una bajeza.

— Anda! gritó Pastora, levantándose derecha y erguida; altiva y bella en su dolor como una Lacedemonia. Anda, rico y feliz; pues trocaste los puros y dulces goces del amor por los embriagadores placeres de la venganza! ¡Anda! Y ya que no has tenido piedad, puedan Dios y los hombres rehusártela aquí abajo y allá arriba!

Aquella misma tarde fué empezada la sumaria del proceso de Manuel Diaz, conocido bajo el nombre de José Ramos. En su interrogatorio declaró su nombre y su crímen; añadió que despues de haberlo cometido, anduvo algun tiempo errante por la sierra nutriéndose de bellotas. Un dia se halló cerca de un arroyo, muy crecido por las lluvias, el cuerpo de un hombre ahogado. Este hombre habia echado su sombrero á la orilla opuesta ántes de echarse á nado; en este sombrero habia un pasaporte con el nombre de José Ramos, pobre soriano que venia á buscar trabajo á Aracena. Lo tomó, y en su lugar puso el que le fué librado en Ceuta. Este hombre fué enterrado en el pueblo inmediato como Manuel Diaz, presidario cumplido, miéntras Manuel Diaz llegaba á Aracena y bajo el nombre de José Ramos, entraba á servir en casa de su suegro, en donde se condujo de modo que se hizo apreciar de todos, y querer de la hija de su amo, sin pretenderlo ni desearlo.»

Dispénsame, sobrino, los detalles de lo que me queda que decirte. Bástete saber que Manuel Diaz, acusado de muerte á traicion, hecha sobre un hombre indefenso, segun él mismo confesó, fué condenado y ejecutado.

Cuando le trajeron á Sevilla, su hija, á quien la familia tenia encerrada, por hacerlo así preciso su exaltado é insensato dolor, se huyó, echándose por una tapia á riesgo de su vida, y siguió á su padre á pié, hasta que su padrino que salió á alcanzarla, la halló á medio camino, echada debajo

de un árbol, con los piés ensangrentados y medio muerta de dolor, de cansancio y de necesidad.

Se vió precisado á traerla á Sevilla: yo la recogí en mi casa. Pero á pesar de todo nuestro esmero y cuidado para dulcificar la horrible impresion de una desgracia que no se la podia ocultar, no pudo resistir. Sus nervios destrozados le cansaron una epilepsía incurable, y dicen es difícil el reconocer hoy dia á Pastora la Serrana, la flor de la Sierra, en la miserable y pálida epiléptica que llaman *la Hija del ajusticiado.*

Por lo que toca á Diego, á quien un terrible remordimiento y un destrozador pesar por su perdido amor, advirtieron tarde que habia hecho mal, perdió su razon ya alterada. Puedes verle en San Márcos [1]) donde está, y te dirá que le hacen verdugo sin querer él serlo. Allí los loqueros le pegan, y los curiosos se rien de él, cumpliéndose así parte del anatema que sobre él pronunció la inocente víctima de su inexorable resentimiento, de sus falsas ideas de justicia y necio orgullo, al creerse instrumento de expiacion, cuando esta solo la dispone é inflige Dios!

CARTA TRECE.

Del mismo al mismo.

Paul, querido Paul; si tú crees que en el mundo entero hay un hombre mas feliz que yo, te engañas. De aquí á media hora salgo para Cádiz. No puedo decirte mas; mi pulso tiembla, mi corazon me ahoga.

---

1) Casa de locos en Sevilla.

La carta que te envío, te enterará de todo. Adios, te abrazo de corazon, y quisiera abrazar al universo.

JAVIER.

Carta de Don Bernardino Bueno á Javier.

Muy señor mio y dueño!

Hay cerca de ocho meses que hicimos un viaje juntos en diligencia. Usted recordará que todo el mundo se burló de una mina de que yo hablé, y de cual solo Vd. tomó una accion.

No he querido hablar á Vd. sobre ella hasta el dia en que mis esperanzas se hubiesen realizado. Este dia es llegado; y con la mayor satisfaccion y alegría se lo hago saber.

Tenemos fuera de tierra una inmensa cantidad de mineral, y este se halla ser tan argentífero que da la enorme cantidad de....

Hemos realizado una suma, de la cual tocan á Vd. cuatrocientos mil reales, que están depositados en la casa.... de Granada, y de los cuales puede Vd. disponer.

Como no tengo ni necesidad ni ambicion de tanto dinero, estoy labrando con mi parte una capilla á la Vírgen.

Me han encargado que ofrezca á Vd. un millon de reales por la mitad de su accion. El sujeto que me ha hecho el encargo, me suplica encargue á Vd. que conteste cuanto ántes.

Hágame Vd. el favor de decir á nuestros compañeros de viaje, si los viese, que es cierto que muchos se han engañado poniendo sus esperanzas en minas; pero que alguna vez se acierta. Y dígales Vd., sobre todo, que nunca se engaña nadie poniendo su confianza en un hombre honrado.

Soy de Vd. etc., etc.

Bernardino Bueno, Cura de....

UN SERVILON Y UN LIBERALITO,

ó

TRES ALMAS DE DIOS.

CAPITULO I.

El castillo de Mnesteo.

> Souvent à l'aspect d'une belle contrée on est tenté de croire qu'elle a pour unique but d'exciter en nous des sentiments élevés et nobles.
>
> *Madame de Staël.*

> Al contemplar una hermosa vista, suele uno sentirse llevado á creer que es su único objeto excitar en nosotros sentimientos elevados y nobles.

Ya en otra ocasion hemos hecho mencion del antiguo castillo de Mnesteo, que existe en el Puerto de Santa María, y pertenece á los Duques de Medinaceli. Fué llamado de Mnestéo por haber sido construido por un príncipe fenicio de igual nombre. Pasó despues á la dominacion romana; luego á la de los moros; hasta que en 1264 lo conquistó el rey D. Alfonso el Sabio, para cuya conquista le alentó, apareciéndosele, la Vírgen de los cristianos; en memoria de lo cual dió el sabio y religioso rey su venerado nombre á aquella poblacion, perdiendo así la bautizada villa su pagano nombre de Mnesteo.

Mas si interesase ahora á alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le serviremos gustosos de *cicerone.* Haremos aun mas; toda vez que en ello le complazcámos, le haremos conocer á sus moradores, y tendremos, segun la expresion de una amiga nuestra de infinito talento y gracia [1]), un rato de *comadréo.*

---

1) La Señora Doña Espíritu Santo Moreno de Escalante.

Sentimos que á fuer de verídicos, no nos sea posible divertir al lector con una descripcion lúgubre y medrosa en el género de las de la autora inglesa Anna Radcliff, en vista de que, segun dice Custine, *l'imagination aime à frémir* (la imaginacion gusta de extremecerse). Porque, opuestamente, para ser verídicos, tenemos que descender á los pormenores mas sencillos, mas cándidos, y si se quiere, mas triviales de la vida comun, si hemos de describir el estado actual del castillo, de este adalid muerto y petrificado, de este grandioso y fuerte esqueleto con piés fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles, que ostenta el Puerto como antiguo y noble blason de cuatro cuarteles, sobre una eminencia, á la entrada de su rio Guadalete, á cuya orilla y al amparo de su valiente defensor, se ha ido extendiendo la poblacion, como crece el vástago á la sombra del árbol que lo cria.

Al penetrar en el recinto por la puerta que se halla en la gran plaza á que da nombre, esto es, la plaza del castillo, se atraviesa un pequeño espacio, se suben unas gradas, y se entra en el compas que precede á la iglesia, que es el punto céntrico del edificio. Fórmala un espacio grande, abovedado, cuyo techo está sostenido por enormes pilares; sin tener mas luz que la que recibe por una gran ventana que está al pié de la iglesia, y la toma de un corral interior. No hemos podido averiguar el primitivo destino de esta vasta pieza; si fué aduana, lonja, mesquita ó almacen en que se depositasen víveres. Hoy es el adornado, bendito y recogido santuario de un culto sostenido y devoto, al que con gran asiduidad concurren los habitantes de la ciudad.

A la derecha del compas hay una escalera empinada que conduce á lo alto. La plataforma ó azotea que está sobre la iglesia, constituye un gran espacio enladrillado, que fué, — y conserva aun hoy dia el nombre — de *plaza de armas.* Alrededor de esta plazoleta están las habitaciones que fueron morada de los caudillos, y salas de armas; y que hoy subdivididas forman habitaciones. Vive en la mejor el capellan del castillo; en otra el sacristan; en otra un maestro de escuela; en la mas pequeña una anciana viuda: todos tipos los mas genuinos de gentes pacíficas; por lo cual uno de los formi-

dables torreones se ha convertido en oratorio, otro en cocino, otro en palomar y otro en jardin. ¿Cómo, pues, amalgamamos con estos objetos la aparicion de un moro feroz llevando su cortada cabeza debajo del brazo, ó de un formidable caudillo cristiano entre cuya celada se divisase una calavera siniestra? ¿Cómo podrian oirse gemidos ni amenazas entre las bóvedas y escaleras de aquellas torres, en que tan pacíficamente cuelgan los chorizos y ristras de pimientos; en que tan amorosamente arrullan los palomos; en que tan unidas están las almenas con las flores, á las que sirven de reclinatorio, y que por ellas han olvidado de un todo dardos, flechas y arcabuces; en las que tan suaves suenan las preces, y con tan esforzada *qué se me da á mí* retumba el doméstico almirez?.... No, no; allí no hay malos espíritus, asombros, ni horrores: las oraciones, el sol de Dios, la paz material y la del alma, las buenas conciencias y las flores los han ahuyentado.

Si nos asomamos por la ventana de la sala del capellan, que está á la derecha de la plaza de armas, vemos un corral, que seria quizas el cementerio en tiempos de guerra, convertido en un diminuto huerto, presidido por una aislada y austera torre cuadrada, en la que se han amontonado gran cantidad de huesos de bizarros cristianos y valientes moros enterrados en aquel lugar. En cuanto á los huesos romanos que allí puedan hallarse, deben de bailar de contento, al considerar que la tierra, á fuerza de oir su famosa plegaria, *de que les sea ligera*, se ha ido aligerando hasta el punto de no cubrirlos. Los honrados moradores actuales del castillo suplicaron atentamente á estos huesos errantes que cediesen su sitio á las coles y rábanos, á la yerba-buena y al perejil; y que se fuesen apiñando en amor y compaña en aquella torre, testigo de sus hazañas. Los huesos no se negaron á acceder á lo que con tan buen modo se les pedia, y allí están sin que nadie se meta con ellos, sino unos preciosos conejos caseros que viven, juegan y procrean alegre y pacíficamente á su lúgubre sombra.

Necesaria es, pues, una fuerza de abstraccion, — que no le es dada sino al historiador ó al anticuario, — para poder

prestar todo el vivo y solemne colorido de su heróico pasado á aquella mansion de sol, de flores, de paz y silencio, de lindos animalitos caseros y de buenos vecinos.

Hasta los ecos que repitieron los bélicos sonidos de trompas y clarines, han caido en un obstinado mutismo, no queriendo descender á alternar con el canto del gallo, cantor, que cual no otro, cumple con una de las primeras reglas de su arte, que es la *de echar la voz*; con la algarabía de las golondrinas que charlan hasta *por las alas*; con el ronco y poco armonioso arrullo de los palomos, amantes formales, fieles y comedidos; ni con los destemplados arranques de los patos poco filarmónicos, que sin la mas mínima aprension, hieren el aire que los rodea y los oidos que los oyen; pero ni con aun los alegres cantares del canario saltimbanquis, que prefiere á las de laurel, coronas de jaramago.

Un lugar hay, sin embargo, en que la mente deja de sonreir, y el alma se eleva ámpliamente á otras esferas. Es este la plataforma de las altas torres, que coronadas de sus almenas, se alzan erguidas en su ancianidad y abandono, tan bellas, tan derechas y tan señoras, como cuando dominaban y defendian el país.

La vista, que desde su altura se descubre, admira, eleva, embelesa; y si nos es permitido decirlo, deslumbra. ¡Tal es el esplendor de la atmósfera, del cielo y de la mar, la lontananza de los horizontes, la belleza de los objetos, y lo grandioso del inmenso paisaje, que desde aquellas alturas se presenta á la vista!

Al lado del sur, se extiende en toda su majestad y su brillo el mar, que hácia la izquierda viene á ostentar sobre la barra que precede al rio Guadalete el garbo de sus olas y la blancura de sus espumas. Al frente se ve á Cádiz, que aunque distante dos leguas, muestra claro sus tersos y delineados contornos, como dibujados con firme pulso en el esmalte del horizonte.

A la izquierda, siguiendo con la vista el recto camino real por medio de un verde coto, se llega con él, á las dos leguas, al elegante Puerto Real, y siguiéndole despues en su curva, se llega á la Isla, ó ciudad de San Fernando, donde

muere entre *albinas* la bahía, dejándoles por legado gran cantidad de la afamada sal, que en blancos montes apiñan. En lontananza se extiende Chiclana en su llano, llevando por bandera una ruina, que fué lindísima capilla de Santa Ana; y se encarama Medina en su monte, como vigilando sus verdes campos y sus ganados.

Volviendo la vista á la derecha, se ve subir la carretera en suave cuesta por entre viñas y arboledas, la que mas adelante se arrastra por ricos campos de trigo, hasta llegar á San Lúcar de Barrameda.

Al norte, esto es, en direccion opuesta al mar, vese el camino de Jerez atravesar la vega, derecho como el que quiere llegar pronto, y torcer despues á la derecha, para salvar los altos cerros, en cuyo seno se ocultan las magníficas canteras que hace tantos siglos están formando los edificios que levanta el hombre, y dedica ya al culto, ya á labrarse sus moradas; y despues de pasar cerca de lo que fueron ruinas del castillo de Doña Blanca, desaparece detras del monte.

Este castillo, de que apénas resta vestigio, fué edificado por D. Alonso el Sabio sobre una eminencia que dominaba el rio; pero el rio ha tomado las de Villadiego como un desertor, si no á sus banderas, á su cauce. Relevado por consiguiente el castillo del cargo de vigilarlo, cansado de su soledad y de su *farniente*, se ha caido como una barraca, sin respeto á su poético nombre de *Castillo de Doña Blanca*, nombre que debe á la tradicion, que jura y perjura que en aquel solitario albergue encerró el rey D. Pedro á la mujer que le faltó á la fe debida.

Vese tambien en la vega otro objeto lleno de *actualidad y palpitante de interes* (segun se expresan en frances traducido los periódicos de la corte y sus socios de las provincias), se ve, sí, se ve, poniendo cuidado ó sacando un anteojo de larga vista, el camino de hierro; pero .... ¡qué chico! ¡qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí, en Cádiz, en Puerto Real, serenas é inmutables entre huracanes, vici-

situdes, guerras y siglos .... y se comparan á esa moderna *obra magna*, no puede uno ménos de considerar, que miéntras mas se emancipa el hombre de Dios, mas mezquinas, efímeras, é inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino tambien sus obras.

Sirven de punto de vista á este cuadro del norte, los montes de Ronda, que el San Cristóbal tiene á sus piés, miéntras alza su cabeza entre nubes.

Esta vista toda es magnífica y grandiosa. Ostenta el país tan abierta y completamente sus contornos, como muestra su índole una persona franca. Todo lo alcanza la mirada, que despues de vagar con delicia por la tierra, tan bella como la ha hecho Dios, se alza al cielo mas bello aun, llena de admiracion y gratitud, ofreciendo ambos al criador; que agradecer es amar, y admirar es tributar homenaje.

Pero volvamos á bajar con cuidado para no perder pié, los vetustos y carcomidos escalones de las escaleras, y regresemos á la *plaza de armas*, la mas pacífica del mundo, que conserva, — á pesar de ser el mas descarado anacronismo, — su nombre, como prueba palpable de la fuerza de la tradicion.

A la derecha de la escalera está la habitacion del sacristan, que es la ménos buena, por tener luces á corrales; en esta es donde se halla el torreon, poco elevado, sobre cuyo turbante de almenas ha puesto la sobrina del sacristan una corona de flores.

Una vez en la plaza de armas, vemos á la izquierda la habitacion de la viuda, dueña del corral de gallinas y del torreon-palomar, torreon bonachon que no se desdeña de proteger al palomo perseguido por el gavilan, como protegió á príncipes contra reyes, á caudillos contra caudillos.

A la derecha está la habitacion del capellan, que es la mejor, y tiene la hermosa torre ochavada que le sirve de oratorio, y donde la *Vírgen de la Paz* la derrama en los corazones.

Al frente está la habitacion en que vive el maestro de escuela D. José Mentor, con su buena mujer Doña Escolástica, y su buenísima hermana Doña Liberata.

No hemos querido describir las anteriores habitaciones, por no cansar al lector, que es probable que no sienta la simpatía que tenemos nosotros por el castillo de Mnesteo. Pero, en cuanto á esta, nos precisa describirla gráficamente, por ser en ella en la que van á tener lugar la mayor parte de los eventos que vamos á referir.

Despues de atravesar la alegre y tranquila plaza, llamada de *armas* por antonomasia, en la que en lugar de fieros hombres de guerra, se ven, como ya indicámos, hermosos palomos que andan presumidos, volviendo sus cabecitas para lucir los tornasoles de su plumaje, se entra en una pequeña antesala ó pasadizo, que á la izquierda tiene una puerta, que da entrada á un cuarto con una ventana á la plaza de armas, y que es el que ocupa Doña Liberata.

Entrase por este pasadizo á la sala, que es lindísima, por tener al andar una azotea que domina la pescadería, la aduana, el muelle, el rio, y va á descansar en el siempre verde coto de la orilla opuesta. La sala está aseadamente amueblada, con su estera, sus sillones de caoba, que cubren con una careta de tela de algodon blanco, unas crines contemporáneas de las de Bucéfalo, que cansadas de sentirse aplastadas, se esfuerzan por salir de su purgatorio. En el testero hay una mesa *puritana*, sin ninguna clase de adorno, sobre la cual se ve un nicho de caoba y cristales que encierra una hermosa efigie de la Vírgen. En la pared cuelga un cuadro antiguo, de poca estima como obra artística, pero de muchísima como objeto de veneracion, que representa al santo de la profunda y sincera devocion de la familia, de padres á hijos, San Cayetano.

Debajo de este cuadro, en otro de media caña pintado de negro, está un mamarracho con una banda azul y blanca, que pasa por el retrato de Don Fernando VII, y fué colocado allí por el dueño cuando la guerra de la independencia.

A la izquierda, á los piés de la sala, hay una puerta pequeña, por la que se entra en la alcoba del matrimonio, la cual tiene ventana á la referida azotea, y no tiene nada de notable sino una cómoda papelera vetusta y secular, cuya tapa viene á cerrarse en diagonal sobre una tabla angosta,

en la que se ven un crucifijo y algunos libros; y encima de la cómoda, colgado en la pared, otro cuadro de San Cayetano.

Esta alcoba tiene una puerta que comunica con un pasadizo triangular, en cuyo extremo está la entrada del valiente torreon convertido en cocina. ¿Quién vió nunca un caballero con cota de malla y lanza en ristre, convertido en ranchero? Con entrada á ese mismo pasadizo hay un cuarto pequeño con ventana á la plaza de armas, que sirve de comedor á la familia.

En este partido (nombre que se da en Andalucía á cada una de las partes en que se divide un edificio grande, para que sirva á vecinos), vivia desde innumerables años la familia del maestro de escuela. Ahora, pues, que conocemos el local, vamos á ocuparnos de los habitantes que han succedido en él á fenicios, romanos y moros, y á los guerreros del sabio rey; esto es, los gorriones y tórtolas, que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y milanos.

Es de suponer que, si los miembros de la sociedad de la paz tuviesen noticias de las transformaciones que en beneficio de esta ha sufrido el descrito castillo, ese leon hecho cordero, ese Hércules hilando, ese Aquíles vestido de matrona, ese dragon narcotizado, lo hubiesen elegido para punto de reunion de sus seciones; pues ciertamente con plena aprobacion de sus habitantes se habrian podido anatematizar en aquella *plaza de armas* todas ellas, inclusas las flechas de Cupido.

CAPITULO II.

Tres almas de Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu.
Evangelio de San Lúcas.

Il est vrai que la grandeur selon les hommes n'est pas la grandeur selon Dieu.
Alexandre Dumas.

Don José Mentor era, como ya hemos dicho, un maestro de escuela. Los adelantos de la época atrasaron al pobre D. José: el colegio, la gratuita, la escuela mútua, aquellos rayos de las luces del siglo, le arrebataron todos sus niños como lo habian hecho los de Apolo con los de Níobe. Pero D. José no se descorazonó: siguió viviendo en su pacífico castillo, en su tranquilo hogar doméstico, con su mujer y su hermana, en paz y en gracia de Dios, tan confiados los tres en el santo de su devocion, San Cayetano, abogado de la providencia, que á ninguno robó su desgracia un cuarto de hora de sueño.

Don José contaba con un vitalicio en que vendió una casa ruinosa. Consistia aquel en una peseta diaria — ¿qué tal seria la finca? — vitalicio que con su imprevision de niño, puso sobre su cabeza, sin acordarse de que su mujer y su hermana deberian probablemente sobrevivirle. Tenia algunos otros recursos; era el uno llevar del brazo á misa á una anciana estranjera ciega, por cuyo obsequio recibia tres cuartos; y era otro, algunas lecciones de leer y de escribir que daba á las Maritornes con pretensiones de illustrarse, con lo

que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja, y llevar calcetas con puntos. — Mire Vd., niña, solia decir D. José á las talludas discípulas que hacian palotes, ¿ve Vd. esas viguitas del techo? Pues así deben ir, derechitos y bien alineados.

Don José era feo, — preciso es confesarlo; que amor no quita conocimiento; — de un feo que llamaba la atencion. Sus narices desmedidamente salientes y gruesas, necesitaban todo el extremado largor de la cara en que se ostentaban, para vivir en paz con la boca y la frente, sus vecinas. No eran ménos largas sus orejas, ni ménos gruesos sus labios, siendo el inferior colgante y pendiente como un pabellon. Sus ojos pequeños, enterrados en gruesos párpados, tenian una expresion bondadosa, á la par que atónita ó curiosa; lo que era debido á su sordera; y eran cobijados por unas cejas tremendas, que formaban un entrecejo formidable, que hubiera sentado bien en un buste de Júpiter, pero que estaban en la cara de nuestro buen Don José completamente fuera de lugar, y podian competir con la carabina de Ambrosio. Era alto, y su cuerpo se habia torcido de una manera lastimosa, teniendo un hombro muy alto y otro muy bajo, como si se esforzase en probar que nada hay igual en este mundo, — que es lo que le hace original; — nada .... ¡ni aun los hombros en un mismo sujeto!

Sin embargo, cuando por semana santa ó el dia del córpus, vestia D. José un frac negro que estrenó á principios del siglo, y salia pavoneándose y arrastrando los piés, su mujer y su hermana le seguian con la vista al atravesar la plaza de armas, mirándose despues con una sonrisa de satisfaccion que parecia decir: ¡*que se presente otro*!

Doña Liberata tenia la misma fealdad que su hermano, en pequeño, así como la misma sordera; aunque, como mujer, era ménos torpe, y se enteraba mas pronto de lo que deseaba saber, ó de lo que se le queria comunicar. Ligera, dispuesta, hacendosa, acudia á todo con paso menudo y precipitado, y ayudaba á los gastos, cosiendo ajeno. Nunca se habia casado, por no habérsele presentado ocasion, ni haberla ella buscado jamas.

Doña Escolástica era algo gruesa, muy pastorona, sin hiel, como los palomos pisaverdes, que paseaban la plaza de armas; de un feo ménos subido, pero de una insulsez mas marcada que su cuñada.

Estas tres personas tan semejantes, existian felices y bien avenidas en medio de sus escaseces, no amargaban su pan con quejas, ni su vida con apuros; y nunca se vieron en la triste situacion, á que gradualmente fueron descendiendo, genios mas alegres, ni índoles mas apacibles: pues la alegría y la apacibilidad, las dan las conciencias limpias y la fe vírgen y firme, que poseen los ricos de corazon y pobres de espíritu. Este su envidiable temple de alma, esta completa sumision y confianza en Dios, crea la mansedumbre; y esta ahuyenta los angustiosos cuidados, los excesos de la sensibilidad, la hiel contra los hombres y las cosas. Y sobre todo, crea el hermoso don de la conformidad, que espontáneamente brota en las almas de aquellos, y que las cobija con su dulce sombra, sin que noten ellos siquiera que la tranquilidad de su espíritu es debida á la excelencia de sus almas, y que el epíteto burlesco de *Almas de Dios*, con que con tanta ligereza los ridiculiza el mundo, significa nada ménos que haber llegado al apogeo del cristianismo. Ha dicho muy bien Dumas: que la grandeza, segun Dios, no es la grandeza segun los hombres. Por lo cual nada de extraño tiene, que á pesar de la bondad de los individuos que hemos descrito, ocupasen en la sociedad una posicion mas que subalterna, tanto por su clase, por su pobreza, como por su desgraciado exterior, como por esas mismas virtudes, que desdeña el mundo, ese señoron que en nuestro globo se emancipa de su criador, relegándole, — ¡y gracias! — á los templos y á los libros, no sin mofarse de los que sacan su santo nombre de la clausura de las obras teológicas, que no lee. Miran los hombres descreidos que á él pertenecen, estas virtudes de alto abajo, como miran los bullidores delfines y peces-espadas que se agitan en la superficie del mar, á la perla que tranquila yace en el firme fondo.

La índole bondadosa y la falta de hiel de D. José eran tan conocidas en el pueblo, que para pintarla burlescamente,

habian inventado sus paisanos, que necesitan de poco para ejercitar su humor burlesco, el siguiente chascarrillo. [1])

Contábase que D. José entró un dia en su casa cuando ménos se le aguardaba y halló á un amante con su mujer. ¿Qué hace el ultrajado marido? coge en brazos á su rival, y le lleva al fin del paseo de la Victoria, esto es, de extremo del pueblo; allí le deposita en el suelo, y le dice con voz severa: — «¡esto es por la primera vez! Pero le prevengo á Vd., que si otra vez le encuentro con mi mujer, que ... como me llamo José, y como espero salvarme, le llevaré hasta allí!» y le señaló un ventorrillo que se halla á un cuarto de legua. Don José, satisfecho con la reparacion que habia dado á su ultrajado honor, se volvió á su casa. Añadian que desde aquella época databa el desquiciamiento de los hombros del héroe de la aventura.

Para principiar nuestra relacion desde el principio, — como suele hacerse, — es preciso retroceder al año 1823, en cuya época estaban el castillo y sus habitantes idénticos á como los volveremos á hallar despues, y á como los hemos descrito. Hay personas que no tienen juventud, así como hay otras que son jóvenes toda su vida, no solo en su sentir sino hasta en su físico; jóvenes arrugados, modernizados con modas de Paris, embalsamados con ungüentos, encurtidos con esencias; á cuyos miembros no pesan, y á cuyas cabezas no sirven de lastre los años. Si á las primeras falta la fragancia de la primavera; á los segundos falta la madurez del otoño.

Como hemos dicho, el torreon del ángulo izquierdo servia de cocina á la familia del ex-maestro de escuela. Una noche de dicho verano, estaba Doña Liberata majando con el mayor ahinco, la miga, el ajo, la sal y el tomate para el gazpacho. Aunque no hubiese sido un poco sorda, la aten-

---

1) Mucho hemos sentido ver en las gacetillas de un periódico de Madrid esta chuscada. Reclamamos en nombre de Don José la invencion sacada y aplicada por sus paisanos exprofeso para él, y no para un caballero gallego que en la gacetilla le usurpa su lugar. ¡Cómo corren los cuentos! — No corren así las máximas, no!

cion profunda que prestaba á su faena, y los vigorosos golpes que daba al mortero, habrian bastado para abstraerla completamente. ¡Cuál seria, pues, su asombro, cuando de repente y como llovido de la bóveda, se vió á un hombre enfrente de ella! Las cejas de Doña Liberata, — que como las de su hermano, tenian una aptitud particular para alzarse, formando un arco agudo, — arrastraron detras de sí á los párpados, dejando sus ojitos negros desmesuradamente abiertos; su boca los imitó, y la mano del mortero quedó levantada inmóvil en la suya!

Un ladron en aquel castillo, donde no habia nada que robar, — era un fenómeno mas extraño y sobrenatural que hubiese podido serlo la aparicion de un moro ó de un romano.

Sin embargo, la persona aparecida no justificaba tanto espanto. Era un jóven de unos veinte años; traia una chaqueta y un pantalon estrafalario, y en la cabeza una gorra con visera, y esta muy echada á la cara. Un tanto de barba juvenil, que no habia sido afeitada en varios dias, daba alguna sombra y algo de varonil á aquel rostro de colegial. De estatura mediana, tenia elegantes formas, y su flexible cuerpo parecia hallarse poco á gusto en el traje que llevaba, en el cual se movia extraño é impaciente; como la serpiente que ansía por soltar y zafarse de su deslucida piel, cuando debajo tiene otra mas adherente, mas lucida, y mas nueva.

— Pe....ro.... articuló Doña Liberata, que no pudo acabar de pronunciar el nombre de sus hermanos.

— Señora, — dijo el aparecido, — me vais á perder. Soy perseguido por fieros esbirros; he trepado por las grietas de ese desmoronado muro con la intencion de entrar por esa abierta ventana, y con la esperanza de hallar pechos nobles é independientes que amparasen una víctima del despotismo!

Doña Liberata, que era sorda, que era novicia en percances aventureros, y que á esto añadia el haber perdido la cabeza por el miedo, contestó temblando:

— ¡Señor! ¡por la Vírgen del Cármen! somos unos pobres; á mi hermano le han cerrado la escuela; yo no he cobrado todavía la costura de esta semana. Nada tengo, sino mi ro-

sario y mi caja de plata; si Vd. las quiere.... La pobre Doña Liberata metió con dolor profundo su temblorosa mano en la faltriquera.

El aparecido, haciéndose cargo de la dificultad de oido de su interlocutora, se acercó á ella y le dijo:

— Yo no soy ladron.

— ¿No? — contestó Doña Liberata algo tranquilizada, y soltando con íntima satisfaccion el rosario y la caja de plata que tenia asidas, — pues entónces ¿á qué se entra Vd. á deshoras por las ventanas?

— Porque un poder tiránico me persigue para prenderme, contestó en recia voz el aparecido.

Las cejas de Doña Liberata que habian emprendido su descenso, se remontaron instantáneamente.

— ¿Qué? ¡quieren prender á Vd.! ¡Ave-María purísima! — exclamó angustiada, — este ha hecho una muerte! añadió mentalmente; ¡si chisto... me deja en el sitio! ¡Dios tenga misericordia de mí!

El desconocido conoció cuanto pasaba por la aterrada mente de su interlocutora, y se apresuró á decirle:

— No he cometido delito alguno; soy un prófugo político.

Esta voz culta que significa fugitivo, errante, y que ha sido aplicada por la ley al que se sustrae al servicio de las armas, el pueblo la ha adoptado con la variante de *préfulo*, y ha hecho de ella la denominacion genérica y exclusiva de aquel que acude á la huida para escapar al sorteo. Bajo este concepto inspira siempre un *préfulo* interes y lástima.

— ¿Un *préfulo*? ¡pobrecito! — dijo la buena Doña Liberata volviendo sus cejas á ocupar su línea recta. — Vamos, esté Vd. sosegado, añadió con bondad, que nosotros no le hemos de delatar. Pero voy á avisar á Escolástica y á Pepe, para que no se asusten.

Doña Liberata se fué, con los pasitos cortos y precipitados que le eran propios, dejando abierta la ventana por la que habia entrado el fugitivo, y la puerta por la que ella salió, con tanta confianza en el intruso, como terror le habia inspirado al aparecerse.

D. José, que mediante á ser sordo tenia algo de descon-

fiado y otro algo de *gruñon* (ambas cosas empero en dósis muy inofensivas) no estuvo tan propicio como su hermana para esconder á un fugitivo, ni para creer sobre su palabra, que lo fuese para huir de la quinta.

— ¡Qué prófugo!.... gruñó con su gruesa y pastosa voz; — ¡si ahora no hay quinta! ese es un prófugo, pero prófugo de presidio. Los tiempos están revueltos; y cuando esto sucede, hacen los tunantes de las suyas. ¿Por qué le dejaste entrar?

— ¿Acaso me pidió licencia? contestó su hermana. Pero mira, José, no tiene mala traza y es casi un chiquillo.

— Chiquillo que de noche trepa por las paredes, y allana las casas!.... nada, nada; que se vaya;.... ó voy á llamar á la guardia.

— ¡Hombre! cómo se va, si está cerrado el castillo y es preciso despertar al sacristan para que abra la puerta!.... observó Doña Escolástica.

— Que se vaya por donde ha venido; no quiero lios con la justicia, ni dímes ni dirétes con los franceses, aunque no sean estos los malvados de Napoleon.

— Pepe, no te conozco: ¡qué despiadado estás! le dijo su hermana; — por los cantos descarnados ha podido subir; pero no se puede bajar por ellos.

Miéntras que con su acostumbrada calma discutian D. José, su hermana y su mujer el asunto, el fugitivo cansado de esperar, habia seguido el camino que vió tomar á Doña Liberata, y se presentó de repente con mucha soltura á los ojos atónitos del trio.

D. José frunció sus cejas jupiterianas, y se levantó erguido, con su hombro izquierdo mas remontado que nunca.

Pero el que se presentaba no era hombre á quien impusiesen las cejas de D. José, puesto que si la impavidez y el *sans façon* frances se hubiesen unido, habrian engendrado al que se presentó á su vista. Habíase quitado el prófugo su feísima gorra y levantado de sobre su frente, tersa y erguida, sus negros rizos; su boca sonreia luciendo la bella dentadura que la adornaba, y dirigiéndose á su huésped, dijo con frescura:

— ¿Vd. es D. José Que-sé-yo-qué, hermano de esa señora Que-sé-yo-cuánto, á la que he dado mal que me pese, un susto magno?

— D. José Mentor, servidor de Vd., contestó Doña Escolástica; no ha oido á Vd. porque es un poco tardo....

— ¿Mentor? exclamó soltando una carcajada el aparecido; por consiguiente Vds. serán las Calipsos de esta gruta, y yo vengo de molde para ser el Telémaco.

— ¿Qué dice? preguntó D. José á su mujer.

— Que se llama Telémaco, contestó esta.

— No digo eso, repuso alzando la voz y redoblando sus carcajadas el aparecido; me llamo Leopoldo Ardaz. ¡Ay! añadió, golpeándose la frente: lo primero que me encargó Ramon, fué que ocultase mi nombre.

— No hay cuidado por eso, advirtió D. José; que lo que á Vd. ni á nadie pueda perjudicar no saldrá nunca de nuestros labios. Mas que fuese Vd. Barrabas en propia persona! ademas.... yo no lo he oido.

La hermana, que se preciaba de oir mejor que su hermano, se acercó á su oido y le dijo sin gritar: se llama *D. Deopolvo* Ardaz.

El huésped volvió á empezar á reirse, y como la risa se pega, sobre todo entre las gentes sin hiel, uno despues de otro se pusieron todos á reir.

— Pero vamos al caso, dijo despues de un rato, D. José; — aunque Vd. perdone, ¿Vd. quien és, señor Ardaz? Qué ha hecho, y porqué se esconde?

— ¿Quién soy? contestó este; un hombre libre; ¿qué he hecho? ¡defender la libertad! ¿Por qué me escondo? porque volvemos á los tiempos (y se puso á cantar) en que se asaban, cual salmonetes, la carne humana.

— ¡Dios del cielo! ¡Un nacional de Madrid! exclamó asustado D. José.

— ¡Jesus, un tragalista! murmuró temblando Doña Escolástica.

— ¡Madre mia, un bullanguero! dijo con dolor Doña Liberata.

— Vamos, dijo Leopoldo, que notó la impresion que ha-

bia causado su terminante declaracion, conozco que deben Vds. estar en dudas sobre mi persona; pero voy á tranquilizar á Vds. Dadme avíos de escribir; escribiré á quien salga responsable de mí, y llevaréis la carta, señor Mentor.

— ¡Que lleve yo la carta á las diez de la noche, y quizas á los quintos infiernos! ¡En eso estaba yo pensando! gruñia D. José, miéntras estaba escribiendo su huésped.

Despues de cerrar la esquela preguntó este á D. José: ¿Vd. conocerá al gobernador?

— ¿D. Juan de Soto? ¡pues no le he de conocer!

— Id á su casa; preguntad por su ayudante Valverde, y entregadle en mano propia esta esquela.

— ¡El ayudante del gobernador! exclamó D. José. Este se quiere perder y nos va á comprometer, pensó apurado; y añadió en voz recia: — Señor, es tarde.

— No le hace, id.

— Es que el castillo está cerrado.

— Haced que os abran.

— ¡Cascabeles con el mocito este, y cómo sabe mandar! Parece que en su vida ha hecho otra cosa! gruño D. José.

— Pepe, le dijo su hermana, complácele; se conoce que es persona fina.

— Lo mismo me da á mí, si es delincuente, que sea fino ó que sea basto.

— Hombre, si se vale de tí, ¿le has de huir la cara? le dijo su mujer, haz lo que te dice, en caridad; que él sabrá lo que le conviene; ¡es tan bonito!

— ¡Pues mire qué recomendacion para un consejo de guerra! ¡Y si siquiera lo pidiese con buen modo!.... gruñó D. José, y salió arrastrando los piés, precedido de su hermana, que le iba alumbrando con el velon.

CAPITULO III.

Un servilon y un liberalito.

Las plazas abundaban en legisladores de veinte años, que encontraban á Cristo demasiado viejo, y que deseaban suplirle abrogándose el cuidado de dirigir la humanidad.

Julio Sandeau.

No es el *tormento*, sino la causa, lo que constituye el martirio.

Santos Padres.

Apénas habia transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos acelerados por la plaza de armas, y entró la persona á quien iba dirigida la carta, que se precipitó hácia el recien-venido, al que abrazó exclamando:

— ¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Tú aquí, tú, escondido! ¿Qué locura ó qué desgracia es esta?

Doña Escolástica y Doña Liberata se retiraron consideradamente, y se fueron con una luz á aguardar á su Pepe en la escalera.

Cuando estuvieron solos, hizo Leopoldo la siguiente relacion á su amigo.

Habiéndose unido mi regimiento á los tropas del rey, tres oficiales, que éramos exaltados, desertámos. Pudimos llegar á Gibraltar, donde nos recibieron los ingleses como héroes, y nos embarcámos disfrazados, llevando pasaporte con nombres supuestos, y con algunos pasajeros de pésimas trazas, en un queche con destino á Cádiz; pero apresados por una lancha cañonera, fuimos traidos aquí. Como esto sucedió de

noche, pude esconderme entre los dobleces de una vela que estaba arrollada en el camarote. Los demas fueron desembarcados, y yo permanecí todo el dia en mi escondite; pero llegada la noche, salí, y me di á conocer á los dos marineros que habian quedado guardando la embarcacion. Estos me depositaron sigilosamente en tierra, y atravesaba la plaza de la Pescadería, cuando oí que desde la casilla del muelle me llamaban. Aunque era claro que esto seria para cerciorarse de que no llevaba contrabando, no creí prudente exponerme á ninguna clase de registro, y proseguí mi camino.

Entónces oí que salian á alcanzarme: para que no lograsen su intento, puse mis piernas á todo vapor. No sabiendo dónde refugiarme, presentóse ante mí el torreon de este castillo, con su abierta y alumbrada ventana, que parecia decirme: pase Vd. adelante. Sabes desde el colegio que soy buen gimnasta; trepando por los intersticios de los descarnados cantos, subí á la ventana, por la que entré, y me encontré frente á frente con una de las castellanas de este castillo, á la que aparecí bajo la celada de mi yelmo (vulgo á la sombra de mi visera), algun Orlando furioso, ó Barba-roja renegado .... y colorin colorado, cate Vd. mi cuento acabado.

— ¿Y qué hacemos ahora? exclamó Valverde apurado.

— Respirar para no ahogarnos, repuso Leopoldo con su imperturbable calma. ¿Tan imbuido y contaminado estás con las ideas y máximas tiránicas de los que te rodean en la actualidad, que te parece ver colgado sobre mi cabeza, á guisa de espada de Damócles, un nudo corredizo?

— Desertar de sus bánderas, ser cogido disfrazado y con pasaporte falso, al ir á entrar en una plaza sitiada, con todo el carácter de un espía .... exclamó con dolor su amigo, ¡y te muestras tan impasible y tan sobre tí!

— ¿Y qué quieres que haga? repuso Leopoldo, ¿que me eche de cabeza en lo patético? No. Lo patético me es antipático — (¡qué lindo esdrújulo!) El hombre debe ser franco y verdadero; el hombre noble y liberal nunca sale de su carácter, y si me condenasen, me verias ir al patíbulo cantando.

Leopoldo, que tenia muy bonita voz, se puso á cantar:

Se levante Merino mil veces,
Se reuna la turba servil,
Me designen por víctima suya,
Me preparen mil muertes y mil! . . . .

— No temas á las mil muertes, ni á una tampoco, dijo sonriendo Valverde; no se trata de eso. Se trata de que no se pueda sospechar en tí una accion vil; de que tu ilustre nombre no figure en los tribunales, y de que tu persona no sufra detenciones y disgustos. Debes, por ahora, quedar oculto.

— No tengo inconveniente, con tal que no sea por mucho tiempo, repuso Leopoldo, porque este castillo que chochea, y sus moradores que le imitan, son capaces de convertirme en idiota en poco tiempo. Y si en breve no me procuras los medios de salir de aquí por la puerta, me saldré por la ventana, por la que he entrado, aunque al bajar me encuentre á la derecha con los bigotes negros de tu Fierabras Soto, y á la izquierda con los rubios del Duque de Angulema, esa sosa y ajada flor de lis.

— ¡Cuánto confías, repuso Valverde, en tu buena estrella, en la amistad de tus amigos, y en la falta de tiranía de la causa á la que gratuitamente se la atribuyes! Pero en fin, vuestra insolencia misma y vuestra osadía hace nuestro elogio. No volveré cuanto deseo, por no despertar sospechas; pero trabajaré por sacarte de aquí con seguridad y honor. Prométeme tener entretanto paciencia, y ser prudente.

— Procúrame ante todo mi equipaje, excelente Pílades; porque la ropa que tengo puesta, me pesa y agovia como la concha de una tortuga. Ademas, quiero hacer la conquista de aquella torre matrona, que se atreve á descollar entre las demas, y ver por ese medio de infundirle algunas ideas liberales sobre la igualdad.

Valverde le prometió lo que le pedia, y se fué despues de recomendar á sus huéspedes el sigilo.

Miéntras la conversacion de los dos amigos, habian las hermanas preparado lo mejor posible la piececita que les servia de comedor; habian pedido al capellan un catre de tijera, y cubiértolo con ropas no finas, pero blanquísimas y sahuma-

das con alhucema, y habian aprestado, con huevos frescos y con el gazpacho tan bruscamente interrumpido en su confeccion, una frugal cena á su huésped, el que se la engulló con un apetito propio de los veinte años, reforzado por un dia de ayuno; y durmió como un bienaventurado.

— Don Deopolvo, le dijo á la mañana siguiente Doña Escolástica, que á fuer de mujer, era curiosa, y á fuer de buena, se interasaba por él. — ¿Tiene Vd. madre?

Este contestó: madre, padre, abuela, tias, tios, hermanos, primos, cuñados y sobrinos, y cuidado, añadió vizqueando, que no caiga sobre usted un vizconde con toda su parentela.

— Y es su padre de Vd. de tropa? tornó á preguntar Doña Escolástica.

— Sí; es guardia de corps del padre Quieto, por órden superior del general Gota.

— Pues si no tiene mas pan y prest que los que le dé ese padre, tendrá su estómago que alistarse en la compañía de hambrientos, dijo haciéndose gracioso contra la voluntad del que le crió, D. José.

— Tiene rentas propias, individuales é independentes, sin contar con la bolsa ajena, — esto es, la paga del gobierno, que sale de las contribuciones que aniquilan el país.

— Pero, ¿qué es su mercé? tornó á preguntar la curiosa.

— Su mercé no es mercé, que es señoría y conde y marques.

— ¡Hola! ¡Marques! ¡Sea para bien! y por muchos años! dijo respetuosamente Doña Escolástica, repitiendo recio la noticia á su marido y á su cuñada.

— Tambien San Cayetano era hijo de título, dijo Doña Liberata, del Conde Gaspar Tiene. Felicito á Vd.

— ¿Y eso qué significa para que me feliciten ustedes? exclamó impaciente Leopoldo; y poniéndose de pié se puso á cantar gesticulando esta cancion, en voga en aquella época:

Todo conde ó marques nace hombre.

— ¿Qué dice? preguntó D. José al verlo tan enfuncionado.

— Que todo conde ó marques nace hombre, contestó su mujer.

— ¿Y qué... habia de nacer, mujer? repuso D. José.

Leopoldo entretanto habia concluido la discreta copla, y cantaba el estribillo ó coro:

¡A las armas corred, ciudadanos!
¡A lidiar, á morir ó vencer!

Don José entretanto movia impaciente su cabeza.

Leopoldo proseguia:

Guerra á muerte á la tiranía....

— ¿Y quién es el tirano? preguntó D. José.

— Ese Neron, contestó Leopoldo, señalando al mamarracho que figuraba la hermosa persona del rey Fernando, á caballo.

— Mocito, repuso D. José, no hable Vd. así del rey de España, miéntras humea aun en los campos y en las ciudades la sangre noble y leal de los que murieron por él; que eso saca los colores á la cara á todo español legítimo.

— ¿Es Vd. por lo visto un servilon de siete suelas? exclamó sofocado Leopoldo.

— ¿Y Vd., segun parece, un liberalito á casquete quitado? repuso D. José.

— Ser lo que soy lo tengo á mucha gloria, dijo Leopoldo.

— Ser lo que soy lo tengo á mucha honra, repuso D. José.

— ¿Cómo tiene Vd. valor, exclamó muy en sí Leopoldo, de expresarse así en la presencia de un mártir de la santa libertad?

— Dice Vd. dos despropósitos, mocito.

— Y Vd. cada salomonada que asombra; es usted un badulaque ó está loco.

— Estoy muy cuerdo, señorito. ¿Dónde ha visto usted canonizada esa *santa* y abogada de las bullangas? Santo quiere decir el que posee la santidad, el que es perfecto y libre de toda culpa; y solo se dice de las cosas de Dios en español puro, ¿está Vd.? Tampoco es Vd. un mártir, pues dicen los santos padres que no constituye el martirio el tor-

mento que se padece, sino la causa por la cual se sufre ¿está Vd.?

— A Vd. es preciso ó matarlo ó dejarlo, exclamó furioso Leopoldo. Es Vd., añadió saliéndose, un bolonio, un fanático, un preocupado, un .... un .... ostrogodo!

— ¡Pues está bueno! dijo D. José, cuando su contrincante hubo salido. ¡Que me diga que soy un atrevido en decir que soy realista, cuando anda él escondido y huyendo por no serlo! Habráse visto tal descaro! .... ¡Vaya con el mocito!

— ¡Pobrecito! dijo Doña Liberata: déjale, José, no le respondas; está caido, y á los caidos no se les canta el trágala como hacen ellos.

— Y yo se lo he cantado, ni nada que se le parezca? repuso D. José. No he hecho mas que responderle; que para decir mi parecer, tengo boca como cualquier liberal, y voz aunque no tan chillona como las suyas.

— José, ya ves, opinó su mujer, que como es hijo de marques ....

— Y aunque sea hijo de duque, ¿qué derecho tiene, me querrás decir, para decirme á mí badulaque, loco, bolonio, y hasta ostrogodo? repuso su marido.

— Oye, Pepe, y eso ¿qué quiere decir?

— Mira tú, que yo soy, y no lo sé. Pero me hago cargo que querrá decir un hombre muy rudo, muy basto, y muy templado á la antigua. Puede echar planta lo moderno! .... ! cascabeles!

Leopoldo á los pocos dias sintió un fastidio desmedido, como es de suponer. Su humor era tan malo y estaba tan propenso á la impaciencia, que seria largo el referir las escenas que tuvieron lugar entre él y los pacíficos habitantes del castillo, víctimas todos ya de sus bromas, ya de sus arranques de impaciencia, ya de sus desdeñosos aires de superioridad, ya de sus travesuras.

Sin embargo, como Leopoldo aunque tenia desparpajo, no tenia acritud; como aunque era desvergonzado, no era acerbo; como desdeñaba y befaba sin *despreciar*; como sus pocos años, su viveza, y su buen fondo, al traves de la maleza que lo cubria, se patentizaban á cada instante, y como todos los

que le rodeaban eran tan buenos, no solo se interesaban por él, sino que le iban tomando sincero cariño. Y así nunca estuvo un escondido mas seguro que él entre aquellos contrarios á su opinion, á quienes cada dia contradecia, atacaba, burlaba y escandalizaba descaradamente y con la mas completa falta, no ya de delicadeza, sino de equidad.

Cuando Doña Liberata le veia muy desesperado, le decia:

— Don Deopolvo, encomiéndese Vd. á San Cayetano, abogado de la providencia. Sus devotos nunca llegan á ricos; pero nunca, nunca les falta la subsistencia. Hágale Vd. una promesa, y verá Vd. cómo le saca bien de este atajo.

— ¡Vaya Vd. á freir monas! contestaba con coraje Leopoldo. Pues qué, ¿me cree Vd. algun *fanático supersticioso* como Vd.?

Leopoldo estaba entónces, por desgracia, imbuido en las acerbas máximas anti-religiosas que de la mano traia consigo el liberalismo, que — por ese instinto de verdad que hay en todo corazon recto — rechazaban las gentes religiosas, á las que tan ámpliamente ha dado razon el tiempo.

Cuando entraban en la sala, solian siempre las hermanas hallar á su amado protector San Cayetano vuelto de cara á la pared.

— Lo ven Vds., les decia entónces Leopoldo, autor del trastorno, el santo les vuelve las espaldas. ¡Milagro! ¡milagro! Pronto, un ex-voto, para conservar la memoria de que al santo no le gusta que le muelan, como hacen Vds., y no quiere pesados delante de sus ojos.

Un dia, no sabiendo qué hacerse, se entró en el oratorio del capellan que estaba ausente. Era este aficionado á la pintura, y tenia sobre el caballete un cuadro sin concluir, que representaba á Santa Ana enseñando á la Vírgen. No bien lo hubo visto Leopoldo, cuando, sin pensarlo dos veces, cogió un pincel con pintura negra, y trazó en las hojas del abierto libro que en sus manos tenia la santa estas palabras: *Código de la Constitucion.* Se salió muy serio silbando, y se subió á una de las torres donde se echó de bruces sobre el pretil, y se puso á mirar á la bahía, sin acordarse mas de lo que habia hecho.

Cuando D. José con su mujer y su hermana se ponian á rezar por el rey, como tenian de costumbre, interrumpia los rezos para decirles impaciente:

— ¿Qué les importa á Vds. el rey? ¡El rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!

Las hermanas se ponian entónces las manos en la cabeza exclamando:

— ¡Por Dios, por Dios, no diga Vd. eso ni en chanza, señor! que se debe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; esto dice el evangelio.

Y Don José añadia:

— Al rey lo ha puesto Dios en el trono, y debemos acatarle, ¿está Vd., mocito? Hemos de ser mandados, no hay tu tia; y para eso está ahí el rey legítimo, que lo tiene de derecho, por herencia, y en la masa de la sangre. Y esto vale mas que cien reyezuelos, á cual mas malo, á cual mas amigo de destruir, que están abriendo una puerta.... por la que se nos entrarán muchos males!

— En teniendo yo veinte y cinco años, respondia con coraje Leopoldo, si hay entónces constitucion, he de procurar ser diputado á cortes, nada mas que para meter el palo en candela, y proponer que se les ponga una mordaza á Vd., y á otros malvados servilones como Vd.

— No lo dudo, no dudo, que si vuelven Vds. á sacar la cabeza, así lo hagan, contestaba Don José. Lo que tiene que á la verdad no se la podrán Vds. poner, y cuando no hable por boca de los hombres, hablará por medio de los hechos. ¿Está Vd., mocito?

— Cuándo saldré de este maldito castillo! exclamaba Leopoldo tirando la silla; ¡castillo de la tontería, digna morada de la vejez, cuartel general de ineptos, mansion del opio, fortaleza del *statu quo*!!!

CAPITULO IV.

La Tertulia á la luna.

De la misma manera que excita el asombro el recio nadador, que corta con fuerza y vence una corriente impetuosa, así tambien admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas al traves de las tendencias y del espíritu del siglo actual.

Velisla.

A la caida de una tarde estaban los habitantes del castillo reunidos en la plaza de armas tomando el fresco. Ya el sol habia hecho su última caricia á la alta torre, que mas encumbrada que las demas, alza sobre todas sus almenas, las que parece haber levantado, como pirámides conmemoratorias, á cada siglo que cuenta y ha visto morir. La luna, que empezaba su lenta y silenciosa ascension, las alumbraba triste y pálidamente, como si fuese un gran cirio que en sufragio de sus hijas hubiese encendido su padre el tiempo. Las estrellas, que están mas altas que la luna, brillaban alegremente, cual si alcanzasen á ver á su criador.

Los animales domésticos, moradores del castillo, no prorumpian ya sino en aquellas voces lentas y arrulladoras, precursoras del sueño que anuncian, y que preceden á su descanso; cuando de repente y como bajados del cielo, se oyeron unos sonidos encantadores. Al resonar aquellos suaves acentos en aquel severo y callado edificio, los ecos que se durmieron al extinguirse los últimos sonidos de las trompas y clarines guerreros, despertaron dulcemente sorprendidos al oir las melodías de Rossini; si eran estos ecos moros, pu-

dieron creerse muertos en los campos de batalla, y resucitados entre huríes. Y no fueron ellos los solos agradablemente sorprendidos sino todos los demas moradores del castillo. Los palomos posados sobre las almenas torcieron en todas direcciones sus cabecitas, buscando con su serena mirada á su alado vate el ruiseñor. Los conejitos salieron de su confortable osario, se pusieron en dos piés lavándose sus caras con ambas manitas á compas. Los jilgueros y canarios se entusiasmaron, lanzando á deshoras sus mas puros trinos y mas sonoros gorjeos, como para formar el coro á aquellas encantadoras melodías. El gallo salió erguido de debajo de su higuera como Aquiles de debajo de su tienda, levantando tan bien y metódicamente sus patas, como si se lo hubiese enseñado un maestro de equitacion; las gallinas, mas prosáicas, fuéron las que no se distrajeron de sus únicas ocupaciones, que son buscar con que llenar el buche, y nido donde poner el huevo.

— ¿Qué es esto? dijo el ama del capellan.

— Es, respondió Doña Escolástica, Don Deopolvo ....

— Dále con el Deopolvo, observó Don José, te he dicho que es Leopoldo, Leo-pol-do, ¿te enteras?

Doña Escolástica hizo una señal de asentimiento, y continuó:

— Don Deopolvo, pues, recibió esta mañana su equipaje, que por fin pudo rescatar su amigo; en él venia su flauta, y se ha ido á tocarla á la torre: ¡y qué bien lo hace!

— ¡Qué primor! añadió la sobrina del sacristan, que no por ser sobrina, dejaba de poder ser tia; — ¡no parece sino que baja del cielo la música, como si fuera la de los ángeles!

— Oye, Pepe, preguntó Doña Liberata, que medio se enteró, — ¿toca el santo Dios?

— ¡No, qué! respondió su hermano: toca cosa profana y alegre: ¡unas seguidillas ó cosa por el estilo, pero bonitas .... bonitas!

— Preciosas, repuso con fe Doña Liberata.

A poco sonó la oracion, y los vecinos del castillo se pusieron á saludar á la Señora con el ángel, y en seguida á rezar el rosario.

Leopoldo no lo notó; y es probable que aunque lo hubiese notado, no habria interrumpido su tocar. Y no obstante, como todo lo que son cosas *sentidas* se armonizan unas con otras en el corazon, sin profanarse y sin despoetizarse, aquellas voces monótonas, que con respeto se alzaban, y aquellas dulces y sonoras melodías que alegres bajaban, parecian responderse, como el pájaro enjaulado que no puede volar, y la alegre alondra en altas esferas. Todas las cosas de este mundo tienen dos modos de mirarse, el uno con la helada mirada de la razon que todo lo enfría y lo rebaja, como la luz de la bujía, y el otro con la ardiente y simpática mirada del corazon, que todo lo dora y vivifica como el sol de Dios. Esta vista del corazon se llama *poesía*. ¡Felices aquellos que, teniéndola, la expresan en palabras armoniosas! ¡Y mas felices aun los que la conservan y entretejen en la vida práctica, en la que se la cree inútil, y aun nociva, por los que no la comprenden; siendo un don del cielo!

Cuando concluyeron de rezar, habia rato que Leopoldo habia dejado de tocar. Porque Leopoldo, aunque amaba la música, — si no con *pasion*, con *extremo*, como lo amaba y odiaba todo — no tenia paciencia para hacer mucho tiempo de seguido una misma cosa.

— Ya calló el canario sin jaula, dijo Doña Escolástica; ¿qué estará haciendo?

— Puede que haya mandado por almagra, como hizo el otro dia, para echarla en mi tinaja, dijo la sobrina del sacristan.

— O por pimiento chile para untar los bordes de mi alcarraza, como hizo ayer, de manera que me abrasé los labios: ¿ve Vd. la pupa? dijo Don José señalando su gran labio.

— ¡Si esto no se puede tolerar! dijo el sacristan.

— No lleva mala intencion, repuso Doña Escolástica.

— ¡Cascabeles! exclamó Don José, ¡con buena ó mala intencion .... á mí me dolió de lo lindo!

— ¿Qué estará haciendo? volvió á decir al cabo de un rato Doña Escolástica.

— Vé á verlo, si tanto empeño tienes en averiguarlo, le respondió su marido.

Pero, ¡cuál seria el asombro de todos, cuando vieron á su huésped elegantemente vestido de paisano, y puesto de punta en blanco, que con un junquito en la mano, y silbando el himno de Riego, atravesó la plaza de armas, les hizo un saludo con la mano, y se echó á la calle!

Fué tal el general asombro, que todos quedaron gran rato callados, y con la boca abierta.

— Pues valia la pena — dijo al fin Don José — de romperse las uñas y exponerse á quebrarse la cabeza trepando por un muro, y entrarse por la ventana, para salirse con tanto descaro por la puerta.

— ¡Quién vió otra! opinó el sacristan. Disfrazado se esconde, ¡y con su ropa se deja ver tan cariparejo!

— ¡Y cantando que iba el himno de Riego! exclamó asustada Doña Escolástica.

— ¡Vaya por Dios! dijo Doña Liberata, pues siempre que sale el cante del *niño de Diego*, hay jarana.

— Te he dicho cien veces, le gritó su hermano, que no se Dice el *niño de Diego*, sino el himno de Riego.

— Oye, José; preguntó esta ¿qué es himno?

— Himno es, contestó su hermano, un canto en alabanza de Dios ó de sus santos; ó bien entre los gentiles un poema para celebrar sus dioses ó sus héroes.

— Pues no le viene bien el nombre á ese cante, observó su hermana.

— Ya se ve que no, repuso Don José. Pero si han trabucado todos los nombres, porque les ha dado la gana, ¿eso quién lo remedia?

— ¡Si no fuera mas que los nombres!.... suspiró el sacristan.

— Pues si le digo eso á ese mocito, prosiguió Don José, me dice con el salero del mundo, bolonio, badulaque y loco.

— Y *ostrobobo*, añadió su mujer.

— ¡Pues eso es jarabe de pico! En el fondo, es un infeliz; alegría.... pocos años!.... observó Doña Liberata.

— Sí, dijo Don José; pero tiene la lengua muy larga.

— Como todos, repuso el sacristan.

— ¿Si estará libre? dijo la viuda.

— No; sino que al loco y al aire, darle calle, repuso Don José.

— ¡Dios vaya con él y le libre de mal! dijo Doña Liberata.

— ¡Y á nosotros tambien! repuso su hermano suspirando. Pero este mocito no ha de parar hasta que nos atraiga una desazon: ¡ya lo verán Vds.!....

— Dios quiera que no hayan cerrado el castillo cuando vuelva, dijo Doña Escolástica.

— A bien que se entrará por la ventana, repuso mal humorado su hermano; ó puede que acabe la noche en la cárcel. Un hombre que estaba aquí como la propia rosa, ir tan impávido á meterse por los ojos, diciendo ¡*aquí estoy yo*!.... ¡Vamos; si es preciso que haya perdido los pocos sesos que tiene! Bien dice la copla:

Un loquito del hospicio
Me dijo en una ocasion:
«Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.»

CAPITULO V.

La perla.

Angelitos de Dios, testiguitos del diablo.

Refran.

La fe es un vaso sagrado en el que cada uno debe estar pronto á sacrificar sus sentimientos, su razon y su imaginacion. Se puede disputar sobre el saber, porque este se puede rectificar, extenderse; pero la fe siempre es una.

Goethe.

Leopoldo paseó las calles del Puerto lo mas tranquila y garbosamente del mundo. No era conocido en aquella poblacion, y así confiaba en que iba muy bien disfrazado con su propia ropa.

Bajó toda la bien denominada calle Larga, á cuyo epíteto se puede sin lisonja añadir el de hermosa; anduvo por el espacioso paseo de la Victoria, y hallándolo muy solitario se encaminó al Vergel, que es otro paseo mus pequeño y mas céntrico á la orilla del rio, paseo que estaba lleno de gentes, y en el que se entró nuestro héroe como Pedro por su casa.

No bien hubo dado una vuelta, cuando oyó una vocecita, aunque infantil, muy recia y sonora, que decia: — Mamaita! Mamaita! ahí está Leopoldo Ardaz.

El nombrado hizo como si no hubiese oido aquella señal de reconocimiento, y apretó el paso; pero se encontró delante de sí colocada — á la manera que Alcibiades niño lo hizo para parar un carro, esto es, decidido á morir ó vencer, —

á una niña de seis á siete años, ataviada con lujo y primor, que le dijo con su agudo tiple:

— Ardaz, ¿porqué está Vd. vestido de paisano? El uniforme le sienta á Vd. mejor.

— Calla, calla, Margarita de mi alma (¡de mis pecados! añadió mentalmente él interpelado;) voy de prisa; tengo una cita con un amigo.

— ¿Y no quiere Vd. ver á Mamaita? Allí está sentada en aquel poyo: ¡venga Vd., venga Vd.!

Y Margarita asió de la mano á Leopoldo, al que arrastró hácia uno de los asientos.

— ¿Vd. por acá, Ardaz? exclamó, sorprendida de verle, una elegante señora.

— Sorpresa tambien, aunque mas grata, me causa á mí, Condesa, el ver á Vd. en este vergel, cuya atmósfera asfixía, segun lo cargadísima que está por la aglomeracion de tantos hijos de San Luis.

— ¿Quiénes son los hijos de San Luis, Mamaita? preguntó la niña, que en toda conversacion se entremetia.

— Son los franceses, mi corazon.

— ¡Ay! cuántos hijos tuvo ese santo! dijo la niña, ¡y qué guapos son! ¿No es verdad, Ardaz?

— ¡Vaya!..... ¿te gustan? repuso con reprimido coraje Leopoldo; — ¡pues cómprales dulces, mi alma!

— ¿Sabe Vd. lo que me ha dicho el sobrino del general Gudin? prosiguió muy ancha la niña: que Margarita quiere decir perla.

— Cosa digna de repetirse, hija mia.

— Y que yo soy la perla de las Antillas.

— Hasta ahora lo habia sido la Habana.

— No, esa es demasiado grande para ser perla. Yo lo soy, no es verdad, Mamaita?

— Sí, hija de mi vida, y la de mas valor á mis ojos.

La Condesa de la Enramada era una habanera tan sencillamente fina, como naturalmente amable, que no tenia mas defecto para sus amigos, que el de mimar de una manera exagerada é incómoda á su hija. Era esta señora tan esmerada y sibarita en sus refinamientos de lujo, que mandaba

su ropa á lavarse á la Habana, por parecerle que no se lavaba bastante bien en España, que es el país de Europa en que se lava mejor [1]). Habia venido á la península á traer á un hijo suyo al colegio de artillería; habia despues permanecido en Madrid, donde conoció á Leopoldo; y cuando ahuyentada por las circunstancias políticas, salió de Madrid para regresar á la Habana, se halló á Cádiz sitiado, por lo que permanecia en el Puerto hasta que terminase el sitio.

— Pero.... ¿cómo os hallais aquí? — preguntó la condesa á Leopoldo. — A juzgar por vuestras ideas belicosas, yo os hacia en Cádiz al pié de un cañon con la mecha encendida en la mano.

— No lo estoy, contestó Leopoldo, por haber sido apresada la embarcacion que á Cádiz me conducia, por una lancha cañonera, cancerbero de la entrada de su bahía.

— ¿Estais, pues, preso?

— No señora; que escapé: estoy escondido.

La condesa soltó una alegre carcajada.

— Esto es, dijo, que os haceis la ilusion, cuando paseais por los paseos públicos, de llevar el sombrero de Merlin.

— No es eso, condesa. Si me veis aquí es porque confiado en que nadie me conoce en este campamento frances, he salido á dar una vuelta entre dos luces.

— Sí, la luz del sol y la de los reverberos, para disfrutar de ambas donde mas resplandecen. ¿No veis, imprudente, que os exponeis?

— Ya me vuelvo á mi guarida, en la que no me hallarán, ni me buscarán, porque es el puro inmaculado limbo del servilismo.

— Y ¿cuál es esa mansion, ese palomar en que albergan las palomas al halcon? preguntó admirada é irreflexivamente la condesa.

— Es el castillo, contestó sin detenerse y con su acostumbrada imprevision, Leopoldo.

---

1) Cuéntase esto de la tan renombrada habanera la Condesa de Jaruco, cuya hija casó en la guerra de la independencia con el general frances Conde de Merlin.

— Mamaita, yo quiero ver ese castillo, dijo Margarita.

Los oidos que á mis estúpidas lechuzas del castillo faltan, sobran á esta perla fina, que me viene de perlas para comprometerme, pensó Leopoldo.

— Hija de mi vida, eso no puede ser, contestó la madre á su hija.

— Lléveme Vd., Ardaz, rogó la niña.

— No, hija mia, me guardaré de hacerlo. Ese castillo es el de *no volverás*. El que entra en él, ¡ay! mal que me pese, no vuelve á salir. Ademas, hay un fiero dragon llamado D. José, que se traga á cuantas perlas se le presentan, inclusa á la de las Antillas, esto es, la isla de Cuba, si se le pusiera por delante.

— Ese dragon será *yankee*, dijo riendo la condesa.

— Lo que puedo decir á Vds. sin mentir, es que es feróstico, y tan gigante que tiene un hombro en Flándes y otro en Aragon. Si no fuera por eso, con mil amores te llevaria, Margaritita (donde no te diera el sol en seis meses, añadió mentalmente Leopoldo).

La condesa insistió en que Leopoldo se fuese, y este, que ya estaba aburrido, se volvió poco despues á su pacífica guarida.

Merced á la costumbre popular que existe, tanto en el campo como en las ciudades, entre los españoles, de dormir poco, sobre todo en verano, estaban todavía levantados sus huéspedes cuando llegó Leopoldo: D. José, para abrirle la puerta del castillo; Doña Liberata, por si queria cenar ó se le ofrecia algo; y Doña Escolástica para acompañar á los otros. Los tres demostraron la mayor alegría de verle, y le dieron mil parabienes por su feliz regreso.

— ¡Qué majaderías! dijo Leopoldo, que venia de mal talante. No están Vds. poco cansados y machacones en gracia de Dios! ¡No parece sino que, como Noé, he escapado de algun diluvio universal! ¡Podríase creer, al ver ese cuidado con que están Vds. por mí, que pesa sobre mi cabeza alguna carga de graves delitos! Si Vds. me siguen moliendo con sus advertencias y apremiando con sus consejos, tan fijo como

dos y tres son cinco, que me presento á D. Juan de Soto ó al general Córdova, y arda Troya.

Al oir esto, D. José, su mujer y su hermana, en fila y sin chistar, como mansos corderos, tomaron el camino de la puerta.

— No tengo sueño, añadió Leopoldo, estoy aburrido, dado al demonio: ¿No tienen Vds. algun libro que leer, aunque sea el Bertoldo?

Salieron todos apresurados para complacer á su huésped, y la primera que volvió muy ufana y contenta, fué Doña Liberata.

— Aquí tiene Vd., dijo presentando á su huésped unos libritos en rústica muy usados; este es la vida de la Vírgen; nunca la leo sin llorar y morir de gozo; estas lo son de santos, y verá Vd. los milagros que ha obrado Dios por su mediacion: no que ese Martin Lutero no sanó ni un dolor de muelas.

Seguia sus pasos D. José, llevando en sus manos un librote panzudo en una encuadernacion negra muy deteriorada.

— Bajo una mala capa hay un buen bebedor, dijo al presentárselo con íntima satisfaccion á Leopoldo y abriendo el libro en el sitio donde habia por señal una cuartilla de papel con palotes, provechos de su ex-escuela, se puso á leer con su gruesa y pastosa voz este trozo:

En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obedencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la iglesia y propio rey jurado.

— No se canse Vd. mas en leer esos malos versos, que serán de algun maestro de escuela bolonio, como Vd., ó de algun fraile panzon y pendolista, dijo Leopoldo.

— ¡Qué está Vd. diciendo, mocito! — exclamó Don José; y señalando con el dedo la portada añadió: — son de un

militar como Vd., pero que tenia mas seso, y por eso se ha granjeado fama y renombre.

Leopoldo leyó en la portada

«LA ARAUCANA DE ERCILLA.»

— Déjeme Vd. de vejestorios, dijo rabioso á Don José; que bastantes tengo con Vd., su mujer y su hermana.

— Pues mire Vd. que tras que le trae uno buenos libros! .... murmuró D. José, encaminándose arrastrando los piés hácia la puerta.

— Tome Vd., añadió Leopoldo, corriendo á Doña Liberata, y entregándole sus tan queridas vidas de santos: tome Vd. .... para hacer cartuchos.

— ¡Ay qué irreverencia! exclamó con dolor la buena y religiosa mujer.

— No es irreverencia, señora; es despreocupacion, repuso Leopoldo.

— Mire Vd., mocito, le dijo D. José, que de la que Vd. llama despreocupacion, á la herejía y al apostatado, hay camino, pero tenga presente que es pendiente y se anda muy pronto.

Diciendo esto salió D. José seguido de su hermana.

— ¡Y que no entre la pesadez en la nomenclatura de las plagas del mundo! exclamó al verlos salir, Leopoldo.

No sabiendo qué hacerse, se sentó en su mesa y se puso á escribir á su amigo Ramon Ortiz.

Carta á Ramon Ortiz.

«¿Dónde discurres que se halla tu íntimo? Se halla hecho víctima del despotismo y de la tiranía en el Puerto de Santa María, que bien puede serlo de todos los diablos; escondido en un castillote el mas desencantado del mundo, en un castillo de Chuchurumbel, en el que tontos son cuantos habitan en él.

¿Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurron, servilon; con un capellan sin mas

luces que las de un cirio pascual, con un sacristan que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, mas feas que Barrabas, que quieren á la fuerza que rece el rosario con ellas, como un santurron, y haga una promesa á San Cayetano, santo de su devocion; y por último, con un maestro de escuela, que es en lo físico y en lo moral un borrico en pié, sin que le falten las descomunales orejas propias de la especie? Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre, que se me van y vienen unos ímpetus feroces de ahogarle entre mis manos. ¡Sí, sí! llegará el caso en que no pueda contener mi ira, y el dia ménos pensado se quedarán estáticos los coquineros [1]), y estupefactos los vandeanos de segunda edicion, al ver en una de esas torres litografiado á un maestro de escuela.

Por fortuna tenia yo aquí á un padrino que no te nombro, pues voy viendo que en los tiempos retrógrados que corren, la prudencia se hace necesaria; y miéntras sea necesaria la prudencia, que es un freno, que es una hipocresía, que es una contemplacion al parecer ajeno, nada hemos adelantado en la luminosa senda de la libertad y de la independencia. Este padrino me ha prometido sacarme pronto de este centro de oscuridad, de este pantano de turbias, mansas y estancadas aguas, de esta jaula vetusta y ruinosa de lechuzas y pájaros bobos. Mi primer vuelo será el de las golondrinas, esto es, que surcaré los mares para reunirme á los mios, á Vds., queridos, para morir ó cantar, segun las circunstancias.

Esta noche, cansado de mi odiosa prision y de mis insoportables carceleros, que á los demas tormentos que me causan, añaden, sin mi licencia, el de quererme muchísimo, salí á dar una vuelta, y me encontré en el paseo á la .... ya iba á poner su nombre sin acordarme de mi reciente alianza con la señora Prudencia, persona cuyo trato estirado me es antipático. La .... me ha dicho que estás en Cádiz, y me ha

---

1) Ya hemos dicho en otro lugar que este nombre dan á los habitantes del Puerto de Santa María, por la gran abundancia de una almeja pequeña de aquel nombre que se vende por sus calles.

ofrecido encargarse de esta carta, y cuidar de que llegue á tus manos.

Con ella estaba su insoportable apéndice la niña Margarita, ese inoportuno *Métome en todo*, que con sus ojos de lince me reconoció á un cuarto de legua, y con su voz de silbato se puso á llamarme, comprometiendo mi incógnito, para participarme que los franceses la apellidaban *perla* por llamarse Margarita. Las hijas de la primera pecadora del mundo no han degenerado nunca, sacan la vanidad y la presuncion del seno de sus madres. ¡Qué crianza da su madre á esa niña! Asombra. ¡Qué niña! ¡Qué niña! ¡Quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como lo hizo la hermosa Cleopatra con otra!»

CAPITULO VI.

El quid pro quo.

La buena fe es el primer distintivo del hombre honrado, y el espontáneo brote de un corazon sano.

Máxima.

El alma buena, llena de pureza,
juzga por bien lo que es indiferente,
y en el mal halla achaques de flaqueza.
Aquí tiene principio, de aquí nace
aquella santa y celestial simpleza,
que á Dios tanto enamora y tanto place.

Diego Murillo.

A la mañana siguiente muy temprano, recibió Leopoldo un billete sin firma que le entregó un marinero. Leopoldo reconoció la letra, que era la de Valverde. Contenia estas palabras:

«Leopoldo: eres incorregible, y has nacido para desesperar á tus amigos. Has tenido el atrevimiento de presentarte en un paseo público, de saludar y estar largo rato hablando con una señora muy conocida: su niña lo ha dicho, y ha descubierto tu paradero; esta mañana vas á ser preso. Para evitarlo, vístete el traje de marinero que te lleva el dador, que es hombre de toda mi confianza, y síguele. El cuidará igualmente de poner en salvo tu equipaje.»

Apénas concluyó Leopoldo de leer la esquela, cuando se puso á liar su equipaje, vistió el traje que le llevaban, escribió una esquela á D. José, que con su familia estaba en misa, en que le avisaba su marcha, se despedí y le rogaba

comprase á su mujer y hermana una memoria con diez onzas que quedaban con la carta; en seguida añadió estos renglones á la carta de Ramon Ortiz:

«Estoy descubierto y es preciso huir. La niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repeticion, me ha vendido. No tengo tiempo para mas. Ya te participaré los futuros destinos de tu amigo, el mas perseguido y el mas errante.»

En seguida cerró ambas cartas y con su acostumbrado atolondramiento equivocó las direcciones, poniendo á la de D. José el sobre á Ramon Ortiz, y dirigiendo la que habia escrito á Ramon Ortiz á D. José. Puso esta con las diez onzas sobre la mesa de la sala, hecho lo cual, siguió á su guia.

Media hora despues volvian de misa los habitantes del partido.

— ¿Y D. Leopoldo? preguntó D. José, que fué el último que llegó.

— No se habrá levantado, contestó su mujer.

— Si no se hubiese acostado tan tarde..... gruñó D. José.

— ¡Pobrecito! déjale que duerma; que dormir mucho es propio de la poca edad, dijo Doña Escolástica.

— Sí, sí, que duerma, opinó Doña Liberata; miéntras duerme no se fastidia, ni se impacienta, ni peca.

— ¡Pobrecito, pobrecito!.... Están Vds. con el señorito que han de acabar por tocar rosarios en él. — ¡Pobrecito! — Pobre es el diablo que no ha de ver á Dios.... Bien que con el camino que lleva, puede que á él le suceda lo propio, regruñó D. José.

— ¡Pepe! No te conozco, observó su hermana; esos son malos juicios; D. Leopoldo es un bendito, y sus cosas no son mas que chamarasca.

— En nada lleva mala intencion, añadió su mujer, ni tiene hiel; y nos quiere bien.

Don José se habia acercado á la mesa, y vió entónces la carta que sobre ella habia colocado Leopoldo.

Una carta para D. José era cosa demasiado extraordinaria.

¿Quién podrá escribirme? pensó sacando de su estuche de zapa negra sus espejuelos.

En este momento Doña Liberata, que habia ido al cuarto del huésped, entró con sus pasitos cortos y apresurados, diciendo azorada:

— ¡Pepe! .... ¡Escolástica! .... no está en su cuarto; no está en su cama .... no está en parte alguna.

— ¡Ay! ¡Qué habrá sido de él! exclamó Doña Escolástica cruzando las manos.

— ¡Toma! se habrá largado con viento fresco, dijo D. José, sin decir ni chuz ni muz, y sin pedir parecer á nadie; de la misma manera que entró.

— ¿Si será del pobrecito esa carta? — Pepe, hermano, léela.

Miéntras D. José se ponia sus grandes espejuelos, murmuraban su mujer y su hermana: — San Rafael vaya con él! ¡San Cayetano lo proteja!

Don José abrió la carta y se puso á leer:

«*Dónde discurres que se halla tu íntimo?*»

— ¿Mi íntimo? dijo D. José. ¿Dónde está esa intimidad? ¡Y me dice de tú! Eso no está bien con un hombre de mis años.

— Eso es franqueza, dijo su mujer.

— ¡Patrañas! contestó el lector, que prosiguió: «*Se halla hecho una víctima del despotismo y de la tiranía.*»

— Las paparruchas de siempre! gruñó D. José. «*De.... de.... de la tiranía en el Puerto de Santa María.... que bien puede serlo de todos los diablos.*»

— ¡Buen principio de semana! observó el lector. «*Los diablos.... escondido en un castillote el mas desencantado del mundo.*»

— ¡Ya! dijo Doña Liberata, desde la bula de la Santa Cruzada....

Don José prosiguió sin detenerse:

«*En el castillo de Chuchurumbel, en el que son tontos cuantos habitan en él.*»

Don José paró su lectura, miró á su mujer, y despues á su hermana, que bajaron los ojos, y continuó:

«*¡Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurron, servilon, con un capellan sin mas luces que la de un cirio pascual!*»

— ¡Jesus, Jesus! Vaya por Dios, vaya por Dios! exclamaron á una voz Doña Escolástica y Doña Liberata.

Don José despues de escombrarse estrepitosamente y con coraje prosiguió:

«*Con un sacristan que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, mas feas que Barrabas ....*»

— ¿Lo oyes, Liberata?

— ¿El qué? preguntó esta que no habia oido bien, á causa de que la recia y corajuda voz de D. José al leer los cumplidos dirigidos á su mujer y á su hermana, se habia apagado.

— Que somos mas feas que Barrabas, le gritó muy formal, pero sin incomodidad, su cuñada.

— ¡Vaya, eso es ponderacion! opinó Doña Liberata.

— ¡El *pobrecito .... el bendito*! .... ¡Cascabeles con el mocito! dijo D. José que volvió á leer:

«*Mas feas que Barrabas; que quieren á la fuerza que rece el rosario con ellas como un santurron y haga una promesa á San Cayetano, santo de su devocion; y por último, con un maestro de escuela ....*»

— Por lo visto, observó el lector, en el modo de pensar de este mocito solo oran los *santurrones*. Pero vamos á ver, — prosiguió, estirando bien la carta y acercándose á la ventana, — ahora la emprende el *angelito sin hiel* conmigo, y ahora viene el trueno gordo:

«*Un .... un .... un .... maestro de escuela, que en lo físico y en lo moral parece un borrico en pié; sin que le falten las descomunales orejas propias de su especie.*»

— ¿Qué t-a-l, tal? dijo el lector, cuyas mencionadas orejas se habian puesto del color de la grana, y cuyo labio inferior estaba mas caido y saliente que nunca. ¿Qué tal? ¿Qué decís ahora del *pobrecito*, del *bendito*? ¿Sabe insultar el nene? ¡Liberal, liberal de los exaltados; que para eso se

pintan solos! ¡Y dejarnos esta sarta de desvergüenzas y oprobios por despedida, al largarse á la francesa! ¿Puede esto concebirse entre gentes blancas?

— Eso no está bien, dijo Doña Liberata.

— Eso no es regular, añadió Doña Escolástica.

Don José continuó leyendo:

«*Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y religiosos tan frita la sangre....*»

— ¿Rinoceronte? Oye, Pepe, ¿eso y qué quiere decir? preguntó su mujer.

— Quiere decir, contestó con despecho el interrogado, un animal, un animal disforme, primo, paisano y compadre del elefante.

— ¡Qué cabeza de chorlito! dijo Doña Liberata.

— ¡Qué cabeza de novillo de cuatro años, rectificó D. José furioso, que con cada embestida tumba patas arriba al que entrecoge!

— Vamos, sigue, Pepe; veremos en qué viene á parar, pidió su mujer.

— ¡Sigue!.... repuso este. ¡Como que es muy divertida la lectura y da un buen rato á cualquiera!

Don José volvió á ponerse, con un gesto violento, la carta ante la vista, y prosiguió:

«*Rinoceronte.... la sangre, que se me van y vienen unos impulsos feroces de ahogarle entre mis manos....*»

Al llegar á este párrafo, la carta cayó de las manos de D. José, que palideció.

— ¡Intenciones de asesino! ¡Animas benditas!.... ¡Quién hubiera pensado que tales pensamientos abrigara, al verle tan gentil y tan galan! exclamó Doña Escolástica.

— ¡Gentil!.... ya lo dijiste, repuso D. José. Un mal cristiano sin fe ni ley; un hombre á quien nada habíamos hecho sino bienes, que siente conatos de matar á uno, solo porque oye de sus labios la palabra de Dios! Esto es una iniquidad, una ingratitud poco vista.

— No nos pese el poco bien que le hemos hecho, Pepe, dijo Doña Liberata. El bien agradecido es pagado por el que lo recibe; el bien no agradecido lo paga Dios; pues nada

de lo que hagan los hombres, de bueno ni de malo, ha de quedar sin compensacion.

— Si volviese, haríamos por él lo que pudiésemos, ¿no es verdad, José? añadió Doña Escolástica.

— Ménos meterle en casa, repuso su marido, que de los escarmentados nacen los avisados. Así me harán Vds. el favor, aunque se ahoguen de calor, de tener de noche la ventana de la cocina cerrada; no vuelva á entrarse ese mal alma la noche ménos pensada; que ya sabe el camino.

— Pero ¿qué es lo que hay en este papel? preguntó Doña Liberata, que se habia acercado á la mesa, y que, abriéndolo, vió aparecer á sus ojos las diez onzas que debian acompañar la carta escrita á D. José, y que habia tomado el camino de Cádiz.

— ¡Qué les parecen á Vds. los sesos á la jineta del mozo! dijo D. José. ¡Se deja olvidado su dinero! ¡Vamos! .... ¡si ese hombre no tiene atadero.

— ¡Dios mio! ¡y falta que le va á hacer al infeliz! exclamó Doña Liberata.

— Pepe, ¿no se le podria enviar? preguntó su mujer.

— ¿Y adónde se le dirige, mujer de Dios? contestó impaciente su marido. Nada, guardadlo; que cuidado tendrá él de reclamarlo.

— ¿Y si no lo reclama?

— En pasando estos barullos se indagará dónde para, y se le enviará.

— Pepe, ¿y si nos morimos? dijo su hermana.

— Mujer, casualidad seria que de aquí á que las cosas se serenen muriésemos los tres. Pero por si acaso, dáme el papel y el tintero.

Don José escribió en una cuartilla de papel estas palabras: «Estas diez onzas de oro pertenecen á D. Leopoldo Ardaz, teniente que era en el año de 1823 del regimiento de Reales ***, al que deberán ser entregadas.» Dobló el papel, lo lió con las diez onzas en un pliego con todo primor, le puso tres obleas cuadradas, y escribió encima la palabra *depósito*. Diólo á su mujer para que lo guardase en el arca de cedro, en que se guardaban con reverencia las alhajas de

la casa (incluso el consabido frac negro de D. José, y sus títulos y licencias para abrir escuela), y se preparaba á seguir la lectura de la carta, cuando se oyó un tropel por la escalera, y asomándose los tres á la pequeña antesala, vieron con asombro presentarse en la plaza de armas á un coronel frances, que hacia de mayor de plaza, con algunos soldados y un intérprete.

El coronel mandó poner un centinela á la subida de la escalera, y dijo en voz recia:

— Monsieur Josef Mentor, maître d'école.

Omitiremos pintar, — porque el lector lo habrá comprendido ya, — el susto y la alarma que se apoderó de aquellas buenas gentes, que habian pasado su tranquila vida en aquel castillo, verdadero paréntesis de piedra en la activa ciudad, tan olvidado, tan petrificado, tan extraño y tan inaccesible al bullir del mundo y al ruido de los acontecimientos, como lo está una roca en medio del mar al movimiento y estrépito de las olas que no la mueven ni impregnan.

— ¿No os dije siempre que ese desatinado nos habia de atraer algun pesar? exclamó consternado D. José. ¡Esto es salir de Herodes, y entrar en Pilatos! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Servidor de usía, añadió presentándose ante el coronel y haciendo la cortesía mas desgarbada que han visto ojos humanos.

— Usted tiene aquí escondido á un preso fugado, dijo el coronel.

Don José contestó: Señor, aquí vino un sujeto que yo no conocia, y que por mas señas, se entró de noche por la ventana, y sin pedir mi vénia. Buscaba amparo, y se lo di; que no creo yo, que amparar al desvalido esté prohibido, ni por las leyes divinas ni por las humanas. Así, pues, aquí ha estado, en mi casa; pero ya no está.

El coronel mandó registrar el castillo, y no se encontró á nadie.

— Usted le ha hecho fugar, dijo el coronel. Así, pues, es Vd. cómplice.

— ¿Cómplice? ¿De qué? preguntó D. José.

— Usted le ayudaba en su intento; era un espía.

— Qué, señor, no puede ser; ni escribia ni veia á nadie.

— Pues él debia tener precisamente informes, y algun amigo que le ha avisado de haber sido reconocido anoche, y que le ha proporcionado los medios de fugarse.

— Eso no sé yo.

— Pero de cierto sabrá Vd. quién es ese amigo.

Don José calló un instante, en el que el miedo y su honrada veracidad sostuvieron un recio combate, y despues contestó:

— Le conozco, pero aseguro, á fuer de hombre de bien, que solo de vista.

— Y ¿quién es? preguntó el coronel.

Don José pasó su dedo al rededor de su cuello, y respondió con decision:

— Eso no lo digo, ¡aunque pierda esta!

Su mujer y su hermana se precipitaron hácia él acongojadas, como si viesen ya en peligro aquella cabeza tan querida.

— *Oh! le sot!* exclamó el coronel.

— ¿Qué dice? preguntó su hermana.

— Me dice sóo, por que creerá que quiero huir, contestó su hermano. No, señor, añadió con creciente entereza; no trato de huir; no puedo ya correr, ni quiero. Aquí estoy: usía es el cuchillo y yo la carne; haga usía lo que quiera de este infeliz, que en los años que tiene, no ha tenido un sí ni un no con la justicia. Pero que por mi dicho se le siga perjuicio á nadie; que José Mentor sea un delator.... ¡ese no! aunque me lo mandase el mismo rey, que Dios guarde.

— Pues irá Vd. á la cárcel, dijo para intimidarle el coronel.

— Iré, gritó en un arranque de desesperado valor D. José, señalando con el brazo heróicamente la escalera.

Su mujer y su hermana se abrazaron á él llorando amargamente.

— ¿Le ha confiado á Vd. el fugitivo algunos papeles? preguntó el coronel.

— Ninguno.

— Que registren al señor, mandó el jefe.

Esta órden fué ejecutada al punto, y la carta de Leopoldo fué hallada en el bolsillo en que la habia metido su dueño.

— ¿Lo ve Vd.? dijo el coronel, esta carta es para Vd., y debe ser de su preso.

— Verdad es, contestó D. José.

— Así, pues, Vd. me engañaba.

— ¡Yo engañar! exclamó ofendido D. José. No, señor, yo no engaño nunca. Esta carta es *mia*, escrita á mí, y no es ningun papel que pertenezca al que se busca, ni ménos es un depósito. ¿Usía me comprende?

Apénas empezó el coronel á leer la carta, cuando á pesar del carácter de juez de que venia revestido, empezó á reirse tan irresistiblemente, que aquella escena de tribunal acabó en escena de sainete.

En esta carta aparecia la no complicidad de Don José tan patente, pintaba tan á las claras la situacion, que el coronel, al devolvérsela, le pidió escusas, le hizo un ligero saludo, y se retiró.

Apénas se hubo ido, cuando D. José, cogiendo con una de sus manos el brazo de su mujer, y con la otra el de su hermana, se las llevó, arrastrándolas precipitadamente á la sala.

— ¿No han caido Vds.? .... les preguntó con toda la alegre animacion de que era capaz su tranquila naturaleza.

Su mujer y su hermana le miraron atónitas, diciendo:

— No. ¿Qué hay?

— Hay, contestó entusiasmado D. José, hay que ese D. Leopoldo es un hombre bueno si los hay; prevenido, á pesar de sus pocos años; un hombre honrado, un amigo leal, y con muchísimo criterio, con un corazon bueno y noble, añadió enternecido, dándose una palmada en el pecho. ¡Esta carta, esta carta! repitió, dando sobre el papel golpes con el reverso de su mano; — esta carta, que creíamos un insulto, esta carta nos ha salvado. Y, previendo lo que iba á suceder, la escribió solo con este fin. ¿No lo estais viendo claro como la luz del dia?

— ¡Verdad es! ¡Verdad es! exclamaron gozosas y asombradas las cuñadas.

— ¡Mira si discurrió el pobrecito, añadió Doña Liberata. ¿No decia yo que nos queria bien?

— Si tenia muy buenas entrañas, hijo mio, y las luces muy espaviladas! .... dijo Doña Escolástica.

— Cuidado, previno D. José, que aunque tengais frio, dejeis todas las noches la ventana de la cocina abierta.

— Y una mariposa para que se distinga bien en la oscuridad, añadió su mujer.

— El Faro de San Sebastian [1]), dijo con una especie de asomo de bosquejo de sonrisa el grave Don José.

— No, observó su hermana, el de San Cayetano, abogado de la Providencia!

---

1) Asi se denomina el Faro de Cádiz.

CAPITULO VII.

El eco.

> Eco, hija del aire y de la tierra, amó á Narciso; mas viéndose desdeñada por ese amante de sí mismo, se retiró á las cuevas, los montes y los bosques, en los que la consumió su dolor, no quedando de ella sino la voz.
>
> *Mitologia.*

Merced á su disfraz, habia llegado Leopoldo á Cádiz embarcado en el falucho que llevaba las frutas y legumbres al rey, en vista de que la casualidad suele mimar á los que en ella confían, así como la prudencia suele desamparar cabalmente á sus mas fervientes subordinados.

Una vez en Cádiz, Leopoldo se halló en su centro, rodeado de amigos y camaradas, y en sus glorias por haber salido del espantoso centro del servilismo, proponiéndose persuadir al duque que lo demoliese, lo que contribuiria á modernizar el Puerto. Pero el dia ménos pensado exclamó: — Pues para tan poco tiempo no fuera príncipe yo! — cuando se halló al rey en su trono absoluto, y á sí mismo *indefinido*. Leopoldo hizo várias exclamaciones corajudas, ensartó una docena de maldiciones contra los *servitas* y los esbirros de la Santa Alianza, y se puso á tocar la flauta.

Habia llegado á Cádiz la Condesa de la Enramada con su inseparable Margarita. Cuando fué Leopoldo á verla, miró de una manera feroz á la niña, que en cambio le dijo con su nunca atajada franqueza:

— ¡Ay, Ardaz, en todas partes está Vd.! Yo pensaba que se hallaba Vd. para siempre en el castillo de *No volverás.*

— Aquí estoy para servirte, hijita mia, contestó Leopoldo. Te lo digo porque no me importa que lo repitas. ¿Sabes, señorita Eco?

— ¿Eco? ¿Qué es eco, Ardaz?

— La primera parte de una virtud muy apreciable, y que yo deseara que gastases en tus palabras, perlita eco.

— ¡Mamaita! que Ardaz me dice señorita Eco!

— Es un nombre muy bonito, mi corazon, repuso su madre.

— ¡Pues no quiero, no quiero, no quiero! repitió la niña alzando gradualmente la voz. Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

— Eco, dijo con los labios sin que se oyese Ardaz, que era poco ménos niño que su interlocutora.

— Mamaita, dijo esta desesperada, prohiba Vd. á Ardaz que me diga eco: me llamo Margarita, que quiere decir parla.

— Perlesía, enmendó entre dientes Leopoldo.

— Hablando de eco, Ardaz, ¿ha oido Vd. hablar de uno muy famoso que suena en los fosos de Puerta de Tierra? dijo la condesa.

— Es la primera noticia que tengo, respondió el interrogado.

— ¿Qué es eco? preguntó la niña dirigiéndose á Ardaz, en vista de que su madre se acababa de levantar para recibir á unas amigas suyas que entraron.

— Ese eco es, le contestó Leopoldo, una ninfa muy amiga de repetir cuanto oye, á quien para castigarla, ha preso en los fosos de Puerta de Tierra D. Fulano Hércules, que fundó esta ciudad. Ya lo sabes: escarmienta.

— ¿Y qué son fosos, Ardaz?

— Zanjas.

— ¿Y qué son zanjas?

— Hoyas.

— ¿Para guisar?

— Sí, al eco; que cuando hierve, suena muy bien.

— ¿Quién? dijo la condesa dirigiéndose de nuevo á Leopoldo. No puede oirse cosa mas linda que el sonido de una flauta en aquellos parajes. Ardaz, Vd. que toca tan bien ese instrumento, ¿podria proporcionarnos el buen rato de oirle allí? Estas amigas mias lo desean tan vivamente como yo.

— Con el mayor placer, condesa, contestó Leopoldo.

— Quedamos, pues, convenidos y aplazados para mañana á las dos de la tarde, dijo alegremente la condesa.

— Yo tambien quiero ir, exclamó Margarita.

Leopoldo, que como hemos dicho, era poco ménos niño que ella, estuvo para decirle: si tú vas, no voy yo.

Al dia siguiente fueron todos puntuales á la cita, y se pusieron en camino, subiendo á la muralla por disfrutar de mejor vista y mejor piso.

— ¿Dónde lleva Vd. la flauta? preguntó Margarita á Leopoldo.

— En la petaca, contestó este.

— ¡Ay, qué chica es! A verla.

— No puede ser: en la muralla están prohibidas las armas.

— ¿Pues qué, es un arma?

— Sí.... en caso de guerra sirve de pistola.

— Eso no es verdad....

— Qué fina eres, *perla* no oriental.

— Mamaita, Ardaz no me quiere enseñar la flauta!

— En los fosos la verás, vida mia, le respondió su madre.

No habian andado diez minutos cuando dijo la niña:

— Mamaita, tengo sed.

— Hija, ¿qué te ha producido esa sed? ¿Te sientes indispuesta, mi corazon?

— No, sino que tengo mucha sed.

— Ardaz, allí veo á un rosquetero con vasos de agua: si tuviese Vd. la bondad de llamarle....

— Con mucho gusto, señora.

Y Leopoldo echó á correr, renegando enérgicamente de la niña.

No habian llegado á la mitad de la muralla cuando dijo la niña:

— ¡Mamaita, estoy cansada!

— ¡Pobrecita mia! repuso su madre compadecida. Sentémonos un poco en este pretil para que descanses.

El divan de los pordioseros, pensó desesperado Leopoldo. ¡Dios sabe si habrán dejado en él reminiscencias animadas!

A poco, con la instabilidad de los niños, Margarita se levantó, atravesó la muralla, y se fué al lado opuesto que domina la bahía, mas siendo muy alto el parapeto, se puso á gritar:

— Ardaz, Ardaz, aúpeme Vd. que quiero ver los barcos.

Leopoldo hizo como si no lo oyese.

— Ardaz, ¡cuánto agradeceria á Vd., dijo la condesa, que alzase un instante á la niña! La pobrecita mia no alcanza á ver los barcos.

— Con mil amores, condesa.

Vamos, ¡esto es insoportable! iba murmurando Leopoldo al atravesar la muralla, vaya con la zangoncita de la niña que es preciso levantar en peso, como si tuviese dos años!

— Oye, niña, le dijo alzándola del suelo lo suficiente para que su cabeza sobresaliese del parapeto, de manera que la niña apoyó en él sus manos y su barba; — oye, niña, ¿tú no vas á la amiga?

— ¿Y Vd. no va al colegio? Pues yo he visto en el de artillería en que está mi hermano, unos colegiales mas altos que Vd.

Un segundo despues dijo Leopoldo:

— Ya puedes haber contado los barcos, los faluchos y hasta las lanchas de la bahía, y soltando de repente á la niña, que tenia apoyada su barba en la piedra tosca del parapeto, se la desolló al caer, y prorumpió en los mas lastimeros ayes y quejidos.

¡Ahí fué ella!.... La condesa temblaba convulsa; sus amigas estaban á cual mas azorada y compadecida. Lo que es Leopoldo, causante del mal, hacia el papel mas desairado; sus muestras de interes eran rechazadas por el paciente con imponente rencor, á punto de coger y arrojar por encima del parapeto un pañuelo de olan que Leopoldo le presentaba,

para estancar una mostacilla encarnada que se habia asomado á la rozadura.

Fué preciso bajar de la muralla, é ir á una botica, donde se aplicó á la lánguida doliente sobre su desolladura un papelito de estraza humedecido con agua y sal, y á instancias de la misma, que ardia en curiosidad de oir el eco que cantaba al hervir en una olla, volvieron á emprender su caminata á los fosos de Puerta de Tierra.

Llegaron, y salvaron la puerta de la ciudad, puerta fuerte, colosal, revestida de su armadura de baluartes y parapetos, armada de punta en blanco, que con su puente levadizo parece extender una mano amiga al que acoge, ó levantarlo como un puño amenazador contra el que como conquistador, quisiese penetrar en el recinto que guarda, y que es el nunca profanado asilo del españolismo, pues aquella puerta nunca se abrió sino á la voz de ¡*Viva España*! aquel eco nunca repitió con su dulce acento sino ¡*Viva España*!

Miéntras nos hemos entretenido en considerar la puerta, habian bajado la condesa y los que la acompañaban, á los fosos; á Margarita se le habia caido el papel de estraza sin sentir, aguardando con la boca abierta el ver salir una flauta de una petaca, y Leopoldo se habia puesto á tocar.

Hallábanse todos embebidos en el efecto encantador que producian los sonidos de la flauta, tan distinta como suavemente repetidos por el eco, y embalsamados por aquellas melodías aéreas, que se cernian entre murallas, fosos y baluartes como rayos de sol que hubiesen bajado á brillar y reir en un calabozo, cuando, sin haberlos notado venir, se hallaron á su lado el capitan frances que estaba de guardia en la Puerta de Tierra, acompañado de dos amigos, que habian sido atraidos por la magia de aquellas melodías gemelas.

Leopoldo que, como hemos dicho, siempre se dejaba llevar por su primer movimiento, derecho, pronto, y sin detenerse, como salen las muñecas de muelle de las cajas en que están encerradas, Leopoldo, que sentia un odio tremebundo, que habia de durar dos meses, hácia los franceses, no bien los vió, cuando apartando la flauta de sus labios, la desmontó y guardó en el bolsillo.

— ¡Ay! dijo Margarita; Ardaz no quiere tocar mas porque han venido aquí esos oficiales.

— Espero que no será así, dijo el capitan saludando á las señoras; y como hemos bajado aquí atraidos por el duo encantador que ejecuta el señor con el eco, el suspenderlo seria una desatencion que no merece nuestro deseo de oirle, puesto que nada tiene que no sea lisonjero para ese caballero.

— Llamad como gusteis á mi negativa, dijo Leopoldo; .... pero no toco mas.

— Caballero, repuso el frances, una desatencion confesada, es un insulto. ¿Debo interpretarlo así?

— *Ad libitum*, respondió con su usual frescura Leopoldo.

Las señoras, á quienes la sorpresa habia dejado paradas hasta entónces, intervinieron; pero era tarde. Sus reflexiones y sus persuasiones se estrellaron contra el *ultimatum* del ofendido capitan.

— El señor me ha insultado, y solo tocando podrá darme la satisfaccion que me debe. Si no me otorga esta, pediré otra que no se niega.

Leopoldo por su lado respondia á los agentes de la conferencia, con el mas perentorio:

— No toco; pero me hallo muy dispuesto á complacer al señor en su segunda exigencia.

Por mas que la condesa les hizo presente que un desafío en las circunstancias de entónces tendria para ambos contrincantes los mas funestos resultados, y les proporcionaria los mas trascendentales compromisos, ninguno cedia. ¡Cómo habian de ceder, si creian ambos, con mucha formalidad, que en aquellas insignificantes quisquillas estaba comprometido nada ménos que .... su honor!!! Nosotros los hombres nos burlamos del sexo bello; pero, confesemos, inter nos, que á veces debemos los del sexo feo parecer muy ridículos al bello, en particular cuando nos metemos á confeccionar códigos, que es nuestra parte flaca!

Entónces las señoras acudieron á las súplicas, y á las lágrimas. El frances se mantuvo inmutable como el destino, impasible como una de las pirámides de Egipto, que son una

de las maravillas del mundo. Pero Leopoldo que, á pesar de sus ligeros cascos, era un caballero, sintió haber, y sobre todo en presencia de señoras, dado lugar á aquella escena tragi-ridícula. Considerando esto, sacó su flauta con mucha cachaza, y dirigiéndose á las señoras:

— Conozco que he sido un imprudente, y que he faltado á los miramientos debidos á señoras. Pero es de cuerdos reconocer su error, y de prudentes enmendar su yerro. Voy á complacer, no á los señores, sino á Vds., á las que debo esta reparacion.

Leopoldo tocó algunos compases, guardó su flauta, y se retiraron.

Las señoras iban tan satisfechas y tan agradecidas á la prueba de consideracion que les habia dado Leopoldo, que no sabian cómo demostrárselo y encomiar su fineza, su buen trato y su prudencia. Las pobres señoras no habian notado que al pasar cerca del capitan le habia Leopoldo entregado su tarjeta, en señal de que volverian á verse, y que por consiguiente, estaba muy léjos de merecer los justos y sensatos elogios que admitia el hipócrita con una modestia admirable.

Habia Leopoldo entregado su tarjeta, porque decia de buena fe, segun el *código de honor* de los espadachines, que en este lance estaba su *honor* comprometido. ¡Hasta este punto han llegado los varones, con barba y sin ella, á tergiversar el sentido de la palabra *honor*, que genuinamente significa gloria ó buena reputacion, que sigue á la *virtud*, al *mérito* y á las *acciones heróicas*, haciendo como ciertos salvajes, que llaman *Dioses* á unos ídolos que ellos mismos confeccionan, á los ojos de los cuales creen hacer una obra meritoria inmolando víctimas humanas, y rociando sus aras con sangre! ¿Pues qué es un llamado *lance de honor*, sino un asesinato premeditado?

Así sucedió, que á la mañana siguiente á las cinco, estaba Leopoldo con sus padrinos y el capitan con los suyos en Puntales, el uno frente del otro con una pistola en la mano.

La suerte habia decidido que al marchar el uno sobre el otro, fuese el capitan el que tirase primero, y así sucedió. Pero Leopoldo tenia razon en confiar en su buena estrella,

que no le desamparó. La bala francesa pasó rozando por su hombro, y fué á herir mortalmente á una inocente retama.

Ambos desafiados siguieron avanzando.

— ¿Qué vas á hacer? gritó á Leopoldo su padrino Ramon Ortiz.

— A matarle, contestó Leopoldo con su inalterable sonido de voz; ó á perdonarle la vida bajo una condicion.

Los desafiados se pararon y quedaron inmóviles en su misma posicion.

— ¿Y cuál es esa condicion? preguntaron los franceses.

— Esta condicion es, contestó Leopoldo, que cante el señor una cancion.

— ¡Cantar!.... en estas circunstancias! exclamaron.

— No hay mas; cantar ó morir, repuso Leopoldo. El señor me forzó á tocar sin ganas; yo le obligo á mi vez á cantar sin ellas. Solo así quedamos pagados, es el finiquito de nuestras cuentas. Ya veis que no abuso de mi ventaja, cuando solo pido la aplicacion del talion.

El capitan se negó. Leopoldo insistió.

Era de ver la inmovilidad de aquellos dos hombres, impávidos ambos, el uno cerca de recibir la muerte, el otro próximo á darla, por una cancion, por unos sonidos de flauta, por una de esas fruslerías, dignas bases de los insensatos lances de honor! Era de ver, repetimos, esta inmovilidad, que contrastaba con la activa intervencion de los testigos que iban, venian y se afanaban sin resultado!

Mas al fin, viendo que Leopoldo estaba resuelto á no ceder, conociendo que el tiro de su pistola á la distancia en que se hallaban, no podia marrar, empezó á vacilar el capitan, porque el valor que no se apoya en una buena causa, y que no es sostenido por la conciencia, es bravata, y decae cuando no logra su objeto. Se penetró, por último, del argumento que uno de sus testigos le hizo, y fué, que si su Enrique IV. habia dicho que bien valia Paris una misa, y la oyó, aunque era entónces protestante, podia él decir, sin rebajarse, que bien valia su vida una cancion. El capitan, pues, apretó los dientes, y cantó con una voz poco armoniosa

este estribillo (*refrain*) de una cancion de su romancero en boga, Béranger:

«Reviens ma voix faible, mais douce et pure:
Il est encore des beaux jours à chanter.»

Leopoldo y sus testigos, mudos é impasibles, saludaron y se retiraron. El lance costó al capitan dos sangrías y quinientas sanguijuelas (sistema Broussais).

Por mas que se esmeraron los actores de este acontecimiento en callarlo, empezó á cundir, esparcido por conductos invisibles, impalpables y desconocidos, como suele acontecer con todas las cosas que se quieren tener secretas; como si la justicia divina anticipase premios y castigos, desvaneciendo con su soplo el velo con que piensan los hombres cubrir sus maldades; pues ciertamente en esta inconcebible publicidad hay algo de providencial.

Pocos dias despues, estando Leopoldo en casa de la condesa de la Enramada, y hallándose la sala llena de gentes, un caballero, ignorante del todo de las personas que habian figurado en el lance, lo refirió desde su principio hasta su fin con todos sus pormenores.

La condesa, que ignoraba el desenlace, palideció y miró á Leopoldo, que estaba tan sereno é impasible como si se estuviese refiriendo un hecho del tiempo de los moros.

— ¿Y no se ha podido averiguar quiénes han sido los actores del lance? preguntó al narrador uno de los concurrentes.

— Nada absolutamente, contestó este. Y es una suerte; porque las autoridades están furiosas, y dicen, que es necesario un escarmiento y una enérgica represion para evitar, en las delicadas circunstancias actuales, que estos lances se repitan.

— Pues yo sé quiénes son, dijo Margarita.

— ¡Niña! gritó en la mayor angustia su madre, cogiéndola por un brazo.

— Sí que lo sé, gritó contrariada la niña. El que tocó

la flauta fué Ardaz, y el frances que le queria oir era el que estaba de guardia en la Puerta de Tierra [1]).

A la madrugada siguiente, Ardaz de nuevo fugitivo por causa de la niña Margarita, se embarcaba en un vapor inglés, maldiciendo á todas las niñas mal criadas, mimadas, entremetidas y parlanchinas.

---

1) El lance referido nos ha sido comunicado por personas fidedignas que en aquella época se hallaban en Cádiz.

CAPITULO VIII.

San Cayetano.

El tránsito de la iglesia á una secta, se hace generalmente por el camino de los vicios; y el de una secta á la iglesia, *siempre* por el de las virtudes.

Fiz Williams.

Una pobre mujer es la que me ha enseñado ó ilustrado sobre las vias de la providencia. Ella habia puesto en Dios la misma confianza y esperanza que yo habia puesto en los hombres; y nunca he visto un ánimo mas sereno en una situacion mas desgraciada.

Bernardino de Saint-Pierre.

Para volver á hallar á las personas que han actuado en nuestra relacion, en circunstancias que tengan analogía con las anteriores, tenemos que salvar diez y ocho años, los cuales vistos de frente parecen un siglo, y vistos de espaldas, parecen un átomo. Totalmente se transforma el tiempo, ese rey coronado de las canas que platea, ese padre de la experiencia y de la ciencia, ese campeon despacioso de la verdad, ese viejo ligero con dos alas, que le sirven, segun dice Julio Sandeau, la una para borrar nuestras alegrías, la otra para enjugar nuestras lágrimas.

Mas, este viejo que tantas sepulturas abre, habia en el transcurrido espacio, abierto la de uno de los que hemos visto en los anteriores capítulos, ¡y era este Don José! Habia acaecido su muerte de la manera siguiente.

Una noche, despues de haber rezado, se acostó Don José

en perfecta salud, al lado de su buena compañera: á la mañana siguiente llamó esta á su cuñada Doña Liberata, acudió, y.... Hermana, le dijo, mira que me parece que Pepe se ha muerto.

— ¡Qué! no; no puede ser!.... repuso esta acercándose á su hermano ya cadáver. — Pepe, Pepe! llamó; pero viendo que no respondia, se puso á tentarle la frente y el pulso, hecho lo cual, volviéndose á su cuñada, le dijo:

— Mujer, creo que tienes razon; muerto está!

— Nos cogió la delantera, dijo su mujer.

— Ayer me dijo: allí te espero, añadió Doña Liberata. Pero se ha ido sin los santos sacramentos, Escolástica.

— Ayer confesó y comulgó, repuso su mujer; ¿si le daria el corazon que se iba á morir?

— Se lo diria al oido el ángel de su guarda, dijo Doña Liberata. Vamos, hermana, á encomendar su alma á Dios, que es lo que nos queda.

Y ambas cayeron de rodillas, y se pusieron á rezar con voz tranquila y espíritu recogido y fervoroso, pero sereno.

¡Oh almas de Dios! ¡sencillas, mansas, tranquilas y conformes! ¡Almas mil veces bienaventuradas! ¡Qué lecciones dais á las almas mundanales, inquietas, apuradas, extremosas, que refinan y alambican el dolor, gastando su buena savia en hojarasca!

Con la muerte de Don José cesaron el vitalicio y los demas mezquinos recursos de la familia, y por último la pobre Doña Liberata perdió tanto la vista, que solo podia dedicarse á hacer calceta, triste y postrer recurso de las pobres mujeres hacendosas. Los telares de medias deberian prohibirse en caridad de Dios. La miseria, pues, habia invadido aquel interior, ántes tan feliz; pero no embozada, sino en esqueleto, sin un giron que la cubriese, con las manos vacías y la boca hambrienta, acompañada de la vejez, á la que tanto abruma, pero que tanto resiste! Bien podia esta doble tremenda vision, la vejez inerte y desvalida y la miseria sin lenitivo ni esperanza, asombrar á cuantos se le presentasen; pero no así á aquellas hermanas, *á aquellas almas de Dios* que no las veian, interpuesta como estaba entre ellas y los ojos de estas

la imágen de San Cayetano, abogado de la providencia, con sus planes de ley, símbolo y atributo de almas puras.

Sin embargo, habia dos dias que no comian, dos dias que Doña Liberata estaba enferma y postrada en su lecho. — ¿Olvidábalas el Santo?

— Liberata, dijo Doña Escolástica, dos dias hay que no has probado alimento. Voy al cuarto del padre capellan á pedirle una taza de caldo.

— No, no, repuso esta; acaba de pagar por nosotras la casa; nos dió un socorro la semana pasada; su mercé no está muy sobrado; no se debe abusar.

— Pero mujer.... ¿te dejo morir?

— No cuides tú de eso; el que esto no suceda está al cargo del santo bendito, dijo la buena anciana alzando sus amortiguados ojos hácia el cuadro de San Cayetano.

— ¡Ay hermana! repuso Doña Escolástica, ya me voy temiendo que nos ha olvidado!

— ¡Qué disparate, Escolástica! Lo que hace es probar nuestra fe.

— Dos dias hay que no comemos, y mañana....

— Dios proveerá, Escolástica.

— Así hermana, dejémonos de cuidados y angustias, y vamos á rezar.

— Vamos, respondió su hermana; y dirigiéndose á su cuadro tan querido del santo abogado de la providencia — Ampáranos, oró mentalmente: no te lo pido por mí, sino por aquella pobrecita que está en la cama, que no ha tomado en tanto tiempo, ni una cucharada de caldo!

— ¡Santo mio! invocaba á su vez con el corazon la pobre enferma, intercede por nosotras con Dios para que nos socorra; no lo pido por mí, sino por la pobre Escolástica, que tanto siente no poder asistirme!

Apénas habian rezado diez minutos, cuando Doña Escolástica calló. En aquella silenciosa plaza de armas sonaban voces y tropel.

— ¿Qué podrá ser esto? dijo Doña Escolástica, saliendo de la alcoba en que dormian ahora ambas hermanas; y asomándose á la puerta, notó en la plaza de armas cantidad de

gentes, aumentándose su sorpresa al ver destacarse de aquel grupo á un caballero, cuyo traje de general estaba cubierto de bandas y cruces, que llevando del brazo á una hermosa jóven se dirigia hácia ella.

Estos señores, pensó Doña Escolástica, vienen á ver el castillo.

— Señor, dijo al general, que en este momento llegaba á la sala; esta casa está toda á la disposicion de V. E. Pero, señor, en este alcoba hay una persona enferma.

— ¿Quién es la persona enferma? preguntó el general.

Esta pregunta, que hubiera causado sorpresa á cualquiera otra, no se la causó á Doña Escolástica, que contestó sencillamente:

— Mi cuñada Liberata.

— Doctor, dijo el general, llamando á uno de los señores que habian quedado en la plaza de armas; hacedme el favor de examinar á la enferma que se halla en esta alcoba.

El facultativo entró en la pieza designada, y el general preguntó á Doña Escolástica:

— ¿Y Don José?

— Mi José, señor, contestó esta, está donde quisiera estar yo, y señaló al cielo. En seguida añadió:

— ¿Pero ha conocido V. E., que es un caballero tan principal, á mi Pepe, que era un pobre maestro de escuela?

— ¿Y habiendo faltado él, con qué cuentan ustedes para subsistir? preguntó el general, sin contestar á la pregunta.

Doña Escolástica señaló al cuadro que sobre la mesa colgaba en la pared, y contestó:

— Con aquel, que es abogado de la providencia, y hasta hoy no nos ha desamparado.

En este instante salia el facultativo de la alcoba.

— ¿Qué tiene la inferma? preguntó el general.

— Inanicion, señor; hay dos dias que no toma alimento.

El general procuró ocultar que se hallaba dolorosamente conmovido; dijo algunas palabras al oido del médico, y en seguida se entró en la alcoba, seguido de la hermosa jóven y de la atónita doña Escolástica.

— ¡Doña Liberata! exclamó con alegría: ¿con que San

Cayetano ha dado á Vds. un chasco? ¿No decia yo, cuando se lo ponia á Vds. de espaldas, que el santo no queria á las gentes cansadas?

— ¡Jesus María! exclamaron alborozadas ambas buenas mujeres. ¿V. E. es aquel loqui .... perdone Vuecencia, aquel jovencito, que se nos entró como un pajarito por la ventana?

— El mismo! .... que ahora se entra por vuestras puertas como un hombre formal, á pediros perdon por lo mucho que sin consideracion os mortifiqué, y á daros gracias por las inmerecidas bondades y favores que os debí; pues ya no soy aquel loquillo, sino un hombre que ha aprendido á *pensar y á sentir*. ¿No es verdad, Margarita?

— ¡Margarita! exclamaron asombradas las dos hermanas.

— ¿Qué, os asombra mi nombre? preguntó con bondadosa sonrisa la hermosa jóven.

— No es el nombre, señora, contestó Doña Escolástica; es porque es el mismo de una pícara niña que delató al señor; y si no se lo avisan á tiempo, Dios sabe lo que hubiese sucedido! pues apénas huyó cuando se llenó la plaza de armas de tropa, y á mi Pepe, porque no quiso decir el nombre del amigo de V. E., se lo quisieron llevar preso. Pero como V. E., á pesar de sus locu .... de sus cosas, tenia tan buenas entrañas, dejó á mi Pepe aquella carta, — V. E. se acordará, — que escribió con objeto de que le sirviese de salvaguardia; y así fué, que apénas la leyó el oficial que venia haciendo de gobierno, cuando se echó á reir, y le dejó en paz.

— ¡Que escribí una carta con ese objeto! exclamó admirado el general. No lo recuerdo.

— ¿Tampoco recuerda V. E. que se le olvidó el dinero? preguntó Doña Escolástica. Diez onzas — diez onzas nada ménos! se dejó V. E. al lado de la carta.

— La carta decia, observó el general, que eran destinadas á comprarles una memoria del huésped que tanto les dió que hacer.

— No, señor, nada de eso decia la carta; así fué que mi Pepe las metió en un papel, que selló, diciendo á quién pertenecian, y escribió encima la palabra *depósito*, por si moría-

mos ántes que V. E. las reclamase ó hubiésemos podido averiguar su paradero. Pero ni una ni otra cosa sucedió, y ahí están, señor.

El general se volvió á la señora que le acompañaba y dijo:

— ¡Y iban á perecer de hambre! ¡Esto admira!

— Esto enternece, Leopoldo! contestó la jóven, secando con su rico pañuelo dos lágrimas que surcaban sus mejillas.

— Pero recuerdo muy bien, dijo el general, que en mi carta expresaba el destino de esa suma.

— No, señor; y si os quereis convencer, aquí está la carta, dijo Doña Escolástica, sacando de la vetusta papelera una carta envuelta en una plana de palotes, que puso en manos del general, añadiendo: — Siempre la guardó mi Pepe como reliquia.

El general miró el sobre para cerciorarse de que era dirigida á Don José, y se puso á leerla con curiosidad, á la par de la jóven señora que se habia apoyado en su hombro.

Los lectores recordarán el contenido de la carta que han leido ha poco. Pero no así el general Leopoldo Ardaz, que habia diez y ocho años que la habia escrito. Pero tanto él como la jóven Señora tenian demasiada bondad de corazon, y eran demasiado finos, delicados y cultos para que aquella carta ingrata y denigrativa les moviese á risa.

— ¡Qué cabeza era entónces la mia! murmuró el general al oido de la señora: esta carta era dirigida á Ramon Ortiz, y equivoqué el sobre.... ¡y se han hecho la ilusion de que la escribí con la intencion de evitarles compromisos!.... ¡Oh corazon sano y sin malicia, que todo lo alzas á tu pura esfera, como rebaja todo á la mustia suya el corazon gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia!

Por fortuna, al volver la hoja hallaron el párrafo que hablaba de Margarita, lo que volvió á traer la escena al florido terreno del buen humor.

El insoportable apéndice de su madre, — leyó la jóven riendo de corazon, — *¡qué crianza dan á esa niña!.... asombra!* prosiguió leyendo, *¡quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como hizo la hermosa Cleopatra con otra!*

— Pues ha sido al reves, dijo sin cesar de reir: la perla ha sido la que ha absorbido al vinagre.

— Y sin impregnarse de él, contestó el general; cumpliendo cual no otra con la mision de la mujer cristiana y culta, que no consiste en seguir los errores de su marido, ni ménos en identificarse con sus maldades, si las tuviese; sino en constituirse en ángel visible de su guarda, que le retraiga del mal y del error, y le guie al bien y á la verdad. La mujer que yerra con su marido, tiene dos cargos ante la suprema ley, que quiso que fuese para el hombre no el aguijon que irrita, sino el freno que contiene.

Estoy descubierto, prosiguió leyendo la jóven, *la niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repeticion, me ha vendido.*

— Lo ven Vuecencias? dijo doña Escolástica: esa pícara niña fué!....

— Esa pícara niña, exclamó volviendo á reir la jóven, hizo otras muchas fechorías de que fué víctima vuestro huésped.

— ¿Puede darse?.... repuso Doña Escolástica, ¡pobrecito!.... ¡Válgame Dios, y qué malas entrañas tenia la dichosa niña! ¿Y qué mas hizo?

— Poco despues en Cádiz le originó un desafío con un frances.

— ¡Santo Dios de Israel!.... exclamaron las buenas ancianas.

— A los pocos dias lo divulgó, por lo cual el huésped de Vds. tuvo que huir y que expatriarse.

— ¡Pues no es nada! ¡Ay qué niña!....

— Pues no es esta la peor partida que le jugó; porque años despues, habiendo ido su merced á la Habana, le puso como á un manso cordero el santo yugo; pues yo, su mujer y servidora vuestra, soy la pícara niña Margarita.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y cómo ha sido eso? preguntaron asombradas las hermanas.

— El loco huésped de Vds., contestó la interrogada, despues de doce años bien empleados en su carrera, en los que sobre los campos de batalla ganó sus grados, no sin que le

dejase la muerte — de la que siempre escapó, — esta cicatriz en la sien y un hombro atravesado por memoria, vino destinado á la Habana, donde se encontró con su antigua contraria la pícara niña Margarita, que — por lo visto — entónces tenia juicio y era apreciable, puesto que su adversario trocó en un todo sus sentimientos hácia ella.

La sorpresa de las buenas ancianas, que iba siempre en aumento, llegó á su colmo cuando vieron entrar unos mozos de fonda, que traian en bateas una suculenta comida.

Margarita corrió hácia ellos, destapó una sopera, llenó un plato de sopa, y se apresuró á llevarlo á la desfallecida; mas esta no le tocaba, y permanecia profundamente abstraida.

— Tomad, tomad, le dijo Margarita; esta es la medicina que ha prescrito el facultativo.

— ¿En qué os deteneis, Doña Liberata, que no gustais el alimento que debeis apetecer y que tanto necesitais?

— Señor, repuso la anciana: ¿dudaréis aun de la influencia de la intercesion de mi santo sobre la providencia, que en el dia de hoy desde la Habana os ha guiado aquí?

— No por cierto, no por cierto, Doña Liberata, contestó el general. Soy español, soy cristiano, soy católico: creo por lo tanto en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fe, esa fe que nos une á Dios, á su redil, á nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos mas robusta, mas ciega, mas cándida y confiada que lo es la mia, léjos de condenarla ó burlarme de ella, la venero y la admiro. Y para no envidiarla, me esfuerzo por adquirirla, no por la conviccion del entendimiento, — que la fe no desciende á los torpes y estrechos alcances del hombre, — sino por medio de la voluntad, poderosa hija del alma.

Al oir estas palabras, las dos excelentes mujeres cruzaron sus manos, y dos lágrimas corrieron lentas y brillantes por sus mejillas.

— ¡Quien á Dios busca, á Dios halla! dijo Doña Liberata.

— ¡Que no le hubiese oido mi José! dijo Doña Escolástica.

— ¿Con que .... nada os ha quedado? preguntó el general.

— Nada! contestó Doña Escolástica, pues el vitalicio murió con mi José.

— Y yo veo ya tan poco que apénas puedo coser, añadió Doña Liberata, que á medida que caia aquel sano alimento en su desfallecido estómago, se iba vivificando.

— Pues el vitalicio que murió con Don José, resucita con Leopoldo, dijo el general.

— Tú cuidarás del vitalicio de Doña Liberata, á quien tan terrible susto diste entrándote por la ventana; pero la pícara niña Margarita cuidará del de Doña Escolástica.

— Señora, exclamó Doña Escolástica, ¡si con una peseta nos sobra! ¡Y nunca nos falte!

— No, nunca os faltará á cada una, repuso el general, que añadió sonriendo: — San Cayetano se me ha aparecido, y me ha encargado que cuide de que así suceda.

EPILOGO.

— ¡Oh, Leopoldo! exclamó con dolor Margarita, cuando hubieron salido: — ¡Y habrá hombres de ideas rectas y de corazon sano, que se atrevan á decir á los creyentes y á imbuir en el pueblo: «Vuesta fe es necia, vuestra confianza es vana: no hay esfera espiritual; el mundo es una bola material y estúpida, que no tiene criador; sin mas luces que la de los hombres; sin mas motor ni mas poder que el de la casualidad!....»

— Si son jóvenes, acuérdate de mí y no desesperes de ellos, contestó su marido; que ellos volverán, si son buenos, á la grey, en cuya serena atmósfera se eleva el alma, se ensancha el corazon y descansa la mente. Si son viejos, esto es, si tienen ya el corazon seco, sin brotes de amor al criador y á la criatura, si tienen la mente estacionada y encallada en sus errores, si su voluntad inerte y estéril no puede crearles la fe que salva; si sus ojos están ya sin lágrimas, sus pechos sin suspiros, su vida sin esperanzas ulteriores á estas transitorias.... ¡compadécelos!.... ¡Dios se ha alejado de ellos porque ellos se han alejado de Dios!

CON MAL Ó CON BIEN

A LOS TUYOS TE TEN.

Y solo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte.

JUAN RUFO A SU HIJO.

Nosotros, insensatos, hemos hecho del matrimonio un miserable espantajo, que tratamos incesantemente de ridiculizar; como si no fuera al contrario! . . . . .

JULIO SÁNDEAU.

I.

Quien por los años de 183*** hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado á aquella ciudad compacta, que parece haber salido de una cantera en una sola pieza, fuerte, bella y armada, como Minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el trozo que corona la puerta del mar, hubiera podido notar dos mendigos, que, arrimados al pretil, imploraban la caridad pública, mas con su triste aspecto, que no con descompasadas voces. Era el uno soldado, segun lo demostraban los restos de una casaca militar que llevaba; faltábanle ambas piernas, y sentado sobre un pedazo de corcho sujeto á su suerpo con correas, se movia, merced á sus manos que apoyaba en el suelo. A su lado una mujer jóven, pero avejentada, y conservando á pesar de su decaimiento un noble tipo de belleza, se cubria parte de su rostro con un pañolon desteñido por la intemperie, que llevaba sobre la cabeza, meciendo en sus brazos á un niño pálido y enfermizo como su madre; miéntras el lisiado enseñaba á una niña de seis años aquellas palabras mas apropiadas para mover el corazon del hombre, y aquellas bendiciones mas adecuadas para incitarle á merecerlas; esto es, la hermosa deprecacion: «Señores! ¡por la sangre de Nuestro Redentor y por los pechos que le criaron, muévase su corazon á piedad hácia estos infelices, sin mas amparo que el del cielo y el de las buenas almas! ¡Así Dios les libre de un malvado, de un testigo falso y de una mala lengua!» Y la pobre añadia suspirando: «y les dé salud para criar á sus hijos!»

Algunos ricos pasaban respondiendo así á este clamor de la miseria:

— ¡Qué plaga! ¡Qué repugnante aspecto en un paseo público! ¿Porqué no habrá aquí, como en otras capitales del extranjero, asilos forzosos para la mendicidad? ¡Qué atrasados estamos! ¡Miren ustedes eso; un ente así, y con hijos! Deberia eso permitirse? Aquí todo anda como Dios quiere!

Pero otras buenas almas — generalmente mujeres, clérigos ó niños, — se paraban, y daban limosna.

— Ahí tiene Vd., decian los primeros; la limosna mal entendida, el *ochaveo*, el maldito ochaveo, que es el que mantiene á esos vagos, á esa lepra! ¿Y sabe Vd. porqué dan esos beatos? Para que los vean dar; por pura hipocresía.

Y lo que vesotros haceis en no dar, detestables cancerberos de vuestro dinero, ¿cómo se llama?

— ¿De qué sirven los pobres? decia un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro de que los chistes de un millonario siempre hacen gracia. ¿De qué sirven, sino de estorbo? A los pobres, matarlos.

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carcajadas á sus compañeros de paseo, que poco faltó para que se apagasen los tremendos cigarros habanos que llevaban en la boca, como los elefantes sus trompas.

La muralla que ostentaba tales hombres, que harian bueno al socialismo — si por fortuna no fueran raros y contados, — ostenta tambien otros seres encantadores, que á su albedrío rien, saltan, corren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos, parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Boucher.

Estos seres son los niños, que primorosamente vestidos á la inglesa, envían sus madres, en compañía de sus amas, á espacirse á la muralla; miéntras estas, sentadas en el ancho parapeto ó en los escalones que separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto su formidable ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras, sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí, como es de pensar, gran papel los rosqueteros,

los que, con sus canastos en las manos, pasan como una tentacion viva por entre aquellas hordas liliputienses.

Tenemos, por reata del pecado de golosina de nuestra infancia, *una debilidad* por los rosqueteros, que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que, por una rara anomalía, suelen tener cara de vinagre. Aun hoy dia nos parece que adornan mucho mas graciosamente la muralla, que no los soberbios cañones; y creemos infinitamente preferibles los anises de los primeros á los de los segundos. Ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz: sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

— ¡*Quero uno otro rosquete*! dijo á su ama una rubita de tres años, cuyos rizos volaban al viento por sus hombros, debajo de una capotita de raso color de rosa.

— Y yo un merengue, añadió su hermana, decana de la tropa, que ostentaba con dignidad siete años.

— ¿No seria mejor, respondió el ama envejecida en la casa, pues lo habia sido igualmente de la madre de las niñas: — no seria mejor, pues ya os compré esas chucherías, que dieseis ese dinero á aquella pobrecita niña, que quizas hoy no habrá comido pan?

El ama tenia dos fines, el caritativo y el higiénico.

— ¿Que no habrá comido pan? dijo asombrada la niña mayor. Y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hácia la pordiosera, y le dió la moneda.

— ¿Y tú, Lolita, no le quieres dar limosnita á la pobre?

— *Quero uno otro rosquete*, respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

— ¡Quiere Vd. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejen de comer dulces! Si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros? ¡Caramba con Vd., que desnuda á un santo para vestir á otro!

— ¡Cicatera, golosa, mal corazon! decia entretanto la

mayor á su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo, y *pudding*, y postres. Anda, dále tu rosquete, corramos; — y agarrandola por la mano, la llevó de remolque á paso redoblado hácia la pordiosera, le cogió la mano que llevaba el rosquete, y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevia á tomar la dulce é incitadora ofrenda.

— Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

— ¿Me lo das? preguntó la pobrecita con ese encantador tuteo de los niños, compañero de su inocencia.

— ¡Sí, sí, cógelo, anda!

La pobrecita lo tomó tímidamente, diciendo:

— ¡Dios te lo pague!

Toda esta escena habia sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendia bien lo que pasaba, y á la que la veloz carrera á remolque habia aturrullado. Pero apénas vió pasar su querido rosquete á manos extrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso á berrear como un becerro.

— ¡Qué fea estás! ¡Qué feísima estás! le dijo su hermana echando á correr, y dejándola plantada enmedio de la muralla.

Entónces subieron los berridos al fortísimo, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas, que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió, y tambien la pobrecita, que quiso devolverle el rosquete. Afortunadamente el rosquetero, que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorro alrededor de las flores, acudió, atraido por una seña del ama. La de la capota rosa, metiendo su blanca manita en el canasto, con el mismo íntimo placer con que un avariento mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó, con triunfo y denuedo, las blancas perlitas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo, que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre ella que tenemos tan instintivo é innato, que han sido preci-

sas toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el desprendimiento. Pero la niña, que era aun demasiado chica para comprender la dádiva, ni hacerce cargo de la necesidad ajena, corrió hácia aquella que graduaba de usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada, con todas las fuerzas de que podia disponer, una palmada en el brazo.

— ¡Ah, pícara! exclamó su ama, que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro: ¿qué se entiende, pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada? ¡Pídele perdon ahora mismo, ó si no, se lo digo á tu madre!

— ¡Niña mala, niña mala! dijo su hermana: pide perdon al instante á la pobrecita.

— No *quero*, recalcó á voz en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

— ¡Bueno, bueno! ¡Pegona, soberbia y arrogante! dijo su hermana.

Cierto que, si la de la capota rosa hubiese leido á *Bernardo del Carpio*, habria contestado lo que el moro contestó á aquel:

¡La arrogancia toda es mia!

Pero á falta de voces, expresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

— ¡Vaya! Pedir perdon á una mendiga, dijo remilgadamente una niña de medio pelo, que lucia una peineta, un velo, el cual estiraba furiosamente, y un abanico, que parecia en sus manos un soplador de cocina.

— A todo el que se ofende, se pide perdon, contestó el ama; á eso las tiene acostumbradas su madre. Si te cuesta pedir perdon á un pobre, pizpireta, no le ofendas. Mis niñas saben que, sin perdon, está la ofensa siempre viva, y como una mancha en la conciencia, y que sin tener la conciencia limpia nadie puede vivir contento, sino que está dejado de la mano de Dios. Pero tú díle á tu madre, que en lugar de abanico, te compre un librito de doctrina. Así perderás los humos; que á todas les están mal, mi alma; pero á los pobres, peor que á los ricos: ¿estás?

La niña á quien iba dirigida esta filípica, dió un nuevo estiron á su velo, y puso en movimiento acelerado, á un tiempo sus piés y su abanico.

— Pide perdon á la pobre, Lolita, corazon; prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena mujer; si lo haces, te llevo á la Alameda, donde verás á tu Mamaita.

— ¿Hay *múica*? preguntó la niña.

— Sí, hay música; la de la tropa.

Lolita volvió su carita que engarzaba la capota rosa, hácia la niña mendiga, y le dijo:

— *Pedon, poecita.* Y en seguida, como tanto en la senda del bien como en la senda del mal, el primer paso es el que cuesta, segun dicen muy bien los franceses, dado este, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña, con el ademan y expresion de rostro de Escipion al devolver á Alucio su hermosa novia hecha esclava en Cartagena. Verdad es que faltaba al roquete la mitad, y que el ansia de Lolita habia sido mayor que su apetito.

A la noche la niña mayor, refirió á su madre cuanto habia pasado.

Esta señora, verdaderamente ilustrada, y que tenia los buenos sentimientos que la verdadera ilustracion ennoblece y refina, tuvo un pesar real por la accion de su niña, y al dia siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre, ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la escuela, y por eso hemos referido el anterior incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre víctima incalculables resultados. Pero no anticipemos sobre lo venidero: preciso es saber ántes de todo, quiénes eran aquellos mendigos que presentámos al comenzar este relato; y esto es lo que vamos á referir, si nos quereis prestar atencion.

II.

El dia de San Juan del año de 1821, se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento, debido á que era dia de toros en el Puerto.

Presentaba seguramente dicho muelle una bella y animada perspectiva á los ojos: en cambio eran destrozados los oidos por una descomunal y destemplada gritería, con la que el barquero de la bahía de Cádiz abusa espantosamente de sus pulmones y de los tímpanos de los que le oyen. Ciertamente se deberia poner coto, por órden de buen gobierno, á esta licencia de garganta, que, unida á la de expresiones, incomoda, aturde, escandaliza é indigna al público indígena, y asusta al exótico.

— Señorito, dijo uno de los patrones de falucho, que se agitaba, gritaba y se movia sin cesar, y cuya voz ya estaba ronca, á un jóven, agarrándole por un brazo: Venga su mercé acá, mi amo; que en este mismo instantito doy la vela, y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va surcando el charco....

Y sin saber ni cómo ni por dónde, nuestro jóven se halló sentado en el falucho, ó, por mejor decir, preso en un ponton, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela este, ni pudo volver á tierra aquel.

— Patron, ¿hay buen viento? preguntó acercándose medrosa é indecisa una vieja.

— En popa, como un puntapié. Ande Vd., que nos vamos. Iza, Miguel. ¡Eh, vosotros! A izar, á izar; que nos vamos!

Por de contado los marineros no se movieron; pero el patron habia cogido á la vieja por los hombros, y la habia empujado en el falucho, como un fardo.

Apénas bogaba el barco, cuando, conociendo la vieja que el poco viento que hacia, era contrario, exclamó desesperada:

— Patron, ¿no me dijo Vd. que el viento era en popa?

— Ya ha mudado.

— ¡Si me lo acaba Vd. de decir!

— Como que no tiene ajuar, pronto se muda, contestó el patron.

Servando Ramos — tal era el nombre del jóven de quien hicimos mencion, — hijo de un rico comerciante de Cádiz, habia sido educado en Inglaterra; y á su reciente regreso á su patria, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia. Llevaba en su expedicion el elegante traje de majo serio, que los jóvenes gaditanos habian adoptado para ir á los toros. Consistia en pantalon, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñia su cintura; un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello, pasando los picos por una sortija, en la que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatas de rico ante, para semejar á las de vaca de los *majos cruos*; sobre su cabeza, que adornaba una ensortijada caballera, llevaba un sombrero calañes algo inclinado á la derecha; en una mano una chibata visualmente pintarrajada, y en la otra (esto es, *del conjuro*) un abanico de caña ó *calaña*, en que estaban reproducidos con los mas primitivos rasgos del dibujo, el tio Nones, el tio Perniles y el tio Conejo, gitanos que vendian ó habian vendido por las calles trébedes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo tipo original se explota en el teatro hoy dia con los tios Caniyitas y otros personajes de zarzuelas y sainetes, que, si bien no serán tipos romanescos ni estéticos, son indisputablemente cómicos y genuinos.

Aunque, por su larga ausencia de la *tierra de María Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesarias para llevar bien el traje que vestia (que solo se adquieren en el país y con la costumbre de llevarlo), no obstante sentaba este traje muy bien á su linda persona; tanto, que habria podido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con adecuados tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraidos en el extranjero, Servando, léjos de mezclarse en la conversacion general que sostenian los demas pasajeros, se recostó sobre el codo, y se puso á mirar hácia el mar.

Esta tiesura é incomunicacion, que nace generalmente en los ingleses de su cortedad de genio y de los hábitos de su país, son en ellos cosas naturales, y no ofenden. Mas aquellos que en nuestro país imitan esto, sin que á ello les autorice la costumbre, ni los disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran desden. Ahora bien, de todos los insultos, ninguno hiere cual el desden; pues que los demas insultos recaen sobre algo, y nacen de una causa; pero el desden germina y se eleva sin que se siembre, como la mala yerba.

Servando miraba la hermosa vista que á sus ojos se ofrecia, por no mirar á otra parte, y no porque le llamase la atencion. Hay seres que, á no moverlos una pasion, nada miran con interes ni detenimiento, á no ser su espejo cuando están ellos delante. Son los tales instrumentos sin melodías, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostenta en su composicion el mar, que es la vista mas admirable y conmovedora despues de la del cielo. Aquel dia uno y otro rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movia suavemente, brillaba como un flúido de cristal.

Veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera, que con las manos llenas de frutas y de legumbres, es la primera en dar la bienvenida á los barcos, que cansados y exhaustos de la travesía del líquido desierto, llegan á los puertos recogiendo sus alas, como los pájaros á sus nidos. Miéntras mas avanzaba el falucho hendiendo las aguas, que en aquel dia, mas saladas que amargas, levantaban suaves murmullos y melodiosos gorjeos á su paso, mas se iba destacando la imponente mole abandonada del castillo de Santa Catalina, detras del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas y á sus melonares. El fuerte coloso se alza aun, haciendo frente al embate de las olas, aunque sin su vida de fuego y su corazon de bronce; como un valiente y fuerte centinela que, aun desarmado y herido, no abandona el puesto. Entró el ligero surcador de la bahía en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se tiende y estira el puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se pre-

senta, son sus magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino; y algo retirado de la orilla, ese circo magno, esa plaza de toros, teatro de la extraña y bárbara diversion, por desgracia, anexa al nombre español. Añeja diversion, que el tiempo poderoso no embota, que la civilizacion no modifica siquiera; en la que solo es necia y toscamente grande el hombre que por lucro expone su vida, é impiadosa é inhumanamente pequeños los que, sin riesgo y seguros, le aplauden y le animan, sin poder socorrerle si sucumbe. Esto hace que tan repulsante regocijo no halle mas disculpa ante el juicio de la razon, ni ante el sentido del corazon, sino la embriaguez que produce, trastornando al hombre que ambas cosas posee, entendimiento y corazon; como lo hace la embriaguez del vino. Quítese, pues, la causa para evitar el efecto. Y así probará al mundo la España moderna que no cifra todo su pensamiento *civilizador* en suprimir los monjes y dejar arruinar los conventos.

Servando, con su propension inglesa al aislamiento, habia venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus accesorios de aquella afamada romería, como lo hacian los demas jóvenes que reunidos hacian el viaje, comian y paseaban. Así fué, que andaba las calles del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes dias, como pájaro bobo, segun la expresion del país.

Llegada la hora de los toros, siguió al tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hácia la plaza; entró y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fué muy pequeño á Inglaterra, nunca habia visto los toros; tenia inculcadas las ideas que infunde la educacion en los países extranjeros sobre la indisculpable inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, puesto que no hay sana razon que pueda admitir que los crease el Dios de bondad solo para sufrir y ser víctimas del hombre. Sabia que en la ilustrada Inglaterra, en aquellas cámaras formadas de los hombres mas notables del reino, que van á ellas por interes al país y no por el propio; sabia, decimos, que aquella asamblea de hombres superiores

no se habia desdeñado de discutir esta materia, formando benéficas leyes que ponen coto al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que padecen el dolor físico y sienten la angustia moral sin un amparo, sin un consuelo, sin una compensacion! ¿Qué es, Dios mio, toda la cultura del entendimiento sin la del corazon? Un brillante sol sin calor, una linda flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas y sin sonrisas!

Así fué que, aunque no era Servando, por cierto, una persona de sentimientos delicados ni tiernos, ni tenia uno de esos corazones fervientes de caridad y henchidos de compasion, que pasan por este mundo cruel como las ovejas por entre los abrojos, dejando, cual ellas, copos de su suave vellon, lágrimas de lástima en cada espina; aunque no tenia sino las mas sencillas y cotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir á la acosada fiera, y arrojarse sobre el primer indefenso caballo que, dócil al hombre, aguardaba á pié firme la espantosa embestida; al ver al toro destrozar sus entrañas; al ver al jinete en peligro de muerte, y que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carnicería. Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal, aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto; palideció, y se levantó.

— ¿Estais malo? preguntó uno de sus vecinos.

Servando contestó afirmativamente, y se salió.

Alejóse de la plaza, entrando en el pueblo por aquellas calles, poco ha tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la Iglesia Mayor.

Pesaba esta grave y tranquila sobre sus gradas de piedra como sobre un pedestal. Su vista causó al disipado jóven un inexplicable sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo tan ansioso por sensaciones suaves y mas dispuesto á

gozarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento. El templo estaba en aquella hora desierto; algunas lámparas ardian tranquilas ante las aras, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz, semejante á la de la luna, sobre los altares á que daban culto. En aquel silencio dulcemente solemne ni aun sus propios pasos oia Servando: ¡tal era el instintivo respeto con que pasaba, cual una pequeña sombra, bajo aquellas augustas y elevadas bóvedas! Así dió la vuelta al coro, y, siguiendo la fila de capillas, que separan de las naves grandiosas verjas de hierro, llegó á la última, que está al frente y es colateral al presbiterio. Venérase en ella la santa imágen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto, que lleva su nombre. [1])

La reja estaba abierta, y así pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como los labra y solemniza el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo. Ante el altar de la Señora habia una mujer arrodillada, que con los brazos en cruz y el rostro alzado hácia la imágen, oraba como oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia. Servando se paró. A pesar de ser un hombre de los mas adocenados, sentia, por el concurso de extrañas y conmovientes circunstancias, elevarse su espíritu á la contemplacion. — ¡Qué contraste! pensó: esta llora y reza; aquellos se solazan con horrores, y rien! ¿Cuál es, pues, el estado mas perfecto?

---

1) El castillo del Puerto de Santa María, que pertenece á los Duques de Medinaceli, á pesar de estar poco cuidado, se conserva perfectamente. Es antiquísimo, pues fué fundado por Mnesteo, príncipe ateniense. En 1264 expulsó el rey D. Alonso el Sabio á los moros que le ocupaban; y en la torre primitiva, que aun existe, aunque reconstruido y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa imágen, que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasion; por lo que dió el rey á la poblacion el nombre de la Señora.

¿No será el del dolor, que atrae á la criatura á los piés del criador? ¿No son quizas un don de atraccion las lágrimas, si hacen levantar los ojos que bañan, al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito, se deberian presentar al hombre disipado, para hacerle pensar. Pues hay muchos que pasan su vida en una continua actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez y, separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á mas altas esferas: esferas en que todos concordaríamos, y en las que se realizaria el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fe nos esforzáramos para alcanzarlas.

De cuando en cuando, algun nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías, de las que en otros países no se tiene ni aun remota idea; la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto, extraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo!

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces llegando en su ímpetu á aquel augusto santuario, ante el cual hay una valla que respetan el ruido y el movimiento del mundo, aquella mujer arrodillada se estremecia, y un acongojado gemido brotaba de su pecho.

Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos, arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro, que solo miraba á la Vírgen. Era una jóven de correcto perfil griego, con ojos árabes; tipo que se halla con frecuencia entre las mujeres del pueblo andaluz; flores preciosas y delicadas, y que por lo mismo, se ajan al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años.

En sus grandes ojos pardos brillaban lágrimas, que corrian por sus mejillas aprisa, como corren las lágrimas cuando son muchas.

Al verla tan bella, debió redoblarse en el jóven que la observaba, el interes que le habia inspirado. La hermosura es un gran favor de la naturaleza, que expende á sus predilectas; á unas para su bien, á otras para su mal!

Oyóse entónces en el silencio el ruido que producian las ruedas de una calesa, que en lenta vuelta tocaban contra las chinas del empedrado. Apénas llegó este ruido á los oidos de la arrodillada jóven, cuando se levantó con desatiento, y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia, se dirigió á la salida. Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la jóvén, y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial. Hallábase en este momento la calesa enmedio de la plaza; llevaba el calesero el caballo del diestro; en la calesa estaba sentado un picador; su cabeza estaba caida sobre el hombro; sus brazos pendian inertes á sus costados; su chupa de tisú de plata y sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubria su rostro.

El griterío se oia en la plaza, mas vivaz, mas animado, mas atronador que nunca.

Qué! ¡tan poco vale la vida de un hombre! respondió mentalmente Servando á aquellas alegres y exaltadas aclamaciones; miéntras que á su lado resonó el grito mas destrozador que puede lanzar pecho humano con la voz: ¡*padre*!!! y la jóven se precipitó hácia el carruaje, que apénas pudo el calesero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

— ¡Dios nos asista! ¡es su hija! dijo el calesero conmovido por ese profundo respeto y alta consideracion, que siente y demuestra el pueblo al tierno y santo amor á los padres.

— ¿Está muerto? preguntó Servando, que habia seguido á la jóven.

El interrogado hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto, en breve lo estaria.

— ¿Dónde le llevais? tornó á preguntar Servando.

— Al hospital, contestó el calesero.

— No, dijo Servando; llevadle á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija, que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su padre, la sentó al lado de este, que yacia sin sentido, y marchando junto al funesto carruaje, atravesaron las desiertas calles hasta llegar á una

posada. En ella hizo Servando preparar un lecho al herido; mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y, ayudado por los criados, subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo.

A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curacion y de alivio fueron practicados por disposicion y bajo la inspeccion de Servando, en vista de que el herido permanecia en un completo letargo, y su hija fuera de sí de dolor.

Antes de proseguir, referiremos lo acaecido en la plaza al infeliz picador [1]).

El tercer toro estaba inmóvil en medio de la plaza, en su reconcentrada ira. Veia pasar ante él á los chulos desplegando sus capas de visuales colores, como pájaros de diversos plumajes, sin hacer mas que seguir á esos mezquinos y temerosos provocadores con una despreciativa mirada, clavando en seguida su negra y ardiente pupila en los jinetes, fuertes campeones que, con su lanza en ristre, se le presentaban como adversarios mas dignos de sus poderosos brios, y aguardando, como un hábil táctico y prevenido veterano, el ataque, en que no se le pudiese escapar el enemigo.

Los picadores, que conocian el inminente peligro, aguar-

---

1) Todo lo que vamos á referir, es la mas exacta verdad. El lugar y fecha en que esto pasó, no es del caso; pero escenas análogas se han visto en la mayor parte de las plazas de toros que en todas partes se han ido construyendo en estos tiempos ilustrados y regeneradores, á medida que se han derrumbado iglesias! Y no se han construido solo en España, á la que por tanto tiempo ha servido de baldon su aficion á los toros. Existe en Nimes un circo romano que sirvió á las bárbaras luchas de fieras, que tenia aquel pueblo fuerte, tosco, guerrero y primitivo. Sirvió despues para ver despedazar por dichas fieras carnívoras á los primeros santos y sublimes convertidos. Lució la gran antorcha del cristianismo, y aquel pagano circo quedó anatematizado y sumido en su sangriento polvo. ¿Es creible que sea el puritano, el filántropo, el humanitario y fatuo siglo XIX el que, despues de diez y ocho siglos, rehabilite aquel teatro de horrores y de luchas sangrientas que cerró la civilizacion cristiana? Mal hacen los franceses en dar pábulo y estímulo á los instintos sanguinarios de su pueblo.

daban á su vez que los chulos trajesen á la fiera á la cercanía de un lugar de refugio en la inevitable catástrofe.

El caballo en que estaba montado el padre de Regla, se bamboleaba bajo el peso de su pesada carga, puesto que el miserable ser era de aquellos que se denominan en los *compte-rendus* de estas cultas fiestas jamelgos, mosquitos, arañas, esqueletos y otros burlones y despreciativos epítetos, sin que jamas les preceda el epíteto de *pobres*, que demostrase hay compasion en los corazones, como en un dia de borrasca, tal cual rayo de luz entre los nubarrones, prueba que hay sol en el cielo.

Este estado de inaccion, tranquilo y siniestro preludio del espantososo drama, se prolongaba. El público ansiaba por el excitante y ameno desenlace, y cuantos insultos contiene el soez repertorio de groseros improperios y denuestos, eran lanzados por este público á los infelices picadores, hombres valientes si los hay, y pundonorosos en su oficio de toreros, tanto como el valiente militar en su carrera de las armas.

— ¡A él, cobarde; á él! ¿Para qué te metes á picador, si te pega mejor la rueca que la garrocha?

— Bien se deja ver que no es el toro una caña de vino; que no te vas á él.

Estos apóstrofes, y otros que no son para estamparlos á nuestra pluma ni para presentarlos á nuestros lectores, lanzaba el público á los picadores, como clavan los chulillos las banderillas á los toros para desatinarlos.

La algazara se hacia estrepitosa, y la autoridad, olvidando su mision, y abusando de sus poderes, mandó al padre de Regla que fuese á picar al toro.

Es sabido que en esta suerte, el toro debe ser el que tome la iniciativa, si ha de quedar en la lucha un medio de salvacion á su contrario. El picador, con todo el derecho que le prestaban las leyes establecidas, protestó. Entónces el bárbaro instrumento de la cruel autoridad y del inhumano público, descargó un palo sobre las ancas del caballo, que asustado ya por aquella vocinglería infernal, abierta y ensangrentada la boca por el freno con que le sujetaba su jinete, y con los ojos vendados, partió desatinado y sin direccion, y

se echó encima de la fiera, cayendo traspasado el pecho por sus astas, y arrojando al picador sobre el lomo del toro, de donde rodó á sus piés. Este bajó la cabeza, introdujo su asta por la ingle de su enemigo, y levantándole en alto, le presentó al público como un ligero trofeo, y como diciéndole: — ¿Estais contentos? ¿Os he divertido? ¿Me perdonaréis la vida por esta hazaña, con el fin de que propague mi casta para vuestro solaz? — Despues, como si le incomodase aquel colgajo, sacudió la cabeza; pero gravitando el picador con todo su peso sobre el asta, se le habia esta introducido en el cuerpo hasta atravesarle y salir por la espalda, y siendo el asta curva, no lo despidió; así fué que permaneció el infeliz vivo en su cadalso. El toro entónces volvió á sacudir la cabeza, como para ensanchar la herida; despues, bajándola y alzándola con violencia, lanzó á gran distancia á su víctima, que cayó en el suelo boca abajo como un costal de arena. Aquel hombre enérgico se levantó erguido; su lívido rostro estaba cubierto de sangre que vertia una herida que al caer recibió en la frente; alzó un brazo con el que señaló á la autoridad y al público, como citándoles ante el juicio de Dios; llevó la otra á la enorme herida, de la que á borbotones se precipitaba la sangre, y cayó al suelo para no volver á levantarse mas!

Algunas voces de las gentes del pueblo se alzaron indignadas. En los demas, aquel homicidio, aquella atroz agonía, aquella solemne acusacion y protesta de un moribundo, aquella terrificante responsabilidad ante Dios y la humanidad, todo aquel conjunto de sombrosos horrores pasó como un incidente; la fiesta siguió con la misma animacion y el mismo regocijo. ¡Y os lavaréis las manos diciendo que el torero se presenta voluntariamente! ¡No, no! que no se adormezca la conciencia con ese subterfugio! ¡No! Si no pagaseis con vuestro oro, si no animaseis con vuestros embriagadores aplausos á esos hombres, no habria toreros. ¿Decís que sois diez mil? ¡Inválida disculpa! Puesto que la sangre de un hombre se compone de bastantes gotas, para que haya una que manche cada una de las monedas que habeis dado para costear ese sacrificio humano, y la culpa de la muerte de un hombre es tal, que aun repar-

tida en diez mil partes, basta la que os quepa, para que en su dia os diga el gran juez: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?»

Esta es la ocasion perentoria de hacer una digresion. El autor tiene todo derecho para hacer cuantas quiera, así como el lector tiene el de no leerlas. El romanticismo, que define Victor Hugo diciendo que es la libertad en literatura, nos da derecho á hacer digresiones, así como se lo ha dado á Karr, tan querido del público, y á otros, que llaman novelas á un conjunto de digresiones diversas, y que á veces no tienen la mas mínima relacion con el fondo ni con la idea del asunto primordial, ni aun giran sobre puntos de interes ni de crítica. Empero la digresion que vamos á hacer es de un interes grande, trascendental, y tiene la mas patente actualidad.

En el periódico *l'Artiste* del mes de setiembre de 1853, hemos leido un articulito ligero y lleno de chiste, escrito por Teófilo Gauthier, en el que se entusiasma con toda la *furia francesa*, por las corridas de toros.

Léjos estamos de acriminar al Señor Don Teófilo su aficion á los toros, que tienen, cual él, tantas otras personas apreciables por su mérito y distinguidas por su talento; y le agradecemos que, mas justo que anteriores escritores, no condene á la nacion entera á estado de barbarie solo por las corridas de toros, sino que reconozca lo grandioso y fascinador de este espectáculo. Pero sentimos ver que despues de tantos años en que los extranjeros han colgado á España sus corridas de toros como un sambenito; en el momento en que la opinion de las gentes cultas y de buenos y humanos sentimientos, principia á darse á luz contra ellas; cuando empiezan á caer en la prensa estas gotitas del agua pura de la moral, de la humanidad y la cultura, que á fuerza de repetirse y con el auxilio del tiempo, acabarán por filtrar el duro ladrillo; sentimos que escritores extranjeros, *plus royalistes que le roi*, mas españoles que los españoles, vengan haciéndose paladines de este espectáculo inhumano, cuando en España misma no los ha hallado en la prensa. ¡Tal es el buen sentido de esta nacion, enemiga de la paradoja, y llena de respeto á los sentimientos morales! Al leer aquel artículo es-

crito por uno de los hombres mas cultos de uno de los países mas civilizados del mundo, no hemos podido ménos de preguntarnos ¿si será la decantada civilizacion de nuestro siglo, un fuego fatuo, un barniz, un dorado *ruolz*, que cubre el hierro y no lo penetra?

De este artículo pequeño solo copiaremos unas pocas líneas, que ponemos á continuacion, aunque no sea mas que para defendernos por nuestra parte del ridículo que echan sobre los que claman contra una diversion, que se compone de tan horrorosos hechos, y tiene moral y materialmente tan perniciosas consecuencias. Dice así:

«Dígase lo que se quiera; pero ese noble y *católico* desden por la vida, tiene una grandeza que siente vivamente el pueblo, y que no podrán rebajar las *sensiblerías lacrimosas* de los retóricos (*rhéteurs*). Suprimid las corridas de toros, y ciertamente se hará un cambio grande en el *timbre* moral de la España. Ciérrense las plazas, y caerán los españoles en la inepta adoracion de los *castratos* y de los tenores, en el insípido *enervamiento* musical, en la apoteósis de la arieta y de la cavatina: en lugar de España habrá Italia.»

¡Nunca hemos visto mas, ni mas brillantes paradojas acumuladas en ménos palabras! Al ver hasta qué punto puede una rica y florida imaginacion extraviar á un hombre de talento tan superior y de cultura tan distinguida, se pregunta uno si será la imaginacion, cuando se emancipa de la razon, la sirena de los bellos cantos del mito griego?

¿De dónde habrá sacado Mr. Gauthier que el desden á la vida sea católico? ¿Equivocándolo con el ansia por el martirio de los santos mártires? Siguiendo esta tésis progresivamente, vendremos á sacar que los suicidas anatematizados por la iglesia son eminentemente católicos [1]).

---

1) Miéntras esto se imprime (1856), en el mismo dia en que un periódico de los mas acreditados de la corte daba cuenta del suidicio de una persona notable que no debemos ni queremos nombrar, hemos visto en una novela traducida que asimismo insertaba, disculpado y preconizado aquel horrendo crimen, diciendo que es anticiparse á las miras de la providencia, y apoyándole en textos de la *Imitacion de Cristo*! Es

Llama Mr. Gauthier retóricos ó declamadores á los que se han pronunciado contrarios á los toros. Nunca hubo epíteto peor aplicado, y la prueba está en los tres escritos que, bajo los auspicios de *El Heraldo*, y reproducidos por otros respetables órganos de las opiniones reinantes, vieron la luz pública. Fué el uno un grave y razonado artículo que resumia los perjuicios materiales de tan destructora fiesta; fué el otro una composicion en verso, que llena de chiste y de gracia, ponia en relieve todo el tosco ridículo de tan heterogénea reunion de hombres y de cosas; y por último, el tercero una sencilla llamada á los mas comunes sentimientos del corazon, y á las mas cotidianas nociones de cultura, escrito por la pluma que traza estos renglones. Ninguno de los tres necesitó acudir á la retórica, ni á su verbosidad y artificio, para exponer sus razones profundamente morales, altamente cultas, incontestablemente religiosas y humanas.

Suprimidas las corridas de toros, Mr. Gauthier no halla otro estado posible para España que el insípido enervamiento musical: en su opinion no hay alternativa. Los franceses pueden ser franceses; los ingleses, ingleses; los alemanes, alemanes, sin toros ni enervamiento. Pero España sin toros está amenazada de una furiosa melomanía con todas sus mas fatales consecuencias.

No nos detendremos ni cansaremos al lector con la refutacion de estos y otros parecidos asertos, que estampó sin duda el señor Don Teófilo en la embriaguez de la alucinacion, que causa al hombre de mas mérito la fascinadora atrocidad. Pero no podemos ménos de decir que creemos que todo hombre de razon y de buenos sentimientos debe anteponer á la atraccion que arrastra hácia inhumanos espectáculos, la represion de los incultos instintos del hombre, el pudor de

---

decir, que no basta ya á la corrupcion del siglo escarnecer la moral y suprimir la religion; sino que llega la perversidad y aun la demencia hasta el punto de pretender que contribuyan aquellas al triunfo de la impiedad y del escepticismo! Pero esta gradacion es lógica, y con razon la presentia nuestro autor.

Nota del E.

la moral, y la delicada decencia del buen gusto. La rienda suelta en las acciones, así como en los pensamientos, forma los calaveras de hechos y de ideas. Dice su paisano Desmahis, que el talento es como el oro: dale su valor el uso que de él se hace. Así es que la mision del hombre de talento crítico y escritor público, no nos parece que es adular las pasiones públicas y de la plebe, aunque en su fuero interno participe de ellas; sino que es mas severa, mas culta y mas civilizadora esta mision; y creemos que tiene mas mérito, mas desprendimiento y mejor intencion el que las combate. Hombres como Mr. Gauthier, á los que dotó Dios de un gran talento, lo deben emplear como faros, en seguras y floridas márgenes, y no como antorchas de saturnales. ¡Qué bien pensaba Condé cuando decia que preferia un *bon esprit* á un *bel esprit*, esto es, la sensatez al chiste!

III.

Volvamos á la cabecera del desgraciado agonizante, donde gemia su hija, á quien iba á dejar su muerte huérfana y desamparada.

Hasta entónces, cuanto habia hecho Servando era la noble accion de un corazon generoso y compasivo. Pero, por desgracia, no era solo la compasion la que le movia, y la que le detenia al lado del moribundo. Era el encanto que tenia y la atraccion que ejercia sobre él aquella hermosa y pura jóven, tan interesante en su inmenso dolor, y tan abstraida por él, que ni aun se le habia ocurrido rehusar ni agradecer los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su padre aquel bello y elegante desconocido. Servando habia querido avisar la desgracia á Medinasidonia, pueblo de naturaleza del herido; pero Regla — así se llamaba la hija del picador, — le habia objetado que no existia su madre, y que no tenia ningun pariente cercano allí.

Servando, pues, en vista de esto, no quiso abandonar á la pobre desvalida. Rico, mimado por su madre, y dueño de su voluntad, escribió á esta señora que agradándole el Puerto de Santa María, pensaba permanecer en él algunos dias.

Servando era como son hoy dia muchos jóvenes, que con una apariencia afectadamente fria, y erigiéndose neciamente en propagandistas del indiferentismo en todas materias — indiferentismo desdeñoso que establecen como punto culminante de la superioridad moral del hombre, — sienten, á pesar de sus teorías, una gran efervescencia sanguínea ó nerviosa, sin perjuicio de su gran sequedad de corazón. Así fué que se apasionó de Regla. No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su padre, tan ciegamente abandonada á la caridad de un extraño, Servando no osó premeditar un plan, porque no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipo es desconocido en España, aunque lo nieguen aquellos que nos querrian al nivel de todo lo extranjero, hasta al de sus mas refinados vicios. Seductor de profesion no lo es en primer lugar ningun hombre jóven: todo tiene que aprenderse en este mundo, hasta la perfeccion en los vicios! Y por lo regular, el mal hombre que escoge una víctima para seducirla, es un hombre frio y gastado, que desea por atractivo, por vanidad ó por testarudez, y no ama de corazon; que así, todo lo calcula y nada siente; y que gozando en triunfar y no en ser amado, hace derramar lágrimas premeditamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor.

Un incidente vino en breve á dar mas vehemencia á la efervescente, aunque efímera pasion, de Servando. Una mañana, que estaba sentado con la hermosa hija á la cabecera del moribundo, que yacia siempre sin conocimiento, se abrió la puerta, y entró un mozo bien portado en traje de campesino, en cuya marcada fisonomía se veian el sello de la honradez y la entereza de un carácter enérgico.

Al verle Regla prorumpió en sollozos, exclamando:

— ¡Sebastian, Sebastian! ¡se muere! ¡Al padre de mi alma me lo han matado!

Pero Sebastian, estático, solo contemplaba al elegante jóven, sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

Quizas en este momento, y no ántes, Regla consideró claramente una situacion que hasta entónces habia visto confusa al traves de sus lágrimas. Levantóse como asustada, y cogiendo á Sebastian, que permanecia inmóvil, por la mano, le arrastró tras sí al lado del postrado herido.

— Padre, dijo acercándose á su oido: aquí está Sebastian; Sebastian, vuesto sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oido.

— ¡Lo ves! exclamó Regla torciéndose las manos. ¡No te conoce, no te conoce! ¡Se muere! ¡se muere!

Entónces Sebastian, llevándose á la desconsolada jóven al extremo opuesto del cuarto:

— ¿Qué hace ahí ese usía? preguntó con la severidad de la honradez y la aspereza de los celos.

— ¿Ese? contestó Regla; si no fuera por ese, ¡qué seria de mí! — ¿Acaso estabas tú aquí?

— ¿Y necesitas, repuso con reconcentrada indignacion Sebastian, quien haga mis veces cuando yo esté ausente?

— Yo no sé lo que ha pasado, contestó angustiada la pobre niña. Pero sé que nada podia yo hacer ni disponer; que él todo lo ha hecho por mi pobre padre, y que es un ángel que Dios me envió en mi tribulacion.

— ¿Un ángel, eh? dijo con rabiosa sorna Sebastian. Mira, Regla: nada puedo decirte ahora, porque la garganta se me anuda; pero sábete y créeme: *Que con mal ó con bien, á los tuyos te ten.* — Voyme, porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desman. Voy á hablar con el contratista de la plaza; dentro de una hora estoy de vuelta, y ten entendido que si he de entrar yo, ha de haber salido ese señorito; que aquí no hay lugar para los dos. O él, ó yo: estás prevenida. Dueña eres de tu voluntad; que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la des. Pero ten presente, Regla, lo que á decirte vuelvo: *Con mal ó con bien, á los tuyos te ten.*

— ¡Sebastian! esclamó Regla: Sebastian, óyeme. Pero Sebastian habia desparecido sin añadir ni un adios.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del herido. ¡Padre mio! exclamó la pobre niña. ¡Padre mio! ¡No os vayais, no me dejeis desamparada!

— ¿Qué teneis? preguntó Servando.

— Es que no quiere volver.

— ¿Quién?

— ¡Sebastian!

— ¿Y qué le hace?

— Mucho, señor.

— ¿Pues quién es Sebastian?

— Es mi novio.

— ¿Y le amais mucho?

— ¡No tengo mas amparo que que él!

— ¿Y yo?

— No sois mi novio.

— Pero puedo serlo.

— ¡Qué, señor! los ricos no son novios de las pobres.

— ¿Qué lo estorba?

— Aquello de que cada oveja con su pareja.

— Parejas son los que se aman, Regla.

— Señor, no hagais burla; no es razon hacerla de una hija á la cabecera de su padre moribundo.

— Es que no me burlo, Regla; pues te juro que te amo con toda mi alma.

— Eso no quita que querais hacer burla de mí, señor.

— Si tú me amases á mí, Regla, no serias tan desconfiada. Serlo conmigo, prueba que eres una ingrata.

— ¡No soy ingrata, no, no! exclamó la pobre niña, que dió otro sentido á la frase. Lo que os agradezco lo que por el padre de mi alma estais haciendo, Dios lo sabe, que es el que conoce los corazones. ¡Ay, Jesus, Jesus! ¡Padre, no me dejeis desamparada!

Los sollozos desgarraban el pecho de la infeliz Regla.

Todos los corazones son accesibles á la compasion en ciertas circunstancias, y mas cuando el objeto que la inspira, reune á una situacion destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

— ¿Porqué te desconsuelas así, Regla? dijo con voz conmovida Servando; ¿porqué ese desasosiego y congoja?

— Porque dice Sebastian que se va y no hace mas caso de mí, si os halla aquí cuando vuelva, contestó la atribulada niña.

— ¡Y bien, que se vaya! respondió con rabia y desden Servando.

— ¿Y qué será entónces de mí?

— Una mujer rica y feliz.

— ¿Cómo?

— Eso es de mi cuenta.

— Os equivocais, señor, que es de la mia.

— Te doy desde luego, y por ahora, esta posada, qué está de venta.

— Yo no tomo regalos de un extraño, repuso Regla con esa dignidad femenina, la mas pura y la mas noble de todas las dignidades.

— ¿Me rechazas, Regla? Me iré, pues, dijo Servando.

— ¡Y qué otro remedio! exclamó la pobre niña, volviendo á verter un torrente de lágrimas, que le arrancó la próxima separacion de su bello y generoso protector.

— Dejarle ir á él, contestó este.

— Eso es una mala partida, señor.

— ¿Y no lo es echarme á mí?

— No señor.

— ¿Y porqué?

— Porque vos, señor, me dais mala sombra; y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos por la sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitacion. Mil sentimientos diversos le agitaban. Su pasion exaltada por los celos, su orgullo ajado por verse echado de allí por un rústico campesino, la impresion de felicidad que le causaba la inclinacion que dejaba traslucir por él aquella sencilla é ingenua jóven, á quien dos hombres venian á acongojar á la cabecera de su moribundo padre: todas estas cosas le afectaron profundamente. Conoció que no habia alternativa. Debia alejarse, ó debia amparar honradamente á aquella inocente y bella criatura. Así fué que, despues de un rato de reflexion, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso, lo presente á lo futuro, la satisfaccion al sacrificio, Servando se

acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita:

— Regla, ¿quieres ser mi mujer?

Regla contestó en ese mismo sentido:

— ¡Tanta dicha para mí!

— ¡Tanta dicha para los dos! repuso Servando.

Y acercándose al lecho del picador, asido de la mano de Regla:

— Vivid, le dijo: vivid para vernos felices!

Regla dió un agudo grito; pues en aquel instante abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido, y espiró.

Regla se echó sobre el exánime cadáver de su padre.

En este momento llegaba Sebastian. Servando le salió al encuentro y le atajó el paso.

— Murió, le dijo, y alargándole un bolsillo de dinero, añadió: disponed el entierro.

— El cuidado será mio, respondió Sebastian sin tomar el dinero. Y para costearlo tengo los medios: que no ha menester que se entierre mi tio de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuorio.

— ¿Qué quereis? preguntó con sequedad Servando.

— Llevarme á mi prima.

— Es que me la llevo yo.

— ¡Vos! exclamó Sebastian encendiéndose sus ojos como dos hogueras; eso está por ver. Regla al perder la sombra de su padre, no debe estar, ni estará, ¡por las llagas de Cristo lo juro! sino á la sombra de su marido.

— Y así será, porque su marido soy yo.

— ¡Vos! exclamó palideciendo el pobre jóven. ¡María Santísima, qué desatino!

— Si desatino se comete, repuso con altivez Servando, estará de mi parte.

— ¡De ambas, señor, de ambas! exclamó con dolor Sebastian.

— ¿Y en qué fundais tan insolente aserto?

— Lo fundo en que ha de ser Regla mas infeliz que la

nave que naufraga por llevar mucha vela; y vos, como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo extraño. Porque extraños sois y lo seréis, y siempre aconsejó el refran «que con mal ó con bien, á los tuyos te ten,» y dijo la sentencia «que á quien de los suyos se aleja, Dios le deja.»

Diciendo esto se alejó Sebastian desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, que era una mujer honrada, y miéntras á su lado le prodigaba consuelos y halagos, Sebastian, con otro pariente y dos de la cuadrilla, llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio, último, tierno y repetuoso tributo de cariño y aprecio que da el pueblo á sus allegados.

IV.

Algunos dias despues de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cádiz, echado sobre su sofá, pasando revista á un frac y chaleco que le habian enviado de Lóndres.

Estas remesas de vestidos enviados de Lóndres á los currutacos de Cádiz por los paquetes, sea dicho entre paréntesis, fué lo que les valió el nombre de *paquetes*.

Abrióse la puerta, y entró un caballero frances, amigo suyo, sujeto que definiremos *roué*, como él se definia con complacencia á sí mismo, lo cual quiere decir *liebre corrida*. Es de advertir, que esta liebre habia sido corrida, no por verjeles, sino por bastos matorrales; lo que no impedia que vistiese con suma y aun exagerada elegancia: no siempre están en armonía lo interno y lo externo.

Mr. Artur Folichon, este era su nombre, no era el tipo del frances alegre, vivo, amable, chistoso, valiente, bondadoso, tan dispuesto á dar una estocada como un abrazo, tan apto para el placer como para el estudio; á los goces como á los

sacrificios; á llorar con el triste, como á reir con el alegre. No, ¡nada de eso! Mr. Artur Folichon era un frances *parlamentarizado*, serio, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenia. Estaba este ciudadano alzado sobre su opinion en todas materias, como sobre un pedestal. No creia en la infalibilidad del papa; pero creia en la suya; lo que hacia honor á su despreocupacion, pero no á su modestia. Entre várias anomalías que ostentaba, era una la de detestar é imitar todo lo inglés, pero sobre todo la aficion á viajar y la ironía; en este ramo era una especialidad, y rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle Rachel.

Poco interes tiene la biografía de semejante sujeto: solo diremos en globo, que habiéndole hallado á mano en una revuelta política un personaje, le dió una mision secreta y poco propia para salir á luz; que la desempeñó perfectamente mal; que el personaje, para quitarse de encima aquel moscon que podia zumbar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Artur Folichon, que se los comia en la agradable vida de *touriste*, esto es, viajero que viaja sin mas objeto que el de divertirse. Soberbias existencias, llenas de boato y de goces, que hace brotar á centenares el siglo XIX por ensalmo, como trasformaciones de comedias de magia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

— ¡Oh! dijo al entrar. Por lo visto el Puerto es un Versailles poblado de Lavallières, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros los que hayan detenido allí á un Lovelace como sois vos. ¿Habeis dejado á alguna ninfa del Guadelete vuestro corazon tierno y juvenil?

— ¡Porqué no he de confesarlo! exclamó Servando con expansion; ¡se ha fijado para siempre!

— ¡Para siempre! Querido, ese aserto en punto á amores y por regla general en todo, ha caducado con el despotismo y la inquisicion. *Pour toujours*, no se halla mas que en los lemas de los sellos.

Ni jamais ni toujours,
C'est la divise des amours.

— Me indigna, repuso Servando, que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán usar unos bellos ojos.

Mr. Folichon se levantó, y dió algunos pasos hácia un elegante botiquin que Servando habia traido de Lóndres.

— ¿Qué haceis? preguntó este.

— Quiero prepararos unas gotas de digital, respondió el interrogado. La digital es un medicamento que tiene la virtud de calmar el curso de la sangre.

— No estoy malo, dijo Servando.

— ¡Oh, y de peligro! repuso su interlocutur; teneis calentura de mas de cien pulsaciones por minuto.

— Si lo estoy, no quiero curarme.

— ¿Sois, pues, feliz?

— Lo seré.

— Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

— Sabréis, para que no creais ilusorias mis esperanzas, que me voy á casar; pero es un secreto. No quiero que lo sepa mi madre.

— ¿Casarse? ¡A los veinte y dos años! ¡*quelle folie*! Pero locura que hace honor á vuestra moralidad. Solo nosotros, los hombres de mundo, esto es, los *corrompidos*, como dicen las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vínculo*.

De cierto que si la madre de Servando ú otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Mr. Folichon, hubiese tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

— No tengo el mérito de casarme por moralidad, repuso Servando: lo tiene aquella divina criatura, tan imposible de seducir, como imposible de olvidar.

— ¿Una Lucrecia? ¡Qué casualidad! ¿Hay muchas por aquí?

— Averiguadlo, respondió Servando soltando una carcajada.

— Me guardaré, me guardaré, contestó picado Mr. Folichon; no me quiero exponer á dar con tan inexorable vestal, que me hiciese perder la cabeza hasta el punto que la habeis perdido vos. ¡Guarda, Pablo! como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas que me sirven para mis desafíos.

— Pues, amigo mio, cada cual busca la felicidad á su manera. Por mí, me uniré á aquel ángel, sin el que no podria hallarla.

— Buscad otra voz; el *ángel* ha pasado de moda; equivale á Clóris, y es *espantosamente rococó.*

— ¡Si vierais qué bella es!

— ¡Ya! las feas no entran en juego.

— ¡Qué pura y qué virtuosa!

— ¡Ah! ¡ah! ¡tanto peor!

— ¡Qué corazon tan amante!

— A los que tengo la mas decidida antipatía.

— ¡Antipatía! ¿Y porqué?

— Porque un corazon amante es el mas despótico y egoista tirano, es la caja de Pandora, es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y reconvenciones. Pero á todo esto, ¿quién es la dichosa?

— No me desdeño de decirlo: es la hermosa hija del picador á quién mató un toro en la corrida del dia de San Juan.

— ¡La hija de un picador! dijo sin alterarse el confidente de Servando. Una *mesalianza* es una cosa muy *fashionable*, amigo mio; pero es muy tonta.

— ¡Tonta!

— Sí, sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa; es una pifia.

— Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza; y para mí es un asunto de corazon.

— Ese es el lenguaje de una cándida y sentimental colegiala de Saint-Cyr.

— ¡Ah! ¡Si la vierais!

— Por vista. Será una Venus; pero toda la belleza del mundo, no hace *conveniente* á un partido.

— Es la virtud misma.

— Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, extremadamente novicio, *mon cher.*

Don Arturo Folichon se creia padre maestro, porque sempre pensaba lo peor. Muchos hay que tienen esa misma conviccion, y que suelen equivocarse en sus fallos, como Mr. Folichon en la referida circunstancía.

— Mi palabra está dada, dijo resueltamente Servando para cortar una polémica que le era enojosa.

— ¡Palabra á mujeres! exclamó Mr. Folichon alzando los hombros, *allons donc.*

— ¡Me casaré, sí señor, me casaré! repuso exasperado Servando.

— Tened presente, dijo su interlocutur, que es para toda la vida, segun las sábias instituciones que nos rigen. Supongo que así como sois un tortolito en el amor, seréis un fénix en la constancia: un segundo Adan en el exclusivismo.

— Ello es, contestó riendo Servando, que no seria malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó cuando cansa.

— Ved ahí por lo que no quiero casarme, dijo el solterito de cuarenta años, el calavera rancio, el enamorado gastado, el mariposon valetudinario, el petimetre *á régimen confortativo*, arreglando delante de un espejo el casquete que adornaba su cráneo calvo y vacío. — No me he casado, por no ser un mal marido; porque *siempre perdiz* hasta al obispo cansó, cuando se las hizo servir diariamente Luiz XIV.

El señor Folichon colocaba en la misma calificacion el estómago y el corazon, el paladar y los sentimientos; en lo que lógicamente seguia las inspiraciones de su escuela materialista.

— Creedme, *mon garçon*; desistid de esa locura, prosiguió el consejero.

— ¡Oh, imposible, imposible! esclamó Servando: sin aquel ser encantador no puedo vivir.

— Pues haced un casamiento fingido, ya que solo la grave

ceremonia puede humanizar aquel *dragon de virtud*: eso es novelesco, y es un golpe digno de un legítimo D. Juan Tenorio, héroe poetizado, cantado, popularizado y admirado, y cuya gloria es imperecedera.

— Eso es una felonía, esclamó Servando.

— Y vos, con vuestros *grands mots* y severos principios, un tipo de moralidad, digno de recibir el premio de virtud instituido en mi pais por el benemérito *Mr. de Monthyon*. Venid acá, inocente: no veis que esa mujer, esa *mijaurée*, esa marisabidilla os quiere arrastrar á cometer un disparate? Considerad que cuando se desengañe de la estratagema, estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis, estará contenta, y habréis pagado vuestra deuda. No os faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais. *Mon cher, cela se voit tous les jours*.

— En Francia, puede, dijo Servando; pero aquí no.

— Pues es preciso, querido, repuso Mr. Folichon, que os despreocupeis y entreis de lleno en la senda de la libertad universal, de hechos, de sentimientos, de palabras, de cultos, y sobre todo, de conciencia. Miéntras la libertad no reine sola y universalmente, no hemos hecho nada.

Servando tenia una de esas naturalezas como por desgracia tienen muchos, que son semejantes á las materias absorbentes é inodoras, que se impregnan desde luego de la esencia de aquellas con que se ponen en contacto; naturalezas flúidas como los rios, impetuosas á veces, pero que siempre acaban por seguir la senda por donde se las quiere llevar. Por eso los buenos padres cuidan y deben cuidar tanto de las relaciones que hacen y de las sociedades que frecuentan sus hijos.

El amigo de Servando, no solo logró con su perversa fraseologia persuadir á Servando á cometer el mas inicuo fraude, sino que le ayudó en todo á llevarlo á cabo, haciendo en esta sacrílega farsa de testigo, y su bien adiestrado Gil Blas, de sacerdote.

Pasaron los presuntos esposos algunos meses felicísimos, que fueron para ellos esa *luna de miel*, como llaman los alemanes é ingleses al tiempo que nosotros denominamos *comer*

el pan de la boda, y que tiene su mayor encanto para los que se aman, en la dulce certeza que encierran justamente aquellas palabras que horripilaban á Mr. Folichon, y son: ¡*para siempre*! ¡Cuán lejos estaba del amante y honrado corazon de Regla el falaz engaño de que habia sido víctima! Pero digamos en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son raros, y mucho ménos cuotidianos que los enteramente buenos, digamos que Servando, que amaba á Regla, abrigaba el propósito firme de legitimar á su mujer é hijos, si los tenia, cuando faltase su madre. ¡Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, un refran que sábiamente dice, que por la calle de *despues* se llega á la plaza de *nunca*!

V.

Sebastian, aquel hombre honrado que se habia visto expulsar del lado de su prima por otro nuevo amor, y por la brillante é inesperada suerte que este la ofrecia, siendo así que él la amaba con tan profunda pasion; Sebastian, herido en sus sentimientos, avergonzado y abatido, no quiso volver á su pueblo: se contrató por sustituto en un regimiento, envió el dinero á su madre, y marchó.

La entrada de las tropas de la intervencion francesa, que por aquel entónces se verificaba, y ofrecia la perspectiva de una guerra, le afirmó en su propósito.

Servando, imbuido por su amigo en las ideas mas ultraexaltadas, se comprometió ostensiblemente en los sucesos que tuvieron lugar por entónces, que no es del caso referir y es triste recordar, como todo lo que son disturbios en una familia, tan feliz, tan gloriosa, tan respetada cuando era unida!

Servando, pues, con su enèrgía de fósforo, gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en eviden-

cia, y lo logró tan á deseo, que en cuanto el rey salió de Cádiz, tuvo él que esconderse por no ser arrestado.

En cuanto al interesante Arturo, desde que se acercaron á Cádiz las tropas francesas, habia desaparecido como por ensalmo.

Desde luego los amigos de Servando, le aconsejaron que emigrase por algun tiempo, miéntras estuviesen vivos y activos los resentimientos, esos resentimientos con que cada partido recrimina el contrario, cual si estuviese libre de ellos. Se habló al capitan de un buque inglés, para que recibiese á su bordo á él y á Regla, de la que no queria separarse. La dificultad que se presentaba, era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos, muy conocidos de los contrabandistas en grande, que en todos tiempos, á pesar de la vigilancia, han entrado por ellos contrabandos en escala mayor. Aun cuando están estas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interes excita la voluntad, aguza el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre; así es que dichas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido. La salida por un husillo fué, pues, el medio adoptado para la fuga de Servando, y se fijó una hermosa noche de luna para emprenderla.

En aquella misma noche, Sebastian, cuyo regimiento habia venido de guarnicion á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla. La luz de la luna, que hace aparecer los objetos ménos distintos y mas bellos, como aparece el rostro de una mujer al traves de un suave velo de gasa, daba á las hermosas y uniformes casas de Cádiz el aspecto de palacios de mármol. El mar parecia hallarse en uno de sus pocos momentos de completa calma, y sentir placer en dejarse platear por la luna. Los barcos que poblaban la bahía, estaban inmóviles, cual si estuviesen presos en un mar helado. Alrededor de la vasta ensenada yacian tranquilos los pueblos que la circundan, como blancos campamentos de un dormido ejército. Nunca la naturaleza preparó una

noche mas muda para el silencio, mas tranquila para el sueño! Solo oia Sebastian el ruido de sus propios pasos, y el anhélito angustioso de su pecho, cuando tendia la vista en lontananza, y la fijaba en el Puerto de Santa María, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbas memorias, en dónde su destrozado corazon habia aprendido cuánto dolor podia contener sin quebrarse, y cuánta sangre podian derramar sus heridas sin dejar de latir.

— ¡Allí, pensaba, allí está aquella que tan pronto aprendió lo que nunca sabré yo, el olvidar su primer amor! Se deslumbró como mariposa ante cuyos ojos se presenta una luz. ¿Quemaráse en ella, ó será feliz? ¡Si siquiera supiese que lo es! Si la viese una vez siquiera!

Parecióle en aquel instante que oia al pié de la muralla el chapaleteo de un remo que con precaucion hendiese las aguas. Sebastian se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.

— ¿Qué podrá ser esto? pensó: será algun pobre mariscador, que buscará mariscos entre las rocas que la marea baja deja á descubierto.

El ruido no era interrumpido, y parecia acercarse.

La curiosidad movió á Sebastian á asomarse por una tronera. ¿Cuál no seria su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se habia arrimado á la muralla, se preparaba á entrar un hombre, que una vez dentro, hacia señas á una mujer, que cual una sombra, parecióle que salia de la base de la compacta muralla?

Sebastian creia soñar. No queria creer á sus sentidos, cuando una voz queda, pero que la completa calma hacia llegar distinta hácia él, pronunció estas palabras:

— No temas, Regla.

El corazon del soldado despertó sobresaltado, y con todas sus pasiones, al oir aquel nombre, cual el dormido leon, por la bala que le penetra.

— ¡Regla! repitió, cual un apagado y lúgubro eco. ¡Ella! ¡Es ella?

Saltaba en este momento la jóven, de roca en roca, sostenida por la robusta mano del barquero.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastian no distinguia bien toda la escena. Ansioso, fuera de sí, suelta el fusil, y sube el ancho reborde que hace declive, el fusil suena con fuerza al dar contra la argamasa del piso; al oir aquel ruido la jóven, que ya está sentada en la lancha, alza la cara, la que entónces alumbra la luna de lleno. Sebastian la ha reconocido. ¡Ella! Es ella, la mujer que tanto ama, la que al fuerte empuje de los remos se aleja en aquella embarcacion, que huye ligera sobre la superficie del mar, deslizándose pronta, como un trineo sobre el resbaladizo hielo!

Un vértigo oscurece la vista, y hace perder el equilibrio á Sebastian, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde aquella inmensa altura sobre las rocas.

El infeliz se ha quebrado en la caida ambas piernas. No puede moverse y en vano implora su voz auxilio, en aquel paraje desierto: dos horas faltan hasta el relevo de los centinelas. Para colmar el horror de su situacion, la marea empieza á subir, agitada é inquieta, y no descansará hasta que llegue á la muralla, cubriendo á su paso las rocas. Ya en su ascenso va golpeando las mas avanzadas, con lo que hace imposible oir á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla: ¡nadie responde! Y el agua sube, sube, sin que poder conocido, sin que circunstancia eventual haya jamas detenido un instante, su periódico y pujante flujo! El infeliz ensaya el rastrearse sobre sus manos; ¡vano esfuerzo! pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas. ¡Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, sin descanso! y llegará á su límite, pasando sobre el desvalido, fria, amarga, brutal é inexorable, como la crueldad! Quiere, en su agonía, asirse á una roca mas elevada que las que la circundan; no puede; y se cae con un hondo gemido de dolor: ¡y el agua sube todavía! ¡Ya ha cubierto sus doloridas piernas; ya ha salpicado su pecho; ya murmura la sentencia de muerte en sus oidos! Entónces Sebastian, que era un buen cristiano y un hombre valiente, se resigna; cruza sus manos, y levanta su corazon á Dios en actos de fe, pues en Dios cree á puño cerrado; en actos de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un

último adios; y en actos de esperanza, pues implorando y confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!!! ¡Y en el horizonte asoma el alba, tranquila, suave y pura; como si el dia, al cual trae de la mano, hubiese de dar la vuelta de este miserable globo, sin alumbrar horrores y sin oir lamentos! Acompañábala una fresca brisa que henchia las velas de una fragata inglesa, miéntras al compas de la monótona cantinela de sus marineros, levaba el ancla que aun la retenia.

Llegaba entónces á la bahía el *Seronero* del Puerto; esto es, el falucho, que ántes de abrirse las puertas, trae al muelle de Cádiz frutas y legumbres para su abasto. Los marineros divisaron al infeliz que habia renunciado á la vida; le recogieron y llevaron exánime al hospital.

¡Qué cadena de eventos y de casualidades eslabona á veces la fatalidad! Acatémosla como piedra de toque, para no maldecirla como cruel tortura.

VI.

Habia Servando, al llegar á Londres, alquilado una casa pequeñísima (y ponemos el superlativo, porque allí son todas pequeñas). Estaba situada esta casa pasado Bedlam, que es el hospicio de los locos, y el jardin zoológico de Surrey, en el arrabal de Kensington, por ser ménos caros allí los arriendos. Entrábase por la puerta de la calle (que en Lóndres están todas cerradas, como signo de inhospitalidad), en un corredor largo, que al frente tenia una escalera angosta y de madera, como son todas allí, cubierta de un paño ó lienzo de alfombra, que sujetaba en cada escalon una varita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducia á la cocina, despensa y demas oficinas interiores, colocadas allá en sótanos, que reciben la luz por zanjas abiertas delante de las casas, guarecidas por verjas de hierro. A la izquierda del corredor habia dos puertas: la primera era

la de una salita cuadrada con dos ventanas á la calle; la segunda daba entrada al comedor, que tenia dos ventanas al jardin; jardin pequeñísimo, frio y estéril, en el que un solo árbol, triste como un cautivo solitario, delgado y lánguido, se estiraba, á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia, buscando el campo. Arriba tenia la casa dos habitaciones, iguales á las de abajo, que servian de dormitorios. El tercer cuerpo se componia de boardillas, en una de las cuales dormia la sola criada que tenian.

Por las mañanas, segun allí se acostumbra, llegaban á la puerta el carnicero, el panadero, el lechero, y el que traia la hortaliza; lo demas necesario para la vida, y los géneros ultramarinos, los traia la criada, de una tienda vecina. En este local, que aquí llamaríamos *tabuco* (en lo demas, bien y cómodamente alhajado), instaló Servando á Regla, y en él permaneció completamente sola y aislada, porque hasta el mismo Servando, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el dia fuera de su casa.

Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del país, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretextos á Servando, para convencerla de que no podia ser otra su vida de la que era, miéntras estuviesen en Inglaterra. Pero ¿quién podria explicar la profunda melancolía, ese, llamado por los suizos que de él enferman y mueren, *mal del país*, que se apoderó de la hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel país mustio y encapotado en sus neblinas; de la expansiva y afectuosa española, entre aquellas gentes esquivas y reconcentradas: gentes que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen, al modo de la penca del cactus, una sutil pua? ¡Cuántas veces buscó la pobre niña separada de sus semejantes, la mirada de una vecina, jóven como ella, cuya fresca y sonrosada cara asomaba bajo una profusion de dorados rizos, ó la de alguna grave matrona, cuya blanca, tersa y serena frente, parecia el trono de la virtud clemente! ¡Con el corazon en ella, les salia al encuentro la dulce mirada de la reclusa, implorando

una recíproca señal de benévola atencion! ¡Mas era en vano! Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene mucho de fria sequedad, tiene tambien no poco de circunspecto decoro. Pero esto no estaba al alcance de la pobre hija del picador, ni mucho ménos podia figurarse, que fuese el contacto con ella, uno de los casos que autorizan y hacen loable esa circunspeccion. Veíase, pues, sola y estacionaria entre aquel inmenso gentío en constante movimiento. Y nunca es mas amarga la soledad, que enmedio del bullicio; no solo por el contraste, sino porque de esta suerte pierde su dulce calma y su suave tranquilidad, sin una compensacion.

Como por consuelo, tuvo Regla por aquel entónces una niña, cuya nacimiento y bautizo pasó tan solitaria y calladamente, como pasaban todos los demas incidentes de su triste vida.

A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado su vida en nada, sino en el alejamiento cada vez mayor de su marido. Levantábase este á las dos: salia á las tres, á cuya hora pasaba un ómnibus por su puerta, y no volvia á entrar en su casa hasta la madrugada. Así fué que este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando, no solo demostraba á Regla falta de cariño, sino un despego que tocaba en desden.

En esta época habia encontrado allí, y se habia vuelto á intimar Servando con Mr. Artur Folichon, pues hay entes que parece pone el mal espíritu en la senda de los que quiere perder, en los momentos oportunos para ejercer su maléfica influencia.

El señor Folichon habia querido visitar á Regla. Pero Servando habia sabido sustraerse á esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio, sobreviven los celos al amor, y Servando conocia á un tiempo que Regla era una rara belleza, y el señor Folichon un hombre corrompido, que ignoraba absolutamente lo que era respeto en concepto alguno. Ménos corrompido que él, era Servando mas vicioso. Juntos jugaban en las odiosas casas de juego. Servando se arruinaba, y su amigo, siempre impasible, nunca perdia. Juntos bebian; pero jamas se privaba el ex-agente. En sus bajos

amores, nunca prodigaba este su dinero, ni sus halagos; y miéntras el egoista calculador andaba boyante, dándose tono, y con ínfulas de diplomático, comprando cosméticos, Servando habia destruido á un tiempo en aquella gran Babilonia, su salud, su caudal, su juventud, su honra y su bella parte moral, y descendido gradualmente á la ignominiosa cloaca á que conducen los vicios. Habíase efectuado este fatal descenso, empezando por despreocupado, y acabando por cínico. Así, aquel jóven tan bello, tan rico, tan querido, que habia sido la gloria y la esperanza de sus padres, arruinado, exhausto, embrutecido y mortalmente enfermo, fué preso un dia por disposicion de sus acreedores, y detenido en la prision por deudas, *the Fleet.*

Dos dias habia que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esta la primera vez que habia succedido; pero ¡temia! temia instintivamente *algo.*

Tenia una mañana su niño en brazos, y para dormirle, le cantaba en suave y triste voz las estrofas siguientes de una antigua letrilla que recordaba:

Que no quiero amores
En Inglaterra,
Porque otros mejores
Tuve yo en mi tierra;
Que cuando allí vaya,
¡A fe, yo lo fio!
Buen galardon haya
Del buen amor mio;
Que son desvarío
Los de Inglaterra,
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra!

Su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, habia perdido en aquella tan fria y tan densa en que vivia, sus alegres gorjeos y ligeros voleteos.

Abrióse en aquel instante la puerta, y Regla fué agradablemente sorprendida por la vista de un antiguo amigo de su

marido, que este habia escogido por testigo de su casamiento. Así fué que le hizo una cordial acogida.

Mr. Folichon manifestó á Regla, con expresiones harto familiares, que la hallaba embellecida y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida, si le agradaba aquel país, y si no echaba de ménos el suyo. Al oir nombrar á España, los hermosos osos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

— Esto os parece muy triste, dijo su visitante; es natural. Aquí, en lugar de naranjas, hay patatas; en lugar de vino, cerveza; en lugar de sol, gás; en lugar de guitarra, maquinarias. Y la hija de las riberas de la bahía gaditana, que es el trono de la luz, no puede aclimatarse en el país de la triste oscuridad. Así, es una inaudita barbarie el dejaros tan sola.

— Me acompañan mis niños, dijo Regla, mirando á su hija sentada á sus piés sobre la alfombra, y á su hijo, dormido en la cuna.

Esto no basta, repuso el visitante: á vuestra edad se desea disfrutar de otras compañías; de simpatía y de amor; del mundo y de sus placeres.

Mr. Folichon, diciendo esto, se acercó á ella atrevidamente, y añadió:

— Siempre he sido vuestro apasionado, Regla. No os lo he podido demostrar, porque Servando, con sus feroces celos españoles, os ha tenido secuestrada de todo trato, con lo que os ha proporcionado una vida triste, y descolorida. ¡Oh! yo haré vuestra existencia brillante y divertida; no languideceréis oscura y solitariamente. Erguid vuestra cabeza, quebrad vuestra cintura, colocad un puñal elegante en vuestra liga, y os prometo que, la bella andaluza, hija de un picador de fama, la adquirirá europea bajo mis auspicios, solo con alargarme esa mano que Servando desdeña.

Regla apoyó el pié en el suelo, y con este empuje hizo retroceder el sillon de rodajas, en que estaba sentada á una conveniente distancia.

— No quiero, ni deseo mas amor que el de mi marido,

dijo; mas compañía, ni mas distraccion que la que me proporcionan mis hijos.

— ¿Pero acaso poseeis el amor de Servando?

— ¿No lo habia de poseer su mujer, la madre de sus hijos?

El señor Folichon se echó á reir. Vamos, Regla, prosiguió: descended de vuestros zancos al terreno llano de la realidad, y contestadme á la proposicion que os he hecho.

— ¿Os olvidais, señor, que estáis hablando con una mujer honrada, que lo es de un amigo vuestro?

— ¿Con la señora de Ramos, eh?

— Con la mujer de Don Servando Ramos.

— ¿Hablais formal, cara de rosa?

— ¿Habeis venido á insultarme? exclamó indignada Regla; ¡esto es inaudito!!

— No, no; he venido, como vienen los buenos amigos, en la necesidad; y cuando puedo seros útil.

— ¿Desbarrais?

— No desbarro; pero desbarro seria en vos desechar la suerte que os brindo. ¿Amais, pues, tanto á ese perdido que no hace caso de vos? ¡Vamos! si no hay como tratar mal á las mujeres, para tenerlas sumisas, amantes, fieles y satisfechas!

— No se trata de si estoy satisfecha ó no; se trata de mi deber. ¿Usase acaso en Francia que las mujeres abandonen á sus maridos?

— Maridos como el vuestro, sí.

— Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

— Pero, señora, un marido como el vuestro, es de quita y pon; y no incurriréis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

— No os comprendo, ni sé lo que quereis decir. Lo que sí sé es que deseo que concluyais tan escandaloso tema.

— Pero ¿será posible, repuso con impaciencia su interlocutor, que hace tanto tiempo vivais, como el primer dia, en el error craso de creer á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido? ¿que tengais aun aquella farsa, en la

que por complacerle hice el papel de testigo, y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento* y la pulcra ley un *contrato indisoluble*? ¿Os fingís ignorante, ó lo sois realmente?

Regla, al oir estas palabras, por un violento impulso se habia puesto de pié; pero faltándole las fuerzas para sostenerse, se apoyaba con una mano en el brazo del sillon.

— ¡Famosa actriz! pensó el señor Arturo contemplando aquel rostro livido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz. Con que, la dijo, ¿qué determinais? ¿Seréis por mas tiempo, con vuestra belleza y juventud, la víctima de ese déspota?

— Salid! dijo con honda y ahogada voz Regla.

— Y ¿acaso sabeis que Servando está en *the Fleet* preso por deudas, y que no teneis á quien volver la cara?

— Dejadme y alejáos, tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos labios.

— Tened presente, prosiguió el *buen amigo,* que en Lóndres no tendréis, como en vuestro país, el *Meson de la Estrella* que á todos cobija. El de aquí, cuyas estrellas son de gas, es un soto vedado. Cuando os echen de esta casa el dia que no la pagueis, seréis severamente perseguida por vaga.

— ¡Idos, idos! gritó en su desaliento y desesperacion Regla: ¡idos, ó pido socorro!

— ¡Vamos, hermosa, ¡*cachaza*! como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor: no os exalteis, ni irriteis vuestra sangre; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado mucho con las frescas nieblas del Támesis. Dejaré que se calme esa vuestra sangre andaluza *mousseuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis mas serena y en disposicion de apreciar lo que en vuestra situacion vale un amigo; y se levantó.

Cerca de la puerta se volvió, y añadió:

— Lo primero que debeis hacer con esos niños .... el señor Arturo iba á añadir: es llevarlos á un hospicio, pero al notar que Regla habia cogido á su niña en uno de sus brazos, y que echada de rodillas ante la cuna

apretaba con el otro á su hijo contra su pecho, salió murmurando:

— No es sazon ahora. Vamos, estas españolas son energúmenas en toda especie de amores. Dejemos pasar la ráfaga. La necesidad me la traerá atada de piés y manos.

Qué extraño es que aquel hombre vagabundo, sin casa ni hogar, sin lazos domésticos, no comprendiese siquiera los hermosos sentimientos de los vínculos santos de familia?

Regla no tenia hácia su marido uno de esos amores obstinados, que ningun mal comportamiento entibia, que ningun desvío aleja, y que ninguna repulsa rechaza: amores que por cierto no nos simpatizan, porque no nos gusta el amor que es ciego, ni el que se impone á la indiferencia. Pero si no amaba ya con ternura y pasion al hombre cruel y vicioso que la habia abandonado, le conservaba un profundo apego, pues era su marido y el padre de sus hijos. Todo lo hubiese sacrificado por él, y conservaba la esperanza, que tienen las mujeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez, los padecimientos ó las desgracias les volverán á traer á los extraviados, recibidos entónces por ellas como hijos pródigos. ¡Cuántos casos de estos se hallan! Pero el mundo ni los ensalza, ni repara siquiera en ellos: miles de plumas se emplean en poetizar los sufrimientos y combates de la indigna mujer adúltera. Pero, ¡cuán pocas, en pintarnos el comun, aunque sublime tipo de la mujer de virtudes domésticas!!

— ¡Madre, madre! repetia la niña abrazando á la inerte Regla.

Pero Regla no respondia.

Entónces la niña empezó á llorar con corazon encogido.

Al oir el llanto de su hija, Regla sacudió su postracion, y tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño. ¡Pobre mia! .... pobre mia! exclamaba ahogada en sollozos. ¡Pobre mia! Qué suerte te han hecho tus padres! Tu madre te deshonra; tu padre te reniega. ¡Extraños pasaréis en la sociedad, hijos de mi alma, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser. Huérfanos morales, sin nombre, sin raíces, sin filiacion ni consanguinidad, sin mas am-

paro que el de vuestra pobre madre, que nada os puede dar, nada sino la sangre de su corazon!

Regla se hizo desde luego cargo de su situacion y de su completo desamparo; sabia de atras que Servando caminaba á su ruina; que despegado de ella y de sus hijos, enfermo, estragado y embrutecido por los vicios, y por último, encarcelado, nada haria ni nada podia hacer por ella. En breve seria expulsada de la casa; en breve no tendria pan para sus hijos! A una sola persona conocia en aquella inmensa Babel, y esta persona solo se habia acercado á ella con el fin de abusar de su desgracia! Pero Regla tenia aquella energía innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.

Acudiré, pensó, á su familia, para que ampare á estos inocentes, ajenos á la infamia de su padre; y si me rechazan, alargaré la mano para mantenerlos, á la caridad pública allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohiba. ¡Oh España, madre mia! muera yo en tu suelo, y ampara á mis hijos! exclamaba, asiéndose su alma á su última esperanza.

¡España! país benéfico para los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez, y en donde se halla el magnífico tipo del pobre altivo; no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre,* sino porque sabe las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tales como estas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.»

«Mas merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da).

«Cuando un pobre te pide limosna, considera á Jesus que te dice: *Dáme lo que te di.*»

¡España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios; miéntras que todas las que encienden en otras partes los hombres, son fuegos fatuos, mudables, inconsistentes y sin calor.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante *groom* (especie de paje caballista) la siguiente esquela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas; estais, pues, libre, pero aun mas desamparada que ántes. ¿Rehusaréis todavía el amparo con que os brinda un hombre que os ama?

ARTURO FOLICHON.»

Regla hizo entrar al enviado; le presentó la esquela, que en seguida echó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña de que llevase esa respuesta á su amo.

VII.

Pagó Regla un sincero tributo de dolor á la muerte de aquel que tan inicuamente la habia engañado; pero que habia sido su tierno amor y el padre de sus hijos; y pensó en poner cuanto ántes por obra la determinacion que habia tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenia, por medio de la criada; acudiendo en seguida al cónsul español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y experiencia, se encargó él mismo de proporcionarla su pasaje á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Lóndres á Cádiz.

El capitan de este buque era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegacion dió cuenta de su persona; tomó el meridiano, mandó la maniobra, comió con buen apetito carne salada y patatas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cuna y á las mecidas que le arrullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viaje; quince dias, en que las mas amargas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazon de aquella infeliz mujer, con la misma cons-

tancia con que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego.

Al llegar á Cádiz se destrozó aun mas dolorosamente su corazon, pues en Inglaterra solo dejaba recuerdos de sus desgracias; pero aquí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada, se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolon; tomó á su niño en brazos, á la niña de la mano, y con el corazon palpitante se dirigió á casa de la madre de Servando. Pero aquí la aguardaba un nuevo desengaño: la madre de su marido habia muerto. Entónces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan positivo, que sin documentos ni papeles legalizados, rehusó reconocer en ella á la mujer y en los niños á los hijos de su cuñado, á quien calificó de disipador, de mala cabeza, de vicioso, añadiendo que habia hecho muy mal en tener queridas, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles de reales que salia alcanzando en la cuenta de la testamentaría; que así, era justicia distributiva la que le habia arrestado en Lóndres por deudas.

Regla salió de allí aterrada. ¡Era cierto que la infeliz, ni un documento, ni siquiera una carta tenia que presentar en comprobacion de lo que decia! ¡Estaba perdida! ¡Hundida en la mas profunda miseria!

Si Servando hubiese muerto en su país, con un sacerdote á la cabecera, que le ayudase á bien morir, ciertamente que en el lecho de muerte se hubiese casado legalmente, y legitimado así á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque hubiese disipado todo su caudal, les habria proporcionado, ademas del nombre y del nacimiento, el amparo de su pudiente familia, y dado el derecho á herencias que en lo succesivo pudieran haberles tocado. Mas nada de eso habia sucedido; y Servando habia muerto solo, sin consuelo, sin guia, sin solemnidad, cara á cara con el horripilante esqueleto que tan propiamente simboliza la muerte!

Nos hemos valido de la frase vulgar de *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para pintar en su ecsácta luz los mas altos puntos de la religion católica,

tenemos que acudir, con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura literaria, á las expresiones comunes y casuales de que se sirve el pueblo español, pues ningunas expresan la idea católica con mas propiedad, concision, exactitud, profundidad, poesía y elevacion.

El cuñado de Servando vivia frente á la muralla. Al salir de allí Regla, sin saber qué hacer, ni atinar dónde refugiarse, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó, á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto. Regla andaba desatinada. Su misma angustia la hacia no poder estar parada, y así seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no habia probado aun bocado, y le pedia pan. Sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que minaba su vida, y era hija de la tísis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria y variable atmósfera inglesa. Su pecho se partia de dolor á un tiempo físico y moral. ¡Cuánto habia decaido, cuánto habia envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! ¡Cómo habia tronchado el huracan aquella hermosa y lozana planta, que se ajaba y secaba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegada que hubo al paraje de la muralla que cubre la bulliciosa Puerta del Mar, se paró exánime, y miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre; en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustenta á un tiempo al que los compra y al que los cria; al que los transporta y al que los vende. Recapituló cuán magna y benéfica es la institucion del dinero; cuán universal su poder y su accion: pues une el hombre al hombre, los países á los países, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso. De aquí recayó en la contemplacion de sus desgracias; recordando al autor de todos sus males, que sin ser un hombre perverso, ni un consumado bribon, habia llegado á ser un criminal y un ente desnaturalizado, solo por esa indiferencia hácia el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones,

esa carta blanca dada á las pasiones, llamándolas *instintos de la naturaleza*, y á estos, incontrarestables, pretendiendo que el criador, pues que las dió, no pudo hacer una ley de la virtud, ni constituir en deber el dominarlas y vencerlas.

— ¡Ah! exclamó, ¡qué de oro echaste á tu vanidad y á tus vicios; y tus hijos no tienen pan, ni lo pueden aun ganar!

— Tengo hambre, madre; tengo hambre! repetia la niña llorando.

— ¡Hija, si no tengo que darte! respondió la madre desesperada.

— Toma, pobrecita criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero: pobre soldado, que privado de ambas piernas se arrastraba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan; la madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos, al encararse, quedaron cual dos estatuas, frios é inmóviles.

— ¡Regla! exclamó al fin el soldado con asombro.

— Sebastian, ¡oh, infeliz! gimió Regla, prorumpiendo en un acerbo llanto.

— Ménos de compadecer soy que tú, repuso el lisiado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras ajenas.

Regla redobló sus sollozos.

— ¿Y tu marido? preguntó el mendigo.

— El padre de mis hijos murió.

— ¿Y nada ha hecho por vosotros?

— Murió encarcelado por deudas.

— ¿Y su gente?

— No nos quieren reconocer.

— Pues ¿qué te queda, infeliz?

— ¡Nada! respondió la desdichada, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

— Te quedo yo, Regla, dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre lisiado, y poco puedo por tí; pero me queda voz para pedir limosna, y oidos cristianos que me oigan.

— ¡Pedir limosna! exclamó Regla sollozando.

— ¿Y qué mal ni qué ignominia hay en eso, para aque-

llos á quienes otro recurso no queda? Alza tranquila la frente; que lo que Dios no prohibe, no es deshonra. Seis años há que soy un miserable lisiado sin poderme valer; y ni un dia, Regla, me ha faltado el pan. No me he acostado una noche con hambre, y sin rogar á Dios por las almas caritativas, que no se desdeñan de alargar su limosna á un pobre.

Desde aquel dia prohijó el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas; les dió pan y hogar, su cariño y su amparo. Pero Regla caminaba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los cuidados y esmero de su primo, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública.

En uno de esos dias de tribulacion fué cuando acaeció la escena que hemos referido al principiar, con la niña de la capota rosa, y que tuvo por resultado el interesar á su madre por la pobre niña, á quien vistió y puso en la escuela. Entónces Sebastian pudo dedicarse con mas desahogo al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todo su esmero fué en vano; el mal de Regla no tenia remedio, así como su pena no tenia consuelo.

La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la madre, cuya muerte rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, pobres, repulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

— ¡Oh, mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

— Tus hijos son hijos mios, la dijo Sebastian; descansa; que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios, cuando en él comparezcamos todos.

— ¡Sebastian!.... ¡Sebastian! exclamó con débil voz la moribunda: ¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?

— Y yo ¿qué he hecho, pobrecita mia?

— Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra, con no poner precio á sus beneficios! ¡Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú hubieras hecho de mí una mujer feliz y respetada, y cuando todos me faltaron, has sido mi único amparo.

Tarde conozco cuán cierto fué lo que me dijiste en aquel entónces, y á lo que por mi mal no atendí: *Con mal ó con bien á los tuyos te ten!*

A los pocos instantes aquella infeliz jóven era cadáver. Cuando la señora que habia amparado á la niña, supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y despues de ser una linda y bien criada jóven, la casó con un dependiente de su casa, sujeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz.

Sebastian puso todo el cariño de su corazon en el niño; le crió con esmero y dedicó á la carrera de la marina mercante; le embarcó temprano en un barco, perteneciente á uno de sus favorecedores, al que habia interesado por el huérfano. Este es en el dia un jóven y entendido piloto de la carrera de Manila: su capitan, que le quiere mucho, pronostica al buen marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios, que se disputan el corazon del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien. Puesto que si vemos al vicio abandonar á sus hijos, vemos á la caridad recoger á los desamparados.

¡POBRE DOLORES!

I.

> Hay gentes en este mundo, que no pueden contar con nada, ni con la casualidad, pues hay existencias sin casualidades.
>
> BALZAC.

Entre Sanlúcar de Barrameda, que despide al Bétis, y la pulida Cádiz, que se abre paso entre las olas, como para ir al encuentro de sus escuadras, en una saliente elevacion de terreno, se ha asentado Rota, pueblo, que aunque tranquilo y modesto, es de noble y antiguo orígen, como lo atestiguan la historia y su magnífico castillo perteneciente á los Duques de Arcos, tan bien conservado y tan cuidado.... que han pintado sus rejas de verde. Los seculares cantos sillares que forman los robustos muros del castillo, y el fresco verde *casino* con que han cubierto sus sólidas rejas, forman no solo un contraste, sino una disonancia que las personas entendidas y de buen gusto comprenderán mejor de lo que nosotros pudiéramos decir.

Hácia el lado que mira al sudoeste, — esto es, el que hace frente al océano atlántico, — el elevado terraplen en que se asienta el pueblo, desciende abrupta y perpendicularmente desde una gran altura hasta la playa. Esta presenta el uniforme aspecto que da el contacto del mar á la tierra que lame; muertas arenas alternativamente bañadas y abandonadas por las olas, en las que se busca con indistinto ahinco algun curioso secreto del mar, lanzado de su profundo seno, algun triste vestigio de un ignorado y solitario naufragio; pero en las que solo se hallan inocentes y lindas conchitas; algunas estrellitas del mar, que perdieron su luz con

la vida; espumas que arrojadas por las olas que les dieron ínfulas y brillo, decaen mustias y deslustradas; pesadas y trasparentes aguas-malas metidas en su masa de flema cristalina, como la yema del huevo en la clara, pobre pólipo que no se sabe si está vivo ó está muerto; porque en él tan inerte es la vida, como la muerte; algun torpe cangrejo que alza su diforme mole sobre sus delgadas patas, para correr con el esfuerzo y desmaña del lisiado, que se vale de sus muletas; gran cantidad de algas, que escupen á la tierra las olas que las desdeñan; algun pedazo de cordel ó de servida madera, que no son pavorosas ruinas de barcos, sino sencillamente sus desechos, y un lindo arabesco que dibujan en la tersa arena las finas huellas de las gaviotas; esto es de lo que se componen esas playas que engarzan á España; campo neutro que no adorna la tierra y que no cubren las olas, siendo así suelo sin flores, y cama de mar sin perlas.

A la izquierda del pueblo se entra el mar á pasear por la tierra, formando una ensenada, que haria un buen puerto á no tener tan poco fondo, que en la baja mar se queda en seco, y presenta una ancha extension de negro y pedregoso cieno. Cuando crece el mar, llega hasta las casas, guarecidas de sus embestidas por una valla natural de piedras, contra las que baten y se agitan con violencia sus olas, como las pulsaciones de un corazon oprimido.

En la punta del triángulo que forma el pueblo, está el muelle; y en él, los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres á Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos, que van al encuentro de los ricos huéspedes de la bahía de Cádiz, para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Lo apartado que está Rota de todo camino, no siendo tránsito para ninguna parte; lo incomunicado que se halla con otros pueblos; sus ningunas pretensiones y lo poco que figura, le dan un sosiego y una índole tranquila y patriarcal poco comun, sobre todos en puertos de mar.

Un pueblo campestre, sosegado y tranquilo, asentado á la orilla del mar, que le aturde con su gran é incesante ruido, que le distrae con su inquieto continuo movimiento, semejante

al del siglo en que vivimos, y al que surcan atrevidos barcos, cada cual con su distinto gallardete, ya empujados, ya contrarestados por las olas y las corrientes, como los hombres que actúan en la época presente; un pueblo en estas condiciones, nunca ha podido completar para nosotros el ideal de lo campestre. Simpatízanos mas aquel, que por horizontes solo tiene sus campos de trigo, y sus olivares; por ruido, únicamente el canto de sus pájaros, el cacareo de sus gallos, el murmullo de sus árboles y el toque de su campana, y que por vecino mas cercano solo tiene otro pueblo á quien llama compadre. La mar y la tierra son contrapuestos, como lo son lo tranquilo y lo agitado; la estabilidad y el movimiento; la seguridad y el peligro; como lo son lo que produce, y lo que destruye.

No obstante, difícil seria hallar otro lugar mas pacífico que Rota, y que tuviese habitantes mas laboriosos é industriosos en agricultura, que es la industria genuina del país. Todos los roteños tienen su propia tierra que cultivan, porque hay pocos labradores en escala grande. La uva, el melon, la sandía, y toda clase de legumbres, que son siempre tempranas y muy buenas, constituyen sus principales ramos de cultivo. Entre estas sobresalen por su tamaño, cantidad y buena calidad, las calabazas y los *tomates*, cuya abundancia ha valido á los roteños el apodo de tomateros; así como es igualmente notable, la enorme cantidad de canastos puestos allí en uso para la traslacion de sus cosechas.

Los andaluces, — que como es sabido hacen burla de todo, sin exceptuarse los unos á los otros, — y que con este fin inventan una innumerable cantidad de cuentos, sobrenombres, chascarrillos y coplas, tienen un abundante repertorio, en que son víctimas los buenos roteños.

Entre los muchos, sacaremos unos cuantos, no solo porque nos parecen muy graciosos, sino tambien porque son una muestra legítima de la clase de chiste y del giro de ideas de este agudo é ingenioso pueblo andaluz.

En una ocasion, quisieron hacer los roteños una funcion á su santo patrono San Roque. Con este motivo convidaron

á un predicador de fama, y á otros dos clérigos, que vinieron á hospedarse en casa del alcalde.

Averiguado por este que lo que querian cenar sus huéspedes era chocolate, llamó á la cocinera y le mandó hacerlo.

— Pero, ¿qué se le echa? preguntó aturrullada la cocinera.

— Agua, contestó su amo.

La cocinera se quedó suspensa; mas acordándose que allí cerca vivia una mujer que tenia fama de ser la mejor cocinera del pueblo, se fué allá y le preguntó que cómo se hacia el chocolate.

— ¿Y qué te ha dicho tu amo? preguntó la profesora.

— Que lo haga con agua.

— ¿Con agua no mas? repuso la otra. ¡Jesus! sépaste, mujer, que quien le quita al chocolate el tomate, le quita toda la gracia.

Tema que han puesto *muy bien enversado* de la manera siguiente:

Una señora fué á Rota
Para buscar cocinera,
Y la encontró desde luego;
Pero le advertia ella,
Que no sabia guisar
Con tocino la puchera,
Sino con pringue de olivo
Y con salsa tomatera.

Este es otro:

Los roteños se propusieron escalar el cielo con sus canastos. Al intento, los fueron poniendo unos sobre otros, de manera que pasaron mas alto de la luna y las estrellas. Solo les faltaba uno para llegar al cielo, y ese uno no lo tenian, por estar ya todos colocados. Para no dejar por tan poca cosa de conseguir su intento, sacaron de debajo de todos el primero que habian puesto, con lo que todos los demas se vinieron al suelo. A lo que acompaña la misma idea en verso:

Un roteño de los listos,
Sobre canastas queria

Subir al cielo, por ver
Si tomates allí habia;
Mas para llegar al cielo
Una canasta faltó,
Agarró la de debajo....
Y junto á Lóndres cayó!

Y este el tercero:

Una vieja de Rota, se encontró en un camino con uno del Puerto, que venia cantando el romance del gran capitan, y ambos se encararon en el momento que el del Puerto cantaba:

Aquella sangrienta espada
Que á los bárbaros de — rota,

— ¡Los del Puerto serán los bárbaros, so tunante! le dijo furiosa la vieja.

En cuanto al sin número de coplas, solo unas cuantas daremos por muestra:

No se ha podido saber,
Ni se sabrá á punto fijo
Los borricos que hay en Rota,
Porque llega á lo infinito.

Los roteños á sus novias
Acostumbran regalar,
Pepitas de calabaza
Que son confites allá.

Un hombre sabio de Rota
Estaba pensando un dia,
Que si no hubiese tomates,
El mundo se acabaria.

En fin, para concluir, hasta en la calamitosa época de los franceses les sacaron esta:

Si á Rota le apuntaran
Las baterías,
Ella con sus tomates
Las hundiria.

II.

Nada recrea mas la vista ni alegra mas el corazon que ver al caer la tarde volver del campo á los labradores. Cada cual viene montado en su burra, que las mas veces es seguida de un ruchillo que corre y salta, gozando de su corta niñez, como si le avisase un instinto profético que esa alegría, ese solaz, esos alegres saltos, serán los primeros y los últimos en su triste vida de trabajo y de desprecio. Traen los labradores sus serones llenos de frutas y de legumbres, coronados de frescos tallos de maíz, que son la cena de su buena compañera; esta apresura su lento paso al ver llegar á los niños, que salen al encuentro de sus padres. Completa la comitiva un perrito basto y feo, pero humilde y fiel, que se cuenta como de la familia, y que no dejaria el pedacito de pan que le da su amo, por todos los manjares de un palacio. Unos padres alzan al mas pequeño de los niños y le sientan delante de sí, miéntras los mayores abrazan y retozan con el ruchillo. Otros se apean, sientan en la burra á los mayores, y llevan en sus brazos al mas pequeño; y cada uno de estos variados grupos se dirige á su casa, en que les aguarda la madre y la esposa feliz.

¡Oh! qué de veces hemos mirado con profundo enternecimiento estos cuadros de íntima y pura felicidad, que no se ostenta ni se oculta, que no brilla ni se esconde, como la suave luz de la luna! Y nos hemos preguntado con amarga melancolía: ¿porqué la cultura material con su insaciable ambicion; su refinamiento de goces y su estúpida elegancia de formas, ha reemplazado estos santos y puros goces, con otros que tan poco satisfacen al corazon, á la poesía del alma ni á la conciencia? ¡Porque despreciando esta felicidad que Dios nos brinda y enseña, ha concebido otra facticia, que con sus anhelos por lo irrealizable, osa echar el desprestigio sobre aquella que nuestro destino, Dios y la razon nos señalan! ¡Cuándo comprenderemos que lo ideal no se debe buscar en los aires, en un globo sin direccion y sin rumbo, llevado al

soplo de las pasiones; sino que el que nos debe servir de norma y de anhelo, está bajo nuestra mano, como flores con que Dios siembra la senda que nos ha trazado! ¡Cuándo se convencerán los poetas, esos ruiseñores que cantan y nos alegran en los dias claros, y nos consuelan en las noches mustias de que se compone nuestra existencia, que miéntras exalten, exageren é idealicen las pasiones del hombre podrán agradarle y lucirse; pero que no contribuirán, como deberian hacerlo, á su bienestar y á su mejora!

No es decir que eso que no existan las pasiones. Ellas en lo moral, así como las calenturas en lo físico, son males de la humanidad que no llegan á destruir ni los esfuerzos de los moralistas, ni los trabajos de la medicina; y seria difícil — á no escribir un idilio — el pintar escenas de la vida humana sin que en ellas, tarde ó temprano, ocupasen un lugar. Pero la mala y extraviada propension está — á nuestro entender — en graduar de bello, noble ó interesante, el estado en que nos ponen; y aun es peor el craso error que las pinta como propias de almas superiores. Las almas superiores las moderan si son buenas; las vencen, si son malas.

Venia hácia el pueblo de Rota, una suave tarde de verano, un anciano montado en su burra. Seguíanle dos mozos bien parecidos, morenos y airosos, llevando sus azadas al hombro. Ya cerca de su casa, vieron venir á un niño de cinco años que traia á remolque una niña de tres, sofocado y colorado con los esfuerzos que hacia para apresurar la marcha aun vacilante de su hermanita. Paróse el jinete, y el mayor de los mozos, cogiendo á los niños, que eran sus sobrinos, colocó el uno al lado derecho, y el otro al lado izquierdo del anciano; hecho lo cual, la burra, sin recibir aviso, volvió á emprender su pausada marcha hasta llegar á una casa, á cuya puerta se paró sin ser necesario que resonase el ¡*soo*! en sus orejas gachas.

Antes de entrar en esta casa, que pertenecia al anciano jinete, es preciso describirla y dar cuenta de quiénes eran sus moradores.

Entrábase al atravesar la casa-puerta en un gran patio

entrelargo, empedrado de menudos chinos: á la derecha tenia un gran arriate en que se aglomeraban tantas flores, arbustos y enredaderas, que parecia un congreso de plantas; á la izquierda lo cubria un espeso emparrado, del cual colgaban racimos colosales; al frente estaban las puertas de la cocina, cuadra y corral, y una escalera maciza de ladrillo sin techar, que llevaba á un sobrado ó desvan. A la derecha de la puerta de la calle, habia una salita y una alcoba; á la izquierda otra igual, á las que seguian unas cuantas habitaciones con salida al patio. Cerca de la cocina, y con ventana al corral, tenia otro cuartito tranquilo é independiente. Esta buena y desahogada casa — á pesar de repetir su dueño, el tio Mateo Lopez, muy á menudo: «vecina, ni Santa Catalina» — tenia todas cuantas podia contener. El partido de la izquierda lo vivia su dueño con su familia, inclusa su hija Catalina, casada con un yegüerizo, y madre de los niños que hemos visto venir á recibir á su abuelo. Tenia arrendado en seis reales al mes el sobrado á la viuda de un infeliz marinero que se habia ahogado, y habia dejado á su mujer enferma y con dos hijos, la que no se lo pagaba nunca; el tio Mateo tampoco le pedia los caidos, haciéndose esta buena y juiciosa reflexion: — si no tiene la *desdichá* ¿cómo ha de pagar?

El cuarto inmediato á la cocina se lo tenia dado de valde á un pobre fraile desde la exclaustracion. La sala de la derecha se la tenia arrendada en diez reales á un carabinero y su mujer; y estos eran los únicos que pagaban.

El carabinero era un excelente hombre llamado Canuto, y á nadie le venia mejor el nombre, porque no se dió nunca hombre mas flaco, mas tieso ni mas vacío. Habia sido soldado, y siempre un soldado grave, serio y de pocas palabras; pero desde que era carabinero, esto es, hombre de confianza del gobierno, habia llegado su gravedad á lo inmutable de la de un Caton de mármol.

Señor Canuto, que no habia tenido desde que nació voluntad propia, era el mas celoso de su autoridad, y no se mudaba chaleco sin preguntar á su mujer cuál era el que debia ponerse. Habia sido cincuenta años atras, blanco y rubio; mas

el pícaro del tiempo y los malvados trabajos, no habian dejado por vestigios de estas dos ventajas, sino unos bigotes que parecian dos estropajos. Pero su mujer decia que habia sido su marido mas blanco que una azucena y mas rubio que unas candelas, y que aun á la presente, en sus espaldas se podia escribir como sobre un pliego de papel.

Pepa — que así se llamaba su mujer — era mucho mas jóven que él, y una de esas mujeres modelo, que tienen de suyo los mas bellos dotes para prestarlos y dedicarlos á sus maridos, mas por amor que por deber; mejor dicho, por la fusion del amor y del deber: fusion tan dulce y santa, cómo sábia y admirable. Tienen talento para guiar á sus maridos y enmendar sus torpezas, cuando las hacen, haciéndolo de modo que les persuaden, así como á los demas, y á si mismas, que son ellos los que aciertan y llevan razon; la prudencia para templarlos, sin que conozcan la intencion, como las madres tienen sus cantos para dormir, distrayéndolos, á sus hijos; la resignacion, para inculcársela con la palabra y el ejemplo; el sumo órden y limpieza, para que estén ellos siempre bien atendidos, y vistan con lujo y primor; la condescendencia hasta ocultar el propio sacrificio, por no hacer parecer exigente al que los impone; y sobre todo, el apego, la abnegacion y el propio anonadamiento, á punto de que si no fuese tan respetable su orígen, llegaria á ser ridículo cuando el marido no es acreedor á ello.

Señor Canuto casi nunca abria la boca; en lo que hacia muy bien. Pero cuando sucedia, era hablando lacónicamente por sentencias, y con gran aplomo, persuadiéndose que todos los oidos eran tan benévolos como los de su mujer. Y en realidad en cuanto á los habitantes de la casa en que vivia, no se equivocaba del todo nuestro buen carabinero.

III.

El exclaustrado que habia recogido la excelente familia de Lopez, se llamaba el Padre Nolasco, y era un buen señor. No habia inventado la pólvora, ni la imprenta, ni era colaborador de ninguna enciclopedia; pero sabia lo que tenia que saber para el cumplimiento de sus funciones. Si le faltaba un algo de dignidad, sobrábale celo y conocimiento del pueblo, de sus costumbres y de su lenguaje para atraerle á la senda del bien; lo que lograba alguna vez con un ¡caramba! dirigido á los mayores, y con un sosquin aplicado á los chicos. Como el instinto del pueblo es tan justo y perspicaz, por lo mismo que no tiene esa espuma de cultura — que no basta para penetrar, y sobra para extraviar — conocian que el padre *no perdia la derechura.* Así es que le querian y veneraban, aunque á veces se reian de sus cosas.

Atento á esto, haremos una salvedad al mismo tiempo que una observacion; y es que hay dos clases de rísas muy distintas, ó mejor dicho, contrapuestas; la risa benévola y la risa despreciativa: la primera es dulce, alegre é inofensiva; la segunda es amarga, poco alegre y zahiriente. La primera nace de un corazon sano, como los claros borbotones de un manantial de aguas claras; la otra nace de un corazon duro y acerbo, y filtra como un licor corrosivo que quema y ennegrece cuanto toca. La una se corona de flores; la otra se reviste de puas. Inútil es añadir que la que inspiraba *las cosas* del buen padre, que era queridísimo de todos, era la primera.

El Padre Nolasco estaba un poco sordo, lo que le hacia trabucar á veces las cosas que le decian. Por lo cual solia acontecer que sus exhortaciones en el confesonario servian á dos fines; como tales, para el penitente; como pláticas, para el concurso. No podia darse un hombre mas sin hiel: sin que por eso dejase de tener su buena dósis de malicia; que no se la pegaba tan fácilmente el que queria engañarle. Nunca tampoco se vió otro mas franco y verídico; lo que ha-

cia que, sin gastar tono de superioridad ni ménos tener agrior, decia á cada cual, cuando le parecia, que iba errado y obraba mal, que nadie se ofendiese por eso.

En cuanto al exterior, parecia el Padre Nolasco una de esas caritas de goma elástica que se hubiese estirado cuanto daba de sí á lo largo; tenia larga y angosta la cabeza; larga la nariz, larga la barba, los dientes largos, los brazos y las manos largas, y largas las piernas y los piés. Vestia desde la exclaustracion una chaqueta, un chaleco, y unos pantalones negros de cúbica, que le habian sido dados de limosna por un favorecedor venido de América, llamado D. Marcelino Toro; cuyas ropas, á fuerza de servir y ser cepilladas por su buena patrona, habian adquirido un brillo que las hacia aparecer de hule.

El Padre Nolasco, aunque contaba mas de setenta años, era ágil; y á excepcion de algunos flatos que se curaba con *la thé*, gozaba de buena salud, gracias quizá á su frugalidad y á la sencillez de sus alimentos. La hermana de su favorecedor Doña Braulia Toro, le regalaba cada mes dos libras de chocolate de á treinta cuartos, el que con unas tostaditas secas, componia sus almuerzos. Su compadre el rico tio Gil Piñones, le regalaba garbanzos porque enseñara á sus hijos á ayudar á misa; y aquellos, con media cuarta de carne y con media onza de tocino que le daba el serrano porque le escribiera sus cartas, formaban el puchero que comia los trescientos sesenta y cinco dias del año, del que guardaba una taza de caldo para cenar, y otra daba á la pobre viuda que vivia en el sobrado.

Por decontado el Padre Nolasco tuteaba á cuantos habian nacido en el siglo de las luces. Un dia el médico que era un jóven que la echaba de importante, le hizo notar que esa libertad que se tomaba, era contra la dignidad del hombre.

— ¡Dignidad del hombre! contestó el Padre Nolasco; eso han sacado ahora. ¡Vaya! ¡Dignidad en las palabras, é indignidad en los hechos! ¡Con que tuteo á mi seráfico padre San Francisco, é iria yo á darle mercé ó señoria á un barbilampiño como tú! Anda, cura tabardillos, y no me lo des á

mí; que no me he de poner al uso del dia; que está ya el alcacer duro para pitos; ¿estás?

Pero con quien sostenia el Padre Nolasco una hostilidad perenne, era con el hijo de la pobre viuda, gracioso, vivo, bonito y simpático muchacho de doce años, que queria ser marinero, contra la voluntad de su madre. Esta, que habia perdido á su marido en un naufragio, se estremecia con la idea de que se embarcase su hijo; y habia acudido al Padre Nolasco, á fin de que le prestase su auxilio para disuadir al niño de su intento. Pero este habia sido ineficaz; miéntras mas le habia encomiado el padre las prerogativas de la tierra firme, y las ventajas de la vida sosegada, mas se habia entusiasmado el aventurero muchacho por los azares del mar, y por los largos viajes sobre las inseguras olas. El Padre Nolasco en venganza le habia puesto por nombre *Montevideo*; ya sabemos que para ciertas gentes se encierran los largos viajes de mar en el de América, y que para ellos el *Finisterre* es Montevideo.

— No irás á la mar, no, le decia el buen padre.

— ¿Y porqué no, señor? respondia con una sonrisa tan alegre como dulce Tomasillo; sonrisa que era peculiar á él y á su hermana, en la que se unia la alegría y la dulzura, como se unen en el sol el brillo y el calor.

— Porque la mar es enemiga del hombre; bien lo sabes; y que en ella murió tu padre. Así es que no sé, testarudo, cómo tienes valor de embarcarte.

— ¿El padre de Vd., Padre Nolasco, dónde murió? preguntó Tomasillo.

— ¡Toma! en la cama muy descansado, respondió el padre.

— ¿Pues cómo tiene Vd. valor de acostarse en una cama, Padre Nolasco?

— No me vengas con entraditas de pollo inglés, Tomasillo. Bien sabes que de diez que van á la mar, se ahogan nueve en la flor de su vida, y mueren sin confesion; lo que á tí que eres mas malo que ninguno, le vendrá peor que á ninguno tambien. Si dejas esta por otra, el mal ha de ser para tí, pues en lo demas poco se pierde; para tí digo, y

para tu pobre madre que te ha de sentir, como que te parió. Y que es preciso que tú la mantengas.

— Pues, ¿qué quiere Vd., Padre Nolasco? que vuelva yo á andar como anduve á principio de verano por las recortas del manchon del tio Mateo, con un cencerro en la mano ahuyentando pájaros, con la cantinela:

Al agua patos,
Que se comen el trigo los gurupatos?

— ¡Vaya! ¿Pues qué peligro hay en eso?

— A mí me gusta el peligro, Padre Nolasco.

— Calla, pez volante; que quien ama el peligro, en él perece. Hablé con mi compadre tio Gil Piñones, y me dijo que te tomaria de porquero.

— Que no voy; ¿qué? ¿habio yo de guardar puercos? — Que los guarde su amo.

— ¿Con que no quieres trabajar, so malandron? ¿no quieres ser hombre de bien y ayudar á la pobre de tu madre? dí, libertino?

— Sí señor, sí señor! Pero no quiero ser *espachurra terrones*, ni pasar mi vida en mi casa como *caracol burgado.* Si me muero .... tanto me da! — Pero no quiero que me llamen tomatero, eso no.

— Y mejor será que te llamen Montevideo, ó bien:

Que te llamen pocas penas,
Pariente de mala gana,
Y por apellido tengas
A mí no se me da nada!

Ya veremos si vas al cortijo del compadre tio Gil Piñones. Yo en propia persona te voy á llevar; y si te repercutes, te llevo cogido de una oreja. ¡Vaya! .... ¡despues de los pasos que he tenido que dar y el empeño que he puesto! .... ¿Cuándo te podias tu figurar, peje-sapo, que habias de llegar á ser porquero del compadre Gil Piñones? Con que ya te puedes alistar para mañana con la fresca, coger la vereda.

A la mañana siguiente el chiquillo se escapó, se metió en una barca, y no hubo quien de allí le sacase. Como era tan bonito, tan alegre, tan dispuesto y tan simpático, le hizo gracia al patron, que le conservó en su barca, y á la sazon habia ascendido á la dignidad de *cuarteron*, nombre que dan á los muchachos ya enseñados y que alcanzan estipendio, por ganar la cuarta parte de lo que gana un hombre.

— Montevideo, le dijo el Padre Nolasco cuando le volvió á ver; — eres como las piñas de la Rápita que estuvieron siete años dándoles golpes, y el primer piñon les saltó un ojo.

— Padre Nolasco, respondió Tomasillo, «tres cosas hacen al hombre medrar; ciencia, mar, y Casa Real.»

IV.

Despues que hubieron cenado, se reunieron todos los vecinos de la casa en la puerta de la calle, ménos la pobre viuda, á quien sus males y sus quehaceres retenian en el sobrado.

En un banco á la derecha se sentaron el Padre Nolasco, el señor Canuto, á quien no tocaba la guardia en los puestos aquella noche, y el tio Mateo. Entre sus rodillas estaba su nietecito, que tenia extendidos sus brazos sobre los muslos de su abuelo.

— Tio Mateo, le decia Pepa, hasta el suelo se le cae á Vd. la baba con ese chiquillo.

— Verdad es, contestaba el tio Mateo, que era zumbon. No lo puedo negar: tira la sangre; y que, hijo de mi hija, ser mi nieto; hijo de mi hijo, no saberlo.

En el banco de la izquierda se sentaron, Estéban que era el mayor de los dos hermanos que hemos visto volver con su padre del campo, y contaba veinte años; su hermano Lorenzo que contaba diez y ocho, y al lado de ellos María Do-

lores, la linda hija de la pobre viuda, á quien todos querian con extremo, lo mismo que á su hermano. Así era, que cuando el tio Mateo decia:

— ¡Qué hechizo tiene ese Tomasillo! Es mas alegre que un fandango: se acuesta y levanta cantando como los pájaros — respondia la tia Melchora su mujer: — Verdad es. Pero .... ¿y María Dolores? ¡qué ángel tiene! ¡Esa se acuesta y se levanta como los serafines, alabando á Dios!

Contaba Dolores catorce años, edad en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha union, que necesitan á veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlas.

La tia Melchora estaba sentada en el escalon de la puerta de la calle, y junto á ella su nietecita, que habia dejado caer su cabeza en la falda de su abuela, y sin soltar de su mano un racimo de uvas, se habia quedado dormida como una pequeña Bacante.

Pepa la carabinera y Catalina, la madre de los niños, que estaban estrechamente unidas, por lo que á estos queria Pepa, habian traido sillas bajas y estaban sentadas de frente. Catalina tenia dormido en sus brazos al hijo mas pequeño, al que criaba.

— Paréceme que quiere llover, dijo el carabinero; que apunta el levante, y por este tiempo siempre que viene el levante echa agua. ¿Qué le parece á Vd., tio Mateo?

— Que no dice Vd. malamente, respondió este: hoy es juéves, dia de señal como el domingo: y en acostándose en estos dias de señal el rubio entre cortinas, mudanza de tiempo.

— ¿Te vienes, Lorenzo? dijo Estéban á su hermano, al que queria con ternura; es sábado, los mozos tienen una guitarra y una fiesta armada.

— No voy, contestó lacónicamente Lorenzo, que era desabrido.

— Pues no vengas, repuso Estéban, así como así por todo armas camorras. Con que mas vale que no vengas: siempre estás que parece que te deben y no te pagan. ¿Te duele algo?

— La cabeza, de oirte.

— ¡Pues hijo, con Dios! al que le duela la muela que rabie, ó se la eche afuera.

Estéban se alejó.

— ¿Porqué no vas? le preguntó Dolores.

— Porque me gusta mas quedarme aquí.

— Porqué?

— ¡Qué sé yo!

— Pues si yo pudiese ir donde hubiese guitarra, no me quedaba yo aquí, no.

— ¡Si tú hubieses estado cavando todo el dia! ....

— ¡Quita allá, flojon! ¿no lo han estado los otros lo mismo que tú?

— ¡Los otros! los otros no van por la guitarra, que van por la novia.

— ¿Y tú no tienes novia, Lorenzo?

— Yo no, respondió en tono brusco el muchacho. Mira, Dolores — añadió despues de un rato — desde ahora te digo que cuando me llegue á enamorar, ha de ser de tí! Y en mi vida de Dios he de tener mas novia que tú.

Dolores empezó á reirse en sonoras carcajadas.

— ¿Te ries? preguntó muy picado Lorenzo.

— ¡Pues no me he de reir! ¡tú mi novio! ¡ay qué reidero!

— Pues no siempre ha de ser para tí un reidero. Porque en siendo tu novio, te he de poner las peras á cuarto; y no has de estar siempre riéndote como Juanilla la tonta.

— Es que no seré tu novia, dijo con decision Dolores.

— ¿Que nó? ¡ya veremos! .... Aunque no quieras, lo has de ser.

— Que no.

— Que sí.

— Que no.

— Que sí.

— ¡Que no, ea! exclamó medio llorando la niña.

Oyóse entónces una alegre y clara voz que venia cantando:

¡Bendito sea Dios, madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

Ese es mi Tomas, dijo Dolores con júbilo, corriendo al encuentro del que cantaba.

— Buenas noches, Señores, dijo Tomas, que traia un canasto con pescado.

— Dios te las dé muy buenas, hijo.

— Tia Melchora, aquí tiene Vd. un rapé[1]) que sé que le ha de gustar para hacer sopa. Señá Pepa, tome Vd. estos salmonetes. Padre Nolasco, tome Vd. estos pescadillas para cenar, dijo el niño repartiendo casi todo el pescado que traia.

— ¡Qué! ¿ya estás de vuelta, Montevideo? Vaya que pronto has venido! andas mas que una mala noticia; ¿qué dices? dijo el Padre Nolasco.

— Que tome Vd. estas pescadillas para cenar, padre, gritó Tomasillo.

— No, no, no quiero sino mi sopa; que en mis años vale mas caldo de carne, que carne de pescado.

— Dios te lo pague, Tomasillo, dijo la tia Melchora.

— Gracias, añadió Pepa.

— No hay de qué darlas; quien esto dá, diera cosa mejor si la tuviese, respondió el cuarteron.

— ¿Has estado léjos, Tomasillo? preguntó el tio Mateo.

— ¡Jesus! Hasta Gibraltar, que es tierra de ingleses.

— ¡Pues qué! has estado en Inglaterra? preguntó Catalina.

— No, que el Peñon es de España, y es de los ingleses; y eso es como si dijese Vd. que mi mano era suya. ¿No es verdad, Padre Nonasco?

---

1) El *rapé*, el *salmonete* y la *pescadilla* son pescados comunes; pero que se aprecian mucho, y con razon, en aquella costa.

(*N. del E.*)

— Chiquillo, dijo la tia Melchora, no se dice Nonasco, que se dice Nolasco! te lo he dicho mas de treinta veces.

— Nonasco; así le dicen en Cádiz, que es gente pulida. ¿No es verdad, Señor Canuto?

El grave y callado carabinero obligado á contestar á esa pregunta directa, respondió en voz hueca:

— No se dice Nonasco.

— ¿Lo ves?

— Ni tampoco Nolasco.

— ¿Lo ve Vd.?

— ¿Pues cómo se dice?

— Se dice Nonato.

— ¡Qué! Señor, ese es San Ramon, observó la tia Melchora.

— Es que los dos llevan un mismo apellido, repuso con aplomo el señor Canuto.

— Cuando señor Canuto lo dice, verdad será; pues sabe su mercé mas que *Seeneca*, dijo Catalina.

— ¡Oiga! ¿y quién es *Seeneca*? preguntó el cuarteron.

— ¡Qué sé yo! contestó la yegüeriza, será un abogado.

— Padre Nonasco, gritó el marinerillo, dígame Vd., ¿quién es *Seeneca*?

— ¿Rebeca? respondió el padre que no oyó bien; es una pastora de las de Belen.

— No pregunto eso, contestó el cuarteron, sino ¿quién es *Seeneca*?

— No lo sé, contestó el buen señor; ese santo no está ni en el añalejo, ni en el martirologio.

— Señor Canuto, prosiguió preguntando Tomasillo, sáqueme Vd. de curiosidad, y dígame quién es *Seeneca*, que esto pica en misterio.

— *Seeneca*, respondió con todo aplomo el carabinero, es un sabio de los moros, que ayuda y guia á su rey, como por acá el papa al nuestro.

— ¡Vaya! no sabia yo eso, dijo su mujer. Aunque siempre he oido decir que los moros saben mucho.

— ¡Como que encierran á las mujeres! mire Vd. si serán

avisados, observó el tio Mateo; ¿no es *asina*, Padre Nolasco?

— ¡Por supuesto! contestó este; la mujer honrada, la puerta cerrada. Pero hoy dia son mas callejeras que el humo, que siempre está buscando por donde salir.

— Toda la vida de Dios ha sido *asina*, Padre Nolasco, dijo el tio Mateo. Oye, cuarteron, prosiguió, ¿has visto por esas mares anchas á la Sirenita del mar?

— Yo no; lo que querrá Vd. decir son tiburones ó *goifines*, tio Mateo.

— No, no, intervino la tia Melchora. La sirenita es una muchacha muy sin vergüenza, que andaba por esas playas enamorando á los marineros con su buen parecer y sus cantos, hasta que su padre la maldijo, deseando que se volviese pez; y así sucedió, volviéndose pescado de medio cuerpo abajo. Metióse avergonzada en la mar, y se fué léjos por sus centros, en los que canta siempre como en las playas hacia, para atraer á los hombres á su perdicion. Y así es que dice la copla:

La Sirenita del mar
Es una pulida dama;
Por maldecirla su padre,
La tiene Dios en el agua [1]).

— ¿No sabias, Tomasillo, que cuando saltan los delfines y cantan las Sirenas, es señal de tempestad y presagio de naufragio?

— Yo no, señora, no he oido mas que los ronquíos de la corbina. Esa Sirena será pez de otras mares, digo yo. Ea, voy á ver á madre, y á decirla que me embarco de *gurumete* en una fragata tamaña como el castillo.

— ¡Muchacho! ¿y dónde vas? exclamaron todos.

— A lo mas remontao de la América.

— ¡Jesus! volvieron á exclamar todos.

---

1) Y cate Vd. lá Sirena mitológica hecha cristiana por el pueblo.

— ¿Qué dicen? preguntó el Padre Nolasco.

El tio Mateo se lo dijo en recia voz.

— ¡No lo dije! exclamó el Padre Nolasco, á las Indias, á Montevideo! ¡Si no habia de parar hasta lograrlo, ese atronado, mas aturdido que unas carnestolendas! ¡Mire Vd. que dejar de ser porquero del compadre Gil Piñones, para ir á ser pasto de peces!.... ¿se podrá creer?....

— Dejar nuestra madre la tierra por esa *madrastra* la mar! dijo la tia Melchora.

— Señora, el dinero no se gana tendido. Y yo quiero ganar dinero mucho y aprisa, para que mi pobre madre tenga la vejez descansada, respondió el cuarteron.

— Tomasillo, el que quiere ser rico en un año, al medio le ahorcan, observó el tio Mateo.

— ¡Ay, Dios mio! dijo echándose á llorar Dolores, ¡hermano de mi alma, no te vayas tan léjos por esos mares, sepulturas de cristianos!

— Calla, calla, *Dolorsiya*, que voy á volver como D. Marcelino, con mucho oro.

— Sí, del que depone el moro, murmuró Lorenzo.

— A madre le voy á traer una caja de azúcar para sus jarabes; á tí un loro, y al Padre Nolasco un negrito para que le ayude la misa.

— Déjate de negritos, repuso el padre Nolasco, y acuérdate que quien ama el peligro, en él perece. Pero á unos no basta el arre, ni á otros el só!

— Padre Nolasco, la gloria y el dinero son para quien los gana.

— ¡Sí! ¿y si para lograrlos pierdes la vida ó la salud? .... ¿y si no vuelves?

— Volveré, sí, señor, ¡volveré!.... con salud y con pesetas; que es salud completa! — repuso alegremente el cuarteron entrándose á ver á su madre.

V.

Nada pudieron sobre el emprendedor y decidido muchacho, las reflexiones de sus amigos, ni las súplicas y lágrimas de su madre y hermana.

— Quien no se arriesga, respondia, no pasa la mar. ¿No sabe Vd. que dice la copla:

Si no te ha dado tu suerte
Un mayorazgo en España,
Embárcate en un jabeque,
Y pásate á la otra banda.

Tomas partió. No hay pinceles que pinten, ni palabras que expliquen la afliccion de su pobre madre, cuya vida entre el dolor de lo pasado y la angustia de lo presente, se extinguia, como la de la encina que estuviese á un tiempo herida de un rayo y roida de un gusano. Así pasó un año.

Un dia entró en casa de la pobre viuda un piloto, antiguo conocido de su marido. Este hombre traia una carta; esa carta era dictada por Tomas, y fechada del famoso Montevideo.

Escribia mas alegre que nunca; decia que habia hecho un viaje de damas; que estaba tan contento como el pez en el agua; que habia crecido media vara, y que volveria con el mismo barco y el mismo capitan, que le queria mucho. Desde aquel dia la viuda no faltó uno, en ir á la playa y recorrer con la vista, la desierta y brillante extension azul, en la que habia de dibujarse como un aro de perlas que engasta un brillante, la fragata que le traia á su hijo. Habian querido disuadirla, porque esos inútiles viajes dañaban á su debilitada salud; pero fué en vano! Cuando la realidad niega toda felicidad, el corazon se ase á una ilusion.... y no la suelta; pues solo por ella vive! Pero pasaban los dias, las olas y las nubes.... ¡y Tomas no volvia!

Era una noche del equinoccio. Partia el brillante y luminoso verano, dejando la tierra seca y agostada; y llegaba el

frio y severo invierno á reanimarla sacudiéndola con sus huracanes, y á fertilizarla con sus claras aguas. Anunciábase con un temporal estrepitoso, que todo lo conmovia .... ¡hasta los ánimos!

¡Oh! ¡cuán dichosa es aquella familia, que en semejantes noches se reune completa alrededor de la lumbre, y que despues de dar gracias á Dios por tamaño beneficio, cruza sus manos y ruega por los que sufren ó peligran, pagando así su tributo á los lejanos y desconocidos sufrimientos de nuestros semejantes!

No era este el caso en que se encontraba la infeliz viuda. El hijo que idolatraba, se hallaba embarcado, y cada ráfaga de vendaval arrancaba á sus ojos sus últimas lágrimas, como á los árboles sus últimas hojas ¡y levantaba olas de angustias en su corazon, como olas amargas en el seno del mar! En este estado de congoja habia pasado la noche; por la mañana, no se hallaba capaz de levantarse. Su hija, despues de traerle la taza de sopas que le hacia guardar el P. Nolasco de su pobre puchero, se fué á escoger trigo en casa de una rica panadera.

El P. Nolasco hacia aquella obra de caridad sin graduarla de tal. Y como en otra ocasion hemos dicho, que ver sufrir injusticias sin graduarlas de tales, enternece profundamente, decimos lo mismo en cuanto á los obras de caridad, que se hacen sin conceptuarlas así. Sufrir lo injusto sin necesitar resignacion, y hacer buenas obras sin sensibilizarse, son — mirándolo reflexivamente — la perfeccion en ambos géneros; esto es, conformarse, sin que ayude la fuerza de la virtud; hacer bien, sin el arrastre de un corazon impresionable; andar derecho sin báculo; caminar al fin sin brújula. Es hacer uno su deber, como canta el pájaro y como embalsama la flor.

Apénas se halló sola la pobre viuda, cuando no dejándole sosiego su angustia, se levantó, y se fué á la playa.

¿Quién no ha visto con terrorífica admiracion el espectáculo grandioso del océano, cuando á la vez lo arrojan sobre las playas los vientos, la marea, y el empuje que unas de otras reciben sus inmensas olas, que como dice Shakespeare,

se levantan rizando sus monstruosas cabezas? ¿Quién no ha creido ver vibrar su ira en la vacilante hinchazon de sus olas, y oirla en su hondo mugir de acosada fiera? ¿Quién no se ha estremecido al considerar su poderío que en la tierra nada contraresta? ¿Quién al mirar morir una ola en la playa, y seguirla tan luego otra mayor, no le ha comparado á aquella hidra fabulosa, que ninguna pérdida disminuia, ninguna derrota debilitaba? El horizonte parecia cerrado con un muro de lluvia; la que empujada por el viento, formaba sesgadas líneas entre las que desaparecian Cádiz y su faro, como si borrarlo intentase del gran mapa del mundo la poderosa mano del temporal. El peso de las nubes les robaba su ligero vuelo y airosas formas, y caian de prisa como todo lo que desciende.

La pobre viuda parada en la playa, azotada por el huracan que pegaba sus pobres ropas á su demagrado cuerpo, miraba al mar, y nada veia sino esa gran convulsion de la naturaleza, entre la cual habia desaparecido todo ser viviente, como barrido por las ráfagas, á las que aquella débil mujer resistia! Como si su amor de madre la prestase sus últimas fuerzas! Así era que no se movia, creyendo distinguir en cada cresta espumosa con que se coronaban las olas, las blancas velas de un barco que buscase el puerto.

VI.

Aquella tarde entró muy de prisa el señor Canuto en su casa, y hallando que su mujer habia salido, se sintió muy contrariado. Daba algunos pasos; se paraba y se rascaba la oreja, formando una especie de gruñido impaciente.

— ¿Qué trae Vd., señor Canuto? le preguntó la tia Melchora.

— Traigo .... traigo un entripado, contestó el carabinero.

— ¿Y qué es, señor? Pues Vd. no es de los que se descoyuntan por poca cosa.

— ¡Es .... es que me he hallado en la playa á una mujer muerta!

— ¡Jesus, María! ¿Matada?

— No señora, muerta legítimamente, de muerte física. Pero no es eso lo peor, sino que esa mujer es su vecina de Vd., la tia Tomasa.

— ¡María Santísima! Señor Canuto, ¿qué está Vd. diciendo?

— La verdad sin círculos madroños, tia Melchora. Y no es eso lo peor; sino que tengo que dar parte.

— Eso es lo de ménos, dijo echándose á llorar la tia Melchora.

— ¡No es lo de ménos, vaya! ¿le parece á Vd. que un parte es un buñuelo que se echa á freir? ¡Y Pepa que no está ahí! Me lo temí! añadió el carabinero viendo reunirse la familia y las vecinas, y oyendo sus voces de lástima y desconsuelo. Escriba Vd. un parte con esta liorna! Pocas veces hablo, y no hablo una que no me pese. ¿No habrias podido callar, Canuto, parlanchin del dianche? ¿no sabes que en la boca del discreto lo público es secreto?

Por fortuna entró en este momento su mujer, á la que pidió la llave, abriendo en seguida el cuarto en el que se encerró para escribir su parte [1]).

---

1) Este parte no es del caso en nuestra relacion; pero no queremos privar al lector de tan curioso y *auténtico* documento. Decia así:

«El susodicio que firma mas abajo, da parte á la autoridad del juez de esta *sudiá*, que en el punto de Torre Arenas, que se nombra, hay tendido á la larga el cadáver de una mujer muerta del *too*, la que es una viuda sin marido y madre con hijos de esta vecindad; lo que hago saber á mis superiores para no pecar á sabiendas de mi ignorancia para conocimiento de la *dina* autoridá que manda estas tierras y sus *alreores* y lo digo á V. S. para obsequio de la *umaniá*.»

El encargao

Canuto Micon.

— Para la pobre, dijo la tia Melchora, es una suerte haber dejado de sufrir! Y como era una santa y una mártir, buen zarpazo habrá dado en el cielo. ¡Dichosa ella!

— Y dice Vd. bien, tia Melchora: como que dicen los *autiores* que el castigo que ha dado Dios á Cain es el de no morir: unos dicen que está debajo de tierra, y otros que está en los cuernos de la luna, pero morir no puede. La muerte ha sido para la pobre Tomasa un premio.

— La ida de su hijo la acabó de hundir, dijo Catalina. A la que hay que compadecer es á la pobre de su hija.

— Señá Pepa — dijo una de las vecinas. — Vd. que la quiere tanto y no tiene hijos, bien podria prohijarla.

Ya ese hermoso y caritativo pensamiento habia surgido en el corazon de aquella excelente mujer; pero no pudiendo determinar por ella sola, ni queriendo demostrar un buen deseo que si no se llevaba á cabo, echaria sobre su marido toda la culpa de la negativa, contestó:

— La ayudaré en lo que pueda; pero eso de cargar con hijos ajenos, es un cargo de los grandes. Y por lo mismo que es voluntario .... tanto mas obligatorio. Dice el refran: brasa trae en el seno, quien cria hijo ajeno.

— ¿Y quién le dice á la pobre Dolores la muerte de su madre? preguntó apurada Catalina.

— Se lo dirá el Padre Nolasco cuando vuelva de la iglesia, contestó la tia Melchora. Siempre para estos casos apurados se cuenta con los padres, y nunca se echan fuera.

Pepa habia entrado en el cuarto, en que halló á su marido cerrando el parte que laboriosamente habia escrito; luego salió para enviarlo con un propio al juez del Puerto de Santa María, partido á que corresponde Rota.

— ¿Sabe Vd. lo que decíamos? — le dijo la buena anciana. — Que á esa pobre niña que queda huérfana y desvalida le habia Dios de enviar un amparo, y ese podria ser Vd., pues Pepa la quiere mucho.

— ¿Y Pepa qué ha dicho? preguntó el carabinero.

— Ha dicho que eso de cargar con hijos ajenos, era un cargo de los grandes; pero si Vd. quisiera....

— ¡Yo querer! exclamó el carabinero abriendo unos fieros

ojos; ¡no valia mas!.... ¿Soy yo algun mayorazgo de los millionarios para meterme á amparar huérfanos como la reina? Vaya, tia Melchora, tiene Vd. unas cosas.... que son *cosazas*. Sepa Usted que dice la sentencia:

Ni fies ni desconfies,
Ni hijos ajenos cries;
Ni pongas viña, ni domes potros,
Ni tu mujer enseñes á otros.

Diciendo esto se entró el carabinero con aire terrible en su cuarto.

— Con que.... Canuto, ¿no respiraba ya la pobrecita cuando la hallaste? le preguntó llorando su mujer.

— Tan muerta estaba como si hubiese estado tres dias en la playa; y la marea que subia, mojaba ya los piés.

— ¡Pobrecita! ¡pobrecita! ¡si siquiera ántes de morir te hubiese visto, tú que eras una cara amiga!

— ¡Verdad es, mujer!

— ¡Si siquiera hubieses podido dulcificarle sus últimos momentos diciéndole: muera Vd. descansada, que yo me hago cargo de su hija, y le diró á Pepa que cuide de la pobre Dolores!

— Dices bien, mujer, repuso el carabinero, cuyo aire fiero habia sido reemplazado por un aire compungido al ver llorar á su mujer.

— ¡Qué dolor, hombre, que no diese tiempo á que hicieses esa buena obra, tan propia de tus buenas entrañas!

— Pero, mujer, ¿no dijiste tú á la tia Melchora, que hijos ajenos eran cargo de los grandes?

— Y no me desdigo. Pero no he dicho que yo los huyese; y mas teniendo presente la máxima de Dios que dice: amparáos los unos á los otros. Y mas te digo, y es que me habia de alegrar que lo hubieses hecho. ¡Bien sabes que siempre he deseado tener una hija! Dios no nos la ha dado, quizas porque nos tenia destinada á esa desgraciada.

— Pues me parece que seria una obra buena, Pepa; y todavía estamos á tiempo. Sí, sí, me parece bien; te ayudará, y así podrás tú descansar.

— Por eso no lo hagas, Canuto; pero hazlo por caridad, que quien bien hace, para sí hace. Si yo fuese tú, iria á cuidar de que á la pobre ahogada la recogiesen y llevasen á la iglesia, donde se ponga con decoro y con sus blandones, pues la pobrecilla no tiene á nadie propio que cuide de eso.

El carabinero se encasquetó su morrion de hule, salió al patio, y dijo á la tia Melchora con prosopopeya:

— Tia Melchora, yo me haga cargo de la niña; que Dios dice: amparáos los unos á los otros, y esa niña podrá ayudar á mi Pepa.

— ¿Pues no dijo ella que no? repuso atónita la buena mujer.

— Yo mando en mi casa, tia Melchora, y mi Pepa no tiene mas voluntad que la mia. ¿Ahora se desayuna Vd. con eso?

Diciendo esto salió el señor Canuto á paso de marcha real.

Entró á poco el Padre Nolasco, á quien fué referido todo lo que habia pasado.

El Padre Nolasco tenia esa impasibilidad, tan apreciable y útil en los cirujanos para las dolencias del cuerpo, como en los sacerdotes para las dolencias del alma. Bien sea esta originada en hombres superiores por una gran fuerza y elevacion de alma, ó en los adocenados, por la costumbre de su triste mision, esta impasibilidad es inapreciable, y da muy benéficos resultados.

— ¡Anda con Dios! dijo el buen padre, cuando de todo estuvo enterado: — hoy tú, mañana yo, todos tenemos que andar ese camino. No es lo peor que se haya muerto, sino que haya sido sin los sacramentos, como un moro de Berbería. Pero aquella pobrecita era una justa, y no ha de ir donde van los perversos, no.

Oyeron entónces á Dolores, que volvia de en casa de la panadera de escoger trigo, y que llegaba cantando alegremente.

— Dios les dé á Vds. buenas tardes. Padre Nolasco, la mano, dijo al entrar, y levantando la cara, como viese cerrada la puerta del sobrado, añadió:

— ¿Y madre? ¿acaso ha salido?

La niña miró con ojos asombrados á las mujeres allí reunidas, que solo con lágrimas contestaron á su pregunta.

— Pero .... ¿qué hay? preguntó con ahogada voz.

Nadie contestó.

Entónces pareció que toda la sangre agolpada en su corazon, le impedia latir y la sofocaba:

— ¡Mi madre! ¡mi madre! ¿Dónde está mi madre? gritó al fin.

— Tu madre está donde todos quisiéramos estar, dijo el Padre Nolasco. Ya eso no tiene remedio; con que así .... á encomendarla á Dios como buena hija y buena cristiana. Lo demas no es sino faltar á la santa conformidad que es nuestro Cirineo.

Dolores dió un agudo grito, y se precipitó hácia la escalera.

Catalina y Pepa corrieron tras ella, y la agarraron por los brazos diciéndola:

— No está allí, hija, no está allí.

— ¡No está allí! dijo fuera de sí la pobre huérfana; no está allí! ¿pues dónde está?

— En la iglesia.

La niña se desprendió de las manos que la sujetaban, y se arrojó hácia la puerta de la calle.

Catalina y Pepa la siguieron.

— ¡No detenerme! ¡no sujetarme! gritaba la pobre niña haciendo esfuerzos para desasirse de las manos que la sujetaban; ¡quiero verla! ¡quiero ver á la madre de mi alma!

— No vas; que te lo mando yo, que soy tu confesor, dijo acercándose el Padre Nolasco. ¡Pues qué! ¿quieres alborotar el pueblo y armar escándalo en la iglesia? ¿Qué ibas á remediar con ir? — Vamos, hija, sosiégate; que todos hemos de morir, y la muerte no asusta sino á los malos.

Dolores cayó, prorumpiendo en gritos y sollozos, en brazos de Pepa y de Catalina, que la acostaron en la cama de esta última.

Pronto llegaron del campo el tio Mateo y sus hijos, á quienes la tia Melchora habia mandado avisar. Venian consternados: acercáronse á la cama en que yacia Dolores, que

seguia gritando entre sollozos: — ¡Quiero ir con mi madre! ¡que me dejen ir con mi madre! ¡Quiero verla; que despues que la entierren no podré mas verla! ¿Quién tiene derecho para impedírmelo? ¡Mi madre está sola, en la iglesia .... sin mas compaña que cuatro luces; sin mas ruido que el del viento que sacude las ventanas; sin que vele mas que la lechuza que está en el campanario! ¡Madre!.... ¡Madre! ¡yo quiero ver á mi madre!

— No te aflijas, Dolores, que allá voy yo á velar á tu madre, dijo Lorenzo.

— Y yo tambien, añadió Estéban.

— Dios y María Santísima, y todos los Santos del cielo, os paguen esa santa obra de caridad, exclamó Dolores, que empezó á verter un nuevo torrente de lágrimas, pero cuya desasosegada desesperacion se mitigó, cayendo en seguida inerte y con los ojos cerrados sobre la almohada.

Al cabo de un cuarto de hora se alzó de repente, y apoyando ambas manos sobre su corazon, gimió con ahogada voz:

— ¡Qué va á ser de mí!

— Lo que de mí fuese, dijo Pepa abrazándola, porque no nos separaremos; que si una madre has perdido, en mí hallarás quien procure hacer sus veces, hija mia.

Dolores echó sus brazos al rededor del cuello de Pepa con apasionada gratitud, sin poder expresarla mas que con sus lágrimas!

VII.

Eran las doce de la noche. Un profundo silencio reinaba en el pueblo, solo interrumpido por el chapaleteo brusco y sonoro de las aguas del mar, empujadas por la creciente marea contra las piedras y las rocas. Esparcíase la fria y pálida luz de la luna, como se esparce suave el eco de un

lejano sonido; y el pueblo se habria asemejado á un reloj parado, si de cuando en cuando no hubiese lanzado el gallo con descoco sus tres notas agudas como nn ¡*centinela, alerta*! dirigido á sus camaradas.

En el patio de la casa del tio Mateo estaba un jóven reclinado contra una de las rejas que daban á él. Por el lado de adentro se veia el rostro de una linda jóven, el que cubierto exteriormente por la luz de la luna, é interiormente por una expresion de tristeza, parecia pálido y grave, con una mirada apagada y profunda, que le hacia asemejarse á la imágen de la meditacion, que á un tiempo simbolizase un triste pasado y un triste porvenir.

El muchacho, al contrario, tenia el rostro sereno y enérgico del hombre de accion, la mirada fija y ardiente del hombre de fuertes pasiones, y la frente altanera del hombre indómito que no se deja arredrar, pero sí reta á todos los obstáculos con brutal arrogancia.

— ¿No te lo decia yo? dijo el jóven; ¿no te lo decia, que habias de ser mi novia? Lo que yo quiero, ha de ser.... por la fuerza de mi voluntad! Tú te reias, ó te enfadabas.

— Entónces era yo una niña, Lorenzo, contestó ella.

— ¡Entónces!! como quien dice há un siglo; y hay tres años.

— No sé el tiempo que hay. Lo que sí sé es que desde entónces dejé de ser niña, y que entónces hiciste tú una cosa que te ganó mi corazon, y te habria ganado ciento que hubiese tenido.

— Yo no quiero que me quieras por agradecimiento, Dolores; que ese amor es como deuda que se paga, y no como don que se hace.

— Si el agua que bebes satisface la sed de tu corazon, ¿qué te importa el manantial de que brota?

— Impórtame: para saber su calidad.

— La calidad es buena, Lorenzo.

— Eso está por ver, que aun no se ha esperimentado. No puedo remediarlo; pero no creo que me quieres.

— ¿Porqué, criatura?

— Porque siempre estás triste; lo que prueba que mi amor no te satisface.

— Mira, Lorenzo, que un amor que á todos los demas borra, no es de buen metal; y que un corazon sin memoria, nunca es firme en el querer.

— Es que tampoco será de buen metal el que por lo que ya pasó, olvide lo presente, Dolores; y tú te gozas en tus recuerdos, como hacerlo debieras en tus esperanzas, si bien me quisieras.

— ¡Ojalá y pudiese borrar de mi memoria el cuadro que en ella encuentro á todas horas! Este cuadro es el de mi madre de mi alma, agonizando sola y desamparada sobre la dura y fria arena del mar, sin oir otros auxilios que los bramidos de sus olas que se acercaban cada vez mas, cada una adelantando á la otra, y mojando sus piés; de manera, que moriria mas de angustia que de sus males! ¡Y yo, que no estaba allí!!! ¡Yo que no la vi despues de muerta!!! Eso, Lorenzo, son dos clavos que me atraviesan el corazon, y que nada puede arrancar de la llaga! De mi gente solo me queda el hermano de mi alma; y ¡Dios sabe si la mar, que no pudo hacer presa de mi madre, se vengue en hacerla de su hijo, como la hizo ya de mi padre! ¿Cómo he de estar alegre, ni olvidar?

— Por esa cuenta, como que todos tenemos difuntos, no deberia nadie quitarse el luto.

— ¡Verdad es! dijo suspirando Dolores.

— Pues entónces, ¿á qué crió Dios los colores, me querrás decir?

— Para los niños, los pájaros y las flores, Lorenzo; contestó ella apoyando su frente en la reja.

— María Dolores, dijo Lorenzo con aspereza; quien tanto ama á los muertos y á los ausentes, poco cariño puede quedarle para los presentes.

— ¡Te engañas, Lorenzo! Que el mismo sol que da vida al cipres, se la da tambien á la rosa. Pero, créeme, tu desconfianza ha de ser la hiel que amargue tu vida y la mia.

— La desconfianza no la teme ni la moteja sino aquel á quien le estorba.

— Yo no la temo pero me avergüenza, como al hombre honrado que le registran, ni mas ni ménos que al contrabandista.

— Y ¿sabes porqué es eso? Porque muchos, sin ser contrabandistas, hacen contrabando.

— ¡Y habia yo de hacer contrabando, Lorenzo! preguntó ella con dulce reconvencion.

— Dice el Padre Nolasco, que las mujeres mienten sin querer mentir, y engañan sin otro fin que engañar.

— Lo dice de las malas; pero no lo dirá de mí.

— Ya; cómo lo ha de decir de tí, si eres su ojito derecho!.... Quien tiene al padre alcalde, seguro va á juicio.

— Pues si el Padre Nolasco, que es desamoretado y no es de los blandos, me fia, razon llevará. Y ¿siempre has de ser así, Lorenzo?

— ¡Siempre! á no volver á parirme mi madre.

— Mira que llevar constantemente un judío en el cuerpo, es un mal; y que del mal que el hombre tiene, de ese muere.

— Y tú sábete, que lo que hay que esperar de la mar es la sal, y de las mujeres mucho mal; y la mujer hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

— Quiera Díos, que siempre lleven todos con la paciencia que yo tus malos juicios, Lorenzo!

Apegada por su exaltada gratitud, sufrida por su dulce índole, esclavizada por el despotismo de Lorenzo, Dolores inauguraba así una vida, como se hallan muchas entre las santas esposas y madres del pueblo.

A los pocos dias se puso al público un edicto. Era este un puñal que á todos los habitantes heria, que iba á destruir muchas felicidades, á cortar muchos lazos, y á clavarse hondamente en el corazon de las madres; ¡este edicto anunciaba el sorteo!

No son tristes calamidades para el campesino el trabajo por que ansía, ni las privaciones, que le afectan poco, ni los muchos hijos que ama; el drama de la vida del campesino es la quinta, bien denominada *contribucion de la sangre.* La mano del ministro que firma el decreto que la ordena, temblaria si supiese los torrentes de amargas lágrimas que va á

costar, los corazones que va á partir, y las existencias que va á destrozar!

¡Cuándo querrá Dios que veamos á la civilizacion echarse en los brazos del cristianismo su padre, y unidos lograr que no se armen los hombres sino voluntariamente, y con el solo fin de rodear el trono para su decoro, y la justicia para su fuerza!

La tia Melchora estaba en un estado que participaba de la mas desconsolada desesperacion, y del mas profundo abatimiento, pues sus dos hijos entraban en suerte, porque tenia otro hijo mayor casado en Chipiona.

Estéban habia salido libre en otro sorteo, y por lo mismo pensaba que no concede dos dichas la inconstante suerte. En cuanto á Lorenzo, decia él mismo, que tenia presentimientos de que por su propia mano le vendria el mal. Y no se equivocaron en sus previsiones ni la madre ni el hijo, porque ambos hermanos cayeron soldados.

VIII.

La panadera donde solia ir Dolores á escoger trigo, era una jóven viuda que se habia prendado de Lorenzo. Buscaba constantemente pretextos para ir en casa de la tia Melchora, y los hallaba igualmente para atraer á Lorenzo á la suya; ya para llevarle el trigo al molino, ya para hacerle acarrear el que compraba, de algun granero á su casa. El natural desvío que era peculiar á Lorenzo, y que con ella, á pesar de ser jóven, rica y buena moza, rayaba en hastío é impertinencia, no bastó á hacerla desistir de su intento; al contrario, la aferró mas en él.

El dia que habia caido soldado, fué Lorenzo á llevarle unos melones de su cojumbral que le habia encargado.

Subiólos este al sobrado, y volvia á irse sin hablar una palabra, como solia hacer, cuando le llamó la viuda.

— ¿Con que .... le dijo, has caido soldado?

— No podia fallar, contestó Lorenzo; que tengo la fortuna mocosa.

— Vamos á ver, prosiguió la viuda; y si hubiese quien te diese á mano para que te librases?

El corazon saltó en el pecho al jóven, como si le hubiese tocado la pila de Volta.

— ¿Y sabria Vd. quizas de quién me emprestase ese dinero? preguntó con ansia.

— Sí, sí, contestó la viuda, y quizas de quién te lo diese teniendo presente que real que guarda á ciento, es buen real.

Al oir estas palabras, Lorenzo que habia tiempo conocia las intenciones de la viuda, comprendió la indirecta, y su alegría momentánea se apagó como una luz, y su semblante se cubrió de su habitual ceño.

— ¡Vaya! ¿qué dices, Lorenzo? ¿Y es tan mala la proposicion que te encapotas como cielo de diciembre? ¿qué dices?

— Señora, aconseja la copla:

En tu vida, de nadie
Dádivas tomes;
Y con eso te excusas
De obligaciones.

— ¡Vamos, ven acá, hombre! no estés tan retenido y metido en tí, ni seas como el tio May Miguel, que tenia vergüenza hasta de ser hombre de bien. Todo tiene remedio en este mundo, ménos la muerte. Si no fueras tan díscolo .... podria una entenderse! Ya sabes que mi Juan cuando murió, me dejó la casa, el horno y la panadería: yo necesito, como el comer, un hombre que esté al frente de ella; el trabajo para el que al frente se ponga, es poco, y la ganancia mucha. Podrias tú ....

— Señora, yo no entiendo de panadería.

— Tambien sabes que me dejó una piara de vacas de las

grandes, y que surte á la carnicería: hay en ella rastras, añojos, utreros y aralos [1]).

— Señora, yo no he manejado ganadería.

— Tambien me ha dejado buenos cuartos; hallarás *morusa*.

— ¿Y yo qué tengo con eso?

— Que podrias manejarlo.

— No, señora, yo no entiendo de grajas peladas, dijo alejándose Lorenzo; — no quiero cargos; miéntras ménos cargos, ménos descargos.

— Vamos, hombre, lo que estás diciendo no son mas que chancharras y mancharras; ¿no te digo claro que á tu querer, todo seria tuyo?

— Yo no quiero bienes con tranquilla, dijo saliéndose Lorenzo.

— ¿Habráse visto calza-polainas mas encrestado? murmuró la panadera al verlo salir.

La viuda, que tenia la conviccion de que Lorenzo admitiria sus ofertas, se habia dejado decir que bien podia tocarle la suerte á Lorenzo, pero que las insignias de soldado no habian de caer en su cuerpo; que no habia de pisar lodo, ni comer en rancho.

Como todo se repite con añadiduras y variantes en los pueblos como en las ciudades, llegó este dicho de la viuda á casa de los Lopez, ganando en cada nueva edicion, sino correccion , aumento. Al tio Mateo le dejó incrédulo, enajenó á la tia Melchora, y consternó á Dolores.

— Lorenzo, le gritó su pobre madre al verle llegar; ¿es verdad que la viuda te va á poner un sustituto?

— ¿Qué está Vd. diciendo, madre?

— Que dicen te da el dinero para ello.

— ¡Dar! ¡dar! Señora, lo que se da, son los buenos dias.

— Pues, no serán dados; serán *emprestados*.

— No se *empresta* sino paciencia, ni se convida mas que á misa, señora.

---

1) Crias de meses, de uno, dos y tres años.

— Es que tú no lo habrás querido tomar, Lorenzo.

— Yo.... ¡Madre! ¡pues si estoy como las ánimas benditas, deseando siempre que me den!....

— Y bien que ha hecho de no tomar prestado, dijo su padre, porque mas que sea un buen trabajador que todos le quieren y siempre anda pujado, sabe Dios cuándo habria pagar; y cochino fiado gruñe todo el año.

— Lorenzo, hijo, es que dicen que se queria casar contigo; ¡y tú rehusas esa suerte! dijo su madre.

— ¿Quién ha sacado eso? ¿No sabe Vd., señora, que es de calidad el no, que la hembra se lo dice al varon? ¿porqué quieren desacreditar á esa mujer?

— No la desacreditan, hombre; nada malo se ha dicho.

— No; ¡no la echan abajo, pero la van destechando! ¡La envidia, señora, la envidia! pues como es rica y buena moza, las otras rabian y muerden.

Miéntras todos sentados á la puerta, se quejaban y lloraban por la ida de los hermanes, Lorenzo, que habia notado la penosa é inquieta impresion que habia causado en Dolores, cuanto sobre la rica panadera se habló, se habia sentado en el banco en que solia sentarse, y apoyada la cabeza en la pared, clavada la vista en las estrellas del cielo, á las que parecia dirigirse, cantaba en queda pero clara voz, y con la admirable flexibilidad y el exactísimo oido, que hacen necesarias las delicadas y á veces extrañas modulaciones y cambios de tonos que tienen las melodías populares.

La cancion que cantaba, por decontado era dirigida á Dolores, la que no perdia una sílaba del texto, ni una modulacion de la tonada que llegaba á un tiempo tan dulce y melodiosa á su oido y á su corazon.

Era esta la cancion:

— Pastor, que estás en el campo
De amores tan retirado,
Yo te vengo á proponer
Si quisieres ser casado.
— Yo no quiero ser casado,
Responde el villano vil;

Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

— Tú que estás acostumbrado
A ponerte esos sajones;
Si te casaras conmigo,
Te pusieras pantalones.
— No quiero tus pantalones,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

— Tú, que estás acostumbrado
A ponerte chamarreta;
Si te casaras conmigo,
Te pondrias tu chaqueta.
— Yo no quiero tu chaqueta,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra;
A Dios, que me quiero ir.

— Tú, que estás acostumbrado
A comer pan de centeno;
Si te casaras conmigo,
Lo comieras blanco y bueno.
— Yo no quiero tu pan blanco,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la Sierra;
A Dios, que me quiero ir.

— Tú, que estás acostumbrado
A dormir entre granzones;
Si te casaras conmigo,
Durmieras en mis colchones.
— Yo no quiero tus colchones,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

— Si te casaras conmigo,
Mi padre te diera un coche,
Para que vengas á verme
Los sábados por la noche.
— Yo no quiero ir en coche,
Responde el villano vil:

Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

— Te he de poner una fuente
Con cuatro caños dorados,
Para que vayas á ella
A dar agua á tu ganado.
— Yo no quiero tu gran fuente,
Responde el villano vil:
Ni mujer tan amorosa
No quiero yo para mí.

Por la noche, miéntras los demas quintos, mas alegres, ó con cariños ménos profundos que Lorenzo, se reunian y bebian para ahogar y disimular su abatimiento, y recorrian las calles cantando:

Muchachas si quereis novios
Pintadlos en la pared;
Que los mocitos de España
Son de la reina *Isabel*.

Lorenzo con amarga y trémula voz decia á Dolores:

— ¡Ya sabia yo que me tocaria la suerte! ahora quedas tú campando por tu respeto.

— Válgame Dios! — repuso Dolores que estaba llorando: — te empeñas en amargarme mas la ausencia, Lorenzo!

— ¿Me olvidarás, Dolores?

— No, aunque me olvides tú.

— ¡Sabes que eso no cabe!

— En tí, mas bien que en mí.

— ¿Por qué razon?

— Porque tú no tienes — como tengo yo — un recuerdo que te alza en mi corazon un altar.

— Y cata ahí porqué confiar no puedo en tu amor, que es mas amor de hija que de novia.

— ¡Anda, no caviles; que amor que nace del recuerdo de una madre no será de peor calidad, sino mas santo y mas firme que los que nacen al son de la guitarra!

— Pues júrame guardarme tu fe.

— Te lo juro.

— ¿Por qué?

— Por mi salud.

— No basta.

— Por mi vida.

— No basta.

— Por mi salvacion.

— No me satisface.

— ¡Por el alma de mi madre! Pero.... ¿porqué desconfías tanto?

— Porque me da el corazon que me has de olvidar.

— ¡Tu corazon es tu verdugo, Lorenzo!

— Porque es leal. Otra cosa me has de jurar.

— ¿Qué cosa?

— Que no te irás de aquí, ni del lado de mi madre, aunque se vaya Pepa á otra parte.

— Bien está; te lo juro.

— Ahora una cosa te advierto; si por otro me dejas, en volviendo yo, no ha de comer aquel mas pan, pues á mis manos muere.

— No amenaces, Lorenzo; que no está eso bien.

— No es amenazarte, es prevenirte.

— No he de hacer por miedo lo que no haga por cariño, Lorenzo. Y ya que desconfiado eres, mas habias de desconfiar de un amor que amenazas, que de un amor que halagues. Disfruta de él como la abeja de su miel: no lo destroces, como el lobo su presa; y déjame al partir un recuerdo que consuele, y no amargue la ausencia!

IX.

Pasó un año, y en la casa del tio Mateo Lopez, cada dia se hacia mas larga la ausencia de los hijos, porque el padre anciano no podia labrar solo, sino parte de su tierra.

Los alegres y serenos ojos de la tia Melchora se habian empañado con las lágrimas, y entristecido con la expresion de un incesante recuerdo. La casa habia venido á ménos, y perdido aquel aire de tranquila felicidad que la hiciera tan apaciblemente alegre.

Pero aun le esperaba otro nuevo trastorno, y todo trastorno en esas suaves y monótonas existencias, suele ser siempre un nubarron en un cielo despejado. Señor Canuto era destinado á Sevilla, y debia partir. Si era esto para todos una pesadumbre, para Dolores era una pena destrozadora, porque no queria separarse de Pepa, aquella excelente mujer que tanto cariño le habia demostrado; y no podia, por la terminante palabra que habia dado á Lorenzo, ausentarse de allí. Tampoco le era posible quedarse con la familia Lopez, por lo atrasada que se encontraba con la falta de los hermanos. Pepa se la queria llevar, y la tia Melchora conservarla á su lado, pues la queria con ternura, por ese sentimiento que lleva á las madres á amar á los que aman á sus hijos, hallando en el corazon de Dolores un eco fiel de sus cuidados y de su afliccion. Pero, como hemos dicho, la pobre Dolores se veia obligada á rehusar ambas ofertas.

Puede que hallen algunos que esta verdadera pugna de generosidad por amparar á una huérfana entre dos familias pobres, es pintar como querer. A esto solo contestaremos que los que no lo crean vayan por los pueblos de campo, en que no hay casas de expósitos, y no se conoce el infanticidio, y averigüen qué se hace de las muchas criaturas que llegan á ser huérfanas, en un país en que, por lo regular, es corta la vida de los hombres, como combatida por muchas vicisitudes desconocidas en el norte.

Dolores acudió en sus apuros al Padre Nolasco, el que si

bien no conocia á Séneca, ni le contaba en el número de los Santos de su devocion, conocia mucho el corazon, las pasiones y las circunstancias de las gentes de campo. Así es que con sana razon y expedientes poco remontados, sabia allanar las dificultades mejor que otros, con mas ciencia y mas alcances, hubiesen podido hacerlo. El Padre Nolasco, sin devanarse los sesos (cosa que no acostumbraba á hacer) propuso á Dolores el medio de sacarla de sus apuros.

— Mira, le dijo: Doña Braulia me ha encargado moza; quiere una buena muchacha, recogida, aseada, hacendosa; en fin, de mi satisfaccion. Métete á servir allí, que son gentes de las buenas, ya lo sabes; no sales de aquí, no gravas á nadie, y ganas veinte reales al mes, que al año son doscientos cuarenta, con lo que tendrás para comprar tu ajuar cuando venga cumplido Lorenzo. Si el torbellino de tu hermano se hubiese metido á porquero en casa del compadre Gil Piñones cuando yo le proporcioné la conveniencia, no andaria dando tumbos por esas mares. ¡Qué picudillo era! no bien se le queria enterar de alguna cosa, cuando decia: ¡*ya está acá*! y estaba impuesto. Y con eso, tenia la sangre de un cordero; mas alegre que el dia, y mas blando que un vellon; pero terco era como mula gallega.

Dolores accedió á la proposicion del padre, aunque sintió profundamente separarse de Pepa, y esta — si bien tuvo un gran pesar — nada pudo oponer á tan buena resolucion y á las causas que la motivaban.

Doña Braulia Toro era una buena mujer, muy vulgar, muy gorda y muy jovial; pero esta última buena calidad la habia perdido, desde que habia heredado el caudal de D. Marcelino Toro, su hermano. En su lugar le habia entrado una desgraciada pasion por lo *fino*, la que la llevaba á amargarse la vida, embutiendo sus recias formas, criadas á la buena de Dios, en un corsé, que mandó venir de Cádiz, y sus maneras francas y á la patalallana, en una remilgada afectacion, cuyas ridículas pretensiones quitaban á su trato — como el corsé á su cuerpo — toda la bonachona naturalidad propia de su persona.

En cambio, Rosa — que era su hija única, y contaba

trece años — era una verdadera hija de la naturaleza andaluza, despejada, viva, alegre, maliciosa y sincera.

Nunca pudiera hallarse un exterior mas en armonía con el carácter y la edad de la persona. Su cara era redonda y sonrosada, su fresca boca siempre estaba en ejercicio, luciendo su deslumbradora dentadura hablando, cantando ó riendo: sus hermosos ojos lanzaban ya burlonas, ya alegres, ya despóticas miradas, maliciosas sin ser malignas, é inocentes sin ser cándidas. Su garbosa cabeza en continuo movimiento y siempre adornada con flores; sus movimientos bruscos, su poco asiento, unido á su buen corazon y rectos instintos, formaban un conjunto tan gracioso y tan seductor, que forzaba á todos á quererla por un irresistible impulso, como es preciso sentir la grata impresion de una fresca y loca brisa.

Rosa creia la alegría el estado natural, y la franqueza, la sola expresion posible en la criatura; no habia aun comprendido las lágrimas, ni ménos la tristeza.

La aburrian las gentes sérias, empezando por su madre, desde que se habia metido á fina y compasada; de las tristes huia cielos y tierra. Nunca habia pensado dos minutos seguidos sobre una misma cosa; la reflexion era mucho peso para una cabeza que no conocia otro que el de las flores. Criada sin traba alguna por su madre, tenia las ventajas y desventajas de esta crianza. Tan imposible hubiese sido inculcar una idea grave en su indómita mente, como un sentimiento malo en su corazon inmaculado. Rosa corria la senda de la vida como las de su jardin; de ambas queria flores por tributo, puesto que criarlas era su mision.

Tenia Rosa dos grandes deseos: el uno ya antiguo, era tener una muñeca que abriese y cerrase los ojos; el otro, moderno, era tener un novio que le diera el inexplicable placer de cogerle las vueltas á su madre y de acudir á la reja *como las mozas*. Si ambos deseos se hubiesen realizado, hubiese sido la muñeca que abria y cerraba los ojos, una temible rival para el novio; y habria alguna vez logrado lo que no la autoridad materna, el hacerle faltar á una cita.

Cuando su madre habia querido darle maestros, ya era

tarde. No fué posible que aprendiese la *a*, ni que hiciese un palote.

— ¡Pues qué! ¿quiere Vd., decia á su madre, que salga yo ahora como los chiquillos de la escuela: — «b a, ba; b e, be, la cartilla no la sé: no me pegue Vd. maestro, que mañana la sabré;» para que todas las otras mozas se rian de mí?

— ¡A ver la niña! ¡moza tempranera! El saber es de gente fina, y es un caudal, decia su madre.

— ¡Qué, señora!.... objetaba la niña, dice la copla:

Con saber y no tener,
No prevalece ninguno;
Que lo que le sobra al sabio,
Son muchos dias de ayuno.

Doña Braulia habia hecho intervenir en ese asunto al Padre Nolasco; pero con pésimo éxito.

— Todas las edades son buenas para aprender, le decia el Padre Nolasco. Tu tio á los cincuenta años aprendió á pintar, y salió un portento.

— Pues Vd. ¿porqué no aprendió á pintar?

— La pintura no la pueden aprender sino los ricos; pero todos pueden aprender la leyenda, y todo lo sabe el que sabe leyenda.

— ¿Sí? repuso Rosa, pues á que Vd. con su leyenda no sabe una cosa; y eso que es de su oficio.

— ¿Qué cosa?

— ¿En qué se parece un ético á una ermita?

— ¡Tales sandeces! ¿En qué se han de parecer? en nadita de este mundo.

— Pues se parecen.

— Ea, calla.

— Que se parecen, digo. Y Vd. deberia saberlo mas bien que yo, que no soy clériga ni médica.

— ¿Qué estas ensartando, chiquilla?

— Que con tener pluma y leyenda, no sabe usted que

una ermita y un ético se parecen en no tener cura; ¿lo sabe Vd. ahora, Padre Nolasco?

— Ya levantó el vuelo ese chorlito, dijo el padre al ver á Rosa entrarse corriendo y saltando en el jardin.

X.

Debemos dar al lector una reseña de quién era este D. Marcelino Toro, que entre bastidores ha hecho varias veces papel en este relato.

D. Marcelino, hijo de un mercader de tan mínimas proporciones, que no cabian el padre y el hijo detras del mostrador, fué enviado por Marcelino padre á América, donde halló otro mostrador de mayor tamaño, detras del cual, con los años, la paciencia y la hombría de bien, salió de repente un dia, millonario segun sus paisanos, pero en realidad, con veinte y cinco mil duros. Volvióse con ellos triunfante á su pueblo, con ítem mas unas sardinetas en las bocamangas, de no sabemos qué comisaría, en fin, de lo mas ínfimo en la abundante clase de bordados, galones ó sardinetas concedidas, á las personas que ménos analogía tienen con el significado que representan.

Como hay grandes desgracias, hay grandes felicidades que pasan en este mundo desapercibidas. No es fácil que nadie se llegue á hacer una idea de la íntima dicha con la que D. Marcelino volvió á su pueblo, del que saliera como Job, y al que volvia como Creso.

Lo primero que hizo fué comprar una casa adecuada á un personaje como él. Entre los encontrados impulsos que le movieron en esta empresa — esto es, su deseo del bienestar y de lucir, y el apego á los mejicanos, dulce fruto del trabajo de toda su vida; entre su deseo de lucir, que le empujaba y el de gastar poco, que le retenia; entre su mal gusto y su afan por lo elegante — se confeccionó la casa

del modo siguiente. No queriendo labrar de planta, compró la mejor casa que halló de venta; pero, á poco, pareciéndole chica, compró la de junto, y se la agregó. Despues de esto echó de ménos un jardin, y D. Marcelino queria á toda costa jardin, pero un jardin aristocrático, en armonía con las sardinetas de su dueño, con bojes, estatuas, perspectivas, estanque con peces colorados, y sobre todo con laberinto; el laberinto era el ideal de D. Marcelino! Con este fin compró otra tercera casa con un gran corral que lindaba con el suyo, echó la tapia abajo y formó su jardin, en el que aglomeró todas las cosas que llevamos expresadas, ménos las perspectivas por no ser dables, pero las hizo pintar en la pared por un chafalmejas que mandó venir de Cádiz, y con el que entabló las mas simpáticas relaciones, como veremos despues. Este jardin, gracias á los jazmines, á las madreselvas, á las parras, á los rosales, mirtos y otras mil ninfas de la corte de Flora, se hizo en breve un paraíso, á pesar de lo ridículo de su planta y construccion. El laberinto — en que solo se perdian los topos — fué un ramillete encantador de mirtos; las enredaderas cubrieron las paredes con sus templetes celestes, color de rosa y amarillo con pretensiones atenienses. Las parras hicieron de la alberquita de los peces colorados un sitio delicioso de sombra y frescura, y los arbustos de flor y los rosales cubrieron decentemente á las estatuas de madera de una Diana raquítica y de una Venus enana, de manera de no dejarles asomar mas que sus narices no griegas.

Al alhajar su casa, lo primero de que se ocupó D. Marcelino, fué de mandar á su querido chafalmejas que sacase su retrato, con el fin de perpetuar la memoria de sus sardinetas. El chafalmejas trasladó, en efecto, á un gran lienzo la triste figura de D. Marcelino, entristecida aun por unas siniestras sombras que le guindaban á ambos lados de su boca como bigotes, se dibujaban en su sien como dos parches para el dolor de cabeza, y en su nariz como un cardenal. Pero en cambio habia echado el resto el pintor en la parte esencial del retrato, esto es, la mano izquierda que traida sobre el pecho, metia en el chaleco tres dedos como tres

garrotes, luciendo en la manga las susodichas sardinetas. En la otra mano tenia D. Marcelino una carta abierta como un cartelon de toros, en que se leia:

JUAN ALMAZARRON FECIT.

Esta obra de arte fué colocada en el testero de la sala, y cubierta con un deshilado para preservarla de las irreverentes embestidas de las moscas. D. Marcelino se entusiasmó de tal manera con esta obra maestra, por el arte de Apéles, que se decidió á cultivarlo él mismo, y á dedicarle sus ocios.

Como el *bourgeois-gentilhomme* de Molière, que á los cuarenta años se halló de repente poeta, Don Marcelino á los cincuenta se halló de repente artista. El chafalmejas le animó y despertó entre sus sentimientos — buenos y pacíficos veteranos — la noble emulacion y el ardiente amor por las glorias de Murillo.

Dejamos á la consideracion del lector la monstruosidad de los mamarrachos que confeccionaron entre el discípulo y el maestro. No obstante, hallaron muchos admiradores, y entre ellos era el mas sincero el Padre Nolasco, amigo de D. Marcelino, lo que le valió el regalo que le hizo del imperecedero vestido de cúbica.

Los primeros ensayos tomados del natural que hizo el aprendiz novel, fueron bodegones. El chafalmejas, encargado de la composicion y de la pintoresca colocacion de los objetos que debian agruparse, fué á la cocina, y trajo una sarten, un candil y cuatro estropajos, y de la despensa, entre otras legumbres, en obsequio á Rota, una de sus afamadas calabazas, que destinó á ocupar el puesto de honor en el cuadro. Fué, pues, colocada sobre los estropajos, que le formaron una barba corrida de gastador, poniéndole de vanguardia unos nabos, y de centinela unos espárragos. El candil se colgó en el fondo del cuadro, y encendido con bermellon, esparcia sus rojos reflejos sobre los nabos, que trocó en remolachas, y sobre los estropajos; de lo que resultó que la calabaza apareció como el rostro del famoso pirata Barba-Roja.

Despues del buen éxito de este bodegon, que pasó á adornar el comedor, envalentonado el discípulo, pasó á hacer santos. El tamaño de los cuadros fué creciendo con el entusiasmo del pintor, hasta llegar á un San Cristóbal gigante, que alborotó al pueblo, y hubo empeños para ir á verlo. El Padre Nolasco, que estaba mas ancho que el mismo autor, llevó al santo una gran cantidad de admiradores; — ¡aquí, aquí! les decia llevándoselos al extremo opuesto del taller; — ¡aquí, aquí! que la pintura, el rey y el sol, de léjos se ven mejor. Y luego enseñándoles los pinceles y los colores, añadia: — Esto, Miguel, vale mas plata que tu cosecha. Y con tantos colores y tantos pinceles ¿no quieren ustedes que pinte bien? Lo que tendria que ver es, que con ellos pintase mal. Con buenos avíos no hay cocinera mala.

Al ver el triunfo de su San Cristóbal, la pasion artística de D. Marcelino se desbocó, su ardor no tuvo límites, y preparó un lienzo de cinco varas de ancho y cuatro de alto, para dedicarse al género histórico. Titubeó entre la toma de Rota por Alfonso X, el Sabio, por los años de mil doscientos y tantos, ó la toma de Rota por el conde de Essex, que desembarcó en ella el año de mil setecientos y tantos, á favor de la traicion del gobernador del castillo, que era italiano y se llamaba Escipion Brancacho. Mas se decidió por la primera, no por ser mas patriota, sino por el deseo de pintar turbantes.

Pero aquí se presentaron sérias dificultades, no artísticas, estas no existian para Almazarron y su discípulo; — eran materiales. D. Marcelino, que era chico, no podia alcanzar ni á la tercera parte de la altura del lienzo. Entre varios expedientes que se buscaron para poner las manos del artista al nivel del objeto que pintaba, el que se adoptó fué el que propuso el Padre Nolasco, que era traer un púlpito de cátedra que aun existia en su convento, al que un carretero aplicó unas ruedas para poderlo mover, y al que se le puso — puesto que el cuadro monstruo se pintaba en el patio al aire libre — un paraguas por bativoz. Metido, pues, en su púlpito como un predicador, pintó D. Marcelino con su acólito

la segunda parte; pero quedaba la tercera, á la que no alcanzaba ni puesto de puntillas en el púlpito.

En vano se devanaban los sesos el maestro, el discípulo y el Padre Nolasco: no hallaban expediente. El desaliento iba reemplazando al entusiasmo, como en la playa la baja mar á la alta mar. Pero como no era posible que quedase el castillo sin almenas, los caballos sin orejas, los héroes sin cabeza, los moros sin turbante, las astas sin pendones y el cielo sin la media arroba de azul de Prusia preparado para su confeccion, era indispensable proveer al medio de poner á Don Marcelino en proporcion de poder repartir almenas, orejas, turbantes y pendones. El Padre Nolasco propuso unos zancos, el maestro una escalera; ambas cosas fueron desechadas por incómodas y peligrosas por D. Marcelino, que como el mas interesado, halló al fin el medio á propósito, cómodo y seguro, para ponerse á la conveniente altura.

Compró una cincha de albarda, á la que afianzó una gruesa soga, colocó una fuerte argolla de hierro en el techo, por la que pasó la soga, afianzóse la cincha al cuerpo, é hizo que tirando el maestro y el Padre Nolasco de la soga, le izaran á la altura conveniente. Todo fué á medida del deseo, y mi D. Marcelino con su paleta y sus pinceles en la mano, fué subiendo por los aires como un serafin, con gran satisfaccion de los maquinistas del aparato; pero apénas estuvo á cierta altura, cuando la soga, que era nueva y muy torcida, con el peso que tenia, empezó á destorcerse con creciente rapidez. Fué tal el asombro del Padre Nolasco y del maestro, al ver á D. Marcelino con los brazos abiertos y gritando á todo gritar, dar por los aires aquellas desatinadas vueltas, que soltaron la cuerda y echaron á correr; con lo cual el pobre Don Marcelino cayó al suelo, en el que quedó aplastado como una rana.

Recordando y comparando entónces su accidente con el que al pobre Murillo costó la vida, sintió enfriarse el entusiasmo artístico, y colgó las armas de Apéles.

XI.

Don Marcelino se encontraba en su posesion tan satisfecho, que á haber podido tener noticias de que un frances no habia hallado mas hombre feliz que un paria en una choza india [1]) no se habria reido — porque no era hombre risueño — pero se habria indignado contra las pamplinas y paradojas de los embadurnadores de papel. Paseábase por su jardin y por su casa en una especie de tranquilo éxtasis, en el que solo sentia que el dia no tuviese mas que veinte y cuatro horas, ni el año mas que trescientos sesenta y cinco dias.

Diez años disfrutó D. Marcelino su bienaventuranza, ocupándose en invertir sus amados mejicanos segun el consejo que con su buen sentido comun le habia dado el padre Nolasco, diciéndole: finque Vd., D. Marcelino! *que el caudal de tu enemigo en dinero lo veas.* Pero al cabo de estos diez años, y cuando ménos se pensaba, tomó la parca por tijeras una pulmonía, y en ocho dias pasó D. Marcelino — aunque con pocas ganas — á mejor vida.

D. Marcelino tuvo una buena muerte. No perdonó á sus enemigos, por la razon de no tener ninguno; distribuyó muchas limosnas en su testamento, encomendó piadosamente su buena alma á Dios, y como postrer debilidad humana, mandó que le enterrasen con su uniforme puesto.

Su hermana Doña Braulia Toro, viuda de un arriero, heredó el caudal de su hermano, y se trasladó á la casa heredada, que sabemos era como la Trinidad, tres en una. Por decontado permanecia en el puesto de honor el famoso retrato, en el que desde la muerte de su original, se habian aun oscurecido las sombras. No lo miraba una vez el Padre Nolasco sin que le tributase un elogio, y en seguida rezase devotamente por su amigo un padre nuestro. Rosa lo habia notado; y cuando iba allá el padre, no cesaba la alegre y

---

1) La *Cabaña Indiana* de Bernardino de Saint-Pierre.

traviesa muchacha de llamar su atencion sobre el retrato, segura de que no marraba una vez sin que exclamase el buen padre: ¡bello señor! — y le rezase en seguida su padre nuestro.

La madre, que habia notado esta travesura, habia reñido á su hija, y prohibídole la reincidencia. Pero Rosa, con su acostumbrada indocilidad, no hacia caso de la prohibicion, y el buen padre seguia cada vez que Rosa nombraba al difunto, con el infalible ¡*bello señor*! y con su inseparable padre nuestro.

¡Qué de expresiones hay (sea dicho entre paréntesis), que por triviales y comunes no nos llaman la atencion, y que son las mas profundas sentencias! Una de ellas es: «cuántos hay que se van al cielo en calzones blancos!» Esto hará alzarse de hombros á los que consideran al talento como la mayor superioridad del hombre — lo que es el mas craso de todos los errores: — y á los que están en el no ménos craso de que la superioridad de este mundo es la misma que la del otro. Dumas, al que no se tachará de místico, lo ha dicho: «es cierto que lo grande á la manera de los hombres, no es lo grande á la manera de Dios» [1]).

Danos vergüenza traer citas de un autor profano, cuando esta gran verdad se halla tan repetida en la Sagrada Escritura. Pero lo hemos hecho porque creen los mas, que los textos de la Escritura solo pertenecen á las altas regiones del alma, y que son impropios á descender y mezclarse en el círculo rastrero de la vida comun. Míranlos como el incienso, que es perfume solo adecuado á los templos; sin tener presente que este es un holocausto que de la tierra sube al cielo, y que la palabra de Dios, al contrario, del cielo baja á la tierra para guiar al hombre.

Al dia siguiente de lá conversacion que habia tenido con Dolores, fuése el Padre Nolasco en casa de la viuda, y despues de saludarla, le dijo:

— Braulia, te tengo una moza completa.

— ¡Vaya! me alegro; contestó esta. ¿Tiene juicio? ¿es

---

1) En su George.

buena cristiana? ¿sabe lavar? ¿es aseada? y sobre todo, no es muy gansa?

— Mujer, te digo que es una prenda.

— Padre Nolasco, dijo Rosa, ¿no le parece á usted que al retrato de mi tio le han dado un golpe, y que está ladeado?

El padre Nolasco levantó la cabeza, le miró y contestó:

— ¡Qué! no; tan derecho está como estaba tu tio, en paz descanse. ¡Qué buena pintura! ¡particular! Aquel Juan Almazarron sabia su oficio. El otro dia dijo el cura que hay uno en Madrid que retrata á la reina, que le dicen D. Federico Madrazo, que es un asombro. Pero ¡qué! á este no llega ¡qué ha de llegar! Mas esas son suertes de las criaturas. Si Juan Almazarron hubiese ido á Madrid, otro gallo le habria cantado! ¡Si allí vieran este retrato! ¡Bello señor! Padre nuestro.

Lo demas lo prosiguió en voz baja.

— Lo que estás haciendo, dijo Doña Braulia á su hija, bien cierta de que el padre no la oia, es muy ganso, y no lo hace ninguna señorita bien *ducada*. Si lo vuelves á hacer te he de tirar un pellizco que te chupes los dedos de gusto; me has de ser fina, ó he de poder poco, ¡canario!

— ¡Madre, déjese Vd. de lo fino, que se quiebra, déme un racimo de uvas, que las tiene Vd. mas guardadas que oro en paño.

— La gente fina no come á *deshonra*, objetó la económica señora.

— Padre Nolasco, exclamó la niña, mi madre no me quiere dar uvas, porque dice que es muy ganso y deshonra. ¿No es verdad que mi tio Marcelino, que era fino, las comia hasta hartarse?

— Verdad es, repuso el Padre Nolasco sonriendo á sus recuerdos: las moscateles se traian de la viña á cargas.

— Y como las uvas engordan, se pondria como chivo de dos madres, observó suspirando Rosita.

— Ogaño (digo este año) se han añejado las moscateles, dijo Doña Braulia.

— ¡Mentira! murmuró Rosa.

— ¿Qué dices? le preguntó el Padre Nolasco.

— Que si no le parece á Vd., — gritó la chiquilla — que mi tio tiene unos parches para el dolor de jaqueca en los sienes como las gitanas, y un moscon en las narices?

— ¡Qué! no, respondió el Padre Nolasco mirando al cuadro. Está idéntico; esa mano está propia, ¡á bastantes socorria esa mano.... que le están echando de ménos! A mí me regaló este vestido y me dijo: — Padre Nolasco, que lo deseche Vd. con salud. — En vida de Vd., respondí yo. — ¡Pero mi deseo no se cumplió! ni el suyo tampoco se cumplirá, porque mas ha de vivir el vestido que yo! ¡Bello señor! añadió suspirando! Dios le tenga en gloria; padre nuestro.

— ¡Ay! ¡ay! gritó Rosita echando á correr, por haber sentido en sus brazos el fino contacto de los finos dedos de su fina madre.

Al dia siguiente entró Dolores en la casa, triste y tímida; pero con el buen deseo de agradar y de cumplir con su obligacion.

A poco Rosa la queria con extremo, y Doña Braulia estaba muy satisfecha de ella, porque ademas de callada, trabajadora y aseada, tenia para la económica y fina señora dos grandes excelencias, comia poco, y no era gansa. Un dia dijo á su hija:

— Dolores muy buena es, pero es un poco zorrolla [1]), tiene unas fuerzas como un mosquito arrecido, y anda como gorgojo por alquitran.

— ¡Vaya con las finuras de Vd., madre! exclamó Rosa soltando una carcajada. Por mas que hable Vd. *supuesto*, la última palabra al centro va.

— Lo que queria decir es *espaciosa*, repuso avergonzada Doña Braulia.

— ¡Y qué! ¿quiere Vd., madre, respondió con viveza Rosa, que todo se lo halle hecho, sin hacerlo; y sea como la beata de Sevilla que ponia huevos con una bebida?

— No se dice madre, se dice mamá ó mamaita, gansa! y

---

1) Pava.

— ¡Señora, por el amor de Dios! deje Vd. eso de papá, mamá, tata, nana, para los niños y para las gentes que tienen malo el pronunciado y la lengua gorda; que yo tengo clara el habla y la lengua bien colgada.

— ¡Oiga!.... so desvergonzada, ¿de dónde le vino al garbanzo el pico?

— ¿Y qué? ¿quiere Vd. hacer de mí una mona? De eso no ha de haber *naa*, madre. Trabajadora seré como mula gallega; pero soy mosto de mucha *caliá* para alambicado, respondió Rosa.

— No quiero que trabajes; para eso tengo moza, repuso su madre. Quiero que *cuezas*; lo que haces muy mal, pues entre puntada y puntada, te cabe una vieja sentada.

Allí pasó Dolores un año tranquilo, y aun hubiérase podido decir contento, si su corazon no hubiese contenido el recuerdo de su madre como unas tristas cenizas, y los de Lorenzo y Tomas como dos llamas vivas agitadas por la inquietud.

Un dia la dijo de repente Rosa:

— ¿Dolores, tienes novio?

El amor en los pueblos de campo, como precursor que es siempre del matrimonio, es cosa tan natural, autorizada y legal, que nunca los que por él están unidos, lo niegan. Así fué que contestó Dolores sencillamente:

— Sí tengo.

— ¡Dichosa tú!.... repuso Rosa. ¿Pero dónde está, que no le he visto?

— Está fuera.

— ¿Fuera? ¡ay! ¿entónces cómo sabes que es tu novio?

— Como sabe él que yo soy su novia; porque nos queremos.

— Un novio que está fuera.... es como un jilguero que no canta. ¿De qué sirve eso? Yo no lo quiero. Si yo tuviese novio, habia de ser para que me traese música, y nos casásemos prontito.

— ¡Y porqué tienes ese afan por casarte?

— ¡Pues no es nada! Para salir de debajc de la férula de mi madre que es mas cansada que un moscon de siesta. Pero has de saber que si viene tu novio.... ¿cómo se llama?

— Lorenzo.

— ¿Lorenzo Lopez? ¡ay Jesus! Pues si dicen que ese tiene tres ¡por banda y la capitana![1]) ¡estás fresca! ¡*pobre Dolores*! Pues si viene Lorenzo, digo, y entra á verte, se muere mi madre de berrenchin como un gorrion, pues creo que se ha figurado que cuantos novios hay en el mundo son asesinos. Estoy para mí que mi padre fué su marido sin ser su novio.

— No entrará, dijo sonriendo dulcemente Dolores.

— Es que ni hablar por la reja podrás si lo llega á saber: te digo que cree mi madre que los novios traen la peste.

— No saldré á la reja, señorita, dijo Dolores.

— No me digas señorita cuando mi madre no esté delante: te lo he dicho mas de once mil veces. Mi madre, esa chanflona que con el justillo ó cotilla que ha echado, y con la manteleta de *fleque*, parece un revoltillo mal liado, lo echa de Doñata; y le pega el Doña como á mí el traje de cola de la infanta: sucédele lo mismo en todo. Las cosas de dulce que ántes hacia, se podian presentar al rey; natillas, arroz con leche, pestiños, rosas, alfajores, leche frita y tortas, nadie las hacia como su mercé. Ahora no quiere hacer mas que *buines*, y todos los quema, ó los deja crudos, y no se pueden comer.

Pero ya que tienes novio, Dolores, deberias estar contenta y alegre; no que siempre estás con la cara como la Señora de las Angustias, y en tu vida de Dios, ni hablas, ni ries, ni cantas.

— Tiempo hubo, respondió Dolores, en que reia y cantaba! Pero si perdí á mi padre ahogado, á mi madre sola y abandonada en una playa; si tengo al hermano de mi corazon embarcado y tan léjos de mí, que la ausencia es ya de años, y puede que sea eterna; si á Lorenzo tocó la suerte de soldado y tambien partió; ¿cómo quieres, Rosa, que pueda hablar, cantar y reir?

---

1) Genio fuerte, mal carácter.

— ¡Verdad es! dijo Rosa, á cuyos ojos asomó una brillante lágrima; ¡*pobre Dolores*! Pero consuélate, mujer, los muertos con Dios están; y los vivos volverán.

— ¡Amen! contestó suspirando Dolores.

XII.

Una tarde estaba Dolores ocupada en el jardin, que habia transformado en huerto la económica Señora Doña Braulia, la que tenia la ventaja de poseer innato el espíritu del hoy tan encomiado *positivismo*. Unas rechonchas, robustas y apretadas coles, reemplazaban á los mirtos; unas rastreras cebollas infeccionaban el lugar que ántes embalsamaban las violetas, y unos nabos panzones habian usurpado el suyo á las airosas dalias.

Como es de pensar, la hija se habia desesperado, y habia vertido sus primeras lágrimas sobre las arrancadas flores.

— ¡Vaya! decia en tono dolorido á la gansa de su madre; que está Vd. con las flores como Sesto Quinto, que no perdonaba ni á Cristo! no va á quedar en el jardin mas rosa que yo. ¡Ojalá y se le vuelvan á Vd. éticas las coles, se le sequen las lechugas, y se le pudran los nabos!

La tarde estaba mustia, y un viento que ya gemia, anunciaba el invierno. Dolores miraba á las nubes que pasaban presurosas como cuerpos de un ejército que se prepara al combate; á sus oidos llegaba claro el estrépito de las olas del mar, que inquietas se amotinaban, miéntras que se impregnaba la atmósfera de la oscura sombra que esparcia una negra faja que cubria el horizonte al lado del sur.

— ¿Dónde .... dónde — pensaba — alcanzará á mi podre Tomas el temporal que se acerca? ¿Será en el mar, en la tierra ó en la tumba? ¡Acaso no veré mas á ese hermano de mi alma!

En este instante se oyó llamar á la puerta de la calle, y Dolores acudió á abrir. En el dintel estaba un alto y airoso muchacho, en un aseado vestido de marinero. Llevaba garbosamente sobre su rubia y rizada caballera, el gorro catalan; por sus morenas y sonrosadas mejillas, se deslizaban dos lágrimas, que contrastaban con la alegría de corazon que hacia sonreir su bella boca.

— ¿No me conoces? dijo viendo á Dolores que callada aguardaba que le dijese el objeto de su venida.

Al oir aquella voz, un grito salido de lo mas profundo del alma, con la palabra: ¡hermano mio! fué lanzado por Dolores, que se echó en los brazos del marinero. Pero este goce íntimo fué interrumpido; las fibras de Dolores mucho há acostumbradas al sufrimiento, y debilitadas por un incesante trabajo, no pudieron soportar tan repentina alegría, y cayó sin sentido.

Habian acudido al oir el grito Doña Braulia y Rosa.

— ¿Qué es esto? ¿qué es esto? ¿quién eres, muchacho? dijo la primera.

— Soy su hermano, señora; contestó Tomas.

— Si eso fuera, no la habrias asustado.

— Pero, señora....

— Lárgate, lárgate, que no traes tu fe de bautismo en la mano, y sabe Dios tus intenciones.

— Madre, dijo con decision Rosa, este es Tomas, el hermano de Dolores; no hay mas que mirarlo para conocerlo; se parecen como se parece una rosa de su color á una rosa blanca.

— Calla tú la boca, caridelantera, le dijo su madre; y trae vinagre para que lo huela Dolores; y tú, añadió dirigiéndose al marinero, coge el pendingue, que estás demas. ¿Pues qué, no hay mas que entrarse por las puertas ajenas, como Pedro por su casa?

Habríase dicho que un profético instinto hacia á la viuda repudiar con tanta aspereza al lindo jóven, pues si bien su dinero y su plata no corrian riesgo en su presencia, lo corria un tesoro de mucho mas valor.

¿Quién no ha visto con placer y simpatía en el cielo,

esos celajes blancos, esas nubecillas rosadas que en él giran, sin pretender averiguar qué emanaciones los formaron, qué auras los elevaron y dieron su direccion?

Así es, que sin buscarles causas, ocasiones ni motivos, presentaremos desde luego semejantes á aquellos, los suaves, ligeros y rosados amores del jóven marinero, y de la niña Rosa.

Dolores se habia opuesto á estos amores que habrian desatinado á Doña Braulia; pero no habia sido atendida ni por Rosita, ni por su hermano. Por desgracia, los buenos consejos dados á un naciente amor, si lo contrarian, son como gotas de aceite echadas sobre una llama; la avivan.

— Rosa, decia Dolores, mira que esos amores no llevan camino, ni han de tener buen fin: tu madre no ha de querer por yerno sino á un señor rico y principal.

— Pues como no se ponga mas manteleta que la de un yerno principal, ya estará fresca; respondia Rosa. No me hacen á mí gracia los principales. Ahora poco vino aquí una jarapada de señoritos de Cádiz. ¡Vírgen de Regla! ¡vaya una patulea de señoritos! Llevaban unos sombreros sin forma ni manera, con mas alas que un tejado; los brazos colgando, la ropa holgada como sayal de boyero, é iban mas destartalados, y mas descoyuntados que San Serapio. Uno me quiso requebrar, y yo le dije: ¡póngase Vd. en una horma, Señor, que va Vd. muy *desbaratáo*! Nada, Dolores, los principales son para las principalas de gorra y mantellina; cada oveja con su pareja, hermana.

Así, pues, en este amor infantil todo era hojas suaves, y flores efímeras, ménos la voluntad, que era el tallo.

No solo habian sido ambos atraidos el uno hácia el otro como dos arroyuelos, bajando la misma pendiente para unirse en el valle y seguir su alegre curso entre las adelfas y el césped, sino tambien por haber sentido Tomas el ansia de echar un áncora á su corazon sin lastre, y Rosa por el vivo placer de demostrar á su madre con hechos — como lo hiciera ya de palabra — que diferenciaban de un todo en punto á la idea que ambas tenian formada sobre novios. Así era, que con la habilidad mas diestra y el placer mas extremado,

sabia cogerle las vueltas al Argos mas fiero, pero mas descuidado del mundo, y acudir á la reja para hablar á Tomas. En honor de la verdad debemos decir, que en aquellas conferencias ilegales, muy poco graves y ménos sentimentales, no se trataba mayormente de amor, y que la risa era la que ocupaba en ellas el puesto de presidente. Solian ser de este género:

— ¿Qué traes? preguntaba el *novio* á la *novia* al hallarla sin poder hablar palabra, no por emocion, ni ménos por turbacion, sino por la risa que la ahogaba.

— ¡Qué he de traer! contestaba Rosa; que ahora mismo decia mi madre al Padre Nolasco: «mi niña.... (mira tú *mi niña* con catorce años ménos dos meses y veinte dias!) mi niña! decia su mercé; no sabe siquiera la palabra amor; ¡mi niña! .... ¡á los veinte y cinco años ha de llegar sin haber mirado á un hombre á la cara; eso queda de mi cuenta!» — Pues queda de la mia, señora madre, pensé yo para mis adentros, el no llegar á los diez y seis sin haberle dado á su mercé un nieto. Para entónces ya serás piloto, y te podrás casar; ¿no es verdad, Tomas?

— ¡Por supuesto! Pero hay que atender, Rosa, á que son Vds., tu madre y tú muy empingorotadas para mí, y que tu madre no ha de querer.

— ¡Qué empingorotadas! ¡sí! Tio Miguel Lechugas el que vende y pregona: ¡*abanicos de calaña! si se rompe el papel, queda la caña*; es primo hermano carnal de madre. Pero si no quiere, me sacas por la iglesia.... y ya está.

— ¿Y tú, qué respondistes á tu madre? preguntó Tomas.

— ¿Qué respondí? atiende: le dije al Padre Nolasco: Padre, mire Vd. á mi tio. — El padre le miró y dijo: ¡*bello señor*! y le rezó un padre nuestro, como hace siempre que lo mira. Yo me habia puesto léjos de mi madre, porque cada vez que nombro á mi tio, me tira un pellizco.

— ¡Oiga! ¿y porqué?

— Porque no lo hago sino con el fin de que el Padre Nolasco le rece un padre nuestro; y mi madre, en lugar de agradecerme que le procure estos sufragios, se incomoda; porque desde que ha heredado, y se ha metido á fina, ha echado un genio como un dragon.

— Pero .... vamos al caso; ¿tú respondias acaso á tu madre, con llamar la atencion del Padre Nolasco sobre el retrato de tu tio?

— Aguarda; ya voy, que no soy triquitraque. Le dije, pues, al Padre Nolasco cuando concluyó su rezo: Padre, ¿ha visto Vd. en su vida de Dios, un señor mas feo que mi tio? — ¡Jesus! ¡*qué desacuero*! [1]) dijo mi madre, que ya sabes lo echa de fina, y es tan fina como yo, y entrambas lo somos como albarda vuelta del reves; — ¿qué tiene mi hermano de feo? — Todo, respondí yo; pero en particular las cejas que tiene como bigotes de gato, y el color que es de membrillo cocho. — No era feo; que era un bello señor, dijo el Padre Nolasco, que es tan bonito como era él. — Pues sepa Vd., le dije, que es tan feo porque nunca se casó. — Véte, véte al jardin á regar el lechuguino, moza tempranera, dijo mi madre. — Alegréme de verme despedida como villarda, eché á correr y me vine aquí mas pronto que la luz, y su mercé detras, y me encerró. Me rio; ¿y no me he de reir? Porque ya ves tú, que el buey que me corneó, á buena parte me echó; pues aquí pelo la pava — cosa á la que siempre me ha tirado la inclinacion — y que me gusta mas que una misa cantada. Miéntras no venias me puse á cantar:

El hablar quiere gracia,
El cantar brio;
Y el pelar la pavita
Quiere sentido.

— Mira, Tomas, estaba rabiando por decírtelo.
— ¿El qué?
— Que estoy contentísima.
— ¿Porqué?
— ¡Qué sé yó!....
— Pues yo tambien lo estoy, pero sé porqué.
— ¿Pues porqué?
— Porque eres mi novia.

---

1) Desafuero.

— ¡Ya lo creo!

— Y tambien porque el capitan me ha dicho que me va á llevar de marinero, y á enseñarme el pilotaje.

— ¿Y dónde te vá á llevar?

— A Hamburgo.

— ¿Otra vez vas á las Indias?

— No; esto es por otro lado.

— ¿Mas léjos?

— No, mas cerca; de la vuelta de arriba.

— ¡Anda con Dios! Pero mira que no quiero que vayas mas á Montevideo, que dice el Padre Nolasco, que quien lo cuenta una vez, no lo cuenta dos.

— No hagas caso de lo que dice el Padre Nolasco, en tratándose de navegar; porque le tiene tanto miedo al agua, que estoy para mí que le asombra hasta la del bautismo.

— Tengo que decirte, Tomas.

— Y yo á tí, Rosa.

— Pues empieza tú.

— No, tú; que las faldas van por delante.

— Pues es un acentijo: ¿á que no lo adivinas?

— Veamos.

— Pues atiende:

Yo, y mi hermana diligente,
Andamos en un compas,
Con el pico por delante,
Y los ojos por detras.

— ¿Los ojos por detras? ¿el pico por delante? Será el pavo real.

— ¡Qué *espilfarro*! ¿acaso son dos hermanas? las tijeras .... torpon, las tijeras! — Díme tú uno; que me divierten; anda.

— Una dama hermosa
Corre su fortuna,
Corta sin tijeras,
Cose sin agujas.

Rosa se puso pensativa y murmuró:

— ¿Una dama hermosa?.... yo. ¿Corre su fortuna? yo. ¿Corta sin tijeras?.... un sayo, yo. Pero eso de coser sin agujas.... no caigo.

— ¿No me tienes cosido sin agujas á tu reja, mujer?

— Mira, verdad es.

— Pero no es eso, y no has acertado.

— ¿Pues qué es?

— Es la lancha.

— ¡Ay Jesus! ¡mi madre!.... dijo Rota, y si me coge aquí, me pegará — eso no me importa — pero mandará tapiar la ventana, y eso sí me importa.

Diciendo esto echó á correr, pero volviéndose de repente:

— Cuidado, Tomas, le dijo, que cuando vuelvas de la mar me traigas langostinos.

Y ligera y callada como una exhalacion, desapareció.

¡Cuántos pecados condena la maledicencia como mortales, que son tan veniales como el referido! ¡Cuántas niñas por falta de recato y de modestia, se exponen á que sufra su fama!

XIII.

Miéntras Rosa y Tomas tejian su corona de flores de primavera, habia llegado la época en la que en el año cincuenta se licenció temporalmente parte del ejército, y los dos hermanos Lopez recibieron permiso para venir á su pueblo. No quisieron avisárselo á su familia para sorprenderla; en Lorenzo entraba la sorpresa, no solo como medio de avivar el gozo por lo inesperado, sino tambien la intencion de no dar tiempo á que nada de cuanto en su ausencia hubiese podido surgir, se le pudiese ocultar.

Era un domingo. La tarde declinaba, dejando paso á la noche; inclinábase el sol hácia su descanso, cual si le pesara

su corona de dorados rayos. El viento habia refrescado, impregnado del frio hálito de la noche. Los aviones habian tocado ya estrepitosamente á silencio á la grey aérea, y solo el mochuelo tímido y acosado de dia, se quejaba en su soledad, como el paria, de la segregacion de su casta. Las olas se extendian indolentes sobre la playa, bajando el tono de su atronadora voz, al de una queda y monótona cantinela; una á una como las quedas palabras del tímido, salian las estrellas para estampar en el cielo la de: *descanso.*

Dos jóvenes caminaban con ligero y firme paso por el desnudo y escueto camino de Sanlúcar á Rota, apresurando progresivamente su andar, como si cada objeto que divisaban los hubiese reconocido y les gritase: ¡*llegad*!

— Ya siento, dijo el mayor, no haber dado aviso de nuestra venida á madre; la pobre no está ya para sacudidas.

— Pues yo no lo siento, repuso el menor; que la alegría da vida; y de esta suerte, me cercioraré de cómo se porta Dolores.

— ¡Calla, Lorenzo, calla! que Dolores es una prenda que no mereces tú por desconfiado.

— Estéban, dice el refran, que de la mujer te guarda, y de la buena no fies nada. Dolores se ha metido á servir contra mi gusto en casa de Doña Braulia; el porqué no he podido averiguarlo, y algun porqué lo debe haber; no me lo ha querido mandar á decir; se echa fuera; y herradura que chapeletea, clavo le falta, y firme no está. ¿A qué entrar en una casa extraña, pudiendo estar al lado de mi madre? Así uniendo puntas con cabos, he venido á entender por esas *turbieses*, que algun gusano encierra el capullo.

— Estás como el profeta Jeremias, que anunciaba la desdicha ántes que viniera al mundo. ¡Ya está aviada tu mujer! ha de ser bien desgraciada: ¡pobre Dolores!! ha entrado á servir, ¡pero en qué casa, hombre! en casa de Doña Braulia la viuda, que no tiene mas que una niña chica, y que es mas recogida y honrada que una Santa Mónica!

— Yo, nada digo en contra de la viuda; pero lo que suceda en su casa no lo sabe madre.

— Hermano, dijo Estéban.

No adelantes el discurso
Sino para pensar bien:
Que á veces nos discurrimos
Lo que no ha sido ni es.

Pero por tu mal pensar te habia de estar bien empleado de hallarte con que Dolores te hubiese dejado, Lorenzo.

— ¡Ni en chanza digas eso, hermano; que en chanza es, y cria mala sangre!

Habia anochecido cuando llegaron al pueblo.

— Pasemos por la casa de la viuda, dijo Lorenzo.

— Hombre, despues irás, vamos primero á casa; que sobre padre no hay compadre, contestó Estéban.

— Hermano, repuso Lorenzo dirigiéndose á la izquierda, si no son sino dos pasos mas! ....

Estéban titubeó; pero por no entrar solo en su casa siguió á su hermano á alguna distancia.

Este se habia acercado á la casa de la viuda, y en la ventana última vió á un hombre en la reja.

Como habia anochecido, y le volvia la espalda solo pudo ver que era alto y airoso.

Al verlo, sus ojos se abrieron desmesurademente; una nube pasó ante su vista; su cuerpo se estremeció, como la tierra ántes de abrirse paso la lava. Acercóse sin que el ruido de sus pasos pareciese imponer ni turbar al hombre que estaba en la reja.

— ¡Algo sabia Estéban! murmuró entre sus apretados dientes Lórenzo.

— Con que — decia el de la reja en voz que no cuidaba de que fuese oida — ¿me querrás siempre?

— Por sécula sin fin, murmuró una suave y alegre voz de mujer.

— ¿Y te casarás conmigo?

— Por supuesto; ¡vaya!

— ¿Aunque se opongan?

— Aunque se opusiese el rey y todo su ejército capitaneado por el Padre Nolasco.

— ¡Jesus me valga! ¡soy muerto! gritó el infeliz jóven cayendo desplomado en el suelo.

— ¡Y por mí! dijo en lúgubre é iracunda voz Lorenzo. Veremos si os casais sin que se oponga y lo impida el que oponerse é impedirlo puede.

— ¿Lorenzo, hermano, has sido tú? gimió con dulce voz el herido que reconoció á su agresor.

— ¡Dios del cielo! ¿quién me nombra? exclamó trémulo y asombrado Lorenzo.

— Yo, yo, Tomas: ¿no me conoces?

— ¡Tú!.... ¡tú! tartamudeó Lorenzo dando diente con diente, echándose sobre el herido, y reconociendo con asombro las lindas é infantiles facciones del hermano de Dolores. Levantándose en seguida con los brazos alzados al cielo: ¡Dios me maldiga! exclamó en desatentado parosismo de desesperacion.

— No, no, dijo con debilitada voz el herido; ¡él te perdone.... como te perdono yo!

Y el pobre niño perdió el sentido.

— Huye, hermano, huye — dijo Estéban, que á pesar de la angustia de su alma conservaba la cabeza serena, viendo que á las voces que habia dado Rosa acudian gentes; — huye, yo cuidaré de este infeliz, y puede que quiera Dios que se salve; huye — prosiguió empujando hácia una callejuela á su hermano, que con los puños cerrados se golpeaba la frente; — ¿quieres matar á padre y á madre?

Lorenzo desapareció en las sombras de la noche.

Apénas se habian reunido algunas gentes, cuando Estéban reflexionó que para no suscitar sospechas contra su hermano presentándose solo en su casa, debia ausentarse, y buscar á Lorenzo que necesitaba de ser consolado y guiado.

Así fué que se deslizó por entre las gentes que habian acudido. Pero no pudo hacerlo sin que algunos lo hubiesen observado y aun tomado las señas aunque sin reconocerle.

Estéban recorrió en vano aquellas cercanías: no halló á su hermano. Dirigióse á Sanlúcar, donde al dia siguiente continuó sus pesquisas, sin notar en su turbacion que era espiado; y á la tarde, al salir de una taberna en la que ha-

bia entrado á escuchar lo que hablaban, por ver si algo averiguaba de su hermano, ó del estado del herido, fué preso.

XIV.

Dolores acostumbraba siempre á pasar las tardes de los domingos en casa de los Lopez; pero desde que habia venido Tomas, ansiaba porque llegasen esas tardes de asueto, porque las pasaba al lado de su hermano, que paraba en su antigua morada, á dónde fué en derechura desde que desembarcó, y de donde no le dejaron salir la familia de Lopez que le miraban como cosa propia. Habian pasado los dos hermanos, como siempre, la tarde hablando Dolores de su pobre madre, y despues distrayéndola Tomas con referirle sus viajes, sus percances y fortunas, con vivos y alegres colores.

— Todo eso está muy bueno, Montevideo, le decia el Padre Nolasco. Pero ¿no habria sido mejor que no hubieses pasado ninguno de esos trabajos, y que te hubieses estado quieto y en gracia de Dios, guardando los puercos del compadre Gil Piñones?

— Padre Nolasco, respondia Tomas, ¿ve Vd. esas nubes?

El padre Nolasco miró al cielo y contestó:

— Las veo .... ¿y qué?

— Pues dígales Vd. que se estén quietas; á ver si lo hacen.

— ¡Pues mire la comparacion! buen arriero tienen para que se estén quietas!

— Pues padre, otro tengo yo que no me deja parar.

— ¡Habráse visto rabo de lagartija como este!! Lo propio estás tú con la mar, como las mariposas con la luz; no has de parar hasta que te trague la mar con sus grandes tragaderas!

— Con Dios, Dolores, dijo á la caida de la tarde Tomas.

— ¿Ya te vas? respondió esta con tristeza.

— Me precisa, repuso con aire de importancia su hermano.

— Si no puede estarse quieto! observó gruñendo el Padre Nolasco.

— Tomas, Tomas, le dijo su hermana que entendió dónde iba; ¿con que no quieres hacer caso de mis consejos?

— Vamos, repuso Tomas riendo, ¿ahora vienes tú haciendo la segunda parte del Padre Nolasco? Pues mira, yo tambien te aconsejaré con la copla:

(Tomas se puso á cantar:)

Dejad llorar á las nubes,
Dejad alumbrar al sol;
Dejad al viejo quejarse,
Y al mozo gozar su amor.

— Si fuese reina y tuviese por hija una princesa, todavía me habia de parecer poco para él! dijo Dolores siguiendo con la vista á su hermano.

— Pero ¡qué precioso mozo se ha hecho! repuso la tia Melchora; no me canso de mirarle.

— Y ha conservado su mismo genio de ántes, su sal, su mismo agrado, su misma alegría, su mismo ángel; añadió Catalina.

— Verdad es, dijo el Padre Nolasco: seria completo si no fuera tan terco.

En la misma hora que tenia lugar la catástrofe que hemos descrito, se preparaba Dolores á regresar en casa de su ama, cuando se esparció por el pueblo la alarmante y tétrica voz: ¡*un herido*!

Cuando cunde esta lúgubre voz en un pueblo de campo, el efecto que produce es sumamente conmoviente. Cantos, risas y juegos se extinguen instantáneamente: sucédeles un hosco silencio, solo interrumpido por exclamaciones de lástima y horror; y de todas las casas se ven salir mujeres pálidas y azoradas, tocándose por las calles los pañuelos y di-

rigiéndose presurosas al sitio de la catástrofe, murmurando con angustia: ¡mi marido! ¡mi hijo! mi hermano! Si es una riña y llegan ántes que se haya terminado, se las ve verdaderas heroinas no por vanagloria, sino por amor, echarse denodadamente entre los combatientes, sin temer á sus puñales, ni á la ceguedad de su ira, lo que prueba que el ideal á que pueden llegar los sentimientos del corazon, se halla en la naturaleza mas cumplido y santo que no en las creaciones romancescas, pues que el ideal del sentir está en el corazon que lo exhala, y no en la cabeza que lo crea.

— ¡Es Tomas, Tomas, el hijo de la pobre tia Tomasa! dijeron unas mujeres al pasar por la calle.

— ¿Qué dicen? preguntó Dolores, á cuyos oidos llegaron el nombre de su hermano y de su madre; ¿qué han dicho? volvió á preguntar cayendo sobre una silla, pues no pudo sostenerse en pié.

Catalina se habia arrojado á la puerta de la calle, y corria fuera de sí para alcanzar á las mujeres que acababan de pasar.

— No me impuse, contestó á Dolores mas muerta que viva la tia Melchora, á cuyos oidos habian llegado los dos nombres.

El Padre Nolasco nada habia oido; y el tio Mateo estaba en el corral.

En este instante se acercaba pausadamente y en silencio un grupo de hombres, que traian tendido sobre una escalera al herido; yacia este sin sentido, estaba blanco como el jazmin caido de su rama, y parecia dormir sin dolores y sin encono.

— ¡Mi hermano! gritó con sofocada voz Dolores cruzando con convulsa vehemencia sus manos sobre su pecho.

— ¡Tomas! ¡Jesus!.... dijo con dolor el tio Mateo, ¿quién ha sido el malvado que ha herido á ese inocente?

— ¡No se sabe! respondieron los hombres.

— ¡Tomas! hijo mio, ¿no me oyes? dijo el Padre Nolasco tomando entre las suyas las yertas manos del pobre niño; ¿está muerto? añadió acercando su mano al rostro del herido. No; corred, corred por el cirujano!

— Ya viene, le fué contestado.

Tomas fué acostado en la cama que habia sido de Lorenzo.

Llegaba el cirujano que registró la herida, hizo la cura, y dijo al salir al Padre Nolasco:

— Cuando vuelva en sí con el espíritu que acabo de recetar, que le administren, pues no pasará de la noche.

El Padre Nolasco se volvió á la cabecera del herido, que en este instante volvia en sí y decia:

— ¿Dónde estoy?

— En mi casa, en mi casa, respondió la buena anciana, en la cama de mi Lorenzo.

— Sacadme de ella, sacadme de ella, dijo con débil, pero azorada voz el herido.

— ¿Y por qué, hijo?

— Porque si muero no querrá Lorenzo acostarse mas en ella, respondió Tomas.

— En ella vas á curar, hijo mio, repuso la tia Melchora.

— No, no, dijo el pobre niño, ¡voy á morir! Y volviendo los ojos entónces hácia el Padre Nolasco prosiguió con dulce sonrisa — ya veis, padre, que no era en la mar en donde me esperaba la muerte!

— Mejor para tí, que vas ahora á morir como un santo, rodeado de tu gente, y teniéndome á mí á la vera para administrarte los Santos Sacramentos, contestó el padre.

Entró en este instante el alcalde para tomarle declaracion. Tomas contestó á las preguntas de este, que habia sido herido por equivocacion, segun oyó decir al agresor, á quien no conoció; pero fuese quien fuese, le perdonaba.

Alejáronse en seguida todos para dejarle solo con el Padre Nolasco, á fin de que pudiese confesarle.

Cuando hubo terminado la confesion, y el padre le preguntó si le quedaba aun algo sobre su conciencia, contestó:

— Algo, sí, padre .... he mentido ahora poco.

— ¿Cómo es eso, hijo, ahora poco?

— Sí, dijo el moribundo; he dicho al alcalde .... he dicho que no conocí á mi matador.

— Y qué, ¿le conociste?

— Bajo sigilo de confesion os digo que sí, padre, le conocí.

— ¿Y quién fué?

— Eso no lo diré yo, padre, que el callarlo no grava mi conciencia.

En este instante fué el infeliz acometido de un copioso vómito de sangre. La agitacion que esto produjo en la casa, permitió á Dolores el escapar á la vigilancia de algunas mujeres que la guardaban, apartada de aquel cuadro tétrico y destrozador, y se precipitó en el cuarto con los ojos desencajados y pálida como la estatua de mármol de un sepulcro.

— ¡*Pobre Dolores*! dijo con ahogada y apagada voz el moribundo, miéntras dos lágrimas asomaban á sus ojos ya quebrados por la muerte que le invadia, y dulces aun por la vida que le quedaba!

— Ya le llegará su vez de descansar, dijo el Padre Nolasco. Véte, véte, añadió entregando á la desesperada é inerte Dolores en mano de las mujeres que la habian seguido; — véte; que perturbas su alma. No pienses mas que en Dios, que es tu padre, y te llama á sí, añadió volviendo á la cabecera el agonizante.

— ¡No pensaré mas que en él! murmuró Tomas alzando sus ojos aun llenos de lágrimas al cielo.

— Ahora que estás preparado que mejor no cabe, hijo mio, levanta tu corazon al *Señor* misericordioso, á quien vas á ver, y muere tranquilo, que aquí estoy yo encomendándote el alma como si fueses mi propio hijo!

Tomas apretó suavemente la mano del padre, sonrió, cerró los ojos .... y no los volvió á abrir.

Entónces en voz baja, luego en voz mas alta, y despues en gemidos pasó de boca en boca esta terrible voz .... ¡*murió*!

— ¡Qué dolor! ¡qué dolor! exclamaban las mujeres. ¡Las campanas van á doblar solas! ¡quién vió tal iniquidad, de matar á ese inocente que á nadie ofendió, ni con el pensamiento! — ¡Y le perdonó! .... añadian otras llorando; era un ángel que ha muerto como ha vivido sin hacer daño á nadie. ¡Si esta es la muerte de Abel!

Dolores estaba como petrificada; sus ojos no lloraban; sus labios no gemian; y solo de cuando en cuando un estremecimiento nervioso demostraba que viviese. Las buenas mujeres la habian puesto sobre el corazon un pedazo de paño de grana; habian salpicado su rostro de agua; y á todo resistia su inercia. De repente se levantó, fué á su arca que guardaba en su cuarto la tia Melchora, sacó todo el dinero, tan trabajosamente ganado y tan cuidadosamente guardado, que estaba destinado á comprar su ajuar de novia, y entregándoselo á la buena anciana, dijo con voz que apénas se oia:

— ¡Para la caja, tia Melchora! que quiero que lleve caja propia para el entierro.... y para sufragios! Dicho lo cual, dió un gemido y cayó desplomada en el suelo.

XV.

Estéban habia sido conducido á Sevilla, y debia ser juzgado por un consejo de guerra.

En los interrogatorios habia sostenido con calma y firmeza que él no habia cometido el crímen que se le imputaba. Reconocido por el hortelano de la viuda, que fué el primero que habia acudido al lugar de la catástrofe, y que le habia hablado, no negaba su presencia, pero negaba el crímen. Reconvenido con la objecion de que hallándose allí en el momento de suceder la muerte, deberia haber visto al asesino, lo negaba: lo cual aumentaba las flagrantes pruebas de culpabilidad que contra él se aglomeraban. Su salida ó fuga de Rota á esa hora, á pesar de declarar que era aquel el destino de su viaje; su afan al siguiente dia en recorrer las tabernas de Sanlúcar con el marcado fin de saber cuanto de la catástrofe se decia, y averiguar si habia muerto el herido; alguna turbacion y vacilamiento en sus respuestas; todo atestiguaba de tal manera en contra de él, y el crímen era tan

horroroso, que se le impuso por unanimidad la sentencia de muerte.

Estéban la oyó con serenidad. Debe en efecto ser ménos horrorosa la muerte violenta cuando se presenta como sacrificio, que no cuando se presenta como expiacion!

En el momento en que se iban á llevar al reo de la sala del consejo, salió de entre un grupo de hombres un jóven que se adelantó de repente con paso firme hácia el tribunal. La lívida palidez que cubria su semblante enérgico, no parecia debida á la emocion del momento, si no anexa á aquel rostro en que nada de la vida parecia haber quedado, sino un fuego sombrío en sus negros y ardientes ojos.

— Ese hombre es inocente, dijo con acento firme y seco dirigiéndose al consejo.

— ¿Cómo lo sabeis, y cómo podréis probarlo?

— Entregando al reo.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— Pues traedle.

— Ya está aquí.

— Pues quién es?

— Yo.

— ¡Vos!

— Yo, convicto y confeso.

Hubo un momento de silencio, debido al asombro y estupefaccion que causó esta escena.

— ¡Hermano! exclamó al fin Estéban; ¡qué has hecho!

— ¿Y tú habias pensado, contestó el otro en tono de reconvencion, que te dejaria yo morir? Oye, ¿de cuándo acá me has tenido tú por un infame? Nunca fuí bueno, lo sé; siempre tuve en mí mismo el enemigo que habia de perderme. Pero de ahí á ser un vil cobarde, que dejase pagar á un inocente mi delito, va mucho, hermano. Intenté procurar tu fuga de la cárcel; pero no lo conseguí, porque nada bueno podia lograrse al que Dios dejó de su mano. Así, pues, caiga sobre el delincuente la ley, y cúmplase en mí la sentencia de que quien á hierro mata á hierro muere. A Dios, consuela á nuestros padres, y.... perdonadme todos!

El consejo, en vista de este inesperado incidente, se suspendió, y Lorenzo fué mandado trasladar á la cárcel en lugar de Estéban, que quedó libre; mas este estaba como herido de un rayo, sin palabras, sin accion y sin voluntad. Sintióse fuertemente asido de un brazo por una persona que lo sacó de aquel funesto lugar, y que impulsándole sin que el anonadado Estéban pusiese resistencia, lo llevó á una casa en que entraron, cerrando en seguida la puerta el que lo conducia.

— ¡Animo, ánimo! le dijo presentándole un vaso de vino; ¡ánimo, que lo requieren las barbas!

Estéban levantó los ojos, y por vez primera miró á la persona que lo habia traido á aquel sitio.

— ¿Sois vos? exclamó, ¿y os habeis atrevido?....

— Para las ocasiones son los amigos, respondió su conductor, que no era otro que su antiguo vecino el carabinero.

— Con que.... ¿te ibas á dejar matar? exclamó Pepa, que habia acudido y abrazaba con lágrimas á Estéban.

— ¡Y habia de delatar á mi hermano, señora! contestó este.

— Ahora mismo te vas á meter en el vapor é irte á Sanlucár, y de ahí á Rota; que ojos que no ven, corazon no quiebran, opinó el carabinero.

— Perdone Vd., señor, repuso Estéban, que volvia á recobrar su energía, que yo donde ahora voy es al lado de mi hermano.

Por mas que hicieron Pepa y su marido para apartar á Estéban de su intento, no fué posible.

El carabinero le acompañó; pero cuando llegaron á la cárcel, como si su llegada hubiese sido prevista, salió el oficial por quien Estéban habia sido defendido, á recibirle.

— El reo, dijo, me envía á vuestro encuentro porque no quiere veros, no por falta de valor, pues está resignado y tranquilo, ni por falta de cariño, sino por interes hácia vos, que no podriais verle sin sufrir un dolor tanto mas vehemente, cuanto que no será corto y transitorio como el suyo. Me ha dicho que si la voluntad del que va á morir es sagrada, que la atendais, y le deis con ello ese último consuelo.

Partid en este instante: id á consolar á sus padres, y abrid allí esta carta de despedida, que es su última comunicacion con este mundo, pues desde que me la dictó, solo tiene su mente en la eternidad, que tan magna aparece á la hora de morir. No os desesperanceis; si algo en su favor se puede hacer, se hará.

Al oir estas terminantes palabras, el infeliz Estéban volvió á caer en su sombría inercia.

— ¡Pues qué! murmuraba con ahogada voz; ¡no le veré mas! ¡No volveré á ver al hermano de mi alma! ¡Jesus! ¡María Santísima! ¡esto es peor que morir! Mas valiera mil veces que nunca se hubiese presentado.

El buen carabinero, con sus pocas palabras, pero con su mucho celo, se llevó á Estéban.

— ¡Animo, ánimo! repetia; es preciso hacer de tripas corazon; véte á tu casa; ¿qué vas á hacer aquí?

Diciendo esto le arrastraba consigo por la orilla del rio, y apresuraba el paso al ver que por una feliz coincidencia se preparaba un vapor á salir para Sanlúcar. Cuando llegó, le metió en la embarcacion; pagó su pasaje, le recomendó á un camarero conocido suyo, y se volvió á tierra en el mismo momento en que levando el ancla el vapor, empezaba á imprimir á aquella pesada mole el impulso que la habia de hacer ligera y rápida cual la flecha al impulso del arco.

¡Qué pluma podrá pintar las destrozadoras escenas que se sucedieron en la casa, ántes tan feliz de los Lopez, al saber golpe sobre golpe, mediante á la brusca franqueza campesina, las desastrosas nuevas de que era Estéban portador! ¡Quién puede pintar aquella desatentada desesperacion, aquel sufrimiento infinito! Cuanto decirse pudiera, quedaria muy atras de la realidad, como se queda el pincel que intenta pintar el agua y el fuego, á los que no puede dar calor ni movimiento.

En medio de esta desolacion fué leida por el Padre Nolasco la carta de Lorenzo, que era como sigue:

— «Ni á Dios ni á los padres se les pide nunca perdon en valde; y como á Dios se lo he pedido, os lo pido á vosotros, á quienes tan mal pago he dado por el amor que me

han tenido. No se aflijan Vds. por mi suerte, que no llevo mas que lo que merezco, y lo recibo resignado, á la vez como castigo y espiacion. Hermano, ¡Dios te pague el gran cariño que me has demostrado! que si viviese, no te lo pagaria besando la tierra que pisas. Otra cosa quiero que hagas por mí para poder morir tranquilo; á esa desdichada á quien dejé en una mala hora sin arrimo ni calor de nadie, ampárala; cásate con ella, ¡hazle dulce la vida, que tan amarga le hice yo! Y para que muera tranquilo, prometedlo al leer mi carta. Porque las palabras dadas al que va á morir se cumplan: pues el saber que se cumplen, ha de ser el consuelo que me lleve yo á la tierra. Perdonadme y encomendadme á Dios, que El es el que nos consuela á todos!»

Cuando en medio de sollozos y gemidos se terminó la lectura, Estéban se acercó á la cama en que yacia cual un cadáver convulso, la infeliz Dolores.

— Dolores, le dijo, la última voluntad de mi hermano es sagrada; ni tú puedes tener otro marido que yo, ni yo otra mujer que tú. El confía en que no haremos falla su última voluntad, y no debemos marrarle.

Dolores calló y siguió sollozando.

— Si no consientes, dijo con angustia Estéban, es que no lo quieres á él, no me aprecias á mí, y no estimas á la familia. ¿Prometes, Dolores? que el tiempo urge.

— Prometo, gimió Dolores, hacer lo que él quiso, y tú quieres.

XVI.

Seis dias habian pasado en esta agonía. La pobre madre estaba en una convulsion casi continua; el padre habia envejecido de golpe; y su cuerpo, hasta entónces robusto y derecho, se habia doblado cual el árbol que venció un huracan.

Dolores daba pocas esperanzas de vida. Catalina hallaba fuerzas en su amor á sus padres para no dejarse postrar por su dolor, y Estéban anonadado sofocaba su desesperacion por no aumentar la de sus padres. Solo el Padre Nolasco estaba sereno; y era á su vez la providencia de esa familia, como ella habia sido la suya. Cuidaba á todos, y á todos exortaba con fuertes argumentos á la conformidad en las penas, aun las mas acerbas, puesto que para ellas la prescribe Dios; y de lo que tan admirable ejemplo nos dió su *Santa Madre.* A intervalos levantaba su voz en las oraciones, cuyo sonido conocido y amado llega al oido con toda la magia de un consuelo, de un recuerdo, de una esperanza; como el lazo que une á vivos y muertos, y esta vida á la otra vida!

Una mañana, algunas vecinas que venian caritativamente á asistir á esta infeliz familia, decian al médico al salir:

— Señor, nada de cuanto le mandais le hace á la pobre de la madre; no hay que engañarse; esto le cuesta la vida.

— Mas me temo al padre, respondió el médico; y mas cuidado me da, aunque aparenta mas serenidad.

— ¿Y Dolores, señor; será preciso administrarla?

— Todavía no urge, es jóven y aquí hay sujeto. Una crísis podrá salvarla.

En este momento se abrió violentamente la puerta, y el carabinero, sofocado, desalado y cubierto de polvo, se precipitó en la casa gritando:

— Señores, miéntras hay Dios, hay misericordia; ¡indultado! ¡indultado!

Nada mas dijo; nada mas pudo decir, pero nada mas necesitaba decir para volver la vida á aquella agonizante familia.

Estéban se abalanzó fuera de sí al carabinero.

— ¡Qué decís, indultado!

— Indultado.

— ¿Mi hijo? gritó saltando de su lecho sobre el que estaba tendida la madre.

— ¡Lorenzo!

— ¿Por el tribunal? exclamó el padre, que se habia levantado erguido como un jóven.

— ¡Qué por el tribunal! Por la *reina: ¡Viva la reina! ¡Viva Isabel segunda!* gritó el carabinero tirando por alto su morrion.

— ¿No morirá? sonó la voz débil de Dolores desde su alcoba que daba al patio.

— Cuando Dios quiera y no ántes, respondió el carabinero.

La escena que siguió, difícil seria pintarla, cuando no tienen los mismos actores que en ella actuaron, memoria ni reuerdo de lo que pasó.. La madre se dejó caer inánime en los brazos de su marido. Estéban y Catalina rodeaban con sus brazos el santo grupo que formaban sus ancianos padres; Dolores habia hallado fuerzas para incorporarse en su lecho, cruzar las manos y alzar al cielo su ferviente accion de gracias: las buenas vecinas lloraban á gritos; el carabinero no cesaba de pasar el reves de su mano por sus bigotes empapados en lágrimas, y solo el Padre Nolasco impasible decia:

— ¿Lo veis, hijos? Dios aprieta y no ahoga: bien os lo decia yo: ¡conformidad! ¡La esperanza es lo último que se pierde! Si las de acá abajo salen fallidas, las de allá arriba son siempre ciertas. Así es que ha hecho su Divina Majestad de la esperanza una virtud, y manda á las criaturas que la tengan siempre en su corazon para que no desfallezcan. El corazon desfallecido no es corazon legítimo, hermanos.

¡Oh caridad! Pon á menudo la pluma en la poderosa mano que puede firmar el indulto. Si no es en consideracion al reo, séalo en consideracion á su familia, inocente de su culpa!

El extraño suceso acaecido en el consejo de guerra, se habia esparcido, y despertado la curiosidad y el interes público, pero muy en particular, entre los oficiales que componian el consejo, y que habian presenciado aquella escena de honradez y de amor fraternal. La sencilla nobleza que vieron en el porte y palabras de aquellos hombres graduados de rústicos, los habia enternecido; porque tras los rostros

tostados é impávidos y de las manos endurecidas con el manejo del sable, suelen alguna vez latir corazones mas blandos y generosos, que no entre otros rostros blandos y delicados, ya de uno ú otro sexo, que se inmutan y enternecen en *conversacion*.

Uniéronse á esta simpatía general, la de altos personajes, que levantaron una súplica de gracia á la buena soberana, tan dispuesta á la clemencia, que nunca se acude en vano á su hermoso corazon. A ese corazon bendito que halló voces para perdonar á un enemigo, en el mismo momento de recibir el alevoso é inicuo golpe regicida, nunca le pueden faltar esas palabras de clemencia que son el derecho divino de los reyes.

— ¿Y queda libre? ¿vendrá acá? preguntó la madre cuando al primer enajenamiento siguió un poco de calma.

— Si por la reina fuese vendria.... ¡Señores, *viva la reina*! dijo el carabinero.

— ¡Bendita de Dios sea la reina! exclamaron todos con explosion y entusiasta gratitud.

— ¡Si por la reina fuese .... vendria! .... prosiguió el carabinero. Pero su majestad no puede mas que perdonarle la vida. Entra despues la pena que le sigue, presidio.

— ¡Presidio! exclamó la pobre madre.

— Sí señora, y cómo ha de ser! quien la hace .... la paga, tia Melchora! dijo el carabinero.

— Pero, si Tomas, el ángel mio, que murió como un Abel, le perdonó! ....

— Eso tiene á su favor; pero no basta.

La madre se echó á llorar amargamente.

— Melchora, no ofendas á Dios, le dijo el tio Mateo volviendo á caer doblado y con la cabeza caida sobre su asiento.

— Es que yo le creí libre! .... repuso sollozando la madre.

— ¿A qué prometértelas tan felices, mujer? Si lo que ha hecho es un delito de los grandes! .... su castigo ha de llevar, repuso el honrado anciano.

— ¿Y á dónde va? señor Canuto, preguntó la pobre madre.

— A las islas Marianas.

— ¿Y por cuánto tiempo?

— No se sabe; contestó el carabinero, que sabia que era de por vida.

El pobre tio Mateo lo habia comprendido tambien así.

Entretanto habia llamado Dolores á Estéban á su lecho, y le decia:

— Estéban, puesto que gracias á la misericordia divina y humana, Lorenzo queda con vida, no hay nada de las promesas hechas á un difunto: miéntras viva él, no seré mujer de otro.

— Así lo entiendo yo, Dolores, respondió Estéban. Mucho te quiero, y á la par de mi hermana Catalina; pero siempre he mirado en tí la mujer de Lorenzo, y el casarnos viviendo él, me parece como mancha de sangre. Pero te quedarás con nosotros, Dolores; que buenos brazos tengo yo para mantener á una hermana, y yo soy dos veces tu hermano, una por Lorenzo y otra por Tomas.

Dolores se echó á llorar.

— Mira, le dijo el Padre Nolasco cuando Estéban se hubo marchado; Rosita me ha encargado que te diga, que no viene á verte porque no quiere, ni pisar esta casa, ni ver á ninguno de las gentes de Lorenzo. Y por mas que le he dicho que eso no está bien, no hay quien la venza, al ménos por ahora. Me dijo que te dijera que tú no habias de estar en ninguna parte miéntras ella viva, sino á la vera suya; ya lo sabes.

Rosa tambien, como Dolores, habia pasado de la infancia á la juventud, por las lágrimas. Aquel color de rosa tan fresco y subido que ostentaban sus mejillas, habia desaparecido para siempre de su rostro. Su petulante alegría se habia apagado como una luz al soplo del torbellino. Ya no llamaba la atencion del Padre Nolasco sobre el retrato de su tio; ya no sostenia con su madre sus emancipadas polémicas. Ocupaba su vida sériamente, frecuentaba las iglesias, se ocupaba de los quehaceres de la casa, y mucho de los pobres.

El aniversario del dia 5 de Setiembre, de lúgubre memoria, se ve en el convento al borde del mar, un sacerdote an-

ciano que dice pausadamente una misa de difuntos. Oyenla siempre dos mujeres, que están estrechamente unidas; una es una jóven bien vestida, grave, pero lozana, que parece empezar una existencia séria y útil; la otra, tambien jóven, enlutada, pálida, delgada y destruida, que parece acabar una vida de sufrimientos: la primera es Rosa; la segunda, Dolores.

Cuando las ven pasar, dicen todos con simpatía:

— ¡Cómo ha sentado Rosa, la de Doña Braulia. Se ha hecho una mujer de su casa, como Dios manda; — y añaden conmovidos: — Dolores, la de la tia Tomasa, se va consumiendo como la luna menguante. No le ha quedado cara en qué persignarse; *tiene muerto el corazon en el pecho*! esa nació para sufrir!.... ¡*pobre Dolores*!

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

M. E. A. F.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO VIGÉSIMO.

CUATRO NOVELAS

POR

FERNAN CABALLERO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
1866.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

Tomos publicados:

1. **Caballero, Fernan.** Clemencia. Novela de costumbres.
2. ——— La Gaviota. Novela de costumbres.
3. 4. **Cervantes.** Don Quijote de la Mancha. 2 tomos.
5. **Caballero.** La Familia de Alvareda. — Lágrimas.
6. **de Trueba, A.** El Libro de los Cantares.
7. **Composiciones jocosas** en prosa publicadas por **A. Herrmann.**
8. **Caballero, Fernan.** Cuentos y Poesías populares andaluces.
9. **de Trueba y la Quintana.** El Cid Campeador.
10. **de Trueba, A.** Las Hijas del Cid.
11. 12. **Mármol.** Amalia. 2 tomos.
13. **Caballero, Fernan.** Relaciones.
14. 15. **Hartzenbusch, J. E.** Obras escogidas. 2 tomos. Con el retrato del autor.
16. **Caballero, Fernan.** Elia. El último Consuelo. La Noche de navidad. Callar en vida y perdonar en muerte.
17. ——— Cuadros de Costumbres.
18. **de Trueba, A.** Cuentos campesinos.
19. ——— Cuentos populares.
20. **Caballero, Fernan.** Cuatro Novelas.
21. **del Pilar Sinués de Marco, María.** Amor y Llanto.
22. **Poesías** de la América meridional. Coleccionadas por **Anita J. de Wittstein.**

Cada tomo se vende por separado, en la rústica ó encuadernado en tela.

---

de Duve y Huebener, A. G. Gramática sucinta del idioma aleman. 20 Ngr.

—— Piezas escogidas de las literaturas alemana y española para el uso de los estudiantes de ambas lenguas. 1 Thlr. 6 Ngr.

Wiggers, J. Grammatik der spanischen Sprache. 1 Thlr. 15 Ngr.

Spanische Chrestomathie. Hand- und Hülfsbuch der spanischen Sprache und Literatur im 19. Jahrhundert. Mit wort- und sachgemässen Erläuterungen, sowie einer kritisch-literarischen Einleitung. — A. u. d. T.: Manual de la literatura española moderna. Cuadro de la literatura en obras de prosa y poesía de escritores castellanos en el siglo XIX. Arreglado y dado á luz por Don *Frederico Booch-Arkossy.* 3 Thlr.

Poesías populares colegidas por Don *Tomas Segarra.* 2 Thlr.

El Cancionero de *Juan Alfonso de Baena.* Publicado por *Francisque Michel.* Con las notas y los índices de la edicion de Madrid del año 1851. 2 tomos. 3 Thlr.

Romancero castellano, ó Coleccion de antiguos Romances populares de los Españoles, publicada con una introduccion y notas por *Jorge Bernardo Depping.* Nueva edicion, con las notas de Don *Antonio Alcalá-Galiano.* 3 tomos. 4 Thlr. 20 Ngr.

LEIPZIG. — EN LA IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS.

Deacidified using the Bookkeeper process
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 020 818 007 1